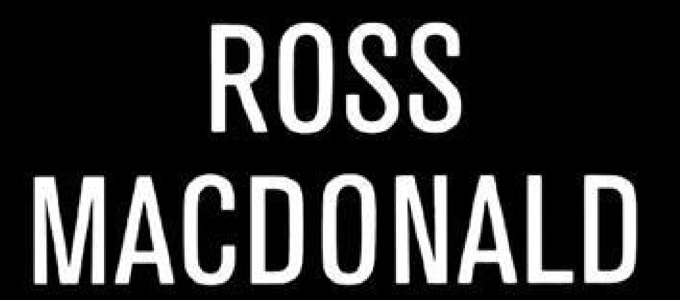

CIRCULO DEL CRIMEN
LA PISCINA MORTAL
ROSS MACDONALD
Nº 8



La piscina de los ahogados

UNA INVESTIGACIÓN DE LEW ARCHER

El detective Lew Archer recibe el encargo de investigar el origen de una carta difamatoria dirigida a una millonaria relacionada con el negocio del petróleo.

Archer se desplaza hasta su mansión, al sur de California, para iniciar la investigación, pero pronto el rumbo de los acontecimientos empeora notablemente: la septuagenaria matriarca aparece flotando bocabajo en su piscina. Archer deberá dilucidar entonces no solo el motivo de la misteriosa carta, sino el móvil de un asesinato que podría involucrar a toda la familia de la víctima. Un enrarecido trasfondo de intereses económicos, envidias y oscuros secretos familiares hará que el detective deba implicarse al máximo para llegar al fondo del asunto sin dejarse la piel en el intento.

Ross Macdonald

La piscina de los ahogados

Lew Archer 02

ePub r1.0

eKionh 23.10.13

Título original: *The Drowning Pool*

Ross Macdonald, 1950

Traducción: Néstor Miguel Barrera

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

1

Si no le mirabas la cara, parecía tener menos de treinta años. Su cuerpo era ágil y esbelto como el de una muchacha. Su manera de ir vestida reafirmaba esa impresión: un traje sastre de lanilla y tacones altos, que ponían en tensión sus pantorrillas recubiertas por el nailon. Sin embargo, había una expresión de pesar en sus ojos y tirantez en su boca. Los ojos eran de un azul oscuro y ligeramente estrábicos. Lo veían a uno claramente, pero al mismo tiempo miraban más allá. Tenían edad para contemplar retrospectivamente, y escondían más cosas que los ojos de una muchacha.

Unos treinta y cinco años, pensé, y aún es atractiva.

Permaneció en la puerta sin hablar durante un tiempo lo bastante largo para que yo pensara todas esas cosas. Sus dientes mordisqueaban el interior del labio superior, y sostenía con ambas manos su bolso negro de ante al nivel de la cintura. Dejé que el silencio se prolongara. Ella había llamado y yo había abierto la puerta. Indecisa o no, no podía esperar que yo la levantara en vilo por encima del umbral. Ya era una mujer hecha y derecha, y había venido por alguna razón. Su actitud delataba preocupación y ansiedad.

—¿El señor Archer? —dijo finalmente.

—Sí. Pase usted.

—Gracias. Disculpe mi vacilación. Seguro que le he hecho sentirse como un dentista.

—Todo el mundo odia a los detectives y a los dentistas. Nosotros también.

—¿Sí? La verdad, nunca he ido al dentista.

Sonrió como para ilustrar su afirmación y me tendió la mano con soltura. Era una mano fuerte y morena.

—Ni a ver a un detective —agregó.

La acomodé en una silla junto a la ventana. La luz no pareció importarle. Su cabello era de color castaño natural, sin una sola cana, al menos que yo pudiera ver.

Tenía el rostro despejado y tostado. Me pregunté si toda ella sería despejada y tostada.

—¿Qué muela le molesta, señora…?

—Discúlpeme. Me llamo Maude Slocum. Siempre olvido los buenos modales cuando estoy alterada.

Se excusaba demasiado para ser una mujer con esa figura y esa ropa.

—Mire —dije—, tengo piel de rinoceronte y corazón de hierro. He trabajado en divorcios en Los Ángeles durante diez años. Si logra contarme algo que no haya oído nunca, donaré mis ganancias de una semana para obras de caridad en Santa Anita.

—¿Y hace bien su trabajo en casos oscuros, señor Archer?

—La oscuridad me aterroriza, pero la gente es peor.

—Sé lo que quiere decir.

Sus bellos dientes blancos comenzaron de nuevo a atacar la cálida boca.

—Cuando era más joven —agregó— pensaba que la gente estaba dispuesta a vivir y dejar vivir, ¿sabe? Ahora no estoy tan segura.

—Pero no ha venido aquí esta mañana para hablar de la moral en abstracto.

¿Tiene algún ejemplo concreto?

Después de una pausa, respondió:

—Sí. Ayer sufrí un golpe muy duro.

Me miró a la cara y luego detrás de mí. Sus ojos eran tan profundos como el mar más allá de Catalina.

—Alguien está tratando de destruirme.

—¿De matarla, quiere decir?

—De destruir las cosas que me importan. Mi marido, mi familia, mi hogar. —El ritmo de su voz titubeó y luego decayó—. Me resulta tremendamente difícil contárselo. La cuestión es tan privada…

Volvemos a las andadas, me dije a mí mismo. Una verdadera mañana de confesión con Archer, el sacerdote sin sotana.

—Debería haber ido al City College a estudiar odontología: para dedicarme a algo más simple e inocuo, como extraer muelas. Si realmente necesita mi ayuda, tendrá que decirme qué puedo hacer. ¿La ha enviado alguien aquí?

—Me lo recomendaron. Conozco a un hombre que es policía. Me comentó que era usted honrado y discreto…

—Es raro que un policía comente eso de mí. ¿Podría decirme su nombre?

—No, no puedo.

La sola idea pareció alarmarla. Sus dedos se crisparon sobre el bolso de ante negro.

—Él no sabe nada de esto.

—Tampoco yo. Y a este paso ya veo que no me enteraré nunca.

Dejé escapar una sonrisa y le ofrecí un cigarrillo. Ella lo aspiró sin placer, pero pareció relajarse un poco.

—¡Maldita sea! —El humo la hizo toser—. He estado despierta toda la noche tratando de decidirme y todavía no he podido lograrlo. Nadie está enterado, ¿sabe?

Me resulta muy difícil decírselo a alguien. Después de dieciséis años se acostumbra una al silencio.

—¿Dieciséis años? Creí que le ocurrió ayer.

Se ruborizó.

—Sí, claro. Sólo estaba pensando en el tiempo que llevo casada. Esto tiene mucho que ver con mi matrimonio.

—Ya me imagino. Soy bueno resolviendo adivinanzas.

—Perdóneme. No he querido ofenderle.

Su contrición era inesperada en una mujer de su clase. No encajaba con trajes de cien dólares.

—No es que piense que usted vaya a ir diciéndolo por ahí o a tratar de chantajearme…

—¿Alguien está tratando de chantajearla?

La pregunta la pilló desprevenida y se sobresaltó. Volvió a cruzar las piernas y se inclinó hacia delante.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Entonces estamos igual.

Saqué un sobre del cajón superior de mi escritorio y comencé a leer la hoja fotocopiada que había dentro. Me enteré de que tenía una probabilidad contra tres de ingresar el año próximo en un hospital, de que estaba desprotegido sin un seguro médico y de que quien vacila está perdido.

—Quien vacila está perdido —dije en voz alta.

—Se burla de mí, señor Archer. Pero ¿cuál es el trato? Si se hace cargo del caso, naturalmente actuará de acuerdo con mis intereses. Sin embargo, si no es así y yo le informo de lo que sucede, ¿puedo confiar en que olvidará el asunto?

Dejé que mi irritación se filtrara en la voz y esta vez no sonreí ni hice gesto alguno.

—Vamos a olvidar esto. Me está haciendo perder el tiempo, señora Slocum.

—Ya lo sé. —Había en su voz un tono de disgusto consigo misma, tal vez más del que debía haber—. Todo esto ha supuesto un golpe para mí, un golpe a traición.

Luego habló con repentina decisión y abrió el bolso con sus rígidos dedos blancos.

—Creo que debo permitir que la lea. Ahora no puedo volver a casa y esperar a que llegue otra.

Miré la carta que me tendía. Era breve e iba al grano, sin encabezamientos ni firma.

Estimado señor Slocum:

Los lirios que se pudren huelen peor que las algas. ¿Puede usted disfrutar haciendo el papel de cornudo complaciente? ¿O es que, curiosamente, ignora las actividades amorosas de su mujer?

El mensaje estaba escrito a máquina en una hoja de papel barato que había sido doblada hasta alcanzar un tamaño que cupiera en un sobre pequeño.

—¿Iba en algún sobre esto?

—Sí.

Hurgó en el bolso y me tendió un sobre blanco arrugado dirigido a: Sr. D. James Slocum, Trail Road Nopal Valley, California. El matasellos se leía con claridad: Quinto, Calif., 18 de julio.

—Hoy es miércoles —dije—. Fue enviada el lunes. ¿Conoce a alguien en Quinto?

—A todo el mundo. —Esbozó una sonrisa tensa—. Está a pocos kilómetros de Nopal Valley, donde vivimos nosotros. Pero no tengo ni la más remota idea de quién puede haberla enviado.

—¿Ni de por qué?

—Supongo que tengo enemigos. La mayoría de la gente los tiene.

—Doy por sentado que su marido no la ha visto. ¿James Slocum es su marido?

—Sí. No la ha visto. Estaba trabajando en Quinto cuando llegó. Habitualmente voy en bicicleta hasta donde nos dejan el correo.

—¿Él tiene negocios en Quinto?

—Negocios no. Trabaja mucho con Actores de Quinto, un grupo de teatro semiprofesional. Esta semana ensayan todas las tardes…

—¿Lee habitualmente las cartas de su marido? —la interrumpí.

—Sí. Los dos leemos las cartas del otro… No esperaba ser interrogada, señor Archer.

—Una pregunta más. ¿Es verdad lo que dice la carta?

La sangre enrojeció la piel clara de su rostro y sus ojos brillaron.

—No esperará que yo responda a esa pregunta.

—Muy bien. No estaría aquí si no fuera cierto.

—Al contrario —dijo.

—¿Y quiere que yo descubra quién envió la carta y lo lleve a juicio?

—¡Oh, no! —contestó sin astucia—. Sólo quiero que deje de enviar cartas. No puedo estar vigilando el buzón del correo para interceptar sus cartas ni puedo resistir la tensión de esperar y estar en la incertidumbre…

—Además, la próxima nota se la pueden entregar a él personalmente. ¿Importaría mucho que él la leyera?

—Importaría muchísimo.

—¿Por qué? ¿Es celoso y se pone violento?

—En absoluto, es un hombre muy tranquilo.

—¿Y está enamorada de él?

—Me casé con él —dijo—. Y no lo he lamentado.

—Si su matrimonio es sólido, no tiene que preocuparse por uno o dos anónimos.

Arrojé la carta sobre el escritorio y la miré. Su boca y sus ojos tenían una expresión atormentada.

—Sería el golpe de gracia. Tengo una hija que todavía va al colegio. Simplemente no permitiré que eso suceda.

—¿Qué?

—Una ruptura y un divorcio —respondió con aspereza.

—¿Es lo que sucedería si eso llegara a manos de su marido? —pregunté mientras señalaba con la punta del cigarrillo la hoja de papel blanco.

—Me temo que sí, señor Archer. Podría enfrentarme con James, pero él se lo diría a su madre y ella contrataría detectives.

—¿Podrían encontrar motivos de divorcio? ¿Hay alguna prueba contra usted?

—Debe de haberla —respondió con amargura—. Alguien sabe.

Movió todo su cuerpo rápidamente, retorciéndose como un gusano en un anzuelo.

Por un momento maldijo su condición femenina.

—Esto es muy penoso para mí.

—Me lo imagino —dije—. Mi mujer se divorció de mí el año pasado. Crueldad mental extrema.

—Creo que usted podría ser capaz de eso —hablaba con amable malicia en su voz; luego su tono cambió nuevamente—. Por favor,' no piense que tomo el divorcio a la ligera. Es lo último que haría.

—¿Por su hija, dice usted?

Reflexionó un momento.

—Sí, sobre todo por ella. Yo fui hija de padres divorciados y sufrí mucho por eso.

También hay otras razones. Mi suegra se alegraría mucho.

—¿Qué clase de mujer es? ¿Puede haber sido ella quien enviara la carta?

La pregunta la sorprendió y tuvo que pensar otra vez.

—No. Estoy segura de que no fue ella. Actúa mucho más directamente. Es una mujer decidida. Como le dije, no tengo idea de quién puede haberla enviado.

—Cualquier persona de Quinto, pues. Una población de veinticinco mil habitantes, ¿no? O alguien que pasó por Quinto el lunes. Es una situación bastante difícil.

—Pero ¿tratará de ayudarme?

No era muy propio de una dama colocarse en la silla en actitud suplicante y dramatizar su ruego, aunque cabía la posibilidad de que no fuera una dama.

—Llevará tiempo y no puedo prometerle resultados satisfactorios. ¿Tiene dinero, señora Slocum?

—Supongo que no reservará sus servicios exclusivamente para los ricos —dijo, y recorrió con la vista el despacho sencillo, pequeño y cuadrado.

—No gasto el dinero en apariencias, pero cobro cincuenta dólares por día, más los gastos. Le costará cuatrocientos o quinientos dólares por semana, y con lo que tengo para empezar, esto puede llevarme todo el verano.

La mujer se tragó su desaliento.

—Francamente, no soy rica. En la familia hay dinero, pero James y yo no lo manejamos. Todo lo que tenemos es la renta de unos cien mil.

—Tres mil quinientos.

—Menos. La madre de James controla el dinero. Vivimos con ella. Sin embargo, dispongo de algo que he ahorrado para la educación de Cathy. Puedo pagarle quinientos dólares.

—No puedo asegurarle que logre nada en una semana, ni en un mes.

—Pues tengo que hacer algo.

—Creo que sé por qué. La persona que escribió esa carta probablemente sabe algo más concreto, y usted tiene miedo de la próxima.

No respondió.

—Me ayudaría bastante que me dijera qué es lo que hay que saber.

Sus ojos sostuvieron fríamente mi mirada.

—No veo la necesidad de que yo confiese que soy adúltera ni de que usted suponga que tengo algo que confesar.

—¡Maldita sea! —dije—. Si me veo obligado a trabajar en el vacío, perderé el tiempo.

—Se le pagará por ello.

—Entonces tirará usted su dinero.

—No me importa.

Volvió a abrir su bolso, contó diez billetes de veinte dólares y los colocó sobre una carpeta del escritorio.

—Ahí tiene. Quiero que haga lo que pueda. ¿Conoce Nopal Valley?

—He pasado por allí, y también conozco un poco Quinto. ¿Qué hace su marido con Actores de Quinto?

—Es actor, o piensa que lo es. No debe tratar de hablar con él.

—Tendrá que dejarme proceder a mi manera, o de lo contrario me quedo en mi oficina leyendo un libro. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Puede telefonearme a casa. Nopal Valley está en la guía telefónica de Quinto.

Busque el nombre de Olivia Slocum.

Se levantó y la seguí hasta la puerta. Observé por primera vez que la espalda de su hermoso traje estaba desteñida. Había una tenue línea alrededor del borde de la falda donde el dobladillo había sido bajado. Sentí pena por la mujer y me gustó.

—Iré allá esta mañana —dije—. Vigile el buzón del correo.

Cuando se fue, me senté detrás del escritorio y contemplé la carpeta sucia.

Encima estaban la carta y los billetes de veinte, los unos al lado de la otra. Sexo y dinero, las dos raíces del mal. El cigarrillo olvidado de la señora Slocum humeaba en el cenicero con una marca de lápiz de labios, como una débil aureola de sangre. Olía

mal y lo apagué. Guardé la carta en el bolsillo interior de mi chaqueta y el dinero en la cartera.

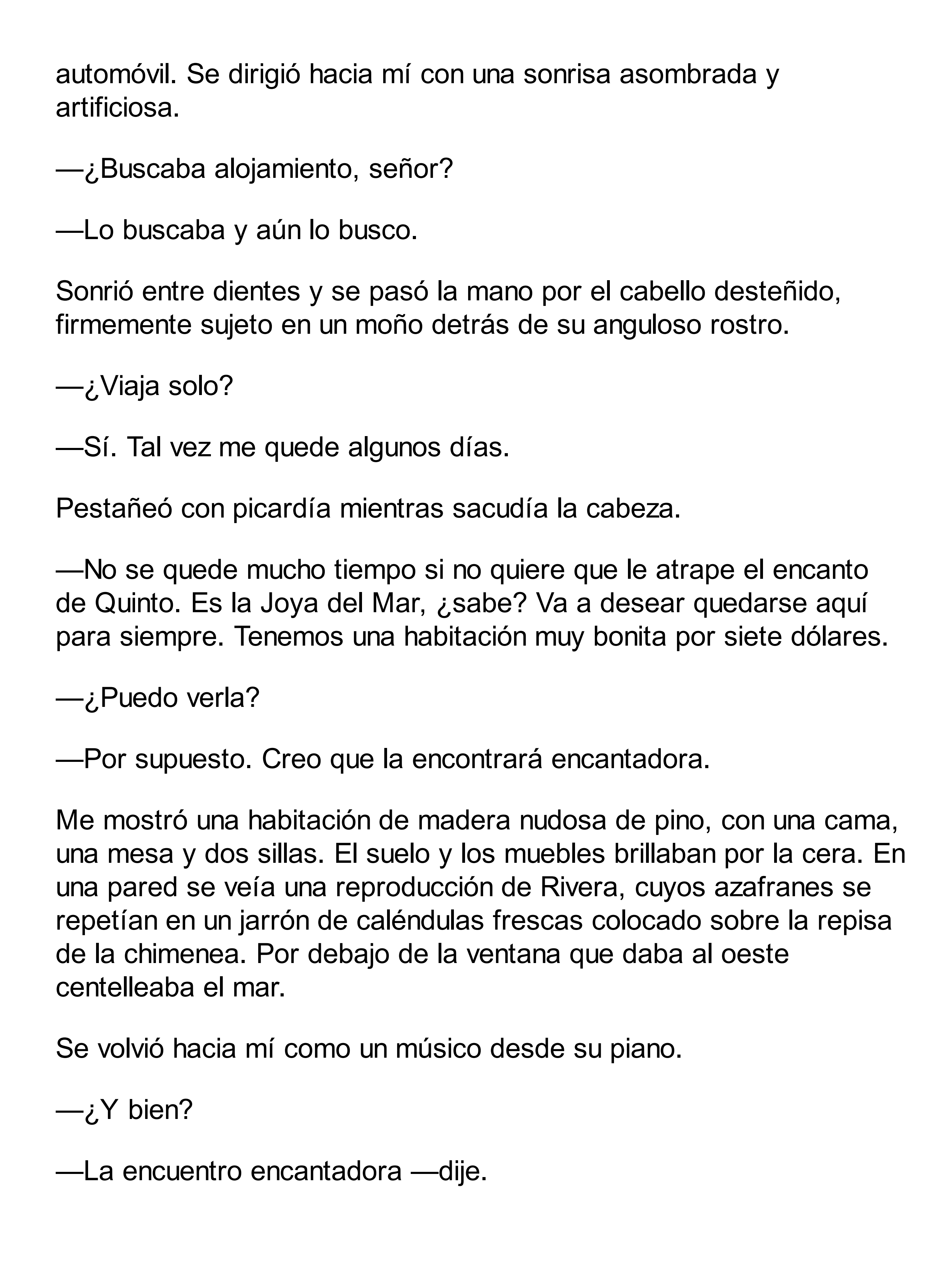
Cuando bajé, en la calle la temperatura alcanzaba los treinta grados. En el cielo, el sol ascendía hacia el cénit.

2

A una hora de Santa Mónica en dirección norte, un cartel me informó: ESTÁ

ENTRANDO EN QUINTO, JOYA DEL MAR. VELOCIDAD MÁXIMA 50 KILÓMETROS POR HORA.

Aminoré la marcha y comencé a buscar un motel. Las casitas blancas del Motel del Mar parecían limpias y frescas; doblé y entré en la explanada que se extendía frente al recinto en forma de «U». Una mujer delgada, vestida con una bata de lino, salió por una puerta que tenía un cartel que rezaba oficina antes de que yo detuviera el



automóvil. Se dirigió hacia mí con una sonrisa asombrada y artificiosa.

—¿Buscaba alojamiento, señor?

—Lo buscaba y aún lo busco.

Sonrió entre dientes y se pasó la mano por el cabello desteñido, firmemente sujeto en un moño detrás de su anguloso rostro.

—¿Viaja solo?

—Sí. Tal vez me quede algunos días.

Pestañeó con picardía mientras sacudía la cabeza.

—No se quede mucho tiempo si no quiere que le atrape el encanto de Quinto. Es la Joya del Mar, ¿sabe? Va a desear quedarse aquí para siempre. Tenemos una habitación muy bonita por siete dólares.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto. Creo que la encontrará encantadora.

Me mostró una habitación de madera nudosa de pino, con una cama, una mesa y dos sillas. El suelo y los muebles brillaban por la cera. En una pared se veía una reproducción de Rivera, cuyos azafranes se repetían en un jarrón de caléndulas frescas colocado sobre la repisa de la chimenea. Por debajo de la ventana que daba al oeste centelleaba el mar.

Se volvió hacia mí como un músico desde su piano.

—¿Y bien?

—La encuentro encantadora —dije.

—Si viene ahora para registrarse, le diré a Henry que le llene la jarra de agua helada. Trataremos de que se sienta cómodo, ya verá.

La seguí hasta la oficina con cierta sensación de incomodidad por su afán de mostrarse servicial y firmé en el registro con mi nombre completo, Lew A. Archer, junto a mi dirección de Los Ángeles.

—Veo que vive en Los Ángeles —dijo mientras tomaba mi dinero.

—Temporalmente. La verdad es que me gustaría establecerme aquí.

—¿De verdad? —explotó—. ¿Has oído eso, Henry? Este caballero quiere

establecerse en Quinto.

Un hombre de aspecto cansado se volvió a medias desde un escritorio que había en el fondo de la habitación, y gruñó.

—¡Le encantará esto! —dijo ella—. El mar, las montañas, el aire limpio y fresco, las noches. Henry y yo estamos contentísimos de habernos decidido a comprar esto.

Y en verano se llena todas las noches; antes de que oscurezca ya debemos colocar el cartel de lleno. Henry y yo muchas veces hacemos apuestas, ¿verdad, Henry?

Henry gruñó de nuevo.

—¿Hay muchas maneras de ganarse la vida, aquí?

—Pues están las tiendas y las inmobiliarias, toda clase de cosas. No hay industrias, por supuesto; el Ayuntamiento no lo permitiría. A fin de cuentas, mire lo que sucedió en Nopal Valley cuando abrieron los pozos de petróleo.

—¿Qué sucedió en Nopal Valley?

—Lo estropearon, lo estropearon por completo. Llegaron hordas de gente de clase baja, mexicanos y sucios trabajadores del petróleo, Dios sabe de dónde, y simplemente destrozaron la ciudad. No podemos permitir que aquí ocurra lo mismo.

—¡Por supuesto que no! —dije con una falsedad que sus oídos no podían captar

—. Quinto debe seguir siendo un lugar de belleza natural y un centro cultural. He oído hablar mucho de Actores de Quinto, dicho sea de paso.

—¿En serio, señor Archer?

Su voz se redujo a un susurro.

—No será un personaje de Hollywood, ¿verdad?

—No exactamente —respondí dejando la pregunta en suspenso—. Pero he trabajado mucho en Hollywood y sus alrededores.

En efecto, había espiado habitaciones de hoteles baratos, deshecho vínculos matrimoniales y chantajeado a chantajistas en decadencia.

Entrecerró los ojos y apretó los labios como si me entendiera.

—Supuse que usted era de Hollywood. Por supuesto, deseará usted ver la nueva obra este fin de semana. La escribió el mismo señor Marvell (es un hombre brillante), que también la dirige. Rita Treadwith, una muy querida amiga, ha colaborado en el diseño de los trajes y dice que la obra tiene grandes posibilidades: cine, Broadway, cualquier cosa.

—Sí —afirmé—, me han llegado informes. ¿Dónde está el teatro en el que ensayan?

—En la calle principal, en el centro de la ciudad. Gire a la derecha al llegar a la Audiencia y verá el cartel: «TEATRO DE QUINTO».

—Gracias —dije, y salí.

La puerta de tela metálica sonó por segunda vez antes de que yo llegara a mi coche y Henry vino apresuradamente hacia mí a través de la grava. Era un hombre

seco y delgado, agotado y curtido por los largos veranos. Se me acercó tanto que hasta podía olerle.

—Diga, amigo, ¿es cierto eso de que piensa establecerse aquí? —Se volvió para asegurarse de que su mujer no podía oírle y escupió en la grava—. Tengo que hacerle una buena proposición, si está interesado. Diez mil al contado y el resto a pagar con las ganancias. Cincuenta mil por todo, es decir, por las doce casitas y la clientela.

—¿Quiere vender este lugar? ¿Vendérmelo a mí?

—A ese precio no conseguirá nada mejor.

—Creí que estaban encantados con Quinto.

Lanzó una torva mirada de desprecio hacia la puerta de la oficina.

—Eso es lo que *ella* piensa. Bueno, tanto como pensar… ¡Maldita sea! La Cámara de Comercio piensa por ella. Tengo posibilidad de conseguir una licencia para la venta de bebidas en Nopal.

—He oído que en Nopal hay dinero.

—No lo dude. El valle está lleno de dinero desde que encontraron petróleo, y no hay mejores clientes que la gente del petróleo. Ganan y gastan el dinero fácilmente.

—Lo siento —dije—, pero no me interesa.

—Está bien. Sólo pensé que debía preguntárselo. Ella no me deja poner un cartel ni anunciar la venta de este maldito lugar.

Luego volvió apresuradamente a la oficina.

Los hombres y mujeres que había en las calles tenían el aspecto desarreglado y de adoradores del sol de la gente en día de fiesta. Muchos de ellos eran muy jóvenes o muy viejos, y la mayoría de los primeros iba en traje de baño. Los blancos edificios españoles parecían irreales, como un escenario pintado sobre el sólido cielo azul. A la izquierda, al final de las calles, el plácido mar se elevaba como una lisa pared azul.

Me detuve frente a un restaurante cercano a la Audiencia y entré para tomar un almuerzo frío. La camarera llevaba un delantal de cuadros rojos que hacía juego con el mantel y su piel combinaba con el café. Le dejé una pequeña propina y di la vuelta a la manzana hasta llegar al Teatro de Quinto. Según mi reloj eran las dos de la tarde, hora a la que debían de estar ensayando. Si la obra estaba programada para el fin de semana, el miércoles la estarían ensayando completa.

El teatro se levantaba a cierta distancia de la calle, en una superficie donde crecía una hierba amarillenta: un macizo edificio sin ventanas, cuyo estuco descascarillado en algunas zonas dejaba ver la vetustez del yeso. Dos columnas con el yeso picado sostenían el techo del pórtico. En cada una de ellas un cartel anunciaba el estreno mundial de *El ironista*, una nueva obra de Francis Marvell. En la pared situada al lado de la ventanilla había un despliegue de fotografías adheridas a una gran lámina de cartón azul. La señorita Jeanette Dermott en el papel de Clara: una joven rubia de

luminosos ojos soñadores. La señora Leigh Galloway en el papel de la esposa: una mujer de rostro duro que sonreía profesionalmente, con dientes brillantes dispuestos a devorar a un auditorio imaginario.

La tercera persona del trío fotografiado me interesó. Era un hombre de cerca de cuarenta años, de cabello claro y ondulado sobre una frente pálida y noble. Sus ojos eran grandes y de expresión apesadumbrada; la boca, pequeña y sensible. Era un retrato de medio lado para mostrar el perfil, que era muy delicado. «El señor james Slocum», decía el subtítulo, «en el papel de "El Ironista"». Si se diera crédito a la fotografía, el rostro del señor Slocum sería el sueño de cualquier muchacha. No el mío.

Un Packard de antes de la guerra se detuvo en la acera frente al teatro y un hombre joven salió de él. Sus largas piernas estaban oprimidas por unos Levis desteñidos y sus anchos hombros se marcaban bajo una florida camisa hawaiana. Los Levis y la camisa no combinaban con la gorra negra de chófer que llevaba en la cabeza. Debía de ser consciente de ello porque la arrojó al asiento delantero del Packard antes de alejarse. Su resplandeciente cabello oscuro se espumaba sobre la cabeza en pequeños rizos. Me miró con ojos empalidecidos por la piel tostada de su rostro. Otro sueño para las muchachas. Pastaban en manadas por los lugares de veraneo de California.

El Sueño Número Dos abrió la pesada puerta que estaba a mi izquierda y ésta se cerró detrás de él. Esperé un minuto y lo seguí al interior del vestíbulo. Era pequeño y cerrado, y apenas estaba iluminado por los carteles que indicaban la salida. El joven había desaparecido, pero se oía un murmullo detrás de una puerta situada un poco más lejos. Atravesé el vestíbulo y entré en la sala principal. Estaba a oscuras, excepto el escenario, donde había luces y gente. Me senté en una butaca lateral de la última fila y me pregunté qué demonios hacía yo allí.

El escenario estaba montado —era una sala inglesa con muebles modernos—, pero los actores aún no llevaban el vestuario de la obra. James Slocum, tan atractivo como en la fotografía y vestido con un jersey de cuello alto, estaba en el escenario con la muchacha

rubia, que llevaba pantalones. Estaban conversando en el centro del escenario.

—Roderick —decía la muchacha—, ¿sabías de mi amor por ti y nunca me dijiste una palabra?

—¿Para qué? —replicó Slocum encogiéndose de hombros en tono fatigadamente risueño—. Tú estabas contenta de amar y yo estaba contento de ser amado. Por supuesto, hice lo posible por alentarte.

—¿Tú me alentaste? —Ella exageró la sorpresa y su voz resultó un poco chillona

—. Pues nunca me di cuenta.

—Cuidé de que no lo hicieras hasta que no atravesaras la delgada línea que separa

la admiración de la pasión. Aun así, yo siempre estaba alerta, con una cerilla encendida para tu cigarrillo, un cumplido a tu vestido o rozándote la mano al separarnos.

Movió la mano en el aire e inconscientemente subrayó sus sentimientos.

—Pero ¿y tu mujer? ¿Qué me dices de ella? Parece increíble que quieras conducirme deliberadamente al oscuro límite del adulterio.

—¿Oscuro, querida? Al contrario, ¡la pasión es radiante como mil soles, luminosa como el alba, atravesada por los esplendores del arco iris!

Dijo estas palabras como si las afirmara de verdad, con una voz resonante que tenía sólo un leve tono nasal.

—Comparado con el amor que podemos sentir el uno por el otro, que sentiremos, la unión legal de los esposos es el apareamiento de unos

conejos asustados en una jaula.

—Roderick, te odio, te temo y te adoro —hizo saber la muchacha, y se arrojó a sus pies como una bailarina.

Él le tendió ambas manos y la levantó.

—Adoro ser adorado —respondió rápidamente. Se abrazaron.

Una figura delgada había estado caminando con pasos nerviosos en la orquesta, recortada su silueta contra la luz de las candilejas. Ahora se lanzó al escenario con un único salto de antílope y caminó en torno a la pareja de actores como un árbitro.

—Muy bien —dijo—, muy bien, de verdad. Los dos han comprendido magníficamente mi intención. Pero ¿sería posible, señorita Dermott, dar un poquito más de énfasis al contraste entre odio y temor, por un lado, y adoración, por el otro?

A fin de cuentas, ésta es la nota dominante del primer acto: la ambivalencia de la respuesta de Clara al Ironista, que expresa la ambivalencia de su actitud ante el amor y la vida. ¿Pueden repetir, por favor, desde «conejos asustados en una jaula»?

—Por supuesto, señor Marvell.

Era el autor de la obra, como yo había sospechado. Una obra de las que sólo podían gustar a una madre o a un actor, el tipo de trama que se prestaba a la parodia.

Una artificiosa complejidad con un diálogo altisonante y totalmente vacío.

Dirigí mi atención hacia la sala a oscuras, que parecía más grande de lo que era porque estaba casi desierta. Se agrupaban en las primeras filas unas pocas personas que observaban silenciosamente a los actores repetir sus necedades. El resto de los asientos de

madera estaban vacíos, con excepción de los que ocupaba una pareja sentada unas pocas filas delante de mí. A medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude distinguir una chica y un muchacho, con las cabezas inclinadas y muy juntas. Al menos el muchacho se inclinaba hacia ella; la chica estaba sentada muy tiesa en su butaca. El muchacho la rodeó con el brazo y ella se trasladó al asiento de al lado. Vi su rostro cuando se giró para hablar a la chica. Era el Sueño

Número Dos.

—¡Maldita sea! —dijo—. Me tratas como si fuera basura. Cuando creo llegar a algo contigo de pronto te metes en tu pequeño iglú y me cierras la puerta en las narices.

—Los iglús no tienen puertas; se entra por un túnel.

Su voz era suave y estirada.

—Ésa es otra cosa —trataba de susurrar, pero la cólera saltaba en sus cuerdas vocales y daba un tono desigual a sus palabras—. ¡Te crees tan superior! ¡El gran cerebro! Podría decirte cosas de las que nunca has oído hablar siquiera.

—No quiero oírlas. Me interesa mucho la obra, señor Reavis, y desearía que me dejara sola.

—¡Señor Reavis! ¡Qué ceremoniosa de pronto! Anoche, cuando te llevé a casa, parecías bastante apasionada, pero ¡ahora soy el señor Reavis!

—¡No es cierto, y no admitiré que me hablen así!

—Eso es lo que crees. No puedes jugar conmigo, ¿entiendes? Valgo mucho, me sobran ideas y podría tener a muchas mujeres si quisiera, ¿sabes?

—Ya sé que es irresistible, señor Reavis. Mi falta de respuesta es totalmente patológica.

—¡Eso son palabrejas que no significan nada! —gritó con frustración y furia—.

¡Te mostraré algo bueno!

Antes de que ella pudiera cambiarse nuevamente de asiento, el muchacho se agachó ante ella y la retuvo. Ella lanzó un gemido ahogado y le golpeó el rostro con las manos cerradas, pero él encontró su boca y la obligó a besarlo sujetándole la cabeza con una de sus grandes manos. Pude oír su respiración agitada y el crujido del asiento bajo sus cuerpos en lucha. Me quedé quieto. Ellos se conocían mejor que yo a ellos y sabía que nada podía pasarle a ella en ese lugar.

Finalmente, la soltó, aunque permaneció inclinado sobre ella, con los hombros arqueados en una actitud de esperanza.

—¡Cerdo! —dijo ella—. ¡Eres un cerdo!

Las palabras de ella le golpearon como un puñado de fango arrojado al rostro.

—¡No puedes tratarme así! —Se había olvidado de susurrar y sus manos buscaban los hombros o el cuello de la chica.

Me estaba levantando cuando se encendieron las luces. El diálogo del escenario había cesado y todos se dirigían hacia el corredor, con Marvell a la cabeza. Era un hombre de cabello muy claro, vestido con un traje de tweed y muy tembloroso. Un leve acento inglés se traslucía en su voz.

—¡Qué demonios está sucediendo aquí! —dijo, en el tono de una maestra solterona que ha atrapado a un alumno in fraganti.

El muchacho se puso rápidamente de pie y se volvió a medias, inclinándose sobre

el respaldo del asiento. Había una torpeza cargada de vergüenza en sus movimientos, pero también temor. Sus músculos estaban tensos y sus ojos, congelados. Slocum se adelantó y puso la mano sobre el hombro de Marvell.

—Déjame a mí, Francis.

Se volvió hacia la muchacha, que estaba sentada, rígida, en su butaca.

—¿Qué ha sucedido, Cathy?

—Nada, padre. —Su voz era nuevamente grave—. Estábamos aquí sentados y Pat se enfadó, eso es todo.

—Te estaba besando —dijo Slocum—. Os vi desde el escenario. Es mejor que te laves la cara, y ya hablaré contigo más tarde.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Sí, padre —exclamó por entre los dedos.

Era una chica guapa, mucho más joven de lo que yo había pensado por las palabras que usaba. Su cabello pelirrojo se amontonaba en la nuca formando rizos que despedían destellos cobrizos.

El muchacho la miró al rostro y luego a su padre.

—No —dijo—. Ella no tiene nada que ver. Yo traté de besarla y ella no me dejó.

—¿Lo admite, Reavis?

El muchacho se acercó a Slocum, quien pareció empequeñecerse. Con sus delgados omóplatos marcados bajo el jersey amarillo, era

Slocum quien parecía el mozalbete. Permaneció donde estaba, inflexible y ultrajado.

—¿Por qué no habría de admitirlo? No hay ninguna ley que prohíba besar a una chica —dijo Reavis.

Slocum habló con una fría y deliberada furia.

—En lo que concierne a mi hija, ciertas cosas son imposibles e inconcebibles, y además —pareció buscar la palabra y la encontró— sucias. Ningún chófer patán…

—No siempre seré chófer.

—Tiene razón, ya no lo es.

—Supongo que quiere decir que estoy despedido. —Su tono era sordo y burlón.

—En efecto.

—¡Maldito imbécil! No puede despedirme. Nunca me pagó el sueldo, de todos modos. No me interesa su asqueroso trabajo. Se lo puede guardar donde le quepa.

Los dos hombres estaban de cara, tan cerca que casi se tocaban. El resto de la gente comenzó a agruparse a su alrededor. Marvell se deslizó entre ellos y puso una mano grácil sobre el pecho de Reavis.

—Ya basta —dijo—. Le aconsejo que se vaya de aquí antes de que avise a la policía.

—¿Por llamar pretencioso a un fanfarrón? —Reavis trató de reír y casi lo logró

—. Me hubiera ido hace meses de no haber sido por Cathy. Ese buitre me está

haciendo un favor.

Cathy se levantó de su asiento con los ojos brillantes y a punto de llorar.

—¡Vete, Pat! No debes decir esas horribles cosas a mi padre.

—Ya lo ha oído, Reavis —insistió Slocum, que tenía el cuello enrojecido y la boca blanca—. ¡Váyase de aquí y no vuelva! Le enviaremos sus cosas.

La tensión comenzó a disminuir cuando Reavis, centro de la discusión, se relajó.

Sabía que estaba derrotado y sus hombros lo demostraban. Volvió a mirar a Cathy, quien desvió su mirada. Antes de que el foco de la atención se desviara hacia mí me deslicé de mi butaca de 7,70 dólares y me dirigí al pasillo.

La fotografía del Ironista en el pórtico miraba sin pestañear bajo el sol de la tarde.

«El drama que se desarrolla en Quinto fuera del escenario es mejor que el que ensayan los actores», le dije silenciosamente. No me contestó; estaba perdido en el sueño de su propio encanto.

3

Encontré una cabina telefónica cerca de una farmacia de la misma manzana. No había ningún James Slocum en la sección de Nopal Valley de la guía telefónica, pero sí una tal Olivia Slocum, presumiblemente su madre. Puse una moneda de diez centavos y oí una voz seca y cascada que podía ser tanto de hombre como de mujer:

—Residencia de los Slocum.

—La señora de James Slocum, por favor.

Se oyó un golpecillo seco en la línea.

—Está bien, señora Strang. Lo cogeré en mi extensión.

La señora Strang gruñó y se retiró de la línea.

—Soy Archer —dije—. Estoy en Quinto.

—Esperaba que llamara. Dígame.

—Mire, señora Slocum, estoy prácticamente maniatado. No puedo hacer preguntas. No tengo ninguna pista ni contactos. ¿No hay alguna manera de que pueda hablar con su familia, con su marido al menos?

—Pero él no tiene nada que ver con esto. Sólo despertaría sus sospechas.

—No necesariamente. Si ando flotando a su alrededor sin una explicación, sin duda, terminaré por despertar sus sospechas. Y no podré descubrir nada si no hablo con alguien.

—Parece desalentado —contestó ella.

—Nunca fui demasiado optimista, ya se lo dije. Actuando en el vacío, no tendré muchas posibilidades de ayudarla. Siquiera una lista de sospechosos…

—Es que no los hay. No puedo nombrar ni a una sola persona. ¿Realmente es tan desesperado el caso?

—A menos que tenga un golpe de suerte y alguien corra detrás de mí por la calle y confiese. Se trata de un asunto muy íntimo. No hay

nada notorio, como en los casos comunes de divorcio, y yo necesito acercarme un poco a su vida.

—¿Propone espiarme, señor Archer? —dijo muy suavemente.

—En modo alguno, puesto que trabajo para usted. Sin embargo, necesito un centro a partir del cual trabajar, y usted y su familia constituyen ese centro. Hoy vi a su marido y a su hija, pero sólo los vi y esto no basta.

—Le di instrucciones específicas de que no se acercara a mi marido.

Las variaciones de su ánimo eran difíciles de seguir. Yo modifiqué el mío.

—Si no me deja manejar el asunto a mi manera, tendré que dejarlo. Le mandaré su dinero por correo.

En el silencio que siguió pude oírla golpear con un lápiz en la base del teléfono.

—No —dijo finalmente—. Quiero que haga lo que pueda. Si tiene alguna

sugerencia razonable…

—No es muy razonable, pero tal vez resulte. ¿Tiene amigos en Hollywood?

¿Gente del cine?

Otro silencio.

—Está Mildred Fleming, que es secretaria de uno de los estudios. Hoy he comido con ella.

—¿De qué estudio?

—Warner, creo.

—Muy bien. Le ha dicho que la obra es muy buena. Ella tiene un novio que trabaja para un agente literario. Yo.

—Ya veo —respondió ella lentamente—. Sí, es bastante razonable. En realidad, encajará muy bien. Unos amigos de James van a venir a tomar un cóctel. ¿Usted puede estar aquí a las cinco?

—Iré antes.

—Muy bien, señor Archer.

Me dio la dirección y colgó.

Tenía la camisa húmeda de estar sentado en la calurosa cabina. Regresé al motel, me puse un traje de baño y me fui a la playa a darme un chapuzón. Las olas verde-azuladas se elevaban despacio más allá de la rompiente. A lo lejos, algunas velas blancas se inclinaban en el horizonte extendidas como alas en el viento, pero inmóviles en la distancia. Me lancé de frente contra una ola que rompía y corrí para no sentir el frío del agua. Mis pies pataleaban detrás y nadé en línea recta unos cuatrocientos metros. Allí los lechos de algas marinas me detuvieron, pues formaban una enmarañada barrera de cañas marrones y amarillas y bulbos que flotaban en el agua. Me repugnó el contacto con la vida submarina.

Me puse de espaldas y floté, mirando el cielo; a mi alrededor no había más que la fría y clara agua del Pacífico, en mis ojos no había nada más que el inmenso espacio azul. Estaba lo más cerca posible de la limpieza y la libertad y lo más lejos posible de todo el mundo. Habían cubierto de construcciones baratas todas las playas que iban desde San Diego hasta Golden Gate, habían construido superautopistas a través de las montañas, habían abatido pinos milenarios y edificado un yermo urbano en el desierto, pero no se podía alterar el océano. Se arrojaban a él los desperdicios, pero no lo podían contaminar.

En el sur de California no había nada malo que una subida del nivel del mar no pudiera enmendar, excepto que había demasiados Ararats, y yo no era Noé. El cielo estaba despejado y vacío, y el agua me congelaba. Nadé hasta el lecho de algas y me sumergí en él. Estaba frío y viscoso como las entrañas del miedo. Ascendí jadeando y corrí hacia la orilla como si tuviera una barracuda mordisqueándome los talones.

Una ola me arrojó a la playa, donde soplaba el frío viento del atardecer armado de

pequeñas agujas de arena. A fin de cuentas, yo no era un noble salvaje.

Aún estaba helado media hora más tarde, al atravesar el paso en dirección a Nopal Valley. Incluso en la cima, la carretera era ancha y nueva; había sido reconstruida con el dinero de alguien, y pude olfatear el origen de ese dinero cuando descendí al valle por el otro lado. Olía a huevos podridos.

Los pozos de petróleo de donde provenía el gas sulfuroso poblaban las laderas a ambos lados de la ciudad. Pude verlos desde la carretera cuando entraba en ella: los triángulos entrelazados de las torres de perforación donde antes crecían los árboles, las bombas extractoras cabeceando y chirriando donde antes pastaba el ganado.

Desde 1939 o 1940, cuando la había visto por última vez, la ciudad había crecido enormemente, como un tumor. Había echado retoños en todas direcciones: manzanas de casas como cajas de cerillas, en nuevas urbanizaciones con las casillas de las empresas inmobiliarias que siempre las acompañaban y una franja de ochocientos metros de edificios de un piso a lo largo de la carretera; veterinarios, quiroprácticos, peluquerías, tiendas, restaurantes, bares, licorerías. Había un nuevo hotel de cuatro pisos, una iglesia blanca, una bolera lo bastante grande para albergar un B-36. La calle principal había sido transformada por los ladrillos de cristal, los plásticos y las luces

de neón. Un pueblo tranquilo de un valle soleado había conocido una prosperidad repentina y no sabía qué hacer consigo mismo.

No sólo había cambiado la faz de los edificios o el número y la marca de los automóviles. También la gente era diferente y había demasiada. Multitudes de hombres de rostros marcados por el sol, el trabajo y el aburrimiento deambulaban por las calles, entrando y saliendo de los bares, en busca de diversión o barullo. En la calle principal se veían muy pocas mujeres. El policía de camisa azul, apostado en la esquina principal, llevaba la cartuchera delante de la cadera, desabrochada y mostrando la culata del arma.

La carretera se desviaba a la derecha, hacia la parte más alejada de la ciudad, y trepaba por los campos de petróleo hasta una pequeña meseta de suave pendiente que dominaba el valle. A medida que ascendía se reducía hasta convertirse en un estrecho camino asfaltado que serpenteaba por la ladera de la colina soleada. Las montañas surgieron abruptamente frente a mi coche, oscurecidas por la luz declinante. Una casa larga y baja, semioculta por encinas gigantes, se elevaba en medio de la meseta, agreste como una roca. Antes de llegar a ella tuve que detenerme para abrir un portón que cerraba el camino. A ambos lados, un muro de dos metros, rematado por trozos de alambre de púas, se extendía hasta perderse de vista.

El sendero interior acababa de ser cubierto con grava y estaba bordeado por filas gemelas de palmeras jóvenes. Había un par de automóviles aparcados en la explanada circular que se extendía frente a la casa. Uno de ellos era el viejo Packard Sedan que había visto frente al Teatro de Quinto. Dejé el mío junto a él y atravesé el terraplén

cubierto de césped, eludiendo las salpicaduras de un aparato de riego.

La casa era de ladrillos de adobe del color de la tierra, presionados contra el suelo por un pesado techo de tejas rojas, maciza como una fortaleza. Una ancha galería se extendía por el frente. Subí los bajos escalones de cemento. Una mujer con jersey y pantalones rojos estaba enroscada como una serpiente escarlata en un extremo de una mecedora de lona verde. Inclinaba la cabeza sobre un libro, y sus gafas rojas daban a su rostro en sombras un aspecto de gran concentración. La concentración era real, pues no dio señales de oírme o verme hasta que hablé.

—Perdón. Busco a la señora Slocum.

—Usted perdóneme.

Me miró con verdadera sorpresa; sus ojos se movían como los de una persona que acabara de despertar y se quitó rápidamente las gafas. Era Cathy Slocum; no la había reconocido hasta ese momento. Las gafas y el aspecto que le daban agregaban diez años a su edad; además la forma de su cuerpo era engañosa. Era uno de esos cuerpos femeninos que llegan a la madurez muy jóvenes. Sus ojos eran grandes y profundos como los de su madre, y tenía mejor silueta. Pude entender la pasión del chófer por ella. Pero era muy joven.

—Me llamo Archer —dije.

Me lanzó una larga y fría mirada, pero no me reconoció.

—Yo soy Cathy Slocum. ¿Quiere ver a mi madre o a mi abuela?

—A tu madre. Me pidió que viniera a la fiesta.

—No la da ella —susurró para sí misma.

Una mirada de niña mimada trazó dos negras rayas verticales entre sus cejas, luego me recordó, suavizó su expresión y me preguntó con dulzura:

—¿Es amigo de mi madre, señor Archer?

—Amigo de un amigo. ¿Quieres mis medidas de Bertillon?

Era lo bastante inteligente para comprender y lo bastante joven para ruborizarse.

—Lo siento. No quería ser mal educada. ¡Vemos a tan pocos forasteros!

Eso podía explicar su interés por un chófer mal hablado que respondía al nombre de Reavis.

—Mi madre acaba de salir de la piscina y se está vistiendo. Mi padre aún no ha llegado a casa. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Seguí su hermosa y alta figura hasta la mecedora, divertido por la idea de que en ella se sentaba una adolescente a la que era menester recordar las buenas maneras.

Sin embargo, no era una adolescente común. El libro que tenía en la mano, cuando lo colocó sobre el almohadón que había entre nosotros, resultó ser una obra sobre psicoanálisis de Karen Horney.

Comenzó a hablar mientras hacía bailar sus gafas sosteniéndolas por un extremo.

—Papá está ensayando una obra en Quinto. Ése es el motivo de la fiesta. Es un actor realmente bueno —dijo un poco a la defensiva.

—Ya lo sé. Mucho mejor que la obra.

—¿Ha visto la obra?

—Vi una escena esta tarde.

—¿Y qué le parece? ¿No está muy bien escrita?

—Bastante bien —contesté sin entusiasmo.

—Pero ¿qué le parece en realidad?

Su mirada era tan cándida e infantil que se lo dije.

—Deberían mejorar el título, reescribir la obra y cambiar el título…, si lo que yo vi era una buena muestra.

—Pero todos los que la han visto piensan que es una obra maestra. ¿Le interesa el teatro, señor Archer?

—¿Quieres saber si sé de qué estoy hablando? Probablemente no. Trabajo para un agente literario de Hollywood. Él me envió a ver la obra.

—¡Ah, Hollywood! —dijo ella—. Mi padre dice que es demasiado literaria para Hollywood, y no está escrita siguiendo ninguna fórmula. El señor Marvell piensa llevarla a Broadway. Allí los criterios son mucho más sutiles, ¿no cree?

—Sí, mucho más. ¿Quién es el señor Marvell? Sé que es autor y director de la obra…

—Es un poeta inglés. Estudió en Oxford y su tío es un lord. Es un buen amigo de papá. A mi padre le gusta su poesía y yo traté de leerla, pero no la entendí. Es terriblemente difícil y simbólica, como Dylan Thomas.

El nombre no me sonaba.

—¿Tu padre va a ir con él cuando lleve la obra a Nueva York?

—¡Oh, no! —Las gafas describieron un círculo completo y chocaron con su rodilla con un golpecito audible; luego se las puso nuevamente. Le alargaban el rostro, le hacían aparentar más edad y le daban cierto aire provocativo—. Mi padre sólo intenta ayudar a Francis. Está tratando de impulsarlo y hacer que obtenga algún respaldo. Papá no tiene ambiciones histriónicas, aunque realmente es muy buen actor,

¿no cree?

«Un aficionado mediocre», pensé, pero dije:

—Sin duda alguna.

Cuando la muchacha mencionaba a su padre, y lo hacía con frecuencia, su boca se ablandaba y sus manos se quedaban quietas. Sin embargo, cuando él subió a la galería, pocos minutos después, junto a Marvell, ella lo miró como si le tuviera miedo. Sus dedos se entrelazaron y permanecieron tensos. Observé que se había comido las uñas.

—¡Hola, papá! —Las palabras le dejaron la boca entreabierta y la punta de su

lengua se desplazó a lo largo del labio superior.

Él caminó hacia nosotros con decisión. Era un hombre de tamaño medio, enjuto, y que hubiera necesitado un torso griego para sostener su notable cabeza.

—Deseaba hablar contigo, Cathy. —Su boca sensible tenía una expresión severa

—. Creí que me esperarías en el teatro.

—Sí, padre. —Se volvió hacia mí—. ¿Conoce a mi padre, señor Archer?

Me puse de pie y saludé. Él me miró con sus tristes ojos castaños y me tendió una mano floja, como si al principio no pensara darme la mano.

—Francis —dijo al hombre rubio que estaba a sus espaldas—, ve con el señor Archer y sírvanse un trago. Quiero hablar un momento con Cathy.

—Bien.

Marvell me tocó la espalda y me introdujo por la puerta delantera. Cathy nos observó mientras nos íbamos. Su padre la contempló con una mano en la cadera y la otra en el mentón, en una pose teatral.

Entramos en un salón oscuro y frío como una caverna. Había pocas ventanas y eran pequeñas, disimuladas por persianas venecianas que obstruían la luz con barras horizontales. El reflejo caía sobre un piso de roble negro parcialmente cubierto por descoloridas alfombras persas. El mobiliario era pesado y antiguo: en un extremo de la sala, un piano de cola, de palisandro, elaboradamente labrado según el gusto del siglo XIX, sillas de caoba de respaldo duro, un diván tapizado frente a la amplia chimenea. Las vigas que sostenían el techo de yeso, sucio por el tiempo, eran de roble negro, como el suelo. Una araña de cristal amarillento colgaba de la viga central como una estalactita mal formada.

—Extraño y viejo lugar, ¿verdad? —dijo Marvell—. ¿Qué toma, amigo? ¿Un whisky con soda?

—Bien.

—Veré si le consigo un poco de hielo.

—No se moleste.

—No es ninguna molestia. Sé dónde está todo.

Se alejó al trote, con su ligero cabello flotando al viento de sus propios pasos.

Para ser sobrino de un lord era muy obsequioso. Yo en cambio era sobrino de mi difunto tío Jake, quien en una oportunidad peleó quince asaltos con Gunboat Smith y empató.

Traté de recordar qué aspecto tenía mi tío Jake. Me acordaba de su olor, compuesto de ron, fijador, una fuerte transpiración masculina y buen tabaco, y del sabor de los oscuros cigarrillos de chocolate que me dio el día que mi padre me llevó a San Francisco por primera vez, pero no podía recordar su rostro. Mi madre nunca guardó sus fotografías porque se avergonzaba de tener un boxeador profesional en la familia.

Un murmullo de voces me atrajo hacia una ventana que se abría sobre la galería.

Me senté en una silla que había contra la pared, oculto del exterior por las pesadas cortinas y la persiana entrecerrada. Cathy y su padre hablaban sentados en la mecedora.

—No lo vi después —decía ella en tono tenso—. Salí, subí al coche y vine sola a casa. Ni siquiera estaba por allí.

—Yo sé que él te trajo a casa. Acabo de ver su gorra sobre el asiento delantero.

—Debió de dejarla antes. Juro que después no lo vi.

—¿Cómo puedo creerte, Cathy? —La voz del hombre revelaba un genuino tormento—. Ya me has mentido otras veces, acerca de él, también. Me prometiste que no tendrías nada que ver con él ni con ningún otro hombre hasta que fueras mayor.

—¡Pero yo no hice nada malo, no hice nada malo!

—Permitiste que te besara.

—Él me besó. Yo traté de apartarme.

Un atisbo de histeria apuntó en su voz.

—Debiste de alentarle de alguna manera. Un hombre no actúa de ese modo si no tiene alguna razón, sin duda. Piensa, Cathy. ¿No hiciste o dijiste algo que pudiera inducirlo?

Trataba de ser frío e imparcial, de asumir el papel del examinador impersonal, pero el resentimiento y la rabia se filtraban en su voz como zumbantes insectos.

—¡Inducirlo, padre! ¡Qué cosas tan desagradables dices! —Un acceso de llanto meció sus palabras.

—¡Querida! —dijo Slocum—. ¡Pobrecita mía!

La mecedora crujió al inclinarse él sobre la chica, y los sollozos se aquietaron.

—No quise herirte, Cathy, tú lo sabes. Es porque te quiero por lo que me preocupa este… este desagradable suceso.

—Yo también te quiero, papá. —Sus palabras sonaron ahogadas, probablemente por el hombro de su padre.

—Quisiera creerlo —dijo él con suavidad.

—Pero es así, papá, es así. Para mí eres el mejor hombre del mundo.

Había algo extraño en la conversación, y la extremada ansiedad de la chica lo hacía aún más extraño. Podrían haber sido dos amantes de la misma edad.

—¡Oh, Cathy! ¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, balbuceante.

Una tercera voz entró en la conversación.

—¿Qué tratas de hacerle, James?

Era la voz de Maude Slocum, cargada de fría cólera.

—Esto no es asunto tuyo —le respondió él.

—Creo que sí lo es. Es mi hija, ¿sabes?

—Lo sé muy bien, querida, pero de eso no se desprende necesariamente que no

pueda tener una vida satisfactoria y decente.

—No la tendrá si sigues así, perturbándola y torturándole los nervios.

—¡Por Dios, mamá! —exclamó Cathy como si su madre fuera la niña —. Hablas de mí como si pensaras que soy un hueso por el que pueden pelear dos perros. ¿Por qué no me tratas como a un ser humano?

—Lo intento, Cathy, pero nunca me escuchas. Sé cómo son esas cosas… —

titubeó.

—Si lo sabes, ¿por qué no lo pones en práctica? Desde que tengo uso de razón no recuerdo más que escenas desagradables en esta familia, y ya estoy harta.

Los pasos de la muchacha cruzaron la galería y los Slocum permanecieron en silencio. Pasaron pocos minutos antes de que la mujer, con una voz que apenas reconocí, dijera:

—Déjala en paz, James. Te lo advierto.

Ese gutural susurro me erizó los pelos de la nuca.

4

Me dirigí al centro de la sala y me puse a hojear un número del *Theater Arts* que había sobre una mesa. A los pocos instantes volvió Marvell con un recipiente para hielo, vasos, whisky y soda tintineando sobre una bandeja de mirto.

—Perdone la tardanza, amigo. El ama de llaves está ocupada haciendo canapés y no me pudo ayudar. ¿Le gusta fuerte?

—Me lo serviré yo mismo, gracias.

Me serví un whisky con hielo y abundante soda. Todavía era temprano: poco más de las cinco, según mi reloj.

Marvell se sirvió un whisky casi puro y se lo tomó en dos tragos, mientras su nuez de Adán subía y bajaba como un huevo atrapado en la garganta.

—Los Slocum son hospitalarios, pero siempre llegan tarde. Uno tiene que arreglárselas solo. Cathy me ha dicho que es agente literario.

—En cierto modo. Trabajo para una persona que compra obras de ficción si piensa que tienen posibilidades para el cine. Luego trata de interesar a un productor o de hacer un convenio global con alguna estrella.

—Comprendo. ¿Es posible que yo conozca el nombre de ese caballero?

—No lo creo. De todos modos, no estoy autorizado para usar su nombre porque vale dinero. Hace subir los precios.

Estaba improvisando, pero conocía a unas veinte personas del ramo y algunas de ellas actuaban de ese modo.

Se reclinó en la silla y cruzó una rodilla sobre la otra. Se le veían las piernas blancas y lampiñas por encima de los calcetines caídos. Sus pestañas eran tan rubias que parecía que no tenía.

—¿Cree seriamente que mi obra puede ser material cinematográfico? He buscado una belleza más bien difícil, sabe.

Hundí mi vergüenza en el whisky con soda y esperé a que se disolviera.

Permanecí inmóvil, con una máscara sonriente en el rostro.

—Nunca tomo decisiones apresuradas. Se me paga para vigilar los teatros de verano y eso es lo que hago. Hay mucho talento joven flotando por ahí. De todos modos, tendré que ver toda la obra antes de poder hacer un informe.

—Lo vi a usted esta tarde —dijo—. ¿Qué sucedió antes de esa lamentable escena entre Cathy y su padre?

—No lo sé. Yo estaba viendo la obra.

Se levantó para servirse otro trago moviéndose de costado por la habitación como un caballo arisco.

—Esa muchacha es todo un problema —dijo por encima del hombro —. El pobre

James está atormentado por sus mujeres. Un hombre menos responsable se limitaría a huir.

—¿Por qué?

—Porque lo desangran emocionalmente.

Esbozó una leve sonrisa sobre su segunda copa.

—Comenzó su madre, cuando él era muy pequeño, y la cosa ha continuado durante tantos años que ahora ya no sabe que abusan de él. Ahora esa labor la realizan su mujer y su hija. Están agotando la sustancia emocional del pobre hombre.

Comprendió que estaba hablando demasiado y cambió de tema bruscamente.

—A menudo me he preguntado por qué su madre ha optado por vivir en una ladera desértica como ésta. Ella podría vivir en cualquier lado, ¿sabe?, lo que se dice en cualquier lado, pero prefiere secarse bajo este sol de justicia.

—A algunas personas les gusta —repliqué—. Yo también soy de California.

—Pero ¿no se cansa nunca de esta monotonía del clima, destructora del alma?

Sólo de los esnobs. De la monotonía destructora del alma de los esnobs estaba espantosamente cansado, pero expliqué, por centésima vez, que el sur de California tiene dos estaciones, como todo clima mediterráneo, y que las personas incapaces de percibir la diferencia carecen de uno o más de los cinco sentidos.

—Ya veo, ya veo —dijo, y se sirvió otra copa bien cargada mientras yo aún sorbía los restos de la primera.

El whisky no parecía afectarlo para nada. Era un Peter Pan en trance de envejecer, locuaz, suave y excéntrico. Lo único que logré descubrir es que estaba prendado de James Slocum. Todo lo que decía y hacía era tan estilizado que yo nunca podía dar con su centro, ni siquiera conjeturar dónde estaba dicho centro.

Me alegré cuando Maude Slocum entró en la habitación, con su blanca y fresca sonrisa brillando a la luz ambarina de las ventanas. Había dejado sus emociones en la galería y parecía en total dominio de sí misma, pero sus ojos me atravesaban y atravesaban la habitación.

—¡Hola, Francis!

Marvell se levantó a medias de su silla y volvió a hundirse en ella.

—Realmente, debe usted disculparme, señor Archer, soy muy mala anfitriona.

—Al contrario.

Iba ataviada para llamar la atención, con un vestido de lino de franjas negras y blancas, con un escote muy pronunciado y muy ceñido en la cintura. Le presté la atención que reclamaba.

—Francis —dijo ella con voz suave—, ¿quieres ir a buscar a James? Creo que está fuera.

—Bien, querida.

Marvell pareció complacido de tener una excusa para alejarse y salió rápidamente

de la habitación. Casi toda familia de cierta clase tiene al menos un visitante asiduo como él, obediente, inútil y desenvuelto, pero a menos que Maude Slocum y él fueran muy buenos actores, Marvell no era el tercer vértice de su triángulo.

Me ofrecí para prepararle una bebida, pero se la sirvió ella misma. Arrugó la nariz sobre el vaso.

—Odio el whisky, ¡pero a James le gusta tanto hacer los cócteles él mismo! Bien, señor Archer, ¿ha sondeado usted los secretos de la

casa, ha hecho resonar los esqueletos de la familia y todo lo demás?

La pregunta estaba formulada con humor, pero era indudable que deseaba una respuesta. Miré hacia la ventana abierta y respondí en tono más bajo:

—No. He conversado un poco con Marvell y otro poco con Cathy. No hay ningún indicio. Ningún esqueleto.

Sin embargo, había una tensión eléctrica en la casa.

—No pensará que Francis…

—Ni pienso en él ni lo comprendo.

—Es bastante simple. Diría que es un excelente muchacho. El gobierno británico le ha quitado sus rentas y está tratando desesperadamente de quedarse en los Estados Unidos. Su familia es de las que se dedican a la caza del zorro, y él no la puede soportar. —Detuvo su charla de repente y su tono de voz se hizo tímido—. ¿Qué piensa usted de Cathy?

—Es una chica inteligente. ¿Qué edad tiene?

—Casi dieciséis. ¿No es encantadora?

—Encantadora —dije, y me pregunté qué era lo que inquietaba a aquella mujer.

Yo era casi un desconocido y me pedía aprobación para ella y para su hija. Su inseguridad iba más allá de la carta que me había entregado. La acosaba alguna culpa o temor, de modo que debía entusiasmarse, sobreactuar y ser admirada para permanecer en el mismo lugar.

—Hay mucha gente encantadora en su familia, ¿verdad? —continué—. A propósito, quisiera conocer a su suegra.

—No entiendo para qué…

—Estoy tratando de hacerme una idea de la situación y ella es una figura central,

¿no es así? Digámoslo de esta manera: usted no está preocupada tanto por la primera carta, que está segura en mi bolsillo, como por los posibles efectos de una segunda carta. Si no puedo detener las cartas en su origen, tal vez pueda al menos evitar sus efectos.

—¿Cómo?

—No sé. Lo principal es que ni su marido, ni su hija, ni su suegra tomen las cartas en serio. Su marido podría divorciarse, su hija podría despreciarla…

—No diga eso.

Dejó rápidamente su vaso sobre la mesita que había entre nosotros.

—Su suegra podría suspenderles los ingresos —proseguí en tono apacible—. He estado pensando que si yo lanzara una campaña de anónimos contra toda la familia e hiciera una cantidad de acusaciones diferentes, la que a usted le perjudica podría perderse en el montón, ¿no cree usted?

—¡Oh, no! ¡No podría resistirlo, ninguno de nosotros podría!

La violencia de su reacción era sorprendente. Todo su cuerpo temblaba dentro del vestido con franjas de cebra, y sus pechos se apretaban como puños crispados en la V

de su escote.

—Sólo estaba especulando con la idea. Habría que refinada, pero algo podría hacerse con ella.

—No, es horrible. Nos cubriría a todos de fango para ocultar una cosa.

—Está bien —dije—, está bien, pero, volviendo a su suegra, ella es la que paga,

¿verdad? Quiero decir, ella mantiene la casa, ¿no?

—En realidad, el dinero también es de James. Aunque ella administrará los ingresos mientras viva, la voluntad del padre la obliga a mantenerlo. Su idea de la manutención son trescientos dólares al mes; un poco más de lo que le paga a la cocinera.

—¿Podría permitirse pagar más?

—Si quisiera, sí. Tiene las rentas de medio millón de dólares, y esta propiedad vale un par de millones. Aun así, se niega a ven1 der un solo acre.

—¿Un par de millones? No creí que fuera tan grande.

—Hay petróleo aquí debajo —dijo con amargura—. Sin embargo, para Olivia el petróleo puede quedarse bajo tierra hasta que todos nosotros desaparezcamos.

—Entiendo que no se lleva bien con su suegra.

Se encogió de hombros.

—Renuncié hace tiempo a tratar de llevarme bien con ella. Nunca me ha perdonado que me casara con James. Era su hijo mimado y yo me casé con él cuando era joven.

—Trescientos dólares al mes no son mimar demasiado, al menos cuando se tiene un capital de un par de millones.

—Es lo mismo que le daba cuando iba a la universidad.

Detalló sus motivos de queja como si hubiera estado esperando oídos dispuestos a escucharla desde hacía tiempo.

—Nunca aumentó la asignación, ni siquiera cuando nació Cathy. Durante un tiempo, antes de la guerra, nos ingeniamos para vivir con eso en nuestra propia casa.

Luego los precios aumentaron y tuvimos que volver a casa de mamá.

Formulé con el mayor tacto que pude la pregunta importante.

—¿Y qué hace James?

—Nada. Nunca le animaron a pensar en ganarse la vida. Era su único hijo y ella lo quería a su lado. Para eso le da la asignación, por supuesto. Él es de su propiedad.

Sus ojos extendían su mirada por encima de mí hacia una época desértica que se prolongaba, atrás y adelante, hasta donde alcanzaba a ver. Se me ocurrió por un instante que le haría un favor si le enseñara a la suegra la carta que tenía en el bolsillo y destruyera para siempre la unidad de esa familia. Hasta era posible que ése fuera su deseo inconsciente y el motivo de su indiscreción original, pero no estaba seguro de que hubiera sido una indiscreción y ella nunca hablaría. Después de dieciséis años de espera y de hacer planes para su hija, aguardaría hasta el final.

Se levantó repentinamente.

—Le presentaré a Olivia, ya que quiere conocerla. Al atardecer está siempre en el jardín.

Unos muros de piedra un poco más altos que yo rodeaban el jardín. En su interior, las flores centellaban y desmenuzaban la luz en casi todos los matices del espectro. El sol estaba por ocultarse detrás de

las montañas a occidente y la luz disminuía, pero las flores de la señora Slocum ardían con brillo, como si tuvieran su propio fuego.

Había fucsias, pensamientos, begonias, grandes y velludas dalias que semejaban otros tantos soles rosados. Olivia Slocum trabajaba entre ellas con unas tijeras cuando llegamos. Parecía de forma y tamaño indeterminados dentro de su desteñido vestido de lino y con su ancho sombrero de paja; estaba lejos, inclinada entre las flores.

La nuera la llamó con un leve tono de reproche en la voz.

—¡Mamá! ¡No debe esforzarse de ese modo! Ya sabe lo que dijo el médico.

—¿Qué dijo el médico? —le pregunté en voz baja.

—Tiene débil el corazón, cuando le conviene.

Olivia Slocum se enderezó y avanzó hacia nosotros al tiempo que se quitaba los guantes sucios de tierra. Su rostro era bello, de una suave, vaga y pecosa belleza, y mucho más joven de lo que yo suponía. Había imaginado una mujer flaca y agria que andaría por los setenta años, sosteniendo con sus manos huesudas las riendas de la Adda de los otros, pero aquella mujer no tenía más de cincuenta y cinco, y llevaba muy bien su edad. Entre las tres generaciones de mujeres Slocum había demasiada poca diferencia de edad para vivir sin roces.

—No seas ridícula, querida —dijo a Maude—. El médico dice que el ejercicio suave me hace bien. De todos modos, me gusta trabajar en el jardín cuando cae la tarde.

—Bien. Mientras no se canse demasiado.

La voz de Maude sonaba gruñona y sospeché que las dos mujeres nunca estaban de acuerdo en nada.

—Le presento al señor Archer, mamá. Vino de Hollywood para ver la obra de Francis.

—¡Qué amable! ¿Y ya la ha visto, señor Archer? He oído decir que James está muy bien en el papel principal.

—Es muy buen actor.

La mentira salía con más facilidad de mi boca cuanto más la repetía, pero aún me dejaba un gusto desagradable en la lengua.

Maude se excusó y volvió a la casa, después de lanzarme una extraña mirada. La señora Slocum levantó ambos brazos para quitarse el sombrero de paja entrelazada.

Mantuvo esa pose durante un buen rato y volvió la cabeza para que yo pudiera ver su perfil. La vanidad era su punto flaco. Permanecía atada a su belleza perdida y no podía envejecer ni dejar crecer a su hijo. Finalmente, terminó de quitarse el sombrero, después de esa larga pausa. Llevaba el cabello teñido de un rojo brillante y se lo peinaba con un flequillo sobre la frente.

—James es una de las personas más versátiles del mundo —dijo—. Lo eduqué de modo que pusiera un interés creador en todo y debo decir que ha justificado mi fe.

Usted sólo lo conoce como actor, por supuesto, pero pinta de forma bastante aceptable y tiene una hermosa voz de tenor. Últimamente hasta ha empezado a escribir poesías. Francis ha sido un gran estímulo para él.

—Un hombre brillante —comenté.

Tuve que decir algo para detener el flujo de sus palabras.

—¿Francis? Ah, sí. Aunque no tiene ni la décima parte de la energía de James.

Sería una bendición para él poder despertar el interés de Hollywood. Me ha pedido que lo respalde, pero no puedo permitirme especular en ese tipo de cosas, por supuesto. Presumo que está usted vinculado con los estudios, señor Archer.

—Indirectamente.

No quería verme obligado a dar explicaciones. Ella hablaba como una cotorra, pero sus ojos eran sagaces. Para cambiar de tema, dije:

—En realidad, me gustaría salir de Hollywood. Es un lugar ulcerante. Una vida tranquila en el campo me vendría bien, si pudiera conseguir una propiedad en un lugar como éste.

—¿Un lugar como éste, señor Archer? —dijo con cautela, y sus ojos verdes se velaron como los de un loro.

Su reacción me sorprendió, aun así seguí disparatando.

—Nunca he visto un lugar que me guste más para vivir.

—Ya veo que lo envía Maude. —Su voz era hostil y áspera—. Si usted representa a la gente de Pareco, debo pedirle que abandone mi finca ahora mismo.

—¿Pareco?

Ése era el nombre de una marca de gasolina y mi única vinculación con ella era que de vez en cuando la usaba en mi automóvil. Así se lo dije.

Observó minuciosamente mi rostro y, al parecer, decidió que no mentía.

—La Pacific Refinery Company ha tratado de hacerse con mi propiedad. Han estado asediándome durante años, y esto me ha hecho desconfiar de los extraños.

Sobre todo cuando expresan un interés por los bienes raíces.

—Mi interés es totalmente personal —dije.

—Perdóneme si le he ofendido, señor Archer. Los sucesos de los últimos años me han amargado, me temo. Yo amo este valle. Cuando mi marido y yo lo vimos por primera vez, hace más de treinta años, nos pareció el paraíso terrenal, el valle del sol.

Tan pronto como pudimos, compramos esta encantadora y vieja casa y las colinas que la rodean, y cuando él se retiró nos vinimos a vivir aquí. Mi marido está enterrado en este lugar, él era más viejo que yo, y yo tengo la intención de morir aquí también. ¿Le parezco sentimental?

—No.

Su amor por el lugar era más fuerte que el sentimentalismo y hasta un poco atemorizador. Su pesado cuerpo inclinado sobre el portón parecía monumental a la luz del atardecer.

—Puedo comprender su afecto por un lugar como éste.

—Formo parte de él —continuó diciendo con voz gutural—. Han arruinado la ciudad y profanado el resto del valle, pero no tocarán mi meseta. Ya se lo he advertido, aunque ellos nunca quieren aceptar mi negativa. Les dije que las montañas seguirían aquí mucho tiempo después de que ellos se fueran, pero no entendieron lo que les quise decir.

Me dirigió una fría mirada verde.

—Creo que me entiende, señor Archer. Usted es muy simpático.

Murmuré una afirmación de algún género. Comprendía muy bien parte de sus sentimientos. Un amigo mío que es profesor de economía en la Universidad de Los Ángeles lo habría llamado la *mística* de la propiedad. Lo que no lograba comprender era el poder de su obsesión. Tal vez se explicaba por el hecho de que se sentía acosada, con su nuera como quintacolumnista en la casa.

—A veces tengo la sensación de que las montañas son mis hermanas…

Se interrumpió bruscamente, como si de pronto se diera cuenta de que estaba a punto de exaltarse. Yo pensaba que le sobraba egolatría para proveer a un dictador, y que todavía le sobraría bastante para un par de *gauletiers*. Tal vez ella advirtió el cambio de mi expresión.

—Sé que está deseando ir a la fiesta —dijo, y me estrechó la mano brevemente—.

Fue muy amable de su parte venir a hablar con una vieja como yo.

Volví a la casa por un corredor de elevados cipreses italianos que daba a un prado donde había una pequeña piscina con el sistema de filtración disimulado tras un seto de cipreses. En un extremo, un trampolín cubierto de arpillera se destacaba por encima del agua. El agua de la piscina estaba tan quieta que parecía sólida, como una

superficie pulida que reflejaba los árboles, las montañas distantes y el cielo. Miré el cielo hacia el oeste, donde el sol se había hundido detrás de las montañas. Las nubes se contorsionaban en un fuego rojizo, como si el sol se hubiera sumergido en el mar invisible y lo hubiera incendiado. Sólo las montañas se elevaban oscuras y firmes frente al cielo ardiente.

5

El ruido de un motor que se aproximaba me detuvo en un rincón de la galería. Había varios coches más en la explanada frente a la casa: un Jaguar deportivo, un Cadillac de cola de pescado y un antiguo Rolls con rayos metálicos y un largo y cuadrado morro británico. Apareció otro entre las filas de palmeras, un silencioso coche negro con un faro rojo montado sobre el frente. Lo observé mientras aparcaba. Un coche de policía en ese conjunto parecía tan fuera de lugar como un tanque Sherman en una carrera de caballos.

Un hombre bajó del coche negro y subió por el sendero de losas que ascendía por las terrazas frente a la casa. Era alto y delgado, un potente conjunto de músculos que se movía con inesperada velocidad y silencio. Aun con pantalones y americana, y con camisa de seda abierta en el cuello, irradiaba la autoridad que da un uniforme y tenía el porte de un policía o un soldado veterano. De ojos oscuros, nariz con caballete, boca ancha y mandíbula larga, su rostro era un mapa en relieve de todas las pasiones masculinas. Su cabello corto, del color de la paja descolorida, se le erizaba en la cabeza y brotaba de la abertura de la camisa en la base de su musculoso cuello.

Avancé un paso para que me viera y dije:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Mordió las palabras con limpios y blancos dientes y sonrió automáticamente; luego subió los escalones que conducían a la galería.

Echó una mirada a su alrededor, como si se sintiera incómodo, antes de golpear la puerta. Lo observé por encima de la barandilla de la galería y nuestros ojos se encontraron durante un instante fugaz. Iba a hablarle de nuevo —para decir algo concerniente al tiempo—

cuando observé a Cathy enroscada en la mecedora del porche como una hora antes. Estaba inclinada hacia delante, observando al hombre atentamente.

Sus ojos se desplazaron hacia la muchacha y dio un paso hacia ella.

—¿Cathy? ¿Cómo estás, Cathy? —dijo con voz vacilante e incierta, la de un hombre que habla con un chiquillo que no conoce.

La única respuesta de Cathy fue un cloqueo en lo profundo de la garganta. Con lento atrevimiento, se levantó de la mecedora y caminó hacia él en silencio. Pasó a su lado, descendió los escalones y giró por la esquina de la galería sin volver la cabeza ni una vez. El hombre dio media vuelta y levantó a medias una mano, que permaneció olvidada en el aire hasta que ella se perdió de vista. La gran mano, abierta y fútil, se convirtió en un puño. Se volvió hacia la puerta y la golpeó dos veces como si tuviera un rostro humano.

Subí los escalones detrás de él mientras esperaba.

—Tenemos buen tiempo —dije.

Me miró sin oír lo que yo decía y sin ver mi cara.

—Sí.

Maude Slocum abrió y nos abarcó con una sola mirada rápida.

—¿Ralph? —dijo al otro hombre—. No lo esperaba.

—Me encontré hoy con James en la ciudad y me invitó a pasar por aquí y tomar una copa.

Su voz pesada tenía un tono de excusa.

—Entre, pues —dijo ella sin afabilidad—, ya que James lo invitó.

—No, si no soy bien recibido —respondió hoscamente.

—¡Entre, Ralph! Parecería bastante extraño que llegara hasta la puerta y se fuera otra vez. ¿Y qué me diría James?

—¿Qué suele decir?

—Nada, nada en absoluto.

Si había alguna broma entre ellos, no entraba en mi longitud de onda.

—Pase y tome una copa, Ralph.

—Que conste que me ha obligado —dijo él haciendo una mueca, y pasó junto a ella por la puerta.

Casi imperceptiblemente, el cuerpo de la mujer se arqueó para alejarse de él. El odio o algún otro sentimiento la había puesto tensa como la cuerda de un arco.

Permaneció en la puerta y desplazó las caderas como para obstaculizarme el paso.

—Por favor, váyase, señor Archer. ¿Me haría usted el favor?

Trató de adoptar un tono agradable y ligero, pero fracasó.

—Qué poco hospitalaria es usted, ¿verdad? Aparte del hecho curioso de que contrató mis servicios para que yo viniera.

—Lo siento. Temo que se esté creando una situación difícil, y no puedo soportar además la tensión de tenerlo a usted rondando por aquí.

—¡Y yo que pensaba que era bien recibido en toda reunión! Hiere mi amor propio, señora Slocum.

—No es asunto de broma —me dijo de modo tajante—. No sé mentir muy bien.

Por eso evito las situaciones en que es necesario hacerlo.

—¿Y quién es ese fornido y sediento personaje?

—Uno de los amigos de James. No veo el objeto de estas preguntas.

—¿James tiene muchos amigos policías? No pensé que fuera el tipo de persona que suele tener amigos entre los policías.

—¿Conoce a Ralph Knudson?

La sorpresa hacía que su cara pareciese más alargada.

—Conozco el patrón con el que están hechos. —Tenía en mi haber cinco años en

el cuerpo de policía de Long Beach—. ¿Qué hace un tosco policía en una reunión de artistas en las colinas?

—Tendrá que preguntárselo a James, pero no ahora. Tiene fantasías muy peculiares con respecto a la gente.

No era una mentirosa muy convincente.

—Por supuesto, el señor Knudson no es un policía cualquiera. Es el jefe de policía de la ciudad y creo que tiene una hoja de servicios muy distinguida.

—Pero usted no lo quiere en sus fiestas, ¿verdad? Yo fui policía y en cierto modo aún lo soy. He sentido en carne propia ese esnobismo.

—¡Yo no soy una esnob! —dijo con fiereza.

Al parecer, había puesto el dedo en algo que ella valoraba.

—Mis padres eran gente sencilla y yo siempre he odiado a los esnobs. Pero ¿por qué tengo que estar defendiéndome de usted?

—Entonces déjeme entrar para tomar una copa. Prometo ser muy simpático y afable.

—Es usted terriblemente persistente… Como si yo no tuviera ya bastantes problemas. ¿Por qué es tan insistente?

—Por curiosidad, supongo. Estoy empezando a interesarme en el caso. Tiene aquí un escenario muy atractivo. Nunca he visto un hilo de pescar con tantos nudos.

—Supongo que se da cuenta de que puedo despedirlo si continúa haciéndose tan odioso.

—No lo hará.

—¿Por qué no lo haré?

—Me parece que espera dificultades. Usted misma dijo que se estaba creando una situación complicada. Puedo olería en el aire. Y es posible que su amigo policía no haya venido hasta aquí sólo para divertirse.

—No sea melodramático. Y además, él no es mi amigo. Francamente, señor Archer, nunca he tenido que tratar con un… empleado más difícil que usted.

La palabra no me gustó.

—Tal vez le ayude considerarme un colaborador independiente. En este caso, se espera que yo construya una casa sin acercarme al terreno.

«O quizá que demuela la casa», pero eso no lo dije. Ella me miró fijamente durante veinte o treinta segundos. Al fin su boca generosa

esbozó una sonrisa y se abrió.

—¿Sabe? Creo que me gusta, ¡maldita sea! Muy bien. Entre y reúnase con esa maravillosa gente. Le prepararé una bebida.

—Me ha convencido.

Recibí mi bebida y perdí a mi anfitriona al mismo tiempo tan pronto como entramos en el gran salón. Ralph Knudson, el hombre corpulento que no era amigo de

ella, interceptó su mirada cuando me alargó el vaso. Ella se dirigió hacia él. Su marido y Francis Marvell estaban sentados en la banqueta del piano con las cabezas juntas y hojeaban un grueso volumen de música. Miré a mi alrededor, al resto de toda aquella maravillosa gente. Estaba la señora Galloway, actriz aficionada, con una sonrisa profesional que se encendía y apagaba como un cartel luminoso; un hombre calvo con pantalones de franela blancos, que lucía un tostado color caoba y fumaba exquisitamente un pequeño cigarrillo marrón en una larga boquilla verde y dorada; un gordo de tupida cabellera gris, con traje de lana de dos colores y hombreras, y que resultó ser una mujer cuando movió las piernas cubiertas con medias de nailon; una mujer de gesto desmañado reclinada sobre el brazo del sillón que estaba al lado, con un largo y oscuro rostro trágico y un cuerpo feo; un joven que se movía grácilmente por la sala sirviendo bebidas a todos y alisándose el cabello en las sienes; una pequeña mujer regordeta que hacía oír el retintín de sus brazaletes y pendientes cuando se callaba.

Los oí hablar. Hablaban de existencialismo, de Henry Miller, Truman Capote y Henry Moore. De André Gide, Anais Nin y Djuna Barnes. Y sobre todo de sexo.

Sexo cocido, frito, pasado por agua, batido o revuelto. Sexo para solista, para dúo, para trío o cuarteto; para coro masculino; para coro y orquesta sinfónica, y para clavicordio y tiempo de tres por

cuatro. También se hablaba de Albert Schweitzer y de la dignidad de todo ser viviente.

El gordo, que estaba escuchando a la mujer tintineante, acercó su rostro a ella y quedó absorto en su bebida. Ella miró alrededor con ojos brillantes y alegres como un pájaro; me vio y cogió su vaso, que tenía una bebida verde. Se sentó en un almohadón junto a mí, cruzó sus tobillos regordetes para que yo pudiera apreciar la pequeñez de sus pies y tintineó:

—¡Me gusta tanto la crema de menta; es tan rica! Siempre la tomo cuando llevo mis esmeraldas.

Meneó su cabeza de pájaro y resonaron los pendientes. Eran del color apropiado, pero demasiado grandes para ser auténticos.

—Yo siempre como ostras cuando llevo mis perlas.

Su risa tenía la misma calidad que su voz y era una octava más alta. Decidí no hacerla reír, si era posible.

—Usted es el señor Archer, ¿verdad? He oído muchas cosas interesantes de usted.

Mi hija actúa en Nueva York. Su padre le pide constantemente que vuelva a casa porque le cuesta un montón de dinero, por supuesto, pero yo le digo que, después de todo, sólo será joven una vez. ¿No cree?

—Algunas se las ingenian para serlo dos veces, si viven suficiente tiempo.

Lo dije como un insulto, pero ella pensó que era divertido y me brindó de nuevo el curioso don de su risa.

—Debe de haber oído hablar de Felice. Baila con el nombre de Felice France.

Leonard Lyons la ha mencionado varias veces. El señor Marvell piensa que también tiene talento dramático; le hubiera encantado que representara el papel de la ingenua.

Pero Felice está entregada en cuerpo y alma a la danza. Tiene un cuerpo muy, muy hermoso. Yo también tuve un cuerpo realmente bonito.

Se palpó meditabunda, como un carnicero que tienta la carne colgada desde hace demasiado tiempo.

Miré a lo lejos, hacia cualquier parte, y vi a James Slocum de pie junto al piano.

Marvell tocó algunos acordes iniciales y Slocum comenzó a cantar la *Balada de Barbara Alien*, con una fina voz de tenor. El fluir de la melodía fue llenando la sala como agua clara y el rumor de la conversación se acalló. El rostro de Slocum estaba sereno y radiante; era el rostro de un muchacho. Antes de terminar la canción, en la sala todo el mundo lo observaba, cosa que él sabía y deseaba. Era Peter Pan fuera del tiempo. La canción había matado al cocodrilo con el reloj en la panza.

—¡Exquisito! —Los pendientes de esmeraldas tintinearon—. Por alguna razón siempre me recuerda a Escocia. Edimburgo es realmente uno de mis lugares favoritos de todo el mundo. ¿Cuál es su lugar favorito del mundo, señor Archer?

—Diez pies por debajo del agua en La Jolla, mientras observo los peces con las gafas submarinas.

—¿Son tan terriblemente fascinantes los peces?

—Tienen algunas cualidades agradables. No tiene que mirarlos, si no quiere.

Además, no hablan.

Por debajo de su risa de pajarito y ahogándola, una gruesa voz masculina dijo:

—Ha estado muy bien, James. ¿Por qué no cantan a dúo, usted y Marvell?

Era Ralph Knudson. La mayoría de los ojos de la habitación se desplazaron hacia él y se apartaron de nuevo. Su abultado rostro rebosaba sangre y malicia. Maude Slocum estaba de pie junto a él y frente a su marido. Slocum se quedó quieto, blanco como la nieve. Marvell permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el teclado y de espaldas a la sala. Aunque no llegaba a la violencia homicida, la atmósfera alrededor del piano era de las peores que había visto nunca.

Maude Slocum avanzó, moviéndose con soltura desde Knudson hasta su marido, y le tocó el brazo. Él se apartó, pero ella persistió.

—Estaría bien si Francis tuviera una voz como la tuya —dijo simple y serenamente—. Pero ¿por qué no cantas tú solo? Yo te acompañaré.

Ocupó el lugar de Marvell en la banqueta del piano y tocó mientras su marido cantaba. Knudson los observaba, sonriendo como un tigre. Sentí deseos de ir a dar un largo paseo en coche solo.

6

El fuego del cielo se había extinguido, sólo quedaban largas hebras de nubes como restos de cenizas lívidas en la noche. Todo lo que

pude ver de las montañas fueron sus sombras gigantescas sosteniendo el cielo tenuemente iluminado. Algunas lucecillas salpicaban las laderas; los faros de un automóvil brillaron al otro lado del valle y se perdieron luego en la oscuridad. Después la noche quedó tan silenciosa que el movimiento parecía imposible, y todos nosotros, insectos atrapados en el ámbar mortal. Me moví y rompí el hechizo bajando a tientas por las terrazas resbaladizas a causa del rocío junto al sendero de losas.

Empuñé el picaporte de la puerta izquierda de mi descapotable. Los faros se encendieron con un clic. Por reflejo, mi mano derecha buscó debajo de la americana un revólver que no tenía. Luego vi la mano de la muchacha sobre la llave; su rostro, como el de un espectro, se inclinó hacia mí.

—Soy yo, señor Archer, Cathy.

Había un aire nocturno en su voz y en sus ojos; la noche estaba atrapada en su cabello como una bruma. Llevaba un abrigo de lana suave abotonado hasta el mentón. Era una de esas muchachas que yo observaba a distancia en el instituto y que nunca había podido tocar; las chicas que tenían petróleo, oro o dinero de bienes raíces disuelto en la sangre como añil. Además era lo bastante joven para poder ser mi hija.

—¿Qué haces aquí?

—Nada.

Se reclinó contra el asiento y yo me deslicé detrás del volante.

—Encendí las luces para usted. Perdóneme si lo asusté. No era mi intención.

—¿Por qué elegiste mi coche? Podías haber ido a uno de los tuyos.

—Tenemos dos, pero papá guarda las llaves. Además, me gusta el suyo. El asiento es muy cómodo. ¿Puedo ir con usted?

Dio a su voz la zalamera inflexión de una niña pequeña.

—¿Adónde?

—Adonde usted vaya. ¿A Quinto? Por favor, señor Archer.

—No. Eres demasiado pequeña para andar sola por ahí de noche.

—No es tan tarde, y además iré con usted.

—Aunque vayas conmigo —dije—. Es mejor que vuelvas a casa, Cathy.

—No volveré. Odio a esa gente. Me quedaré fuera toda la noche.

—Conmigo no. Yo me voy.

—¿No me lleva con usted?

Sentí temblar su mano cogiendo mi brazo. Había en su voz un ruido como de tiza sobre un pizarrón húmedo que me hería los oídos. El aroma de su cabello era tan

limpio y extraño como el de la muchacha pelirroja que se sentaba delante de mí en el colegio.

—No soy una niñera —dije ásperamente—. Y a tus padres no les gustaría. Si hay algo que te inquieta, háblalo con tu madre.

—¡Con ella!

Se apartó de mí y se quedó petrificada, con los ojos fijos en la casa iluminada.

Bajé del automóvil y abrí la puerta del otro lado.

—Buenas noches.

No se movió, ni siquiera para mirarme.

—¿Te bajas por tus propios medios o quieres que te levante por el cuello?

Se volvió hacia mí como un gato, con los ojos dilatados.

—¡No se atrevería a tocarme!

Tenía razón. Di unos pasos hacia la casa, moliendo colericamente la grava con los talones; ella descendió del coche y vino detrás de mí.

—Por favor, no los llame. Les tengo miedo. Ese Knudson…

Se detuvo al borde de la luz del automóvil, con el rostro blanqueado por ella y los ojos como manchados de tinta negra.

—¿Qué le pasa?

—Mamá siempre me pide que sea amable con él. No sé si quiere que me case con él o qué. No puedo decírselo a papá porque lo mataría. No sé qué hacer.

—Lo siento, Cathy, pero no eres mi hijita.

Hice el ademán de tocarle el hombro, entonces ella se apartó como si yo estuviera apestado.

—¿Por qué no le dices a la cocinera que te prepare un poco de leche caliente y te acuestas? Las cosas suelen verse mejor por la mañana.

—Mejor por la mañana —repitió con una ironía sin tono y vacía.

Todavía estaba parada, tensa y erguida, con las manos apretadas a los costados, cuando comencé a hacer retroceder el coche. El haz de luz blanca se desvió cuando giré y la dejó en la oscuridad.

Me detuve en el portón, pero estaba abierto y lo atravesé. Unos pocos metros más adelante apareció en el camino un hombre alto que hacía gestos con el pulgar para que lo llevara. Iba a pasar de largo cuando vislumbré su rostro: Pat Reavis. Frené en seco y él vino corriendo.

—Muchas gracias, señor.

Olía intensamente a whisky pero no parecía borracho.

—¿El reloj del tablero funciona?

Comparé la esfera iluminada con mi reloj. Ambos indicaban las ocho y veintitrés minutos.

—Parece que sí.

—Es más tarde de lo que pensaba, entonces. No me gusta andar. En la infantería de marina anduve para todo el resto de mi vida. Mi coche está en el garaje, con el morro aplastado.

—¿Dónde dice que anduvo tanto?

—En muchos lugares. Desembarqué en Guadalcanal con los comandos de Carlson, entre otras cosas. Pero dejemos eso. ¿Conoce usted a los Slocum?

Para hacerle hablar dije:

—Todo el mundo conoce a los Slocum.

—Sí, sin duda —respondió en el mismo tono—. Toda esa clase… Lo que necesitan los Slocum es un balazo —agregó, aunque en tono humorístico—. ¿Trata de venderles algo?

—Seguros de vida.

Estaba cansado de fingir interés en la obra de Marvell.

—¿En serio? Es de risa —dijo, y se rió para demostrarlo.

—La gente muere —respondí—. ¿Es tan divertido eso?

—Le apuesto diez contra uno a que no consigue vender sus seguros. Ni lo conseguirá jamás. La vieja vale más muerta que viva, y los otros no tienen un centavo.

—No le entiendo. He oído decir que disfrutan de una buena posición, que son ricos.

—Sin duda. La vieja está sentada sobre un par de millones en petróleo, pero no quiere vender ni alquilar. Slocum y su mujer no ven la hora de que se muera. El día que ella se muera estarán en una agencia de viajes comprando pasajes para dar la vuelta al mundo en un crucero de lujo. El petróleo que hay bajo tierra es su seguro de vida, de modo que no siga usted perdiendo el tiempo.

—Le agradezco el dato. Mi nombre es Archer.

—Reavis —contestó—, Pat Reavis.

—Parece conocer muy bien a los Slocum.

—Desgraciadamente, sí. He sido su chófer durante los últimos seis meses. Pero ya no lo soy. Los muy cerdos me despidieron.

—¿Por qué?

—¡Yo qué sé! Tal vez se cansaron de mi cara. Yo me cansé de ellos.

—Sin embargo, tienen una hija muy guapa. ¿Cómo se llama?

—Cathy.

Entonces él me lanzó una mirada rápida y abandoné el tema.

—La mujer también es bastante atractiva.

—Lo era, supongo. Ya no. Se está convirtiendo en otra puta, como la vieja.

Algunas mujeres se echan a perder igual que la leche cuando no tienen un hombre que les cante las cuarenta.

—¿Está Slocum, no es así?

—Me refiero a un hombre —resopló—. Pero ¡demonios!, estoy hablando demasiado.

El coche atravesó la colina que señalaba el borde de la meseta. Los faros barrían la vacía oscuridad y penetraban en el valle. Había algunos islotes brillantes a ambos lados de la carretera, donde las cuadrillas nocturnas trabajaban para abrir nuevos pozos de petróleo. Más abajo, por la pendiente, los tanques de petróleo pintados de aluminio se extendían bajo los reflectores como una fila de enormes dólares de plata en una apuesta. Al pie de la colina empezaron las luces de la ciudad, blancas y dispersas en las afueras, apiñadas y de abigarrados colores en el sector comercial, donde lanzaban un destello ígneo sobre los edificios.

El tráfico por la calle principal era lento e imprevisible. Viejos coches sin guardabarros amenazaban a mi guardabarros. Coches reconstruidos con partes de otros coches, muy bajos y llenos de animales nocturnos, merodeaban por las calles iluminadas con luz de neón con el escape abierto. Un hombre que iba en un Buick especial se detuvo bruscamente en mi camino para besar a la mujer que tenía al lado y siguió conduciendo con la boca de la mujer pegada a su cuello. Los carteles anunciaban COMIDAS, BEBIDAS, CERVEZAS, LICORES. ANTONIO’S, BLLL’S, HELEN’S, THE

BOOTS AND SADDLE. Pequeños grupos de hombres reunidos en las aceras hablaban, reían, gesticulaban y se separaban atraídos por los bares.

Reavis estaba sintiendo esa atracción; los ojos le brillaban.

—Déjeme en cualquier parte, por aquí —dijo impaciente—. Y un millón de gracias.

Me aparté en el primer espacio vacío y apagué las luces y el motor. Ya con una pierna fuera de la puerta, Reavis me miró.

—¿Se queda en la ciudad esta noche?

—Tengo habitación en Quinto, pero ahora voy a tomar un trago.

—Vamos juntos, amigo. Venga, le mostraré el mejor sitio de la ciudad. Debería cerrar con llave su automóvil.

Retrocedimos una manzana y entramos en Antonio's. Era un gran salón con el techo elevado y oscuro, con mesas a lo largo de una pared y un mostrador de cincuenta pies a la izquierda. En el extremo más lejano, un cocinero trabajaba envuelto en una nube de vapor. Encontramos dos asientos vacíos cerca de él. Todo en el local parecía tener algunos años, pero estaba bien conservado. Las colillas de cigarrillos en el suelo eran recientes. La agrietada superficie de caoba del mostrador estaba limpia y lustrosa. Reavis apoyó los brazos en él como si le perteneciera.

Llevaba arremangadas las mangas de la llamativa camisa y sus brazos parecían tan pesados y duros como la madera sobre la que reposaban.

—Bonito lugar —dije—. ¿Qué quiere beber?

Su respuesta me sorprendió.

—¡No, no! Invito yo. Usted me trata como a un caballero, y yo le trato como a un caballero.

Se volvió y sonrió abiertamente, mirándome bien de frente, por lo que tuve la oportunidad de estudiarlo por primera vez. Tenía los dientes blancos y los ojos negros, francos y juveniles; los rasgos firmes y despejados. Reavis poseía un gran encanto rudo, pero por debajo le faltaba algo. Se podía hablar con él toda la noche sin llegar a su fondo, porque no lo tenía.

Me ofreció su sonrisa durante demasiado tiempo, como algo en venta. Me puse un cigarrillo en la boca.

—Acaba de quedarse sin trabajo. Pagaré yo.

—Hay trabajo a montones —dijo—, pero pague si quiere. Yo bebo whisky irlandés de Bushmill.

Estaba buscando una cerilla cuando se prendió un mechero bajo mis narices y encendió mi cigarrillo. El barman se había aproximado silenciosamente. Era un hombre de estatura media, lisa cabeza calva y delgado rostro ascético.

—Buenas noches, Pat —dijo sin expresión, volviendo a colocar el mechero en el bolsillo de su chaqueta blanca—. ¿Qué beben los señores?

—Bushmill para él. Un cóctel de whisky para mí.

Asintió con la cabeza y se alejó, ágil y equilibrado como un bailarín.

—Tony es un hijo de puta con sangre fría —dijo Reavis—. Cogerá su dinero durante seis meses y luego lo despachará con una taza de café si le parece que está borracho. Ahora, que yo no soy Jesucristo…

—Disculpe mi error.

—Eres un buen chico, Lew.

Sonrió de nuevo con su gran sonrisa ruda, pero se apresuraba demasiado en el uso del tuteo.

—¿Qué te parece si vamos de juerga y nos divertimos un poco? Conozco a una bonita rubia que se oculta en Helen’s. Gretchen puede encontrarte pareja. La noche aún es joven.

—Más joven que yo.

—¿Qué problema tienes? ¿Eres casado o algo así?

—Actualmente, no. Pero tengo que conducir mañana temprano.

—¡Vamos, hombre! Un par de copas te harán sentir mejor. Ésta es una ciudad abierta de par en par.

Cuando llegaron las bebidas, tomó la suya rápidamente y se dirigió hacia una puerta oscilante con el cartel de «caballeros». El barman me observó mientras yo sorbía mi cóctel de whisky.

—¿Está bueno?

—Muy bueno. Usted no ha aprendido en Nopal.

Sonrió fríamente, como puede sonreír un monje ante el recuerdo de un momento de éxtasis.

—No. Comencé a los catorce años en los grandes hoteles de Milán. Me gradué antes de los veintiuno en las Líneas de Navegación Italianas.

Su acento era francés, suavizado por un dejo de italiano nativo.

—Todo ese aprendizaje para mezclar bebidas a una pandilla de borrachos de los campos petroleros.

—Nopal es un buen lugar para hacer dinero. Compré este local por treinta y cinco mil dólares y en un año pagué la hipoteca. Dentro de cinco años me retiro.

—¿A Italia?

—¿Adónde si no? ¿Es amigo de Pat Reavis?

—Es la primera vez que lo veo.

—Tenga cuidado, entonces —dijo en tono seco y sereno—. Por lo general es un muchacho muy agradable, pero también puede ser muy desagradable. —Se dio un golpecito en la cabeza calva—. Pat tiene un problema: no conoce límites. Si está borracho o colérico, es capaz de cualquier cosa. Además, es mentiroso.

—¿Ha tenido problemas con él?

—No. Yo no. Yo no tengo problemas con nadie.

En su rostro pude ver por qué. Tenía la autoridad de un hombre que lo ha visto todo y no ha cambiado por eso.

—Yo tampoco suelo tener problemas, pero gracias.

—De nada.

Reavis volvió y extendió su pesado brazo sobre mi hombro.

—¿Cómo estás, chico? ¿Te sientes más joven ahora?

—No lo suficiente para soportar más peso —le dije, y me aparté.

Su brazo cayó.

—¿Qué te pasa, Lew? —preguntó mirando al barman, que nos observaba—.

¿Tony ha estado hablando mal de mí, como de costumbre? Nunca creas a un italiano, Lew. No permitas que un «taño» arruine los comienzos de una hermosa amistad.

—Me gustan mucho los italianos —repliqué.

—Le estaba diciendo al caballero que eres un mentiroso, Pat — declaró el barman de forma lenta y clara.

Reavis se sentó y aguantó. Sus labios dejaron al descubierto sus hermosos dientes blancos, pero no dijo una palabra. Me puse un cigarrillo en la boca. El encendedor estaba prendido frente a mí antes de que pudiera buscar una cerilla. Normalmente me opongo a ser servido así, no obstante, cuando un hombre desempeña su papel a la perfección es un placer verlo actuar.

—Otras dos de lo mismo —dije a sus delgadas e impasibles espaldas cuando se

alejaba.

Reavis me miró como un perro agradecido. Sin embargo, yo lo observaba por si tenía rabia.

7

Otras dos copas, que yo pagué, restauraron la opinión que tenía Reavis de sí mismo y le devolvieron la locuacidad. Me contó que había sido ascendido en el campo de batalla de Guadalcanal, para convertirse en el capitán más joven de todo el Pacífico.

Que la Oficina de Servicios Estratégicos supo de sus proezas y le dio una asignación secreta para perseguir a espías y saboteadores. Que el *Saturday Evening Post* le ofreció varios miles de dólares por un artículo acerca de sus experiencias personales, pero que había jurado mantener el secreto y, además, tenía otras fuentes de ingresos.

Me contó que podía andar una manzana sobre las manos y que lo hacía con frecuencia. Y estaba a punto de enumerarme una interminable lista de amiguitas a las que había servido y dejado satisfechas cuando alguien apareció detrás de mí y me tocó en el hombro.

Vi un sucio sombrero de fieltro gris, unos ojos de un gris sucio, una larga nariz indagatoria con una punta ligeramente redondeada y una boca sin labios, como el surco que forma una cicatriz. Su rostro parecía desproporcionado en el espejo del bar, y siguió pareciéndolo cuando me volví. Las comisuras de su boca tenían manchas de nicotina.

—¿Lewis Archer?

—Sí.

—Vi su coche en la calle y pensé que estaría en uno de estos bares. Soy Franks, sargento-detective.

—¿Problemas de aparcamiento? No vi ningún cartel.

La cicatriz se abrió y mostró unos dientes amarillos. Al parecer, el sargento-detective Franks se divertía a su modo.

—Problemas de muerte, señor Archer. El jefe telefoneó y dijo que lo buscáramos.

—La señora Slocum —dije, y comprendí que le tenía aprecio. A menudo las buenas personas son las que molestan.

—¿Cómo sabía que se trataba de la anciana…?

—¿No se trata entonces de la joven señora Slocum, la mujer de James Slocum?

—No, se trata de la anciana —contestó, como si eso tuviera que darse por supuesto.

—¿Qué le sucedió?

—¿No lo sabe? Pensé que lo sabría. El jefe dice que usted fue la última persona que la vio con vida.

Desvió su rostro con gesto esquivo y escupió al suelo. Me levanté repentinamente. Puso la mano en la cadera derecha y la dejó ahí.

—¿Qué le sucedió? —repetí.

—La vieja se ahogó. La encontraron en la piscina hace poco. Tal vez saltó por diversión, o tal vez alguien la empujó. Nadie va a nadar de noche con la ropa puesta.

Sobre todo si no sabe nadar y tiene un corazón débil. El jefe dice que parece asesinato.

Volví la vista hacia Reavis y vi que su asiento estaba vacío. La puerta con el cartel de «caballeros» oscilaba ligeramente sobre sus bisagras. Fui hacia ella y la abrí de par en par. Al extremo del pasillo vi la sombra de un hombre pasando por una puerta abierta; luego desapareció. Al mismo tiempo sonó un balazo a mis espaldas y algo sacudió la puerta bajo mi mano. Una bala muerta cayó al suelo, a mis pies, en medio de una lluvia de astillas. La recogí y me volví para mirar a Franks, pasando la bala de una mano a la otra porque estaba caliente. Franks avanzó de costado, con una pistola del cuarenta y cinco en las manos.

—Quieto o la próxima vez disparo a matar.

La gente que estaba en la sala había formado un grupo detrás de él, como un cuerpo jadeante con veinte cabezas que observaban. Antonio, tranquilo y burlón, lo observaba desde detrás del mostrador.

—¿Tiene el gatillo fácil, sargento? ¿Quién le dio una pistola con balas de verdad?

—Levante las manos, y cuidado con lo que dice.

Le arrojé el trozo de plomo y puse las manos sobre la cabeza. Tenía menos pelo que antes. Franks cogió la bala con la mano izquierda y la dejó caer en el bolsillo de la chaqueta de su brillante traje azul de árbitro de béisbol.

Dio la vuelta a mi alrededor, cauteloso, y la gente se apartó para dejarnos pasar.

Cuando abrí la puerta un pequeño objeto brillante pasó zumbando por mi cabeza y resonó en la acera. Me llevó un minuto comprender de qué se trataba: la moneda de cincuenta centavos que había dejado en el mostrador como propina para Antonio.

Entonces comencé a enfadarme.

Cuando Franks desprendió las esposas de su cinturón estaba dispuesto a resistirme. Se dio cuenta de ello y no insistió. En cambio, me colocó en el asiento delantero del automóvil de la policía, junto al conductor uniformado, y se sentó en el asiento trasero, desde donde podía vigilarme.

—La sirena, Kenny —dijo—. El jefe quiere verle en seguida.

Un idiota en un puesto oficial, con revólveres e insignias para jugar, puede causar grandes inconvenientes. La sirena zumbó, gruñó, chilló, aulló y ululó como un puma cuando subimos por la colina. No dije una

sola palabra. El sargento-detective Franks hubiera sido incapaz de entender una explicación.

Su jefe era distinto. Había montado una oficina provisional en la cocina de los Slocum y estaba interrogando a los testigos uno por uno, mientras un policía con uniforme tomaba notas en taquigrafía. Cuando el sargento me llevó ante él, Knudson hablaba con Francis Marvell. La autoridad que yo había observado en su porte se

había encendido en la emergencia, como un fuego lento alimentado de pronto con gasolina. Sus ojos opacos y su abultado rostro estaban llenos de vida y potencia. Los homicidios eran su especialidad.

—¿Archer?

Su pesada voz sonó penetrante.

—Aquí está, jefe.

El sargento Franks permanecía junto a mí, aún con la pistola en la mano.

—Quiero felicitar al sargento —dije—. Sólo necesitó un tiro para reducirme. Soy testigo en un proceso por asesinato, y usted sabe lo serio que es eso.

—¿Asesinato? —exclamó Marvell extendiendo las manos sobre la mesa cubierta con un plástico rojo y poniéndose de pie. Su mandíbula osciló silenciosamente antes de que salieran de su boca nuevas palabras—. Creí que se trataba de un accidente.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —espetó Knudson—. Siéntese.

Usó el mismo tono con Franks.

—¿Qué es eso de los tiros?

—Trató de escapar, de modo que disparé un tiro de advertencia.

—Sí —dije—, luché salvajemente por la libertad.

Franks se volvió hacia mí.

—Si no trató de escapar, ¿por qué se dirigió hacia la puerta?

—Necesitaba una bocanada de aire fresco, sargento. Y ahora necesito otra.

—Terminen —interrumpió Knudson—. Franks, vaya a ayudar a Winowsky con el equipo fotográfico. Usted, Archer, siéntese. En seguida estaré con usted.

Me senté en una silla de cocina de respaldo recto en el otro lado de la habitación y encendí un cigarrillo. Tenía un gusto amargo. En la pila, junto a mí, había una gran bandeja de madera con lo que quedaba de los canapés: restos de anchoas y un pequeño recipiente de barro lleno de caviar hasta la mitad. Me serví un poco sobre una galletita. La señora Slocum había vivido bien.

—No me dijo que se trataba de un asesinato —protestó Marvell—. Permitió que yo pensara que era un accidente.

Parecía muy alterado. Tenía el cabello amarillo húmedo, pero el agua que se deslizaba por la frente procedía de sus propios poros.

—No está más muerta por el hecho de haber sido asesinada. De todos modos, no sabemos si fue así.

—La idea de que pudo haber sido asesinada es atroz.

Su mirada borrosa erró por la habitación y me pasó por alto.

—Bastante desagradable fue cuando encontré el cuerpo de la pobre mujer. Ahora sí que no podré pegar ojo.

—Cálmese, Marvell. Usted hizo exactamente lo que debía hacer y debe sentirse más que satisfecho consigo mismo. —La ondulante voz de bajo de Knudson sonaba

amable y suave—. Pero hay una cosa que no entiendo, y es por qué decidió darse un baño solo después de oscurecer.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien —respondió Marvell con lentitud —. Fue una de esas motivaciones semiconscientes, creo. Acababa de salir un momento para oler los jazmines y estaba paseando por la galería cuando me pareció oír un chapoteo en la piscina. No tenía ningún aire siniestro. Debí pensar que alguien se estaba dando un chapuzón y decidí unirme a él. Siempre estoy dispuesto para las diversiones y los juegos, ¿entiende?

—Entiendo.

—Pues bien, primero fui a la piscina para ver quién estaba allí…

—¿Nada más oír el chapoteo?

—No, no inmediatamente. Me llevó un momento madurar la idea.

—¿Y mientras tanto el chapoteo continuó?

—Creo que sí. Creo que debió de continuar. Pero cuando llegué allí, es bastante lejos de la casa…

—Casi cien metros. ¿Cuándo llegó allí…?

—Todo estaba otra vez totalmente en silencio y a oscuras. Por supuesto, me sorprendió un poco comprobar que las luces estaban apagadas. Me detuve junto a la piscina durante un momento, preguntándome qué había sucedido, y luego divisé un objeto oscuro y

redondo. Era un gran sombrero de paja flotando. Cuando me di cuenta de lo que era comencé a alarmarme. Encendí las luces y la vi. Estaba boca abajo en el fondo de la piscina, con el cabello arremolinado alrededor de la cabeza, la falda ondeando y los brazos extendidos. Fue horrible.

El agua de sus poros dejaba marcas brillantes en sus mejillas y había formado una única gota en la punta del mentón. Se limpió nerviosamente con el dorso de la mano.

—Luego se tiró al agua a buscarla.

—Sí. Me quité toda la ropa, excepto la interior, y llevé el cuerpo a la superficie.

No pude levantarla por el borde, de modo que la arrastré hasta la parte menos profunda y allí pude sacarla. Era terriblemente difícil de manejar. Yo creía que los muertos se ponen rígidos, pero ella estaba floja como la goma blanda.

Se formó una segunda gota.

—¿Fue entonces cuando dio la alarma?

—Sí. Debí hacerlo antes, pero en ese momento sólo pensé en sacar del agua fría a la pobre mujer.

—Hizo bien, señor Marvell. Un minuto o dos no importan mucho, de todos modos. Ahora quiero que piense cuidadosamente antes de contestarme: ¿cuánto tiempo pasó entre el primer chapoteo y la alarma? Eran las nueve menos veinte cuando usted pidió ayuda. Como ve, estoy tratando de establecer el momento de la muerte.

—Lo comprendo. Es muy difícil decir cuánto tiempo trascurrió. De hecho, me resulta imposible. Estaba entregado a la belleza de la

noche y no registraba de forma consciente el tiempo o lo que oía. Pudieron pasar diez minutos o veinte. En realidad, no podría decirlo.

—Bien. Piense un poco más en eso y dígame luego si puede dar una respuesta más específica. De paso, ¿está totalmente seguro de que no vio a nadie junto a la piscina o cuando salió de la casa?

—Tanto como puedo estarlo en estas circunstancias. Ahora, si usted me permite…

—Por supuesto. Y gracias.

Marvell dejó la habitación con un nervioso movimiento lateral y pasándose la mano por el cabello.

—¡Dios! —dijo Knudson mientras se ponía en pie—. Nunca había visto un cadáver, menos aún había tocado ninguno. Sin embargo, hace falta coraje para sumergirse a buscar un cadáver de noche. ¿Tomó nota de todo, Eddie?

—De todo, menos de los ademanes.

El hombre de uniforme se pasó lentamente la mano por la cabeza, desde la frente hasta la nuca.

—Muy bien. Vaya a dar un paseo mientras hablo con Archer.

Atravesó la habitación y se detuvo junto a mí con las manos en la cintura hasta que la puerta se cerró. Puse un poco de caviar en una galletita y me la comí con delicadeza, en dos bocados.

—¿Quiere?

No contestó a mi pregunta.

—¿Quién demonios es usted, de todos modos?

Saqué mi cartera y le mostré la fotocopia de mi licencia.

—Ahora dígame qué demonios estoy haciendo aquí. Desgraciadamente mi afasia crónica ha empeorado. Me sucede siempre que un policía estúpido me dispara un balazo.

Sacudió la cabeza con un gesto de buen humor.

—Olvide a Franks, ¿eh? No puedo evitar que sea un cacique del partido del alcalde, y que el alcalde esté *ex officio* en la comisión de la policía, ¿sabe?

—Puede ponerlo detrás de un escritorio o hacerlo salir desarmado.

—Sí. Es usted un pretencioso, Archer, pero no hace falta que se enfade. Maude Slocum me habló de usted.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente. Cuanto menos hablemos de eso mejor. ¿De acuerdo?

Su mente era rápida y fría, y no armonizaba con su cuerpo grande y sanguíneo.

Lo imaginé doblando una hoja y escribiendo un nuevo título en otra página en blanco.

—Según ella, usted fue la última persona que vio a la anciana antes de morir.

¿Cuándo la vio exactamente?

—Poco antes de la puesta del sol. Serían algunos minutos después de las siete.

—Un par de minutos antes. Aquí es más temprano a causa de las montañas.

Habló con ella en el jardín, ¿verdad? Dígame punto por punto de qué hablaron…

Se dirigió a la puerta y llamó al taquígrafo, quien se sentó a la mesa de la cocina.

Le conté lo que hablamos.

—No es muy significativo, ¿no? —Su voz revelaba decepción—. ¿No hubo señales de impulsos suicidas? ¿O de enfermedad? Estaba bastante mal del corazón, según el médico.

—Nada que yo pudiera observar. Me pareció un poco excéntrica, pero casi todo el mundo lo parece. ¿Qué dicen las pruebas físicas?

—Todos los signos externos indican que se ahogó. Esto es lo que se presume, en todo caso, cuando se encuentra un cuerpo en el agua, aunque no sepamos cómo llegó hasta allí. Con respecto al cuerpo, sabremos más mañana. El médico forense ha ordenado una autopsia y un examen.

—¿Qué se supone entretanto? ¿Qué cayó o que fue empujada?

—Que cayó, pero estoy tratando el caso como si fuera homicidio hasta estar seguro. Las ancianas también pueden caer en las piscinas.

—Ella no era tan vieja.

—Lo sé. Y no hay ninguna razón por la cual tuviera que acercarse a la piscina, y menos tirarse al agua. Nunca lo hacía. Construyeron la piscina hace años para la artritis del marido. Ella tenía prohibida el agua por su corazón. Además, le temía.

—No sin razón.

—No.

Sus dedos gruesos y de uñas cuadradas tamborilearon sobre la mesa dura.

—Traté de efectuar una reconstrucción del estado del césped alrededor de la piscina. El inconveniente es que, cuando Marvell llamó pidiendo ayuda, todo el mundo fue corriendo. Y pisotearon todo rastro que pudiera quedar.

—Otra cosa. Si es asesinato, la mayoría de los sospechosos tienen una justificación: las personas de la fiesta.

—No es tan simple. —Y dijo al hombre que tomaba notas—: No se moleste en anotar esto. —Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: Se había instalado un bufé en el comedor y en el momento en que sucedió la cosa los invitados entraban y salían.

Hasta Marvell pudo empujarla y luego sacarla él mismo.

—¿Por qué Marvell?

—Calcule. Necesita dinero para llevar su obra al Este y es muy amigo de Slocum.

Pues bien, ahora Slocum tiene dinero.

—Usted pasa por alto a Slocum, ¿verdad?

Su gesto se torció con acritud.

—James es un hijito de mamá. Jamás habría tocado un pelo de la ropa de su madre.

—¿Y Maude Slocum?

—También la paso por alto.

En su mente, dio vuelta a otra página y escribió un nuevo título.

—Suponiendo que haya sido asesinada, existe la posibilidad de que se trate de algún extraño. Una mujer como ésa tiene muchos enemigos.

—Como Pareco —dije.

—¿Eh? —gruñó.

—La Pacific Refining Company.

—¡Ah, sí! Sólo que las compañías petroleras ya no se mezclan en asesinatos. Al menos no por una cuestión de tan poca monta como el alquiler de un terreno para buscar petróleo. Lo que quería preguntarle es si vio usted a algún extraño rondando por el lugar.

Ésa era la pregunta que yo estaba esperando y acerca de la cual dudaba de cómo responder. Reavis era el sospechoso lógico: estaba en el lugar del crimen, borracho y tenía un motivo. El único inconveniente era que, cuando yo lo recogí, no parecía un hombre que acabase de cometer un crimen, ni hablaba ni actuaba como tal. El tiempo tampoco coincidía, pero si la policía buscaba una solución fácil y rápida, probablemente lo enviaría a la cámara de gas sobre la base de pruebas circunstanciales. Ya había visto otros casos en la jungla de Los Ángeles, y debía asegurarme con respecto a la policía de Nopal Valley. Decidí confiar en Knudson, pero me guardé una carta en la manga. No le dije que cuando recogí a Reavis eran exactamente las ocho y veintitrés en el reloj del salpicadero y en mi reloj de pulsera.

Fue Reavis quien me llamó la atención acerca de la hora, lo cual podía significar que trataba de usarme como coartada. Detesto que me utilicen.

A Knudson no le gustó el retraso, pero se mantuvo sereno.

—Muy bien. Usted recogió al muchacho fuera del portón poco después de las ocho. Entienda que no sabemos cuándo la mataron y probablemente no lo sepamos nunca. El testimonio de Marvell no es concluyente. En su primer relato ni siquiera mencionó el chapoteo que oyó o creyó oír. ¿Estaría pensando en asesinarla?

—No, a menos que disfrute matando. Estaba de buen humor.

—¿Qué clase de muchacho es? Lo he visto por aquí, pero nunca he hablado con él.

—No tiene nada que no pueda arreglar una lobotomía prefrontal. Sería capaz de robar a su madre viuda el dinero del alquiler para jugar a los caballos, aunque no lo imagino empujándola al agua. Puede ser un psicópata, pero no es agresivo. Se desquita hablando.

Se inclinó hacia mí tan ancho como la mesa.

—¿Le cae simpático, el muchacho? ¿Por eso dejó que se escabullera de Franks?

—Pierdo mi bien engrasada precisión cuando una bala me pasa rozando los riñones. No me gusta Reavis en absoluto, pero a ciertas personas les cae bien. —Le lancé un golpe bajo, de costado—: A Cathy Slocum le gusta bastante.

Su rostro se inundó de sangre y se inclinó aún más.

—Es usted un mentiroso. Cathy no se mezcla con basura como ésa.

—Cálmese, Knudson —dije levantándome—. Pregunte a su padre, si quiere.

La vida huyó de su rostro, que se quedó estupefacto.

—¿Qué está pasando? —se preguntó a sí mismo; luego recordó que estábamos el taquígrafo y yo.

Tomó el cuaderno de notas del taquígrafo y arrancó la última hoja escrita.

—Está bien, Eddie, descanse —dijo. Luego se dirigió a mí—. ¿Qué va a hacer usted? ¿Nos ayudará a encontrar a Reavis?

—Hablaré con la señora Slocum.

—Hágalo. Está en el cuarto de estar con su marido. Es el del otro lado del vestíbulo, frente al salón.

—No soy un mentiroso —dije.

—¿Qué?

Se puso de pie lentamente. No era más alto que yo, pero era ancho y fuerte. Su pesado cuerpo dominaba la habitación, aunque, detrás de sus claros ojos azules, su mente estaba vuelta hacia otro lado.

—No soy un mentiroso —repetí.

Clavó sus ojos en mí con una fría hostilidad.

—Está bien —dijo al rato—. No es un mentiroso.

Se sentó de nuevo a la mesa, con los hombros hundidos como una chaqueta acolchada colgando de una percha inadecuada.

8

Al pasar ante la puerta abierta del salón, eché una mirada a la gente que esperaba en él. Las voces eran bajas, y los rostros, pálidos y tensos. Nadie parecía beber y la alegre conversación había

desaparecido. La fiesta se había convertido en una jaqueca colectiva; la vieja y oscura habitación, en la tradicional caverna de la muerte. Había un policía de camisa azul sentado en una silla colocada junto a la puerta, encorvado y estudiando la gorra con visera que sostenía en sus rodillas como si fuera el rostro de un amigo muy querido.

La puerta del cuarto de estar situado al otro lado del vestíbulo estaba cerrada con llave. Iba a llamar con los nudillos cuando detrás de la puerta una voz de hombre profirió una palabrota. Sonaba incongruente con su elevada voz de tenor. Le respondió una voz de mujer, rápida y de tono bajo, demasiado bajo para atravesar la pesada puerta y permitirme oír sus palabras. Los únicos sonidos que pude distinguir con claridad fueron los sollozos entrecortados que salpicaban las frases.

Me dirigí a la siguiente puerta y entré en una habitación oscura. La luz que procedía del vestíbulo formaba sombras arqueadas con las sillas alineadas a lo largo de la pared y brillaba entre la plata y las fuentes que se acumulaban en el aparador.

Quedó un resto de luz en la habitación cuando cerré la puerta detrás de mí: un débil resplandor se filtró por las anticuadas puertas corredizas que separaban el comedor del cuarto de estar. Atravesé silenciosamente la habitación y me senté junto a las puertas corredizas. A través de ellas se oía la voz de Maude Slocum.

—He dejado de intentarlo. Durante años hice todo lo que pude por ti. No conseguí nada. Ahora renuncio.

—Nunca lo intentaste —respondió su marido en tono seco y amargo —. Has vivido en mi casa, has comido mi pan y nunca has hecho el menor esfuerzo por ayudarme. Si soy un fracasado, como dices, el fracaso es tanto tuyo como mío.

—La casa era de tu madre —señaló ella con sorna—. Y el pan, de tu madre; un pan sin levadura.

—¡No metas a mi madre en esto!

—¿Cómo no la voy a meter? —Su voz zumbaba suavemente, con pleno control de sí misma y de la situación—. Ella ha sido la figura central de mi vida matrimonial.

Tuviste una buena oportunidad de separarte de ella cuando nos casamos, pero te faltó el valor.

—No tenía ninguna posibilidad real, Maude.

Su voz de histrión vaciló bajo el peso de la autoconmiseración.

—Era demasiado joven para casarme. Yo dependía de ella… Ni siquiera había terminado el colegio. Tampoco había mucho trabajo por entonces y tú tenías prisa por

casarte…

—¿ *Yo* tenía prisa? ¡Tú me pediste que me casara contigo con lágrimas en los ojos!

¡Decías que tu alma inmortal dependía de eso!

—Ya lo sé, y pensaba que era así. —En esas simples palabras había un eco de desesperación—. También tú querías casarte. Tenías tus razones.

—¡Ya lo creo que tenía mis razones! Con una criatura en el vientre y sin nadie a quien recurrir. Supongo que debería haber sido la mujer cita fiel que se traga el orgullo y se va a cualquier otra parte. —Su voz se redujo luego a un acre murmullo

—. Eso era lo que quería tu madre, ¿verdad?

—Nunca fuiste débil, Maude.

Ella rió de manera desagradable.

—Tampoco tu madre lo fue, ¿verdad? Su seno era lo bastante grande para acogerte a ti.

—Sé lo que sientes por mí, Maude.

—No puedes saberlo. No experimento sentimiento alguno. En lo que a mí respecta, me eres totalmente indiferente.

—Muy bien —dijo tratando de mantener firme la voz—. Pero ahora que mamá ha muerto, creo que podrías ser un poco más indulgente con… su memoria. Siempre fue buena con Cathy. Se privaba ella misma de cosas para que Cathy fuera al colegio y vistiera decentemente…

—Lo admito, pero lo que no entiendes es que estoy pensando en mí misma.

Antepongo a Cathy, por supuesto. La quiero y deseo todo lo mejor para ella. Aunque eso no significa que esté acabada. Soy mujer, además de madre. Sólo tengo treinta y cinco años.

—Es un poco tarde para empezar de nuevo.

—Ahora me siento como si no hubiera comenzado aún… como si me hubiera estado reservando durante quince años. No me reservaré más. De lo contrario me pudriré por dentro.

—Eso es lo que dices ahora. Es la oportunidad que esperabas. Si mamá no hubiera muerto, estarías dispuesta a seguir como antes.

—Me parece que no sabes lo que dices.

—Casi como antes, entonces. Sé que te ha sucedido algo desde que hiciste ese viaje a Chicago.

—¿Qué pasa con ese viaje a Chicago? —Una amenaza puso su voz tensa como un músculo en desuso.

—No te he hecho muchas preguntas acerca de eso, ni tengo la intención de hacértelas. Sé que cambiaste, cuando volviste aquella primavera. Tenías más vida…

Ella lo interrumpió despectivamente:

—Haces bien en no preguntarme nada, James. Yo también podría hacer

preguntas; acerca de Francis, por ejemplo. Sólo que yo ya conozco las respuestas.

James permaneció en silencio durante un momento. Yo oía la respiración de uno de ellos. Finalmente, él suspiró.

—Bien, así no vamos a ninguna parte. ¿Qué es lo que quieres?

—Te diré lo que quiero. La mitad de todo lo que tienes, incluida esta propiedad, ahora.

—¡Ahora! La muerte de mi madre ha sido muy oportuna, ¿verdad? Si no te conociera, Maude, creería que tú misma la mataste.

—No voy a pretender que lamento que haya sucedido. Tan pronto como haya pasado toda esta desagradable situación y hayamos llegado a un acuerdo, iré a los tribunales.

—Llegaré a un acuerdo —dijo él débilmente—. Has esperado mucho para tener tu parte de la propiedad. Ahora podrás tenerla.

—Y Cathy también —insistió ella—. No olvides a Cathy.

—No la he olvidado. Cathy se quedará conmigo.

—¿Para que viva *á trois* contigo y con Francis? No.

—Francis no tiene nada que ver —dijo James con gran esfuerzo.

—Francis o algún otro como él. Conozco tus inclinaciones, James.

—No. —La palabra explotó en sus labios—. Cathy es todo lo que quiero.

—Sé lo que quieres. Quieres una vida sana para enroscarte alrededor de ella como una enredadera. Trataste de hacerlo conmigo, pero me liberé, y no te enroscarás alrededor de Cathy. Me iré de aquí y la llevaré conmigo.

—No, no —dijo arrastrando el segundo «no» como un penoso susurro—. No me dejes solo.

—Tienes a tus amigos —replicó ella con ironía.

—No me dejes, Maude. Me da miedo quedarme solo. Os necesito a las dos mucho más de lo que crees.

Su voz era totalmente afeminada, como la de un niño histérico.

—Me has descuidado durante quince años —dijo ella—, y cuando por fin tengo la posibilidad de irme, me pides que me quede.

—Debes quedarte. Tu deber es quedarte conmigo. No me puedes dejar solo.

—Pórtate como un hombre. No puedo sentir nada por una babosa llorona.

—Antes me querías…

—¿Sí?

—Querías ser mi mujer y cuidarme.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no lo recuerdo.

Oí una respiración jadeante y pies que se movían rápidamente por el suelo.

—¡Puta! —gritó él con voz áspera y sofocada—. ¡Eres una mujer fría y horrible!

¡Te odio!

—Estar casada con un marica enfría a cualquier mujer —dijo ella con voz clara y firme.

—¡Horrible… mujer!

Llenó la cesura entre las palabras el sonido de una bofetada. Luego algo óseo, las rodillas de él quizá, chocaron, primero una, después la otra, contra el suelo.

—¡Perdóname! —dijo James—. ¡Perdóname!

—¡Me has pegado! —La voz de Maude estaba cargada de estupor —. ¡Me has hecho daño!

—¡No quería hacerlo! ¡Perdóname! ¡Te quiero, Maude! ¡Por favor, quédate conmigo!

Un sollozo incontenible irrumpió en su balbuceo y se prolongó rítmicamente.

Durante largo tiempo no se oyó más que su llanto. Luego ella comenzó a consolarlo con una dulce voz arrullante.

—Tranquilízate, Jimmie. Querido Jimmie. Me quedaré contigo. Aún podemos vivir felices, ¿verdad, querido?

Al ponerme de pie me tambaleé ligeramente. Me sentía como si hubiera estado escuchando por un micrófono incrustado en las

paredes del infierno. Crucé la puerta a grandes pasos y salí al prado. El cielo estaba a oscuras y en movimiento. Largas nubes grises atravesaban las montañas hacia el mar, fluyendo como un río sobre el dentado borde del mundo.

Había atravesado la mitad del prado hacia la carretera cuando recordé que mi automóvil se hallaba estacionado en una calle de Nopal Valley. Di la vuelta por detrás de la casa y encontré la cocina vacía, con excepción del ama de llaves. La señora Strang era una mujer mayor, de rostro alargado y suave y cabello descolorido. Estaba cocinando algo en una cacerola colocada sobre el hornillo. Al oír mis pasos pegó un brinco.

—¡Cielos! ¡Me ha asustado!

—Lo siento. Soy Archer, un amigo de la señora Slocum.

—¡Ah, sí! Telefoneó usted, ya recuerdo.

Tenía los labios temblorosos y azules.

—¿Está bien Cathy? —pregunté.

—Sí, está bien. Estoy preparándole un poco de leche caliente para que se duerma.

La pobre criatura necesita descansar después de todos esos terribles sucesos.

En cierto modo me sentí responsable de Cathy, aunque sólo fuera porque nadie se sentía responsable de ella. Sus padres estaban dedicados por completo a su guerra privada y negociando su pequeño armisticio. Probablemente siempre había sido así.

—¿Cuidará bien de Cathy? —pregunté a la señora Strang.

—Siempre lo he hecho, señor Archer —me respondió con orgullo—. Ella se lo merece. Algunos de sus profesores piensan que es un genio.

—Este lugar está lleno de genios, ¿verdad?

Me fui antes de enzarzarme en una discusión. Desde la puerta de la cocina vi un resplandor blanco que hería la oscuridad más acá del garaje. Aún estaban tomando fotografías alrededor de la piscina.

Knudson estaba allí con tres hombres de su sección, dirigiendo una serie de mediciones. Cerca de ellos yacía el cadáver, debajo de una manta, esperando pacientemente a ser trasladado. Las luces subacuáticas de la piscina estaban encendidas, de modo que el agua ofrecía el aspecto de un pálido fondo esmeralda recubierto por una superficie luminosa y en movimiento.

Cuando me vio, Knudson se apartó del grupo y levantó el mentón. Y cuando estuve lo bastante cerca para oír su voz de bajo me preguntó:

—¿Qué le ha dicho? ¿Colaborará con nosotros?

—No la vi. Estaba encerrada en una habitación con su marido.

Las aletas de su nariz hicieron un gesto despectivo que no iba dirigido a mí.

—He ordenado a los coches patrulla que busquen a Reavis. Usted puede ayudarnos, ya que lo conoce.

—Eso está un poco fuera de mi incumbencia, ¿verdad?

—Usted juzgará —dijo, y levantó y dejó caer los hombros con un lento movimiento muscular—. Creo que hay cierta responsabilidad…

—Tal vez. ¿Puede hacer que me lleve alguien a la ciudad? Que no sea Franks.

—Claro —exclamó, y se volvió hacia el fotógrafo, que estaba arrodillado junto al cadáver—. ¿Termina ya, Winowsky?

—Sí —dijo Winowsky, y retiró la manta—. Otro par de fotografías del cadáver.

Quiero hacerle justicia. Lo exige mi honor profesional.

—Lleve luego al señor Archer a la ciudad.

—Está bien.

Se agachó sobre el cadáver e hizo destellar la bombilla unida a la parte superior de su cámara. La blanca luz de magnesio arrancó el rostro de la muerta de las sombras y la proyectó contra la noche. Las pecas crecieron como pústulas sobre la piel, de una palidez caliza. Bulbosa y blanca, como los seres de las profundidades del mar, fluía la espuma de las aletas de la nariz y de la boca entreabierta. Los ojos verdes contemplaban con frío estupor el cielo oscuro que se movía entre las montañas aún más oscuras.

—Una vez más —dijo el fotógrafo, y dio un paso por encima del cadáver—.

Ahora, mire al pajarito.

La luz blanca resplandeció nuevamente sobre el rostro inmóvil.

9

El edificio estaba recubierto de estuco rosa, y era grande, nuevo y feo. Tenía una entrada lateral con un cartel de neón encima que

decía «SALA DE JUEGOS». En la pared no había ventanas; sólo la puerta y un par de respiraderos redondos con pantallas de tela metálica. Pude oír desde fuera el bullicio: el ritmo en dos tiempos de una banda y el arrastrar de muchos pies. Cuando abrí la pesada puerta, el ruido hirió mis oídos. El más estruendoso procedía del escenario situado en el fondo de la habitación, donde un grupo de hombres jóvenes con pantalones blancos maltrataban un piano, una guitarra, un trombón, una trompeta y una batería. El piano tintineaba y campanilleaba, el trombón roncaba y la trompeta graznaba y ululaba. La guitarra arrancaba bocados de la escala cromática y los escupía rápidamente sin masticarlos.

El batería golpeaba sobre todo lo que tenía a mano: tambores, redoblantes, platillos; pateaba el suelo, hacía resonar los barrotes de su silla y la barra de cromo que sostenía el micrófono. Eran Los Cinco Furiosos, según se leía en el tambor más grande.

También se percibía el rumor de las mesas que se alineaban a lo largo de tres de las paredes de la sala y de la pista de baile del medio, donde unas veinte o treinta parejas se arremolinaban en medio del humo. Se oían las risitas entre dientes de mujeres borrachas y cortejadas, los sonidos animales de hombres ebrios y anhelantes.

Era una Babel con un fondo de jazz desenfrenado.

Una corpulenta pelirroja teñida, que vestía una blusa de seda tornasolada, preparaba bebidas en un mostrador cercano a la puerta. Su torso se agitaba bajo la blusa como un gigantesco huevo pasado por agua sin cáscara. Las camareras iban y venían en una especie de camino de hormigas, y todos los whiskies provenían de la misma botella. Por un espacio que quedó abierto entre las camareras me acerqué hasta el bar. La voluminosa mujer rompió debajo del mostrador una botella vacía y se irguió, respirando pesadamente.

—Me llamo Helen —dijo con una sonrisa artificiosa de labios de silicona—. Si quiere una copa, busque un asiento y le envío una camarera.

—Gracias. Estoy buscando a Pat.

—¿Pat, qué? ¿Trabaja aquí?

—Es un hombre. Joven, corpulento, de cabello oscuro y rizado.

—Amigo, yo tengo mis propios problemas. Pero no se vaya enfadado. Hable con las camareras si quiere.

Cuando terminó, respiró profundamente, y el huevo se hinchó hasta llegar casi al mentón.

—Dos jarras de cerveza —dijo una camarera detrás de mí.

Le pregunté:

—¿Está Gretchen aquí?

—¿Gretchen Keck?

La camarera apuntó con un delgado pulgar a una muchacha bastante alta que estaba en la pista de baile.

—Es ésa, la rubia del vestido azul.

Esperé a que parara la música y me encaminé a una mesa vacía. Algunas de las parejas permanecieron donde estaban, en el centro de la sala, con los brazos entrelazados y frente a frente. Un chico mexicano vestido con vaqueros y camisa blanca estaba con la rubia alta. Gretchen era tan rubia como moreno el muchacho; tenía la tez blanca y llevaba el pelo de forma que la hacía parecer aún más alta. No podían estarse quietos. Sus caderas, pegadas, se balanceaban

en un lento vaivén circular hasta que la música comenzó y aceleró su ritmo.

Mientras ella bailaba sola durante un momento, él se movía a su alrededor, contoneándose como un pavo, batiendo los brazos como un gallo, saltando y golpeando con los pies. Meneaba la cabeza horizontalmente, a la manera de Bali, se agachaba sobre los talones como un cosaco, inventaba nuevos giros de caderas, llevando el cuerpo y los pies a ritmos diferentes. Ella se quedó donde estaba, haciendo movimientos que imitaban un poco los de él, que estrechaba su círculo alrededor de la muchacha. Volvieron a unirse, sacudiendo los cuerpos y retorciéndolos de arriba abajo en un *shimmy* indescriptible. Luego ella se quedó quieta sobre el pecho arqueado del chico. Él la sostuvo y la música continuó sin ellos.

En la mesa que estaba detrás de la mía, una mujer puso por testigo a la Madre de Dios de lo justificable de su acto de violencia y se levantó impetuosamente de su asiento. Era una delgada muchacha mexicana con el cabello como alquitrán fresco.

De su crispada mano derecha sobresalía una navaja de diez centímetros. Giré sobre el asiento apoyándome en una mano. Mi pie izquierdo trabó su pierna y la chica cayó hacia delante. La navaja chocó contra el suelo y saltó fuera de su alcance. Al ver esto, el muchacho moreno y la chica rubia pegaron un salto hacia atrás, tan repentinamente que ella se tambaleó sobre los altos tacones. El chico vio la navaja en el suelo y a la muchacha que luchaba por incorporarse. Sus ojos se aguaron y su rostro de bronce adquirió una pátina grisácea.

Vacilante y apesadumbrado, sin mirar hacia atrás, el muchacho ayudó torpemente a la mujer a incorporarse. Ella soltó unas palabras en español que sonaron como una serie de petardos. Su gastado vestido negro de satén estaba cubierto de polvo. Tenía parte del amarillento y picado rostro todo sucio. Rompió a llorar. Él la rodeó con los brazos y le dijo:

—No, por favor. Lo siento.

Salieron y la música se detuvo.

Un hombre gordo de mediana edad, con un uniforme que copiaba el de la policía,

salió no se sabía de dónde. Recogió la navaja, la rompió contra su rodilla y se metió el mango y la hoja en el bolsillo de la chaqueta azul. Vino hacia mi mesa pisando levemente, como si caminara sobre huevos. Sus zapatos estaban hendidos y deformados en la base de los dedos.

—Buen trabajo, muchacho —dijo—. Se alborotan con tanta rapidez que a veces no puedo llegar a tiempo.

—Los juegos con cuchillos no me dejan beber en paz.

Sus ojos enrojecidos me miraban desde un rostro marcado por el tiempo.

—Usted es nuevo por aquí, ¿verdad?

—Sí —respondí, aunque tenía la sensación de llevar varios días en Nopal Valley

—. Y a propósito de beber, aún no he pedido nada.

El hombre llamó a una camarera.

—Vamos a arreglar eso.

La chica apoyó en la mesa una bandeja con vasos vacíos en los que había restos de espuma.

—¿Qué va a tomar?

—Una cerveza —dije, pues desconfiaba del whisky del bar—. Pregúntele a Gretchen qué bebe y si quiere tomar un trago conmigo.

La bebida y Gretchen llegaron simultáneamente.

—Helen dice que esta copa es gratis —dijo la camarera—. Invita la casa. ¿Alguna otra cosa?

—¿Comida?

—Ya no. La cocina está cerrada.

—¿Qué hay, entonces?

La camarera sirvió con fuerza la cerveza para que hiciera espuma y se marchó sin responder. Gretchen se rió, no sin gracia, mientras se deslizaba en el asiento que estaba frente a mí.

—Helen tiene habitaciones en el piso de arriba. Dice que hay demasiados hombres en esta ciudad y alguien tiene que hacer algo para aliviar la presión.

Sorbió su bebida, un Cuba libre, y pestañeó grotescamente sobre el borde del vaso. Sus ojos eran ingenuos y claros, de color celeste. Ni siquiera su lasciva boca roja dibujada con carmín por encima de los labios podía disminuir su frescura.

—Yo soy un tipo de muy baja presión.

Me contempló con atención. Lo examinó todo, salvo la textura de la tela con que estaba hecha mi chaqueta.

—Tal vez. Debo admitir que usted no tiene el aspecto de los que suben al piso de arriba. Sin embargo, es rápido, hermano.

—Olvídelo.

—Ojalá pudiera. Nunca me asusto cuando sucede algo. No siento las

consecuencias hasta más tarde. Me despierto en plena noche, aterrorizada. ¡Que se vaya al infierno esa muchacha!

—Ya está allí.

—Sí. Entiendo lo que quiere decir. Esas chicas mexicanas se toman las cosas tan a la tremenda que ya no pueden divertirse más.

—Usted sí que sabe divertirse —dije—, si hay que creer a Pat.

Enrojeció y sus ojos brillaron.

—¿Conoce usted a Pat?

—Fuimos camaradas —respondí, ahogando casi la palabra—. En la infantería de marina.

—Entonces, ¿estuvo realmente en la infantería de marina?

Parecía sorprendida y complacida, más de lo que yo esperaba.

—Claro. Estuvimos juntos en Guadalcanal.

Me sentí casi como un rufián.

—Tal vez pueda informarme —dijo. Se mordió el labio inferior y le quedó pintura en los dientes. Hasta los dientes delanteros los tenía en mal estado—. ¿Es cierto lo que él dice, que es agente secreto o algo así?

—¿En la guerra?

—No, ahora. Dice que sólo es chófer para disimular, que es una especie de agente secreto.

—No lo sé.

—Cuenta tantas historias que muchas veces no sé qué creer. Es un buen chico, de todos modos —agregó a la defensiva—. Tiene la cabeza en su sitio y va a llegar lejos.

Asentí lo más cálidamente que pude.

—Sí, es un buen muchacho. Esperaba encontrarlo aquí esta noche. Existe la oportunidad de un negocio en nuestra organización y él podría participar con buena ganancia.

—¿Oportunidad de un negocio?

Esas palabras tenían la mágica cualidad de un cartel luminoso a cuatro colores, y ella las repitió con respeto. Gretchen se vio con sus ojos azules vistiendo un delantal recién lavado en la nueva lavadora Bendix, cocinando para Reavis en la embaldosada cocina de una nueva casa de una habitación para veteranos. ¿Y en las afueras de qué ciudad?

—¿En Los Ángeles?

—Sí.

—Tal vez esté en mi casa. A veces me espera en la caravana.

—¿Puede irse ahora?

—¿Por qué no? Trabajo por libre.

Prosiguió la charla como un disco que se hubiera olvidado de quitar, pero sus

pensamientos estaban en otro lado. Pensaba en una nueva Gretchen: la joven y atractiva esposa del joven ejecutivo en ascenso Reavis.

Golpeó el guardabarros de mi coche como si fuera un animal cuyo afecto pudiera conquistar. Me dieron ganas de advertirle: «Olvídelo. Nunca está mucho tiempo con ninguna mujer ni paga sus deudas a nadie». En cambio, dije:

—El negocio nos va bien. Podemos utilizar a un muchacho como Pat.

—Si yo pudiera ayudarle a conseguir un trabajo realmente bueno… —dijo.

Calló el resto de la frase, aunque era evidente: «… se casaría conmigo, tal vez».

A pocas manzanas de la calle principal doblé, siguiendo sus indicaciones, y tomé una calle bordeada de casas grandes y viejas. El asfalto gastado hacía sonar las herramientas en el maletero del coche. Era una de esas calles que antaño habían sido de lo mejor de la ciudad. Las casas eran mansiones victorianas, cuyos aleros y cornisas esculpidas se destacaban grotescamente contra el cielo. Ahora eran apartamentos y pensiones, fatigados restos de vana grandeza.

Subimos por un callejón entre dos de ellas, hasta un patio oprimido por la negra sombra de las encinas. Había una caravana bajo los árboles, en la parte más alejada del patio. A la luz de los faros pude ver que las paredes metálicas estaban peladas y herrumbrosas como un muelle abandonado.

—Ahí está nuestra caravana.

La chica trataba de mostrarse animada, sin embargo, su voz tenía una nota de ansiedad.

—Pero no hay luces —agregó cuando apagué los faros y el motor.

—¿No estará esperando a oscuras?

—Podría estar durmiendo. A veces viene a dormir aquí.

Se había puesto de nuevo a la defensiva al describir los hábitos de un niño mimado grande y molesto a quien amaba.

—A propósito, ha dicho «nuestra caravana». ¿Es de usted y de Pat?

—No, señor. Él sólo me visita. Tengo una compañera llamada Jane, pero nunca está en casa de noche. Trabaja en un restaurante que abre toda la noche.

Su rostro era de una borrosa palidez, que la sombra de las encinas se tragaba por completo. Las hojas secas crujían bajo nuestros pies. La puerta de la caravana estaba cerrada sin llave. Ella entró y encendió una luz del techo.

—No está aquí —dijo decepcionada—. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Subí por el bloque de cemento que hacía las veces de escalón. La puerta era tan baja que tuve que agacharme.

La pequeña habitación contenía una pila y una cocina de butano en el extremo más cercano a la puerta, dos estrechas literas cubiertas con colchas iguales, de un algodón barato de color rojo, un tocador fijo de madera terciada en el otro extremo —

cubierto de cosméticos, horquillas y novelas de amor— y por encima un espejo combado que reflejaba una borrosa imagen deformada de la habitación, de la muchacha y de mí.

El hombre del espejo era grande, de cuerpo chato y rostro enjuto. Uno de sus ojos grises era mayor que el otro y se hinchaba y oscilaba como el ojo de la conciencia. El otro ojo era pequeño, de

mirada dura y astuta. Permanecí inmóvil por un instante, fascinado por mi propio rostro deformado y la habitación misma invertida como uno de esos dibujos con trampa de los tests psicológicos. Durante un momento no fui más que el hombre del espejo, la sombra sin vida propia que atisbaba con un ojo grande y otro pequeño, a través de un vidrio sucio, las sucias vidas de personas pertenecientes a un mundo muy sucio.

—Está todo muy apretado —dijo tratando de parecer alegre—, pero para nosotras es nuestro hogar.

Pasó junto a mí y cerró la puerta. En la atmósfera cerrada, el olor a grasa rancia de la cocina y el nauseabundo aroma dulzón de un perfume barato que procedía del tocador libraban una vieja disputa. Yo no estaba a favor de ninguno de los dos.

—Es muy acogedor —dije.

—Siéntese —invitó ella con forzada alegría—. No tengo ron ni Coca-Cola, pero sí un poco de moscatel.

—Gracias. Mezclado con la cerveza, no.

Me senté en una de las literas cubiertas de rojo. Los movimientos del hombre del espejo tenían la rapidez y la precisión de la juventud, pero no su entusiasmo. Ahora su frente era bulbosa como la de un intelectual de historieta, y su boca, pequeña, relamida y cruel. Al diablo con él.

—Podemos organizar una pequeña fiesta, si quiere —dijo con vacilación.

De pie y con todo el resplandor de la luz sobre ella, parecía una muñeca de goma pintada, hecha de verdadera carne humana, aunque ya no muy nueva.

—No quiero.

—Está bien, pero no hace falta ofender, ¿sabe?

Lo dijo en tono de broma, aun así sonó mal. Estaba turbada y preocupada. Hizo un nuevo intento:

—Supongo que está bastante ansioso por ver a Pat, ¿verdad? Tal vez esté en su casa, en Los Ángeles. Por lo general no va a mediados de la semana, pero lo ha hecho un par de veces.

—No sabía que tuviera casa en Los Ángeles.

—Es una casa pequeña, un apartamento de una sola habitación. Un fin de semana me llevó a verlo. ¡Oiga, sería gracioso que usted hubiera venido hasta aquí a su encuentro y él estuviera en Los Ángeles!

—Sería muy divertido. ¿Sabe dónde es? Así podría ir a buscarlo mañana.

—Mañana no estará allí. Tiene que volver a su trabajo, en casa de los Slocum.

Dejé que pensara eso.

—¡Qué lástima! Tengo que volver a Los Ángeles esta noche. Tal vez pueda darme su dirección.

—No tengo el número, pero podría encontrar el sitio de nuevo.

Sus ojos pestañearon lentamente, como si esperara promover algo. Se sentó en la cama que había frente a la mía, tan cerca que nuestras rodillas se tocaron. Un par de medias de nailon que colgaban de un toallero por encima de la cama me hicieron cosquillas en el cuello.

—Haría lo que fuera por ayudar —dijo.

—Se lo agradezco. ¿Tiene nombre el lugar?

—Graham Court, o algo así. Está en una de las bocacalles de North Madison, entre Hollywood y Los Ángeles.

—¿No tiene teléfono?

—No, que yo sepa.

—Gracias otra vez.

Me puse de pie. Ella se levantó como si fuese mi sombra y nos encontramos trabados en el estrecho pasadizo entre las camas. Traté de llegar hasta la puerta y sentí el contacto de sus muslos redondos.

—Usted me gusta. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Sus pechos eran precisos como un dilema. Me apresuré a pasar junto a ella. El hombre del espejo me observaba con un ojo frío como la muerte.

—¿Cuántos años tiene, Gretchen? —pregunté desde la puerta.

No me siguió hasta allí.

—Eso no es asunto suyo. Unos cien, aproximadamente. Por el calendario, diecisiete.

Diecisiete. Un año o dos más que Cathy. Y tenían en común a Reavis.

—¿Por qué no vuelve a casa con su madre?

Su risa resonó como papel desgarrado en una cámara con eco.

—¿Regresar a Hamtramck? Ella me abandonó en la Sociedad de Beneficencia Stanislaus cuando se divorció por primera vez. Llevo

viviendo por mi cuenta desde 1946.

—¿Cómo se las arregla, Gretchen?

—Como usted decía, me va bien.

—¿Quiere que la lleve de vuelta a Helen's?

—No, gracias. Tengo bastante dinero para vivir una semana. Ahora que sabe donde vivo, venga a verme de vez en cuando.

Esas repetidas palabras despertaron un eco que alcanzó cincuenta kilómetros. La noche estaba llena de las voces de las muchachas que dilapidaban su juventud y se

despertaban aterrorizadas a las tres o las cuatro de la madrugada.

10

Me detuve en un bar situado al este del cementerio, en el bulevar Santa Mónica, para comer un bocadillo, tomar un café y echar una ojeada a la guía telefónica. Colgaba de una cadena junto al teléfono público colocado en la pared, al lado de la ventana del frente. Había un Graham Court en la calle Laredo. Marqué el número y observé a los callejeadores de la acera. Los jóvenes aficionados al jazz, ebrios de música o marihuana, los hombres de mediana edad de la ciudad, los turistas en busca del cumplimiento de sus fantasías, las muchachas llenas de esperanzas y desesperanzas y los tahúres ágiles, ligeros y sin edad hacían la ronda de Hollywood al otro lado del cristal. El cartel que estaba encima de la ventana era rojo a un lado y verde al otro, de modo que la gente pasaba de la rubicunda juventud a la edad achacosa a medida que atravesaba mi sector de la acera.

Una voz lejana respondió a la duodécima llamada. Pat Reavis no vivía en Graham Court, nunca había vivido allí, buenas noches.

El hombre que atendía el mostrador me deslizó un blanco bocadillo y una taza de café oscuro sobre la negra formica de la barra. Tenía las orejas rosas, en forma de mariposas. El resto de su cuerpo estaba todavía en la etapa de larva.

—Oí su llamada sin querer —dijo dadivosamente—. Si busca chicas, yo conozco un buen número para llamar.

—Escríbalo con sangre en papel higiénico y cómaselo con el desayuno.

—¿Eh? —exclamó—. ¿Con sangre?

—¿Qué le hace pensar que el sexo es lo único importante en la vida?

Se rió por la nariz.

—Nómbreme otra cosa.

—El dinero.

—Sin duda, pero respóndame para qué quiere dinero un hombre.

—Para retirarse a un monasterio de lamas en el Tíbet.

Le mostré una insignia de «delegado especial», que conservaba de un caso de la época de la guerra en los muelles de San Pedro.

—En el norte le pueden echar dos años de prisión por alcahuete.

—¡Jesús! —Su rostro sufrió un repentino cambio. La vejez hizo aparición y le retorció las facciones—. Estaba bromeando, sin ninguna intención. No conozco ningún número. De verdad.

Sus gemidos me siguieron hasta la calle y sólo los interrumpió la puerta al cerrarse. Yo estaba de mal humor.

Laredo era una de esas callecitas de casas de estuco y madera, perdidas entre los dos grandes bulevares. Las farolas de la calle, una por manzana, dejaban grandes

espacios oscuros. Había luces ocasionales en las casas donde se celebraba alguna fiesta nocturna. Al pasar, capté fragmentos de música y risas, y tuve fugaces visiones, en las ventanas, de parejas que bailaban. Algunos de los bailarines eran negros, otros blancos, y otros tenían cobrizos rostros indios. La mayoría de las casitas estaban a oscuras, con las persianas cerradas. Había toda una manzana vacía; su interrumpida serie de cimientos había sido devastada por un antiguo incendio.

Me sentí como un gato solitario, como un macho en vías de envejecer, dominado por un sombrío furor y con ganas de armar camorra, pero deseché ese estado de ánimo y logré liberarme de él. Las calles de la noche eran mi territorio, y lo serían hasta la muerte.

Las letras GRAHAM COURT se destacaban en el frente de una caja metálica rectangular iluminada desde dentro por una lámpara eléctrica. Clavado al poste que sostenía el cartel había un trozo de cartón pintado de blanco sobre el que una mano vacilante había escrito «HAY VACANTES». El «no» estaba oculto por un trozo de cartón reseco. Detuve el automóvil unos quinientos metros pasado el cartel y dejé el motor en marcha. El escape emitía pequeñas bocanadas azules, como el humo de una pipa en el aire frío.

Graham Court era una plazoleta con una hilera de casuchas destartaladas rodeadas de franjas de hierba marchita. Un gastado sendero de grava conducía a los derruidos escalones delanteros de las puertas. En algunas de las casuchas se filtraba la luz por las grietas de sus estructuras. Un edificio con un cartel que decía «oficina» y que estaba más próximo a la calle se hallaba cerrado y a

oscuras. Parecía abandonado, como si su propietario lo hubiera dejado en busca de mejor suerte. Sobre mi cabeza, un eucalipto de flores rojas se movía mecido por un viento tan suave como un hálito y dejaba caer al suelo pequeños pétalos delgados. Recogí uno de la acera, porque sí, y lo molí hasta convertirlo en un polvillo rojo entre mis dedos.

Estaba dudando entre abordar a Reavis directamente o resignarme a una larga espera en el automóvil cuando se abrió la puerta de una de las casitas situadas en el centro del grupo. Una luz amarillenta cayó sobre la hierba. La sombra de un hombre se desplazó por ella y luego la luz desapareció. Comencé a caminar por la calle, alejándome de mi automóvil. Después de un momento, oí detrás de mí pasos rápidos.

Me metí en el sendero de entrada de una casa sin luz, al azar, y empecé a caminar, para dar la impresión de que vivía allí. Mi larga sombra vaga se fundió con la sombra de los arbustos y me di cuenta de que el hombre que iba detrás de mí sólo distinguiría mi silueta. Había un coche estacionado junto a la casa y me oculté detrás de él. Las pisadas en la acera continuaron sin pausa.

En la esquina el hombre pasó bajo el farol. Era Reavis, que andaba con impaciente fanfarronería, el mentón en alto y los hombros hacia atrás, como si hubiera visto a un grupo de muchachas en pleno día. Cuando dobló la esquina, corrí a

mi automóvil y di la vuelta a la manzana a tiempo de apagar las luces y ver el desfile de Reavis mientras cruzaba la siguiente intersección.

No me arriesgué. Él conocía mi coche, de modo que lo cerré con llave y lo dejé donde estaba. Esperé a que se adelantara casi una manzana y usé todos los recursos convenientes para ocultarme: árboles, setos, coches aparcados, etcétera. En ningún momento miró hacia atrás. Se movía como un hombre cuya conciencia estuviese limpia, o que careciese de ella. Cuando llegó a Sunset

dobló a la izquierda. Atravesé el bulevar y acorté la distancia entre nosotros. Llevaba un traje de cuero de colores negro y canela. Prácticamente podía oír el traje a través de la ancha calle de tráfico rugiente.

Reavis se dirigió hacia una parada de taxis donde había varios alineados a lo largo de la acera. Yo esperaba que tomara uno de ellos y estaba dispuesto a seguirlo en otro. En cambio, se sentó en el banco de la parada de autobús, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Caminé unos metros por la calle transversal y lo observé desde la sombra del edificio de la esquina. A mi izquierda, altos hoteles de apartamentos se elevaban contra un cielo cuyo color rojizo y en movimiento era como el interior de los párpados. El tardío tráfico nocturno fluía entre Reavis y yo a una velocidad constante de entre treinta y cinco y cuarenta kilómetros por hora.

Un largo coche negro se separó de la corriente y se acercó a la acera donde estaba sentado Reavis. Éste se levantó y arrojó el cigarrillo. Un hombre de uniforme gris oscuro surgió del asiento del conductor y le abrió la puerta de atrás. Yo estaba en medio de la calle, en el estrecho corredor entre las dos direcciones, cuando el coche emprendió nuevamente la marcha. Abrí la puerta del primer taxi de la cola e indiqué al conductor que lo siguiera.

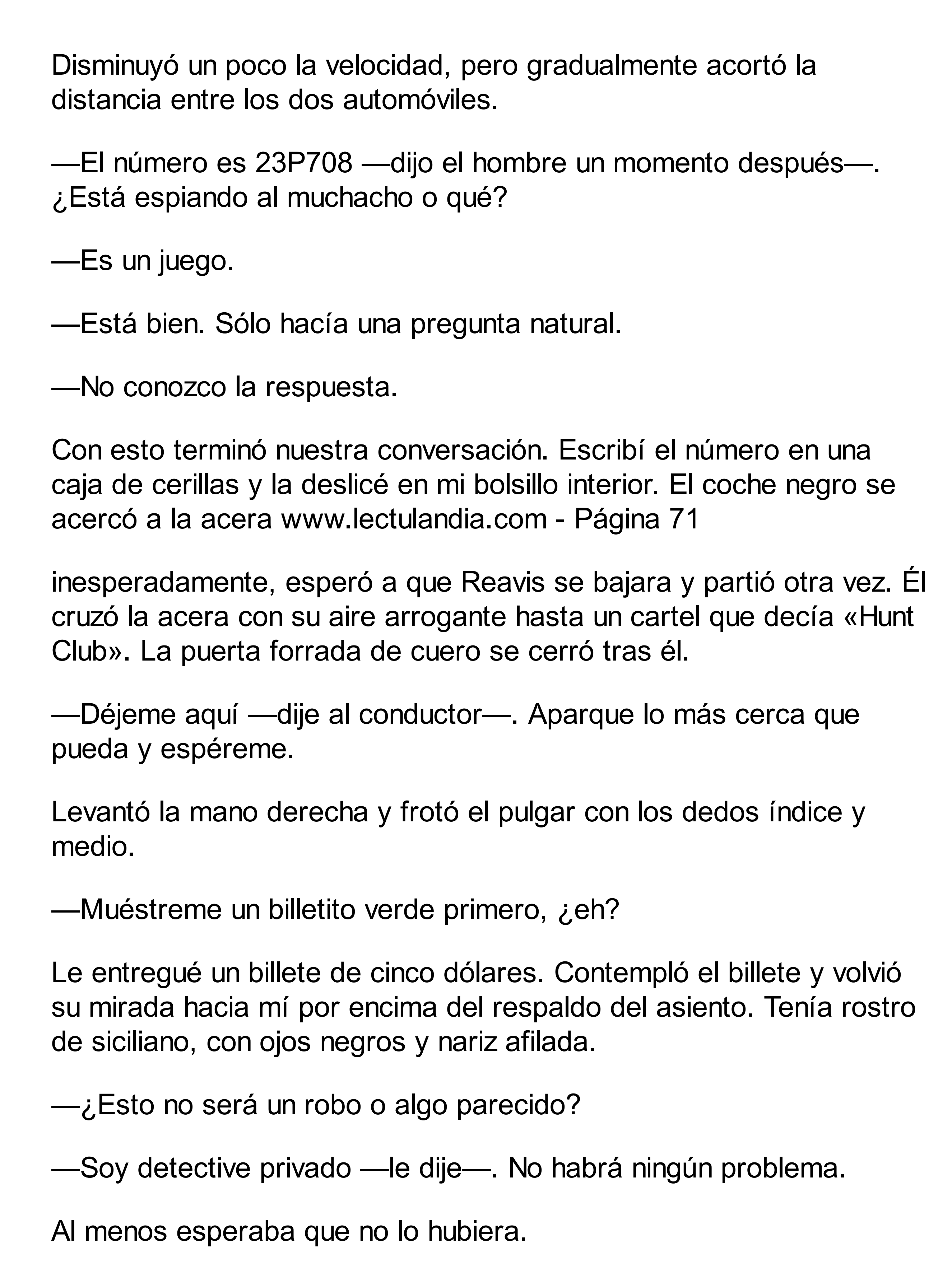
—¿Tarifa doble? —dijo el taxista por encima del rugido del motor.

—Desde luego. Y un dólar extra por el número de la matrícula.

El taxi abandonó la acera con un brusco despegue que me arrojó hacia atrás contra el respaldo del asiento y en seguida se puso a cincuenta kilómetros por hora.

Escurriéndose en medio del tráfico, alcanzó pronto al coche negro.

—No se acerque demasiado. Y aléjese un poco cuando tenga el número.



Disminuyó un poco la velocidad, pero gradualmente acortó la distancia entre los dos automóviles.

—El número es 23P708 —dijo el hombre un momento después—. ¿Está espiando al muchacho o qué?

—Es un juego.

—Está bien. Sólo hacía una pregunta natural.

—No conozco la respuesta.

Con esto terminó nuestra conversación. Escribí el número en una caja de cerillas y la deslicé en mi bolsillo interior. El coche negro se acercó a la acera

inesperadamente, esperó a que Reavis se bajara y partió otra vez. Él cruzó la acera con su aire arrogante hasta un cartel que decía «Hunt Club». La puerta forrada de cuero se cerró tras él.

—Déjeme aquí —dije al conductor—. Aparque lo más cerca que pueda y espéreme.

Levantó la mano derecha y frotó el pulgar con los dedos índice y medio.

—Muéstreme un billetito verde primero, ¿eh?

Le entregué un billete de cinco dólares. Contempló el billete y volvió su mirada hacia mí por encima del respaldo del asiento. Tenía rostro de siciliano, con ojos negros y nariz afilada.

—¿Esto no será un robo o algo parecido?

—Soy detective privado —le dije—. No habrá ningún problema.

Al menos esperaba que no lo hubiera.

El Hunt Club de Dennis estaba oscuro, sombrío y lleno de gente. Luces indirectas brillaban con discreción sobre bronces y maderas pulidos, sobre cabezas y rostros sumamente pulidos. Las fotografías alineadas en las paredes de madera estaban firmadas por nombres famosos o que alguna vez lo habían sido. Dennis en persona estaba cerca de la puerta. Era un hombre de cabello gris, vestido con un traje de empresario de pompas fúnebres, con nariz de payaso y boca de financiero. Hablaba con aire de elegante condescendencia con uno de los que habían sido famosos. Éste me miró por debajo de sus finas cejas despobladas. No había competencia. Expresó consuelo y condescendencia.

El local estaba construido en dos niveles, de modo que desde el bar se dominaba la sala. Eran cerca de las dos. El bar trabajaba al máximo, antes de que sonara el toque de queda. Encontré un taburete vacío, pedí una Guinness para recuperar energías y miré a mi alrededor.

El traje de cuero relumbraba en medio de la sala. Reavis, de espaldas a mí, estaba en una mesa con una mujer y un hombre. El hombre se inclinaba sobre su bistec de medio palmo en dirección a Reavis; un esmoquin azul oprimía sus pesados hombros.

El ancho cuello que surgía de la camisa blanca soportaba una cabeza enorme, con una piel rosada como la de un bebé. Su cabello rojizo se ensortijaba sobre el macizo cráneo. Tenía los ojos entrecerrados, en actitud de escuchar; mientras masticaba, destellos de inteligencia iluminaban su rostro grande y suave.

La tercera persona de la mesa era una joven de cabello rubio ceniza que llevaba una túnica blanca y plisada. Cuando inclinaba la cabeza, su corto cabello brillante caía hacia delante enmarcándole castamente el rostro como una toca. Sus rasgos eran finos.

La joven trataba de oír lo que decían ambos. El hombre de rostro grande la miró, abrió un poco más los ojos y pareció no agradarle lo

que vio. Una infantil

impaciencia se dibujó en su entrecejo y su boca mientras le habló masticando enérgicamente. La mujer se levantó y se dirigió al bar. La gente se volvía para mirarla. Se sentó en el asiento vacío que había a mi lado y le sirvieron antes que a mí.

El camarero la llamó por su nombre, «señora Kilbourne», y se habría tirado del pelo si lo hubiera tenido. Ella se tomó un bourbon puro.

Por fin el barman me trajo mi cerveza, espumeante, en una helada jarra de cobre.

—Último pedido, señor.

—Con esto me bastará.

Eché una rápida mirada a la mujer para confirmar mi primera impresión. Su atmósfera era oxígeno puro: si se respiraba una bocanada profunda provocaba vértigo y alegría, pero también podía envenenar. Tenía los ojos melancólicos bajo las largas pestañas y las mejillas ligeramente hundidas, como si se hubiera alimentado de su propia belleza. Sus carnes tenían ese levísimo exceso que hace a los hombres seguir a una mujer por la calle.

Sus manos tantearon el broche de diamante de su cartera de lamé dorado y hurgaron en el interior de la misma.

—¡Maldita sea! —dijo en voz baja y firme.

—¿Algún problema? —pregunté sin demasiada esperanza.

No se volvió; ni siquiera pestañeó. Pensé que había sido rechazado, lo cual no me importaba mucho, ya que me lo había buscado, pero después de un momento me respondió en el mismo tono de voz llano:

—Noche tras noche, siempre lo mismo. Si tuviera dinero para un taxi, le abandonaría.

—Me gustaría ayudarla.

Se volvió y me observó con una de esas miradas que me hacían desear ser más joven y más guapo y tener un millón de dólares, y que me recordaban que no era así.

—¿Quién es usted?

—Un admirador desconocido. Es decir, desde hace cinco minutos.

—Gracias, Admirador Desconocido.

Sonrió y levantó las cejas. Su sonrisa era como una flecha.

—¿Y está seguro de que no es padre de cinco hijos?

—Eso es *vox populi* —dije—. *Vox dei*. También tengo una flota de taxis a mi disposición.

—Es gracioso, pero yo tengo una de verdad. Mi marido la tiene, en todo caso. Y

no tengo dinero para un taxi.

—Fuera hay uno esperándome. Puede disponer de él.

—¡Además, amable y abnegado! Hay muchos admiradores desconocidos que quieren ser conocidos.

—Dejemos las bromas.

—Olvide lo dicho. Sólo eran palabras. Me falta coraje para hacer otra cosa que no sea hablar.

Miró hacia su mesa y el hombre de cabeza grande la llamó con un gesto perentorio. Ella apuró su bebida y abandonó la barra y regresó a la mesa. El hombre pidió la cuenta con voz sonora y lenta.

El camarero abrió los brazos y se dirigió a las personas de la barra:

—Lo siento, amigos, es hora de cerrar, ya lo saben.

—¿Quién es la palomita? —le pregunté con tranquilidad.

—¿Se refiere usted a la señora de Kilbourne?

—Sí, ¿quién es?

—La señora de Walter Kilbourne —afirmó con decisión—. El que está con ella es Walter Kilbourne.

Asocié el nombre con dinero, pero no pude situarlo claramente.

Estaba esperando en el taxi, al otro lado de la calle, cuando ellos aparecieron en la acera. Al mismo tiempo, el coche se arrimó al lugar. Las piernas de Kilbourne eran demasiado pequeñas para su torso gigantesco. Cuando cruzaron la acera su gran cabeza estaba a la misma altura que la de su mujer. Esta vez Reavis se sentó delante, con el chófer.

—¿Va a seguir jugando? —dijo mi taxista.

—¿Por qué no? Son apenas las dos.

—Algunas personas tienen un sentido del humor muy peculiar —gruñó.

Dio la vuelta en la esquina y regresó rápidamente. El tráfico había disminuido y era fácil no perder de vista las luces rojas traseras, que brillaban a considerable distancia. En el centro de Sunset Strip el automóvil se detuvo de nuevo junto a la acera. La mujer rubia y su marido descendieron y entraron en The Flamenco; Reavis

permaneció junto al chófer. El automóvil negro giró en redondo de repente y pasó a nuestro lado en dirección opuesta.

Mi conductor había estacionado en doble fila a unos cien metros de The Flamenco. Puso ruidosamente en primera la palanca de cambios y luchó con el volante.

—¿Hasta cuándo va a seguir esto?

—Tendremos que esperar y ver.

—Suelo comer algo y tomar una taza de café a eso de las dos.

—Sí, es una lata. Sin duda un asesinato altera los horarios.

La aguja del velocímetro saltó diez kilómetros, como si estuviera ligada directamente a los latidos del conductor.

—¿Ha dicho asesinato?

—Sí.

—¿Alguien ha sido asesinado o está por ser asesinado?

—Alguien fue asesinado.

—No me gusta mezclarme en crímenes.

—A nadie le gusta. No pierda de vista ese automóvil y varíe la distancia.

El coche negro se detuvo ante la luz roja del semáforo de Cahuenga y mi chófer cometió un error. Antes de que girara a la izquierda se acercó demasiado. Reavis miró hacia atrás, sus ojos grandes y negros relucieron a la luz de nuestros faros, y habló con el chófer.

Maldije en voz baja y abrigué la esperanza de que estuvieran comentando la belleza de la noche.

Pero no fue así. Una vez que el coche tomó la autopista comenzó a correr a su velocidad máxima. La aguja de nuestro velocímetro llegó hasta ciento veinte y se clavó allí como las manecillas de un reloj parado. Las luces traseras desaparecieron en una curva y quedaron fuera de nuestro alcance cuando tomamos la curva en medio del chirrido de las ruedas.

—Lo siento —dijo el conductor, con la cabeza y el cuerpo rígidos sobre el volante—. Ese Cadillac puede ir a ciento cincuenta desde aquí hasta San Francisco.

De todos modos, probablemente ha salido en Lankershim.

11

Graham Court había cambiado en la hora —o poco más o menos— transcurrida desde que lo había visto por última vez. Tenía la misma desaliñada fealdad, la misma atmósfera fétida de personas que viven en serios apuros, pero eso habían perdido parte de su realidad. Al salir de allí en un coche que lo reunió con la señora Kilbourne, Reavis había dado al lugar una nueva dimensión: la posibilidad de que detrás de las combadas paredes hubiera algo más que bebida, pobreza, cópula y desesperación. Para Reavis, al menos, Graham Court era un lugar en el que podía suceder cualquier cosa: el humilde escenario en donde los actores desempeñaban el papel de pobres por mil dólares diarios, el barrio bajo donde el hermoso príncipe vivía de incógnito.

En la primera casita una mujer suspiró tristemente en sueños y se oyó el confuso gruñido de un hombre que rezongó mandándole silencio. Una radio chilló como un grillo frenético en una casucha al principio de la fila, donde alguien estaba oyendo un programa

nocturno o se había olvidado de apagarla. La casa de Reavis era la tercera a partir de la calle de la izquierda. La puerta se abrió al primer intento realizado con una ganzúa común. La cerré detrás de mí y busqué junto a ella el interruptor de la luz.

La habitación salió de la oscuridad y me encerró en un deslucido cubo de paredes forradas de madera. La luz procedía de una bombilla rodeada de papel que colgaba de un ladrón doble, corrida a un costado por un cable que iba hasta un clavo de la pared y luego descendía por ésta hasta un enchufe doble. Había migajas oscuras sobre una mesa cubierta por un hule y situada junto al enchufe, y algunas de esas migajas se movían. Una cómoda de madera agrietada se combaba contra la pared opuesta.

Encima del tablero, comido por quemaduras de cigarrillos, había una botella de brillantina y un par de cepillos militares en una caja revestida de piel de cerdo que llevaba las iniciales P. M. R.

Revisé los cajones y encontré dos camisas planchadas, dos pares de calcetines de algodón de brillantes colores, una muda de ropa interior, una caja de cartón con una etiqueta del Sheik y una fotografía en color del mismo Sheik, una cinta de seda azul que indicaba el segundo puesto en una carrera celebrada en Camp Mackenzie, dondequiera que esto fuera, en 1931, y una caja de tarjetas. Estaba casi llena y cada tarjeta llevaba, impresa en dorado sobre fondo negro, la leyenda: «Saludos de Patrick

“Pat” Reavis». El cajón inferior contenía ropa sucia, incluida la camisa hawaiana.

Una cama de hierro situada en el rincón izquierdo de la habitación frente a la puerta de entrada ocupaba un cuarto de la superficie. Estaba cubierta con una manta de la Armada de los Estados Unidos. Las fotografías colgadas en la pared encima de la cama parecían hacer juego con la manta. Eran fotografías de mujeres desnudas,

unas tomadas al natural y otras, recortes de revistas; tal vez una docena de cada tipo.

En una se veía a Gretchen Keck, que por encima de su suave cuerpo juvenil mostraba en el rostro una rígida sonrisa de vergüenza. Las fotografías del cajón de la mesilla de noche eran más raras. Entre ellas había las de un conjunto de murales de Herculano, lo cual no significaba que Reavis fuera un arqueólogo aficionado. En las imágenes no aparecía nadie que yo conociera. En el lado opuesto a la cama, una desteñida cortina verde, colgada de una barra de hierro curvada, rodeaba un lavabo, un retrete y una ducha herrumbrosa. Una charca de agua sucia se extendía por el arruinado linóleo y oscurecía el borde de la cortina.

Sin arrodillarme, busqué debajo de la cama y saqué una maleta con las esquinas de cuero gastadas. Estaba cerrada con llave, pero la cerradura saltó al darle un fuerte golpe con el talón. La llevé hasta la luz y la abrí. Debajo de una mohosa maraña maloliente de camisas y calcetines sucios, el fondo de la maleta estaba cubierto de papeles en desorden. La mayoría de ellos eran cartas personales escritas con letra informe y firmadas con nombres o sobrenombres de muchachas; cartas sumamente personales. Tomé de muestra una que comenzaba: «Adorado mío: me enloqueciste la otra noche», y terminaba: «Ahora que sé lo que es el amor, adorado mío, no te irás ni me abandonarás. Escríbeme y dime que no lo harás». Otra, de letra diferente, empezaba: «Estimado señor Reavis», y terminaba: «Lo amo *apazionadamente* con todo mi *corasón*.»

Había también papeles oficiales en los que se declaraba que un tal Patrick Murphy Ryan, nacido en el distrito de Bear Lake, de Kentucky, el 12 de febrero de 1921, se había enrolado en el cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos el 23 de junio de 1942, en San Antonio, Texas, y dado de baja en diciembre del mismo año, deshonrosamente. Se indicaba la actividad civil de Ryan como agricultor, mecánico y aprendiz de mantenimiento de pozos de petróleo; su ocupación preferida era la de piloto comercial. Había

una copia de una solicitud al Servicio Nacional de Seguros de Vida por la cantidad de dos mil dólares, presentada por el mismo Patrick Ryan y con fecha del 2 de julio de 1942. Solicitaba que la póliza fuera enviada a Elaine Ryan Cassidy, Railroad 2, Bear Lake, Kentucky. Podía ser su madre, su hermana o su ex esposa.

El nombre de Elaine apareció otra vez, ahora con un apellido diferente, en un sobre roto, arrugado y vacío que estaba en un rincón de la maleta. El sobre iba dirigido al señor Patrick Ryan, Graham Court, Los Ángeles, y llevaba matasellos de Las Vegas, con fecha de 10 de julio de ese año. La dirección del remitente estaba garabateada en el borde desgarrado: Elaine Schneider, Apartamentos Rush, Las Vegas, Nevada. Si era la misma Elaine a quien se había enviado la póliza de seguros de Pat, era una mujer en quien él confiaba. Y Las Vegas no estaba lejos. Memoricé la dirección.

Estaba revolviendo el manojo de cartas, en busca de la que correspondía al sobre vacío, cuando sentí en el cuello una brisa suave y fría. Recogí una de las cartas y me levanté lentamente sin volverme, como si buscara más luz para leerla; luego giré con lentitud, sujetando la carta en las manos. La puerta estaba entreabierta; afuera todo era oscuridad.

Quise alcanzar el interruptor de la luz. El paso que di me hizo perder un poco el equilibrio. Apareció una mano por la abertura de la puerta, que se abrió más, y se cerró en mi muñeca: dedos como blancas salchichas curvas, salpicadas de cortas cerdas negras. Me desequilibró del todo y mi cabeza chocó contra la pared. El revestimiento de madera crujió. Una segunda mano se cerró sobre mi brazo y comenzó a torcerlo alrededor del borde de la puerta. Puse un pie contra el batiente de la puerta y atraje las manos hacia dentro de la habitación. Las manos, luego los brazos y después los

hombros. Cuando entró todo el hombre, arrastró la puerta consigo. Cayó contra la cortina verde haciendo muy poco ruido.

Su nariz y sus cejas eran setas marrones que crecían en un rostro pesado y macizo, en el cual centelleaban unos ojos pequeños como brillantes escarabajos negros. Desaparecieron de la vista cuando los golpeé con mi mano libre, pero reaparecieron otra vez. Al golpear su sólido mentón, me hice daño en la mano. La cabeza giró con el puñetazo y regresó gruñendo hacia mí.

El hombre se volvió repentinamente, levantó los brazos y me hizo trastabillar. Me oprimió las muñecas con los dedos. Sus pesados hombros se balancearon. No me dejé coger. Su chaqueta se rajó en la espalda con un ruido seco. Liberé mi mano, entrelacé ambas manos bajo su mentón y le puse una rodilla en la espalda. Poco a poco se enderezó y cayó hacia atrás. El suelo crujió bajo su nuca, y luego el techo se desplomó sobre la mía.

Cuando recuperé el conocimiento estaba boca abajo en la oscuridad. La superficie que tenía debajo del rostro parecía vibrar, y la misma vibración me latía intensamente en la base del cráneo. Al abrir la boca noté el sabor de un paño polvoriento. Algo pesado y duro me presionaba la espalda. Traté de moverme, y descubrí que tenía los hombros y las caderas inmovilizados. Me había atado las manos contra el estómago.

El temor a la muerte me hizo estremecerme. Cuando esa sensación se disipó, sentí la cabeza más lúcida y más dolorida. Estaba en el suelo de un coche en movimiento, boca abajo, entre el asiento delantero y el trasero.

Las ruedas saltaron y atravesaron dos series de caminos de tierra. Levanté la cabeza del suelo.

—Tenga cuidado, amigo —advirtió una voz de hombre.

Un objeto pesado fue desplazado de mi espalda y colocado sobre mi nuca.

—Quíteme el pie de encima —dije.

El pie me presionó la cabeza contra el suelo.

—De lo contrario, ¿qué hará, amigo? ¿Nada? Es lo que pensaba.

Me quedé quieto, tratando de memorizar el timbre, el tono y la inflexión de la voz para no equivocarme si la volvía a oír. Era una voz suave y líquida como la melaza, recorrida por cierto temblor de vanidad. Una voz como la brillantina que los peluqueros baratos ponen en el cabello antes de que uno pueda detenerlos.

—Basta, amigo —dijo—. Dentro de un rato podrá hablar. Tendrá que hacerlo.

Más caminos de tierra. Un giro a la izquierda. Un pavimento urbano con baches.

Otro giro. Me rugía la sangre en los oídos. Luego no se oyó nada más que el rugido de mi sangre. Se alzaron los pies y se abrió la puerta de un coche. Luché por arrodillarme y traté de roer con los dientes las ataduras de mis muñecas. Me habían atado con alambre.

—Ahora vaya con cuidado. Tengo un revólver en su espalda. ¿No lo nota?

Lo sentí. Fui con cuidado.

—Baje del coche, amigo. No alborote o emprenderá otro viaje sin retorno. Puede levantarse y dejar que le eche una mirada. Francamente, parece usted el demonio.

Miré el firme revólver negro y luego lo miré a él. Era esbelto y de elevada estatura, con la cintura ceñida por un traje demasiado ajustado y con grandes hombreras. Tenía el cabello espeso, negro y lustroso, pero no armonizaba con los mechones grises sobre sus orejas.

—Usted también tiene un aspecto lamentable.

Me golpeó bajo el mentón con el cañón del revólver. Mi cabeza se levantó violentamente y caí contra la puerta abierta del coche, que se cerró con estrépito. El ruido resonó por la calle desierta. Yo no sabía dónde estaba, pero tenía la sensación que produce Glendale: final de trayecto. No se veían luces en ninguna de las casas.

Nada sucedía, excepto que el hombre presionaba el revólver contra mi esternón y profería amenazas como música para violonchelo en mi rostro.

El otro hombre se asomó por la ventanilla delantera. Por encima de su escarabajo derecho fluía un poco de sangre.

—¿Estás seguro de que podrás arreglártelas con este tipo?

—Será un placer —nos dijo a ambos el hombre alto.

—No lo golpees a menos que lo pida. Queremos oír su historia y luego dejarlo en hielo una temporada.

—¿Cuánto tiempo?

—Ya lo sabrás mañana.

—No soy una niñera —gruñó el hombre alto—. ¿Qué harás tú, Mell?

—Me voy de viaje. Buenas noches, cariño.

El automóvil se alejó.

—Marcha rápida —dijo el hombre alto.

—¿Paso de ganso o simple?

Puso un tacón sobre mi empeine e hizo presión. Sus ojos eran pequeños y oscuros. Recogían la luz de un farol distante y la reflejaban como los de un gato.

—Es usted muy atractivo para ser un hombre tan mayor.

—Basta de bromas —dije con voz gutural—. Nunca he matado a un hombre, pero juro por Dios…

—Yo sí, nena. Me había pisado la cabeza mientras yo estaba en el suelo.

—Deje de llamarme nena.

Retrocedió y mantuvo el revólver en alto. Sin él no era nada. Pero lo tenía.

Marché rápidamente por el hormigón, agrietado y en declive, hasta el porche.

Estaba sumido en la oscuridad, un lugar de sombras. Siguió apuntándome con los ojos y el revólver mientras buscaba a tientas su llavero y descorría el cerrojo. Una voz de mujer surgió entonces de las sombras.

—¿Eres tú, Rico? Te he estado esperando.

El hombre se apartó felinamente de la puerta y dirigió el revólver hacia la oscuridad, detrás de mí.

—¿Quién es?

Su voz sonó cortante. Me apoyé en las puntas de los pies, listo para moverme. El revólver volvió a apuntarme. El llavero quedó olvidado en la cerradura.

—Soy yo, Rico —dijo la voz desde las sombras—. Mavis.

—¡Señora Kilbourne! —El asombro invadió el rostro del hombre y sofocó su voz

—. ¿Qué hace usted aquí?

—Mavis para ti, que eres alto y guapo. Hace mucho tiempo que no salgo sola, pero no he olvidado cómo me mirabas.

Surgió de las sombras y pasó junto a mí como si yo no existiera, inmaculada en una chaqueta de armiño con muchas hombreras. Llevaba la mano izquierda detrás de sí, con el índice extendido. Lo curvó y lo enderezó apuntando al suelo.

—Tenga cuidado, señora Kilbourne. —La voz del hombre era lastimera y trataba de reprimir una esperanza imposible—. Por favor, váyase a casa, señora Kilbourne.

—¿No me vas a llamar Mavis?

Acarició el rostro del hombre con una mano envuelta en un guante blanco.

—Yo te llamo Rico. Cuando estoy en la cama, de noche, pienso en ti. ¿Nunca me vas a dar una oportunidad?

—Seguro que sí, nena, pero lleva cuidado. Tengo un revólver en…

—Pues apártalo —dijo con tímida impaciencia.

La mujer hizo a un lado el revólver y se inclinó pesadamente sobre él, rodeándole los hombros con los brazos y besándolo en la boca.

Por un instante el revólver vaciló. El hombre permaneció quieto, sumido por ella en un sueño blanco y perfumado. Levantó los puños cerrados y los dejó caer. Algo produjo un chasquido en su mano. El revólver cayó al suelo. La mujer fue detrás de

él, escurriéndose de rodillas, y Rico corrió tras ella. Mis brazos pasaron por encima de su cabeza, lo abrazaron y lo levantaron. Lo mantuve suspendido por el cuello hasta que sus manos dejaron de arañarme y se arrastraron por el suelo. Entonces lo dejé caer de bruces.

12

La mujer se puso de pie con el revólver en la mano. Lo sostenía de una manera cautelosa, como si fuera un reptil.

—Aprende rápido, Archer. Ése es su nombre, ¿verdad?

—Admirador desconocido —dije—. No sabía que tenía un poder tan fantástico sobre las mujeres.

—¿No? Cuando lo vi supe que usted era para mí. Luego oí a mi marido decir a sus hombres que lo trajeran aquí. Y vine. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Sus manos hicieron un gracioso gesto, arruinado por el revólver.

—A diferencia de Rico —dije—, soy alérgico a los numeritos.

Contemplé al hombre que estaba a mis pies. Tenía el tupé ladeado, de modo que la línea blanca de la raya corría de oreja a oreja. Era divertido y reí. La mujer pensó que me reía de ella.

—No se atreva a reírse de mí —dijo con rabia ciega—. Lo mataré si lo hace.

—No si sostiene el revólver de esa manera. Se torcerá la mano y hará un agujero en el techo. Déjelo, dele un beso de despedida a su amigo y la llevaré a casa.

Supongo que debo darle las gracias, Mavis.

—Usted hará lo que yo diga —afirmó sin mucha convicción.

—Haré lo que considere más adecuado. Usted no tuvo valor para enfrentarse sola con Rico y yo soy un tipo más difícil que él.

La mujer se metió el revólver en el bolsillo de la chaqueta y entrelazó las manos cubiertas de seda blanca bajo su pecho.

—Tiene razón. Necesito su ayuda. ¿Cómo se ha dado cuenta?

—No se ha metido en este lío por pura diversión. Desáteme las manos.

Se quitó los guantes. Sus dedos desanudaron el delgado alambre de acero.

El hombre echado en el suelo se dio la vuelta hacia un costado; su respiración silbaba tenuemente en su garganta.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

—¿Qué quiere hacer con él? ¿Quiere meterlo en el lío?

Apareció una sonrisa en sus labios.

—Por supuesto que no.

—Deme el alambre.

Tenía los dedos casi entumecidos y al volver a ellos la circulación experimenté agudos pinchazos, pero me respondieron. Puse al hombre boca arriba, le doblé las rodillas y le até las muñecas por debajo de los muslos.

La muchacha abrió la puerta y arrastré al hombre por el umbral tirando de él por los hombros.

—¿Y ahora?

—Hay un armario.

Cerró la puerta y encendió la luz.

—¿Es seguro esto?

—Vive solo en esta casa.

—Parece haber estudiado el lugar.

Se puso un dedo en la boca y contempló al hombre. Éste tenía los ojos abiertos y la miraba. En el blanco de los ojos tenía un tinte sanguinolento. La cabellera se le había caído totalmente, de modo que la cabeza aparecía desnuda. La peluca yacía en el suelo como un pequeño animal negro, como un cachorro de mofeta. Se oyó la voz del dueño salir de unos labios violáceos.

—La voy a poner en una situación difícil, señora.

—Pues usted ya está en ella —contestó la muchacha, y dirigiéndose a mí agregó

—: Meta a esta belleza en el ropero, ¿quiere?

Lo puse bajo un impermeable sucio y le coloqué un par de chanclos llenos de barro debajo de la cabeza.

—Si hace ruido, taparé las rendijas de alrededor de la puerta.

Permaneció quieto. Cerré la puerta del armario y miré a mi alrededor. Estaba en un pasillo de techo alto perteneciente a una vieja casa convertida en oficina. El piso de madera estaba cubierto por esteras de goma, excepto en los bordes, donde se veía el tramado de las tablas. Las paredes habían sido pintadas de gris sobre un papel de empapelar. La escalera, situada en la parte de atrás, parecía el espinazo de algún saurio extinguido. A mi izquierda, el cristal mate de una puerta tenía un cartel con nítidas letras negras: HENRY MURAT, LABORATORIO DE ELECTRÓNICA Y PLÁSTICA.

La mujer estaba inclinada sobre la cerradura de esa puerta, probando una tras otra las llaves del llavero. Se abrió con un ruidito seco. Entró y presionó un interruptor. Se encendieron luces fluorescentes. Entré tras ella a la habitación, que era una pequeña oficina con muebles metálicos y cromados. Había un escritorio vacío, algunas sillas, un fichero y una pequeña caja de caudales con un falso dial que se abría con una llave. Un diploma enmarcado y colgado de la pared por encima del escritorio informaba que a Henry Murat se le había otorgado el título de perito en electrónica.

Nunca había oído mencionar la universidad que otorgaba el título.

La muchacha se arrodilló frente a la caja fuerte y probó torpemente las llaves.

Después de algunos intentos, miró a su alrededor buscándome. Su rostro estaba sin sangre bajo la luz cruel, y casi tan blanco como la cal.

—No puedo. Me tiemblan las manos. ¿Quiere abrirla?

—Eso es robar. Y me revienta robar dos veces en una sola noche.

Se levantó y se dirigió hacia mí blandiendo las llaves.

—Por favor. Debe hacerlo. Hay algo mío ahí dentro. Haré lo que quiera.

—No es necesario. Ya le he dicho que yo no soy Rico, pero me gusta saber qué es lo que hago. ¿Qué hay ahí?

—Mi vida —contestó ella.

—¿Más histrionismo, Mavis?

—Por favor. Es verdad. Nunca tendré otra oportunidad igual.

—¿De qué se trata?

—Fotografías mías —dijo forzadamente—. Yo nunca las autoricé. Fueron tomadas sin mi conocimiento.

—Chantaje.

—Llámelo así si gusta, aunque es algo peor. Ni siquiera puedo matarme, Archer.

En ese momento parecía medio muerta. Tomé las llaves con una mano y con la otra le di una suave palmada en el brazo.

—¿Por qué piensa en eso, chica? Usted lo tiene todo.

—No tengo nada —respondió.

Resultaba fácil identificar la llave de la caja. Era de bronce, larga y lisa. La metí en el agujero que había debajo del dial, presioné la manija cromada y tiré de la pesada puerta. Abrí un par de cajones llenos de cuentas, viejas cartas y facturas comerciales.

—¿Qué debo buscar?

—Un rollo de película. Creo que está en una lata.

Había una lata de aluminio chata en el estante superior, como las que se usan a veces para las películas de 16 milímetros. Arranqué la cinta que sellaba los bordes y la abrí. Contenía algunos cientos de metros de película enrollada en un cilindro plano.

Acerqué el extremo a la luz: era Mavis echada de espaldas, bajo un sol brillante, con una toalla sobre las caderas.

—No. No se atreva —dijo ella arrancándome de las manos la película y apretándola contra sí misma.

—No se ponga nerviosa. No es la primera vez que veo un cuerpo humano.

No me oyó. Tiró la película al suelo de linóleo y se agazapó junto a ella. Por un momento no me di cuenta de lo que quería hacer, pero luego vi en su mano el encendedor dorado. Aunque soltaba chispas, no encendía.

Di un puntapié a la película para quitarla de su alcance, la recogí y la puse en la lata. Ella gritó y se abalanzó sobre mí. Me golpeó el pecho con sus manos enguantadas.

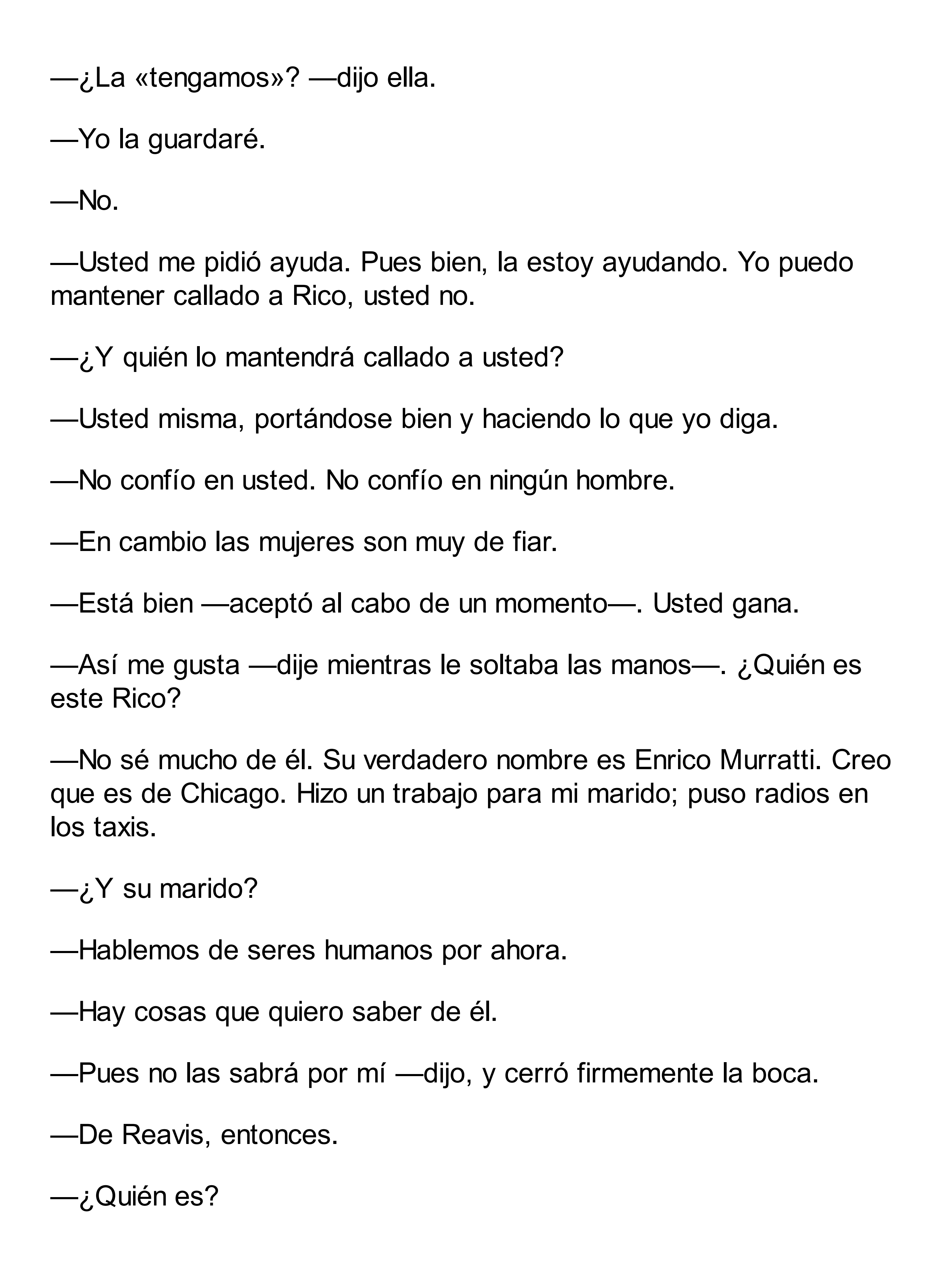
Me metí la lata en el bolsillo y cogí a Mavis por las muñecas.

—A veces esa sustancia explota. Va a incendiar la casa y se quemará usted con ella.

—¿Qué me importa? Suélteme.

—Lo haré, siempre que se tranquilice. Además, usted necesita esa película.

Mientras la tengamos, Rico mantendrá la boca cerrada.



—¿La «tengamos»? —dijo ella.

—Yo la guardaré.

—No.

—Usted me pidió ayuda. Pues bien, la estoy ayudando. Yo puedo mantener callado a Rico, usted no.

—¿Y quién lo mantendrá callado a usted?

—Usted misma, portándose bien y haciendo lo que yo diga.

—No confío en usted. No confío en ningún hombre.

—En cambio las mujeres son muy de fiar.

—Está bien —aceptó al cabo de un momento—. Usted gana.

—Así me gusta —dije mientras le soltaba las manos—. ¿Quién es este Rico?

—No sé mucho de él. Su verdadero nombre es Enrico Murratti. Creo que es de Chicago. Hizo un trabajo para mi marido; puso radios en los taxis.

—¿Y su marido?

—Hablemos de seres humanos por ahora.

—Hay cosas que quiero saber de él.

—Pues no las sabrá por mí —dijo, y cerró firmemente la boca.

—De Reavis, entonces.

—¿Quién es?

—Usted estaba con él en el Hunt Club.

—¡Ah! Pat Ryan —dijo, y se mordió el labio.

—¿Sabe usted adónde fue?

—No. Sé adonde irá con el tiempo, y yo bailaré sobre su tumba.

—Es usted discreta, para ser mujer.

—Tengo motivos para ello.

—Una pregunta más. ¿Dónde estamos? Tengo la impresión de que es Glendale.

—Es Glendale. —Forzó una sonrisa—. Me gusta, ¿sabe? Es despierto.

—Sí —respondí—. Siempre uso el cerebro para ahorrarme esfuerzos. Así es como conseguí este chichón en la cabeza.

Los largos minutos pasados en la oscuridad habían envejecido y ablandado a Rico. Su rozagante juventud había desaparecido de su rostro. Ahora parecía lo que era: un hombre inseguro de edad madura que sudaba de temor e inquietud.

Lo arrastré hasta la luz del pasillo y le dije:

—Usted amenazó hace un momento con crear dificultades a mi dienta.

Señalé con la cabeza a la mujer que estaba junto a la puerta.

—Como lo haga —continué—, las dificultades van a ser para usted. Debe olvidarse de que la vio esta noche. No dirá, ni a su marido ni a nadie, que estuvo aquí.

A nadie. Y ella no volverá a mirarle a la cara en toda su vida.

—Puede ahorrarse el sermón —replicó el hombre con cansancio—. Me doy

cuenta de la situación en que me encuentro.

Saqué la lata de película de mi bolsillo y la hice botar en mi mano un par veces.

Sus ojos la seguían arriba y abajo. Se mojó los labios y suspiró.

—Le tengo en mis manos —dije—, pero le concederé una oportunidad. No le voy a dar una paliza, aunque me encantaría. Tampoco voy a entregarlo, ni a usted ni la película, al fiscal del distrito, aunque es lo que se merecería.

—Eso no favorecería mucho a la señora Kilbourne.

—Preocúpese por usted, Rico. Esta película es una sólida prueba de chantaje. La señora Kilbourne nunca tendría que comparecer ante un tribunal.

—¡Chantaje! ¡Es mentira! Nunca recibí dinero de la señora Kilbourne.

Buscó la mirada de la muchacha, pero ésta tenía los ojos clavados en la película que yo sujetaba en la mano. Volví a metérmela en el bolsillo.

—Ningún juez ni ningún jurado lo creería —dije—. Está usted en un cajón.

¿Quiere que le clave la tapa encima?

Permaneció inmóvil quince o veinte segundos, meditando con el ceño fruncido.

—Con el cajón basta —admitió por fin—. ¿Qué quiere que haga?

—Nada, absolutamente nada. Basta con que no se meta con mi dienta. Después de todo, un muchacho como usted merece una segunda oportunidad.

Mostró sus dientes de varios colores en una sonrisa avergonzada: había llegado al punto de reírse de mis chistes. Desaté el alambre de sus muñecas y dejé que se pusiera en pie. Estaba entumecido.

—Lo suelta muy rápido —dijo la mujer.

—¿Y qué quiere hacer con él?

Le dirigió su mirada gris y letal, bajo las pesadas cortinas de sus pestañas.

Instintivamente, él se alejó de ella y apoyó la espalda contra la pared. Parecía estar deseando que lo metiera de nuevo en el armario.

—Nada —dijo ella finalmente.

Era una de sus palabras favoritas. No obstante, al dirigirse hacia la puerta pisoteó la peluca negra con su dorado tacón. En la última imagen que tuve de Rico, lo vi llevándose la mano derecha al cuero cabelludo con una expresión de profunda humillación en el rostro.

Caminamos en silencio hasta la avenida más próxima y tomamos un taxi que pasaba por allí. Ella le indicó al chófer que la llevara a The Flamenco.

—¿Por qué allí? —pregunté cuando arrancó el taxi—. Ya habrán cerrado.

—Para mí no. Tengo que volver allí de todos modos. Le pedí dinero para el taxi a la chica de los lavabos y le dejé mi bolso en prenda.

—Curiosa situación la suya. Va con un bolso adornado con brillantes y no lleva nada dentro.

—Dígaselo a mi marido.

—Me gustaría.

—¡Oh, no! —suplicó volviéndose hacia mí—. No lo hará, ¿verdad?

—Le tiene un miedo de muerte. ¿Por qué?

—No me haga más preguntas, por favor. Estoy muy cansada. Este asunto me ha agotado más de lo que usted cree.

Rozó mi hombro con la cabeza y la apoyó en él. Me incliné hacia un costado y miré su rostro. Sus ojos grises estaban crepusculares. Las pestañas cayeron sobre ellos como un anochecer súbito. Tenía la boca oscura y brillante. La besé y sentí que los dedos de sus pies presionaban el empeine del mío; apoyó una mano en mi cuerpo.

Me aparté de la vorágine, de la piscina de los ahogados. Ella se retorció, suspiró y se durmió en mis brazos.

La dejé a media manzana de The Flamenco y le dije al chófer que me llevara a Graham Court. Necesitó que le indicara cómo llegar allí. Hice todo lo posible por hacerlo. Mi cerebro y mi cuerpo habían entrado en un estado de letargo. Durante el largo retorno y la fatigosa tarea de encontrar mi automóvil, volver a casa, abrir y cerrar el garaje, abrir la puerta de mi casa y cerrarla detrás de mí, me costó mantenerme despierto. Ordenaba a mi cerebro que le dijera a mi cuerpo lo que tenía que hacer y observaba a mi cuerpo hacerlo.

En el despertador eléctrico que había en la mesilla junto a mi cama eran las cuatro y veinte. Al quitarme la americana, busqué la lata de

la película. No estaba. Me senté en el borde de la cama y tirité durante dos minutos de reloj. Eran las cuatro y veintidós.

—Buenas noches, Mavis —dije.

Me dejé caer con la ropa puesta y me dormí.

13

El despertador hizo un ruido que me recordó a los dentistas, que me recordó a los optometristas, que me recordó a las gafas de cristales gruesos, que me recordó a Morris Cramm, el hombre en el que estaba tratando de pensar cuando me desperté.

Hilda se encontró conmigo en el rellano del tercer piso y se llevó un dedo a los labios.

—No hagas ruido. Morris está durmiendo. Ha pasado muy mala noche.

Era rubia, gorda y con ojos de conejo; de su bata irradiaba el calor y la dulzura de las mujeres judías felizmente casadas.

—Despiértalo, por favor. Es sólo un minuto.

—No. No puedo.

Me miró con más detenimiento. La única luz que había procedía de una puerta de cristal, cubierta con una cortina de arpillera, que daba a una escalera de incendios al final del pasillo.

—¿Qué te ha pasado, Lew? Tienes muy mala cara.

—Pues tú estás estupenda. Es maravilloso ver otra vez a buena gente.

—¿Dónde has estado?

—En el infierno. Es decir, en Glendale. Pero nunca volveré a dejarte —dije, y la besé en la mejilla, que olía a jabón Palmolive.

Ella me dio un empujón amistoso que casi me tira por encima de la barandilla.

—No hagas eso. Morris podría oírlo, y es terriblemente celoso. En todo caso, yo no soy buena gente. Soy una ama de casa muy descuidada y hace dos semanas que no me arreglo las uñas. ¿Por qué? Porque soy una perezosa.

—Me encantan tus uñas. Nunca arañan.

—Lo harán si haces ruido. Y no creas que con halagos vas a hacer que despierte a Morris. Necesita dormir.

Morris Cramm investigaba para un periodista y hacía el turno de noche. Conocía a todas las personas que valía la pena conocer en el área metropolitana, y sabía lo suficiente de ellas para montar un sindicato del chantaje más grande que Sears Roebuck. A Morris nunca se le había ocurrido esta idea.

—Míralo de este modo, Hilda. Estoy buscando, desde hace largo tiempo, al hijo perdido de un rico noble inglés. El acongojado padre ofrece una fantástica recompensa por la dirección de su hijo en Los Ángeles. Yo voy a medias con Morris.

Si puede darme la dirección, se hará acreedor a este valioso regalo que lleva grabado un retrato de Alexander Hamilton y se halla personalmente autografiado por el secretario del Tesoro —dije, y saqué diez dólares de mi cartera.

—Hablas como si fuera un programa de radio. Dos programas de radio

mezclados.

—Por cinco minutos de su tiempo personal de sueño ofrezco diez dólares al contado. Dos dólares por minuto, ciento veinte dólares por hora. Dime qué estrella de cine gana novecientos sesenta dólares por una jornada de ocho horas.

—Bueno —dijo ella, dubitativa—, si hay dinero de por medio… Están vendiendo los cuartetos de Beethoven al cincuenta por ciento en la tienda de discos… Pero ¿qué pasará si Morris no sabe la respuesta?

—Él sabe todas las respuestas, ¿no?

Se volvió y puso la mano en el picaporte. Luego dijo muy seriamente:

—A veces creo que sí. Sabe tanto que eso le saca la energía del cuerpo.

Hilda entreabrió la persiana para que penetrara un poco de luz en el salón-dormitorio. El suelo estaba cubierto de periódicos, y las paredes, de estantes de libros y de discos. Un gran trofeo de caza dominaba la habitación y las vidas de las dos personas que habitaban en ella. Morris dormía en un sofá abierto, frente a la ventana.

Era un pequeño hombre moreno con un pijama a rayas. Se dio la vuelta y se incorporó parpadeando. Sus ojos parecían enormes y emotivos sin las gafas. Me miró sin verme.

—¿Qué hora es? ¿Quién es?

—Cerca de las nueve, querido. Lew quiere hacerte una pregunta.

Le alcanzó las gafas, que estaban en una repisa sobre la cama.

—¡Dios mío! ¡Tan temprano!

Eludió mi mirada. Cruzó los brazos colocando cada mano sobre el hombro opuesto, se meció y gimió.

—Lo siento, Morris. Sólo es un minuto. ¿Puedes darme la dirección de Walter Kilbourne? No está en la guía telefónica. Tengo la matrícula de su coche, pero se trata de un asunto personal.

—No sé quién es.

—Es por diez dólares, querido —musitó Hilda muy suavemente.

—Si no sabes dónde vive Kilbourne, admítelo. Creo que es un hombre rico y está casado con la mujer más hermosa de la ciudad.

—Diez millones de dólares más o menos —dijo Morris con resentimiento—. En cuanto a la señora Kilbourne, no me gustan las rubias ceniza. Mi gusto estético exige una coloración más intensa.

Sonrió a su mujer con franca admiración.

—Tonto —dijo ella mientras se sentaba a su lado y agitaba su áspera cabellera negra.

—Si Mavis Kilbourne fuera tan hermosa, sería artista de cine, ¿no es verdad?

Pero no; se casó con Kilbourne.

—¿Con Kilbourne o con los diez millones?

—Más de diez millones, ahora que lo pienso. Cincuenta y uno por ciento de la Pacific Refining Company, a la cotización actual de 26-7/8, ¡calcula!

—Pacific Refining Company —dije lenta y nítidamente, pensando en la mujer ahogada—. Creí que su negocio eran los taxis.

—Tiene algunos en Glendale. Tiene puestas las manos en varios pasteles, pero su tesoro es Pareco. Llegaron temprano al filón de Nopal Valley.

Bostezó y recostó la cabeza sobre el hombro regordete de su mujer.

—Esto me aburre, Lew.

—Prosigue. Pareces una cocina eléctrica. ¿Dónde vive?

—En el Valle.

Tenía los ojos cerrados y Hilda palmeó con maternal admiración la frente que encerraba tal archivo de datos.

—Staffordshire Estates. Es una de esas urbanizaciones que requieren un permiso especial para entrar en ellas. Yo estuve allí en una fiesta del Cuatro de Julio. Tenían a un senador como huésped de honor.

—¿Nacional o estatal?

—Senador nacional, ¿qué te has creído? Los senadores estatales abundan.

—¿Demócrata o republicano?

—¿Qué más da? ¿No me he ganado los diez dólares, estrujador de cerebros, explotador?

—Una pregunta más, intelectual de pacotilla. ¿De dónde sacó el dinero al comienzo?

—¿Me has tomado por un inspector de Hacienda? —Comenzó a estirarse, pero descubrió que exigía demasiado esfuerzo—. Pues no lo soy —agregó.

—Tú sabes cosas que Hacienda no sabe.

—Yo no sé nada. Todo lo que oigo son rumores. Me estás incitando a cometer un delito de difamación.

—Habla.

—¡Torturador!

—Eso no se dice —afirmó Hilda con dulzura.

Yo le recordé la pregunta.

—El dinero. ¿De dónde lo sacó?

—No creció en los árboles —contestó ahogando un bostezo—. Dicen que Kilbourne ganó una fortuna con el mercado negro de coches durante la guerra. Luego se apresuró a venir aquí para invertir su dinero legítimamente, antes de que alguien se lo quitara. Ahora es uno de los poderosos de California y los políticos van a sus fiestas. No digas que te lo he dicho yo, es sólo un rumor. Hasta puede haberlo difundido él mismo para ocultar algo peor, ahora que lo pienso.

Morris miró a su alrededor con una sonrisa soñadora y se durmió sentado. Hilda

le quitó las gafas y extendió su flácido cuerpo de muchacho sobre la cama. Le di los diez dólares y me dirigí hacia la puerta. Ella me siguió.

—Ven luego, Lew. Hemos recibido el nuevo Strauss de París.

—Vendré en cuanto tenga tiempo. Ahora me voy a Nevada.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—Allí vive Sue, ¿verdad? —Su redondo rostro regordete se iluminó —. ¡Os vais a reconciliar!

—En absoluto. Voy por asuntos de negocios.

—Sé que volveréis a reuniros. Ya lo verás.

—El suelo se hundió bajo nuestros pies. Ni todos los caballos del rey lograrían restaurarlo.

—¡Oh, Lew! —Parecía a punto de llorar—. ¡Hacíais tan buena pareja!

Le di una palmadita en el brazo.

—Eres encantadora y muy buena, Hilda.

Morris gruñó en sueños. Me fui.

14

Desde la carretera, los Staffordshire Estates eran un discreto letrero de bronce fijado a un arco de piedra, por el cual un camino asfaltado se apartaba de la vía pública. Un cartel metálico a un lado del arco me informó, además, de que esas propiedades tenían VIGILANTES PRIVADOS. Las puertas rústicas de pino estaban abiertas y entré. La bruma matutina se desplazaba lentamente por el cañón, como una cortina transparente entre el mundo exterior y el mundo de los vigilantes privados en el que yo estaba entrando. El camino estaba bordeado de árboles, altos cipreses y olmos, donde cantaban los pájaros. Detrás de tapias de adobe y espesos setos cuadrados, los aparatos de riego giratorios rociaban las plantas. Las casas, macizas, bajas y relucientes, entre canteros de flores en medio de prados como mesas de billar, estaban ocultas a la vista, de modo que sólo sus dueños podían disfrutar de ellas. En este rincón del

valle de San Fernando la propiedad se había convertido en una de las bellas artes y era un fin en sí misma. No se veía gente, y tuve la extraña sensación de que las bonitas casas semiocultas habían tomado posesión del cañón para sus propios propósitos.

Valmy, Arbuthnot, Romanovsky, anunciaban los buzones a medida que yo pasaba frente a ellos; Lewisohn, Tappingham, Wood, Farrington, Von Esch. En el noveno buzón se leía claramente WALTER J. KILBOURNE, y detuve allí el coche. La casa era de obra vista y cristal, con un techo plano de secuoya que sobresalía. El camino de entrada estaba flanqueado por begonias de veinte matices distintos. Aparqué en la curva de grava frente a la puerta delantera y toqué el timbre. Las campanillas resonaron por la casa. El lugar era tan silencioso como un velatorio a medianoche, y me gustó casi tanto como éstos.

Un pequeño japonés de pisadas inaudibles abrió silenciosamente la puerta.

—¿Desea algo, señor?

Pronunciaba las eses con esmero. Por encima del lino blanco de sus hombros pude ver una galería de entrada donde había un piano de cola blanco y un sofá Hepplewhite tapizado de blanco. Una piscina, del otro lado de las ventanas con columnas blancas, arrojaba ondulantes reflejos color zafiro sobre las paredes blancas.

—Quisiera hablar con el señor Kilbourne. Me dijo que estaría en casa.

—Pues no está, señor. Lo siento.

—Es por un contrato de petróleo. Necesito su firma.

—No está en casa, señor. ¿Desea dejar un mensaje?

No había manera de saber si mentía o no. Sus negros ojos estaban inmóviles y opacos.

—¿Puede decirme dónde está?

—No lo sé, señor. Salió de crucero. Tal vez en su oficina puedan informarle. Ellos tienen comunicación telefónica directa con el yate.

—Gracias. ¿Puedo llamar a la oficina desde aquí?

—Lo siento, señor. El señor Kilbourne no me ha autorizado para dejar pasar a personas desconocidas en su casa.

Inclinó la cabeza, que semejaba un cepillo, en señal de saludo, y me cerró la puerta en las narices.

Subí al coche y cerré la puerta muy suavemente para no provocar una avalancha de dinero. La curva del camino me llevó a los garajes. Había un Austin, un Jeep y un deportivo blanco, pero ninguna limusina negra.

Me encontré con la limusina a mitad de camino hacia la carretera. Me coloqué en el centro y mostré tres dedos de mi mano izquierda. El automóvil negro se detuvo a apenas un metro de mi parachoques, y el chófer bajó. Sus ojos con cicatrices centellearon bajo el sol brillante.

—¿Qué pasa, amigo? Me ha hecho una señal.

Saqué el revólver de la cartuchera ajustada al hombro y se lo mostré. Levantó las manos hasta la altura de los hombros y sonrió.

—No haga disparates, hombre. No llevo nada valioso. Yo también soy un viejo pistolero, pero senté la cabeza. Sea juicioso y guarde el revólver.

Su sonrisa se acomodaba de una forma extraña, como una torcida máscara de Papá Noel, en su rostro golpeado.

—Deje eso para el sermón de los domingos.

Me acerqué a él, pero no demasiado. Era viejo, pero fuerte y rápido. No quería tener que dispararle. Me reconoció. Su rostro era tan expresivo como un bloque de cemento.

—Creí que usted estaba en el refrigerador.

Sus grandes manos se cerraban y se abrían.

—Manténgalas en alto. ¿Qué hicieron con Reavis? ¿También lo refrigeraron?

—¿Reavis? —dijo con laboriosa astucia—. ¿Quién es Reavis? No conozco a ningún Reavis.

—Lo conocerá cuando lo lleven a la morgue para verlo. —Y continué, improvisando—: La policía lo encontró esta mañana en la carretera, a las afueras de Quinto. Tenía la garganta cortada.

—¿Eh?

La respiración salía de su boca y de las ventanillas de la nariz como si le hubiera dado un puñetazo.

—Déjeme ver su cuchillo —le dije para mantener ocupados sus cincuenta puntos de cociente intelectual.

—No tengo ningún cuchillo. No tengo nada que ver con eso. Dejé a ese tipo en la frontera de Nevada. No puede haber vuelto tan deprisa.

—Pues usted lo ha hecho.

Su rostro delataba un terrible esfuerzo.

—Me está engañando —dijo—. No volvió a Quinto ni lo han encontrado.

—¿Dónde está ahora, entonces?

—No voy a hablar —afirmó el bloque de cemento—. Puede guardar el revólver y largarse.

Estábamos en un valle de color verde oscuro bordeado de laureles por ambos lados. Lo único que se oía era el ronroneo de nuestros coches detenidos.

—Tiene usted cara de estar mintiendo —dije—. Si no lo conociera, hasta diría que está vivo. Se está buscando que lo golpee con el revólver.

—Inténtelo —replicó, impasible—. Verá lo que consigue.

Deseaba golpearlo,' pero el recuerdo de la noche anterior ya me pesaba bastante.

Debía haber una diferencia entre ellos y yo, o de lo contrario tendría que quitar el espejo del baño. Era el único espejo de la casa y lo necesitaba para afeitarme.

—Corra, gracioso.

Apunté con el revólver al camino. El hombre volvió a su automóvil.

—Pistolero barato —me gritó con su voz sin expresión cuando se desvió por la cuneta para pasar junto a mí. Su guardabarros reforzado melló el guardabarros trasero de mi coche y él hizo resonar la bocina en mis oídos para demostrarme que era deliberado. El rugido de su motor acelerado surgió como un sonido de triunfo.

Puse en marcha el mío. Durante todo el viaje por el desierto busqué a ambos lados del camino ciegos lisiados y ancianas a quienes ayudar a cruzar y a quienes cuidar con infusiones de manzanilla.

15

Ya estaba avanzada la tarde cuando atravesé el gran paso a nivel. La sombra de mi coche corría delante en silenciosa fuga e iba aumentando lentamente su longitud. El sol brillaba con tonos amarillos en las áridas pendientes y el aire era tan transparente que las montañas carecían de perspectiva. Parecían símbolos surrealistas pintados sobre el superficial cielo del desierto. El calor, que había llegado a los cuarenta grados a la una, estaba cediendo, pero la cubierta del motor estaba aún lo bastante caliente para freír a los insectos que caían sobre ella.

Los apartamentos Rush ocupaban una estructura de dos plantas en el lado este de Las Vegas. Pintada de amarillo, ésta se erguía cansadamente entre una zona de aparcamiento y una tienda de comestibles. Una escalera exterior de madera, con una sola barandilla curva, conducía a un estrecho balcón que daba paso a los apartamentos del segundo piso. Bajo la escalera, había un viejo sentado en una silla de cocina echada hacia atrás, contra la pared. Llevaba un pañuelo desteñido alrededor del cuello huesudo y estaba sorbiendo una pipa. Una barba de una semana crecía en sus arrugadas mejillas como la felpa gris y polvorienta de los viejos vagones de ferrocarril.

Le pregunté dónde vivía la señora Schneider.

—Vive aquí —musitó.

—¿Está en casa ahora?

Se sacó la pipa de la boca y escupió en el piso de cemento.

—¿Cómo quiere que lo sepa? No llevo el registro de las mujeres que entran y salen.

Puse una moneda de cincuenta centavos sobre su rodilla huesuda.

—Cómprese una bolsita de tabaco.

La recogió, enfurruñado, y se la guardó en un bolsillo del chaleco manchado.

—Supongo que lo manda su marido. Al menos ella *dice* que es su marido, aunque a mí me parece más bien su chulo. De todos modos, no tiene usted suerte. Ha salido hace un momento.

—¿Sabe adónde iba?

—Al rincón de la iniquidad. ¿Qué cree usted? Donde va ella siempre.

Inclinó la silla hacia delante y señaló a lo lejos, por la calle.

—¿Ve ese cartel verde? Desde aquí no se puede leer, pero verá que dice «el dragón verde». Ése es el rincón de la iniquidad. ¿Y quiere usted que le diga cómo se llama esta ciudad? Sodoma y Gonorrea.

Rió con la risa de un hombre viejo, una risa aguda y sin alegría.

—¿Es Elaine Schneider?

—No conozco a ninguna otra señora Schneider.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunté—. Nunca la he visto.

—Tiene el aspecto de Jezabel. —Sus ojos insípidos brillaron como hielo fundido

—. Tiene el aspecto de lo que es: la puta de Babilonia, que seduce con los ojos y meneando sus carnes a los jóvenes cristianos. ¿Es usted cristiano, hijo?

Me alejé, después de darle las gracias, y crucé la calle. Dejé el coche donde estaba y caminé las dos manzanas hasta El Dragón Verde para desentumecer las piernas. Era otro bar de aspecto miserable. En las ventanas sucias, medio cubiertas por las cortinas, se veían carteles que anunciaban LICORES, CERVEZA, SÁNDWICHES

CALIENTES Y FRÍOS, COMIDA RÁPIDA. Abrí la puerta verde y entré. Un mostrador semicircular, con una puerta detrás de él que daba a la cocina, ocupaba la parte trasera de la pequeña sala. Contra las otras tres paredes había máquinas de juego. Un ventilador de cuatro aspas suspendido del techo con manchas de moscas mezclaba lentamente los olores de la cocina, el olor de la cerveza rancia derramada y el nauseabundo olor a sudor de los jugadores pobretones.

Sólo había un cliente en el bar, un muchacho delgado, de pelirroja cabellera despeinada, encorvado desoladamente sobre una caña de cerveza. El camarero estaba sentado en una banqueta en un rincón, lo más alejado posible del joven desolado. Su engrasada cabeza negra estaba inclinada sobre una radio de mesa.

—Tres a cero —anunció a quien le interesara—. Final del séptimo.

No había rastro de Jezabel. Me senté al lado del muchacho pelirrojo y pedí un bocadillo de jamón y queso y una cerveza. El camarero atravesó con desgana la puerta oscilante de la cocina.

—Míreme —dijo el hombre que estaba a mi lado. Las palabras retorcían su boca como si le dolieran—. ¿Qué le parezco?

Su delgado rostro sin afeitar parecía sucio. Tenía ojeras azules y ojos enrojecidos, y en una oreja, una costra de sangre seca.

—Me gusta mucho —dije—. Tiene ese aspecto de hombre golpeado por la vida que todo el mundo admira.

Atenué un poco su autoconmiseración. Hasta esbozó una sonrisa que le hizo parecer cinco años más joven, casi un chico.

—Bueno, me lo he buscado.

—Pregunte cuanto quiera.

—Me lo he buscado en más de un sentido, creo. No debería haber venido de juerga a Las Vegas, pero supongo que nunca aprenderé.

—Tiene usted muchos años por delante. ¿Qué le ha pasado en la oreja?

Pareció avergonzado.

—Ni siquiera lo sé. Anoche me encontré con un tipo en un bar y me arrastró a jugar al póquer en un garito del otro lado de la ciudad. Todo lo que recuerdo es que

perdí mi dinero y mi coche. Tenía tres ases cuando perdí mi coche y alguien inició una pelea. Creo que fui yo. Me desperté en un aparcamiento.

—¿Tiene hambre?

—No, pero gracias de todos modos. Me queda algo de dinero suelto. Lo peor es que debo volver a Los Ángeles y no tengo coche.

El camarero me trajo lo que le había pedido.

—Quédese por aquí —dije al joven Dostoievski—. Si puedo, lo llevaré.

Mientras comía, entró una mujer por una puerta situada en el extremo del bar. Era alta y de huesos grandes, con carnes más que

suficientes para cubrirlos. La falda de su traje negro barato estaba arrugada allí donde sobresalían las caderas y los muslos.

Sus pies y sus tobillos se derramaban sobre los bordes de unos zapatos negros muy ajustados. Llevaba la cara norte decorada con un simple zorro gris, un collar doble de perlas de imitación y la pintura suficiente para proteger un barco. Su pecho era como la proa de un buque de guerra: macizo, cortante y poco incitador. Me lanzó una larga mirada dura e inquisitiva, con su pesada boca entreabierta y dispuesta a sonreír. Di un mordisco a mi bocadillo y la miré masticando enérgicamente. Los faros de sus ojos se apagaron, casi con un chasquido.

Se volvió al mostrador y abrió con un ruido seco una brillante cartera negra de plástico. El cabello amarillo, trenzado sobre la cabeza, era negro en las raíces, de modo que evidentemente era teñido. De haber sido morena, con unos años y unos cuantos kilos menos, y sin la pintura del rostro, se la habría tomado por hermana gemela de Reavis. Tenían los mismos ojos y los mismos rasgos hermosos pero toscos.

El camarero la abordó:

—¿Algo para ti, Elaine?

Ella arrojó un billete sobre la superficie de madera carcomida.

—Veinte monedas de veinticinco —gruñó con una voz alcoholizada que resultaba desagradable—. Para variar.

—Tu suerte puede cambiar —dijo él con una sonrisa hipócrita—. La máquina con la que has estado jugando está cargada y descargará en cualquier momento.

—¿Qué demonios importa eso? —replicó ella en tono inexpresivo—. Se gana fácilmente y de la misma forma se va.

—Sobre todo, se va fácilmente —dijo el muchacho que estaba junto a mí, mirando la espuma de cerveza del fondo de su vaso.

Mecánicamente, sin ninguna excitación y sin mostrar el menor interés, la mujer metió las monedas, una por una, en una máquina cercana a la puerta. Parecía como si pusiera una conferencia telefónica a alguien que llevara años muerto. Algunos dos y cuatros, un solo doce, estiraron su dinero. Las monedas volvieron dentro como algo natural. Jugaba con la máquina como si fuera un instrumento mudo hecho para expresar la desesperación. Cuando salió el premio gordo en una sonora precipitación

metálica, creí que la máquina se había descompuesto. Luego las monedas de un dólar y de veinticinco centavos inundaron el cuenco y rodaron por el suelo.

—Te lo dije —exclamó el camarero—. Te dije que estaba a punto de pagar.

Sin prestar ninguna atención a sus ganancias, atravesó el bar y ocupó el asiento que estaba junto al mío. Sin que se lo pidiera, el camarero le dio un whisky doble en un vaso tornasolado.

—Recógelo, Simmie —dijo con un dejo de cansada coquetería en la voz—. Llevo faja.

—Claro, pero no necesito contarlas. Te daré los veinticinco.

—He echado treinta y cinco.

El whisky doble bajó por su garganta como el agua por una cañería.

—Ése es el porcentaje, nena. Tienes que pagar algo por todo lo que te diviertes.

—¡Sí, mucho me divierto!

Recogió el billete de veinte dólares y el de cinco que él le dio y los guardó en su cartera.

Entró un vendedor de periódicos cargando en un brazo el *Evening Review Journal* y compré uno. En la tercera página estaba lo que buscaba, bajo el título «Ex marine buscado por el asesinato de Nopal Valley». No daba ninguna información que yo no tuviera, excepto que la policía estaba investigando la causa de la muerte. Junto al texto había una fotografía de Reavis, que sonreía incongruentemente sobre la frase:

«Se busca para interrogarlo».

Doblé el periódico por la tercera página y lo puse sobre el mostrador, entre la gran rubia teñida y yo. Tardó uno o dos minutos en reparar en él; estaba mirando cómo el camarero recogía su premio. Luego su vista vagó por el bar y de pronto vio la fotografía y tomó conciencia de ella. La respiración jadeó asmáticamente en las ventanas de su nariz, para luego detenerse por completo durante varios segundos.

Sacó un par de gafas de su cartera. Con ellas tenía el extraño aspecto de una maestra descarriada.

—¿Me prestaría su periódico? —me preguntó una voz ronca, más expresiva que antes.

—Tómelo.

El camarero, que estaba clasificando sobre el mostrador las monedas de un dólar y las de veinticinco centavos, levantó la vista.

—No sabía que usaras gafas, Elaine. Te quedan bien.

No lo oyó. Moviendo lentamente un dedo, con la uña pintada de color escarlata, de una palabra a otra, logró descifrar el relato del

periódico. Cuando el dedo llegó a la frase final, permaneció silenciosa e inmóvil por un instante. Luego dijo en voz alta:

—¡Maldita…!

Dejó caer el periódico, con los bordes ajados por la presión húmeda de sus

manos, y se dirigió a la puerta de la calle. Movía las caderas colericamente y sus altos tacones se clavaban en el suelo. La puerta resonó tras ella.

Esperé unos treinta segundos y la seguí. Rotando en su asiento, el joven desolado me siguió con los ojos como un perro vagabundo del que me hubiera hecho amigo para traicionarlo después.

—Quédese por aquí —le dije por encima del hombro.

La mujer ya iba por la mitad de la calle. Aunque trabadas por la falda, sus piernas se movían como pistones. La cola de zorro gris le colgaba por la espalda, oscilando nerviosamente. La seguí más despacio cuando vi adonde iba. Subió la escalera exterior de los apartamentos Rush, abrió la segunda puerta y entró sin volver a cerrar.

Crucé la calle y me senté detrás del volante de mi coche.

Salió inmediatamente. Un rayo de sol cayó sobre algo metálico que llevaba en la mano. Lo metió en su cartera mientras bajaba la escalera. Las gafas olvidadas sobre su rostro le daban un aspecto decidido. Oculté la cara detrás de un mapa de carreteras.

Cruzó el aparcamiento hasta llegar a un viejo Chevrolet. El azul original de la pintura se había convertido en un gris amarronado. El guardabarros estaba abollado y sucio como una servilleta de papel sobre la mesa de un restaurante. El estárter se atascó y el escape expulsó espasmódicamente un humo azul oscuro. Seguí la columna

de humo hasta el cruce con la carretera principal en medio de la ciudad, donde giró hacia el sur en dirección a Boulder City. Cuando salimos de la ciudad a la carretera abierta, dejé que se adelantara bastante.

Entre Boulder City y la presa salía un camino de asfalto hacia la izquierda, en dirección al lago Mead, bordeando las playas públicas a lo largo de sus orillas. Desde lo alto del camino se veía a los niños jugar entre las piedras y chapotear en el agua poco profunda y sin olas. Más lejos, un rápido hidroavión rojo saltaba como una chinche describiendo eses sobre la superficie plana y gris.

El Chevrolet abandonó el asfalto al doblar nuevamente hacia la izquierda por un camino de grava que serpenteaba en medio de achaparrados robles bajos. Los matorrales y las innumerables ramificaciones del camino formaban un laberinto accidentado. Tuve que acercarme a la mujer para no perderla de vista. Estaba demasiado ocupada conduciendo su coche para observarme. Los gastados y viejos neumáticos patinaban y se trababan entre las piedras sueltas cuando salía de una curva para entrar en otra.

Pasamos por un camping público donde había familias comiendo al aire libre entre los coches aparcados. Unos pocos cientos de metros más allá el Chevrolet dejó el camino de grava y tomó un sendero cubierto de matorrales que no era más que un par de surcos en la tierra. Segundos después oí que su motor se detenía.

Dejé mi coche donde estaba y seguí el camino a pie. El Chevrolet estaba aparcado frente a una pequeña cabaña ante la cual se elevaban algunos árboles jóvenes sin

hojas. La mujer trató de abrir la puerta, la encontró cerrada y golpeó con los puños.

—¿Quién es? —dijo la voz de Reavis desde el interior de la cabaña.

Me escondí detrás de un roble caído con la sensación de estar de caza.

Reavis descorrió el cerrojo y salió. Llevaba el traje cubierto de polvo y arrugado en todos los lugares inconvenientes. El cabello le caía en rizos sobre los ojos. Se lo echó hacia atrás con un gesto irritado.

—¿Qué pasa, hermanita?

—Eso es lo que vas a decirme tú, rata mentirosa.

Él le sacaba media cabeza, pero la apasionada energía de la mujer lo hacía parecer desvalido.

—Me dijiste que tenías problemas con una mujer y accedí a esconderte, pero no me dijiste que la mujer estaba muerta.

Reavis trató de ganar tiempo para pensar.

—No sé de qué me estás hablando, Elaine. ¿Quién está muerta? La mujer de la que te hablé no está muerta. Está perfectamente. Sólo que hace dos meses que no tiene la regla y no quiero verme implicado en el asunto. Era virgen.

—Sí, abuela y virgen —dijo con desabrida ironía—. No te librarás de ésta mintiendo. Estás demasiado enredado para que yo trate de ayudarte. Y no lo haría aunque pudiera. No moveré un dedo para salvarte, así te manden a la cámara de gas.

No mereces que ni yo ni nadie se preocupe por ti.

Reavis gimió y sollozó.

—¿De qué demonios estás hablando, Elaine? Yo no he hecho nada malo. ¿Me busca la policía?

—Sabes muy bien que sí. Esta vez recibirás tu castigo, hijito. Y yo no quiero tener nada que ver, ¿entiendes? De ahora en adelante no

quiero tener nada que ver contigo.

—¡Vamos, Elaine, cálmate! ¡Ése no es modo de hablar a tu hermano pequeño!

Trató de dar a su voz un tono zalamero y le puso una mano en el hombro. Ella se la sacudió y sostuvo su cartera con las dos manos.

—Puedes ahorrarte eso. ¡Bastantes disgustos me has dado en mi vida! Desde que robaste aquel billete de un dólar del bolso de mamá y trataste de que me acusaran a mí, supe que ibas a terminar mal.

—Tú sí que te las has arreglado bien, Elaine, vendiéndote por veinticinco centavos en la ciudad el sábado por la noche cuando aún llevabas trenzas. ¿Todavía cobras por ello, o les pagas tú?

El choque de la palma de la mano de ella contra la mejilla de él sonó como un latigazo. El puño de Reavis respondió al golpe, con un chasquido seco en el cuello de Elaine. Ella se tambaleó y sus agudos tacones abrieron sendos agujeros en la tierra arenosa. Cuando recuperó el equilibrio, tenía el revólver en la mano. Reavis lo miró

sin comprender y dio un paso hacia ella.

—No hagas locuras. Siento haberte pegado, Elaine, pero tú lo hiciste primero.

Todo el cuerpo de ella estaba encorvado y concentrado en el revólver: era el picaporte de una puerta que siempre había resistido sus tentativas, y aún las resistía.

—Apártate de mí —dijo en un suave susurro que sonó como el zumbido de una cascabel—. Te dejaré en la carretera de Salt Lake City y no quiero volver a verte en mi vida. Ya eres mayorcito, Pat, lo bastante para matar a personas. Pues bien, yo también soy mayorcita ya.

—Te equivocas —dijo él, pero permaneció donde estaba, con las manos sueltas y ociosas a los costados—. Yo no he hecho nada malo.

—Mientes. Serías capaz de matarme por mis dientes de oro. Esta tarde te vi registrando mi cartera.

Reavis se echó a reír.

—Estás loca. Tengo dinero, hermana. Podría resolverte la vida.

Trató de meter la mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón.

—Deja las manos donde yo pueda verlas —dijo ella.

—No seas loca. Quiero enseñarte…

Sonó el seguro. La puerta que había resistido tantas tentativas estaba a punto de abrirse. Elaine tenía todo el cuerpo tenso e inclinado sobre el revólver. Las manos de Reavis se elevaron de común acuerdo, como enormes mariposas marrones. Parecía hosco y estúpido frente a la muerte.

—¿Vienes? —dijo ella—. ¿O quieres morir? La policía te busca. Ni siquiera me tocará si te mato. ¿Quién te echaría de menos? No has dado más que disgustos, desde que saliste de la cuna.

—Iré, Elaine. —Su energía se derrumbó de repente y sin obstáculos—. Pero lo lamentarás, te lo advierto. No sabes lo que estás haciendo. De todos modos, puedes apartar ese revólver.

Yo no podía esperar un mejor momento. Salí de detrás del árbol empuñando mi arma.

—Buena idea. Deje el revólver, señora Schneider. Usted, Reavis, mantenga las manos en alto.

Ella dio un brinco.

—¡Oh! —exclamó con rencor.

La pequeña y brillante arma automática cayó de su mano y crujió y centelleó entre las hojas, ante sus pies. Reavis me miró mientras se le enrojecía el rostro.

—¿Archer?

—Así parece.

Se volvió hacia su hermana.

—¿Tenías que traer un policía contigo? ¿Tenías que estropearlo todo?

—¿Y qué? —gruñó ella.

—¡Ánimo, Reavis! —dije al tiempo que recogía el revólver de la mujer —. Y

usted, señora Schneider, váyase.

—¿Usted es policía?

—No es momento de hacer preguntas. Podría llevarla como cómplice. Váyase antes de que cambie de idea.

Seguí apuntando con mi revólver a Reavis y me guardé el de ella en la chaqueta.

Dio media vuelta con torpeza y se dirigió hacia el Chevrolet, mostrando en su duro rostro los primeros indicios de arrepentimiento por lo que había hecho.

16

Cuando ella se fue, le dije a Reavis que se volviera. El terror se dibujaba en su boca y la mantenía abierta.

—¿Va a dispararme?

—No, si te quedas quieto.

Se volvió lentamente, con resistencia, tratando de mirarme por encima del hombro. No iba armado. Un bulto rectangular sobresalía del bolsillo de atrás de su pantalón. Se sobresaltó cuando le desabroché el bolsillo y luego se puso rígido cuando saqué el bulto. Estaba envuelto en un papel marrón. Dejó escapar un melancólico suspiro de pena, como si le estuviera sacando algún órgano vital.

Desgarré un extremo del papel con los dientes y vi la punta de un billete de mil dólares.

—No se moleste en contarlos —dijo Reavis pesadamente—. Son diez billetes de mil dólares. ¿Puedo darme la vuelta ahora?

Retrocedí mientras deslizaba en el bolsillo interior de mi americana el paquete abierto.

—Vuélvete despacio, con las manos en la cabeza. Y dime quién te pagó diez mil dólares por despachar a una anciana de corazón débil.

Dio media vuelta, con el rostro pálido y contraído, tratando de inventar alguna historia. Se rascaba la cabeza inconscientemente.

—Está equivocado. Yo no le haría daño a una mosca.

—No, si fuera lo bastante grande para defenderse.

—No tengo nada que ver con esa muerte. Debió de ser un accidente.

—Y fue pura coincidencia que estuvieras allí cuando sucedió.

—Sí, pura coincidencia. —Parecía agradecido por la frase—. Sólo fui a despedirme de Cathy. Hasta pensé que podía venir conmigo.

—Da gracias de que no lo hiciera, pues a la acusación de asesinato se añadiría otra de trata de blancas.

—¿Acusación de asesinato? ¡Una mierda! No pueden acusar de asesinato a un hombre inocente. Cathy me dará una coartada. Yo estaba con ella antes de que usted me recogiera.

—¿Dónde estabas con ella?

—Frente a la casa, en uno de los coches.

Me pareció que decía la verdad. Cathy estaba sentada en mi automóvil cuando yo salí.

—Solíamos sentarnos allí para hablar —agregó.

—¿De tus aventuras en Guadalcanal?

—Váyase al infierno.

—Muy bien. De modo que ésa es tu versión. Ella no se fue contigo, pero te regaló diez mil dólares como recuerdo de su amistad.

—Yo no he dicho que me los diera ella. Es mi dinero.

—Los chóferes ganáis mucho hoy en día. ¿O Gretchen forma parte de una serie de chicas que te pagan un porcentaje?

Me estudió con los ojos entrecerrados, obviamente alarmado por lo que sabía de él.

—Es mi dinero —repitió, terco—. Es dinero limpio, no tiene nada de ilegal.

—Tal vez fuera limpio antes de que lo tocaras. Ahora es dinero sucio.

—El dinero es el dinero, ¿no? Le diré lo que pienso hacer. Le doy a usted dos mil dólares. Un veinte por ciento, es un buen porcentaje.

—Eres muy generoso, pero da la casualidad de que ya lo tengo todo, el ciento por ciento.

—Muy bien. Cinco mil, entonces. Es mi dinero, no lo olvide, me lo he ganado yo.

—Dime cómo lo has hecho y quizá te dé una participación. Pero debe ser una buena historia.

Lo pensó durante un momento y finalmente se decidió.

—No hablaré.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo.

—¿Adónde piensa llevarme?

—De vuelta a Nopal Valley. El jefe de policía tiene muchas ganas de hablar contigo.

—Estamos en Nevada —dijo—. Tiene usted que pedir la extradición y no dispone de ninguna prueba.

—Vendrás a California por motivos de salud. Voluntariamente.

Levanté el cañón de mi revólver y dejé que mirara en la boca del arma. Se asustó, aunque no lo suficiente para hablar.

—Cree que tiene todos los triunfos en la mano y que podrá irse con mi dinero, pero lo único que logrará es quedarse atrapado en una gran maquinaria.

Tenía el rostro húmedo y pálido de rencor. Había sido rico y libre por menos de un día. Yo había destruido sus esperanzas y tal vez hasta veía perfilarse sobre él la sombra de la cámara de gas.

—Vas a dar un paseo. Y no intentes escapar o quedarás lisiado para el resto de tu vida.

Me dijo que hiciera algo imposible, pero se dirigió pacíficamente hacia mi coche.

—Conducirás tú —dije—. Aún no he tenido oportunidad de contemplar el paisaje.

Condujo con furia, pero bien. Adelantamos a su hermana en las afueras de

Boulder City. Nadie saludó a nadie. En seguida la perdimos de vista. Cuando llegamos a Las Vegas le indiqué que fuera a El Dragón Verde. Al arrimarse a la acera me miró con aire interrogativo.

—Vamos a buscar a un amigo. Entra tú también.

Me deslicé por detrás del volante, de su lado, y le clavé el revólver, que llevaba en el bolsillo, mientras cruzábamos la acera hasta la puerta verde. No podía confiar en que Reavis condujera a través del desierto sin sufrir un accidente. Tampoco podía arriesgarme a conducir yo.

Con las luces encendidas y varias personas en la barra, el local parecía más alegre. El muchacho pelirrojo estaba sentado en la misma banqueta, probablemente con el mismo vaso de cerveza vacío y tan desolado como antes. Lo llamé desde la puerta. Me saludó con una inflexión de sorpresa y esbozó una tímida sonrisa desde el fondo de su estómago.

—¿Sabe conducir rápido?

—El cacharro más rápido que he conducido en mi vida sólo iba a ciento cuarenta cuesta abajo.

—Con eso basta. Le daré diez dólares por llevarme de vuelta a la costa. A mí y a mi amigo. Yo me llamo Archer.

—¿Hasta Los Ángeles? —dijo como si realmente hubiera ángeles allí.

—Hasta Nopal Valley. Iremos por las montañas. Allí podrá tomar un autobús.

—Magnífico. Me llamo Bug Musselman, dicho sea de paso.

Se volvió hacia Reavis con la mano extendida. Reavis le respondió de malos modos.

—No le haga caso —dije al muchacho—. Acaba de sufrir una grave pérdida financiera.

Musselman se sentó al volante, con Reavis a su lado. Yo me senté en la parte de atrás del descapotable con el revólver en las rodillas. Las calles comerciales comenzaban a convertirse en túneles de luces de colores bajo el cielo crepuscular. Su rápida tumefacción nocturna estaba transformando nuevamente Las Vegas en una ciudad. A lo lejos, al este, un trozo de luna flotaba cerca del horizonte, en el cielo del ocaso. La contemplé de reojo, por encima de mis hombros y por encima de las montañas, mientras se elevaba poco a poco en el cielo, disminuyendo de tamaño. El muchacho conducía rápido y firme. Ningún automóvil nos adelantó. Lo detuve en una estación de servicio en medio del desierto. Un cartel estropeado anunciaba:

«ZOOLÓGICO, GRATIS. SERPIENTES DE CASCABEL VIVAS».

—Aún tiene la tercera parte del depósito —dijo el muchacho ansiosamente—.

Estamos haciendo un buen kilometraje, teniendo en cuenta la velocidad.

—Necesito llamar por teléfono.

Reavis se había acurrucado en el rincón junto a la puerta y se había dormido.

Tenía un brazo sobre la cara, con el puño tensamente apretado. Extendí el brazo y le aparté la mano de la frente húmeda. Gimió en sueños y luego abrió los ojos, pestañeando ante la luz del salpicadero.

—¿Ya hemos llegado? —me preguntó, huraño.

—Todavía no. Voy a telefonear a Knudson. Ven conmigo.

Se bajó del coche y caminó con las rodillas flojas rodeando las bombas de gasolina hacia la puerta abierta e iluminada de la oficina. Miró a su alrededor, hacia el desierto, donde las sombras de la luna formaban claroscuros; me echó un rápido vistazo y comenzó a moverse entre las bombas de gasolina y la puerta. Parecía un hombre acorralado de una mala película, dispuesto a arriesgar su vida bidimensional.

—Estoy exactamente detrás de ti —le dije—, apuntándote al muslo con el revólver.

Sus rodillas se aflojaron de nuevo. Pedí cambio al empleado y llamé a la comisaría de Nopal Valley. Reavis se apoyó junto a la pared del teléfono, bostezando con frustración y tan cerca de mí que podía olerlo. Su olor era el de una loca esperanza arruinada.

Una voz metálica raspó mi oído izquierdo:

—Policía de Nopal Valley.

—El jefe Knudson, por favor.

—No está.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrarlo?

—No puedo. ¿Quién lo llama?

—Lewis Archer. Knudson me pidió que lo tuviera informado.

—Archer. ¡Ah, sí! —Hizo una pausa—. ¿Tiene algo que decir?

—Sí, a Knudson.

—No está. Ya se lo he dicho. Ésta es su oficina. Puede decírmelo a mí y nos encargaremos de darle el mensaje.

—Está bien —accedí con cierta resistencia—. Póngase en contacto con Knudson y dígale que esta noche iré a la ciudad con un prisionero. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos cinco. ¿Es por el caso Slocum?

—Sí, llegaremos a medianoche. Estamos en el desierto. Comuníqueselo al jefe.

Este mensaje le interesa.

—Está bien, señor Archer. —La hiriente voz metálica adquirió un matiz de curiosidad personal—. ¿Trae usted a ese tal Reavis?

—Guárdeme el secreto.

—No se preocupe. ¿Quiere que le mande un coche a buscarlo?

—No es necesario. No puede escapar.

Colgué y me encontré con la hosca mirada de Reavis. Una vez en el coche se volvió a dormir.

—Su amigo no parece muy contento —dijo Musselman—. ¿Es un revólver eso que lleva usted ahí?

—Sí, es un revólver.

—No será usted un hampón o algo así, señor Archer, ¿verdad? No quisiera… —

Decidió pensar mejor la frase.

—Soy algo —dije—. Usted no quisiera… ¿qué?

—Nada.

No me habló durante tres horas, pero hizo su tarea, conduciendo como si le gustara, impulsando los grandes faros por el suelo seco. La carretera se desplegaba como una serpentina bajo las ruedas.

Poco después de medianoche atravesamos la segunda cadena de montañas y divisamos las lejanas luces de Nopal Valley. Nuestros faros dieron con un cartel negro y amarillo: «PENDIENTE PELIGROSA. CAMIONES: EN PRIMERA». Descendimos.

—Me siento como si aterrizara en un avión —dijo el muchacho por encima del hombro. Luego permaneció en silencio, al recordar su disgusto conmigo y con mi revólver.

Me incliné hacia delante. Reavis se había deslizado hacia abajo; tenía los brazos y los hombros extendidos sobre el asiento y las piernas bajo el tablero, apretadas contra el suelo. Su cuerpo estaba flácido y parecía como muerto. Por un instante temí que lo estuviera, que la vida se le hubiera escurrido por la herida infligida a su ego. No

pude soportar esa idea, después de las dificultades por las que había pasado.

—Reavis —dije—, despierta. Ya casi hemos llegado.

Gimió, gruñó y levantó su pesada cabeza; desenrolló penosamente su cuerpo adormecido. De repente, el muchacho frenó y Reavis se lanzó contra el parabrisas.

Me aferré al asiento.

—¡Cuidado!

Luego vi el camión cruzado en la carretera, casi al pie de la cuesta. Nos deslizamos unos cincuenta metros haciendo chirriar los frenos y nos detuvimos de golpe. El camión no llevaba ni luces ni conductor.

—¿Cómo se les ocurre parar ahí? —exclamó el muchacho.

A un lado la ladera subía abruptamente, cubierta de rocas, y por el otro caía en vertical. No quedaba sitio para pasar. El haz de luz de una linterna salió de un lado del camión y fue a dar contra el parabrisas del coche.

—Retroceda —dije al muchacho.

—No puedo. El motor está ahogado.

Todo su cuerpo parecía luchar con el arranque. El motor rugía.

—Apagad la luz —vociferó alguien—. Es él.

La linterna se apagó. El coche se sacudió un par de metros hacia atrás y el motor se ahogó nuevamente.

—¡Dios mío! ¡El freno! —se dijo el muchacho a sí mismo.

Un grupo de hombres se movía bajo el haz de luz de nuestros faros: seis o siete pistoleros con sus armas. Empujé a Reavis a un lado y salí para enfrentarme a ellos.

Llevaban pañuelos atados sobre la boca.

—¿Qué es esto? ¿El asalto a la diligencia?

—Baje ese revólver, amigo. Sólo queremos a su prisionero.

—Tendrán que quitármelo.

—No sea tonto, amigo.

Disparé hacia el brazo que sostenía el arma, apuntando al codo. Había un silencio total. El eco del disparo se reprodujo en el estrecho valle como una larga y lenta risa desesperada. Sin mirarlo, le dije a Reavis:

—Escapa, Pat.

Sus pies arañaron el camino detrás de mí. El hombre al que yo había disparado estaba sentado en el suelo con el arma entre las piernas. A la luz de la luna observaba la sangre que fluía de su mano. Los otros hombres nos miraban alternativamente a él y a mí con un ritmo rápido y tenso.

—Somos seis, Archer —dijo uno de ellos, vacilante.

—Mi revólver tiene seis balas también —repliqué—. Váyanse, no quiero matarlos.

Reavis aún estaba detrás de mí, inmóvil pero ansioso.

—Escapa, Pat. Puedo entretenerlos.

—¡Una mierda! —gritó.

Me rodeó el cuello con el brazo y me tiró hacia atrás. Los hombres sin rostro se adelantaron en oleada. Me volví para enfrentarme a Reavis. Su rostro era una mancha borrosa a la luz de la luna, pero me pareció que sus ojos y su boca tenían una expresión satisfecha. Lo golpeé, y al mismo tiempo su puño llegó a mi rostro.

—Se lo advertí —me dijo en voz alta.

Un mazazo en la nuca me hizo estremecerme hasta la punta de los pies. Me aparté de Reavis y le di con mi arma al hombre que más se había adelantado. La boca del revólver le raspó la mejilla y le arrancó el pañuelo. Se replegó. Los otros ocuparon su lugar.

—No disparen —gritó el que estaba en el suelo—. Sólo queremos a ése.

Recibí otro porrazo desde atrás, de donde estaba Reavis, y me desvanecí antes de caer al suelo.

Recuperé el conocimiento con desgana, como si ya supiera lo que iba a ver. El muchacho estaba arrodillado, como si estuviera orando, entre las estrellas y yo. Las estrellas estaban en su lugar en el cielo, pero parecían viejas y gastadas. Me sentí contemporáneo de ellas.

Musselman saltó como un conejo cuando me senté. Se puso de pie y se inclinó

sobre mí.

—Lo han matado, señor Archer —dijo con voz alterada.

Me levanté penosamente, empequeñecido y despreciado por las montañas.

—¿Qué le han hecho?

—Le dispararon una docena de tiros más o menos. Luego lo rociaron con gasolina, lo arrojaron por la pendiente y le prendieron fuego. ¿Era realmente un asesino como decían ellos?

—No lo sé. ¿Dónde está?

—Allí.

Lo seguí al lado del coche y encendí los faros. A unos tres metros por debajo de la carretera yacían los restos carbonizados de un hombre, en un círculo de artemisas ennegrecidas. Me dirigí al otro lado de la carretera para vomitar. Por un hueco entre las montañas se veía un delgado trozo de luna, como una cáscara de limón en un gran vaso de una bebida oscura. Del estómago sólo me llegó a la boca un sabor amargo.

17

El hombre que estaba tras la tela metálica le hablaba a un micrófono de mano con voz monótona y sin alegría.

—Coche dieciséis. Investigue el asalto en la esquina de Padilla y Flower. Coche dieciséis, a la esquina de Padilla y Flower. —Desconectó el micrófono y chupó un cigarrillo húmedo—. ¿Sí, señor? —Se inclinó para mirarme por la ventanilla—. ¿Ha tenido un accidente?

—No ha sido un accidente. ¿Dónde está el jefe?

—Salió a investigar un caso. ¿Qué le ha sucedido?

—Hablé con usted alrededor de las nueve. ¿Recibió Knudson mi mensaje?

—No fue conmigo con quien habló usted. Yo llegué a medianoche. —Dio otra calada a su cigarrillo y me estudió impasible a través del humo—. ¿Qué decía ese mensaje?

—Debe de estar anotado. Llamé a las nueve menos cinco.

Volvió la hoja que tenía en el mostrador y echó una ojeada a la que estaba debajo.

—Debe de estar equivocado. Aquí no hay nada entre las nueve menos cuarto, un caso de ebriedad en State, y las nueve y veinticinco, un merodeador en Vista. A menos que se trate de este asunto del merodeador.

Negué con la cabeza.

—¿No habrá llamado usted a la oficina del sheriff?

—Llamé aquí. ¿Quién estaba en la oficina?

—Franks.

—Un detective. No debería quedarse de guardia.

—Estaba reemplazando a Carmody. La mujer de Carmody va a tener un niño.

¿De qué mensaje se trataba? ¿Su nombre?

—Archer. Hablaré con Knudson.

—¿Es usted el detective privado que trabaja en el caso Slocum?

Asentí.

—Pues Knudson está allí ahora. Puedo llamarlo.

—No se moleste. Me voy. ¿Está Franks por aquí?

—No, se fue a casa. —Se inclinó hacia delante, confidencialmente, mientras aplastaba el cigarrillo—. ¿Quiere saber mi opinión? Franks no está capacitado para esta tarea. No es la primera vez que mete la pata. ¿Era importante la llamada?

No contesté. Una horrible figura estaba tomando forma en la habitación austera y gris, suspendida casi tangiblemente sobre mi cabeza. Tiraba de mí y ralentizaba mis pasos cuando me dirigí al coche. La ira y el temor se apoderaron de mí al poner las manos sobre el volante. Me salté dos luces rojas al salir de la ciudad.

—Supongo que no volveremos allí —dijo, trémulo, el muchacho.

—Todavía no. Debo ver al jefe de policía.

—No entiendo lo que ha sucedido. Es terrible. Usted trató de salvarlo y él se volvió contra usted.

—Fue estúpido. Creyó que eran amigos suyos. Y él no tenía amigos.

—Es terrible —repitió para sí.

Las luces de la galería de la casa de los Slocum estaban encendidas, alumbrando las macizas paredes y el fúnebre césped recortado. Era un mausoleo rodeado de flores e iluminado para las visitas. El automóvil negro de la policía, al pie de las terrazas, parecía lo más adecuado para transportar a la muerte, en un viaje silencioso y rápido.

Dejé al muchacho en el coche y subí por el sendero. Knudson y Maude Slocum estaban juntos en la fachada principal de la casa. Cuando me reconocieron, se apartaron perceptiblemente. La señora Slocum atravesó sola la puerta, con la mano extendida.

—Señor Archer, me avisaron desde la comisaría que venía usted hacia aquí.

¿Dónde ha estado?

—Demasiado lejos. ¿Podría beber algo?

—Por supuesto, entre.

Abrió la puerta y la retuvo para que yo entrara.

—¿Quiere prepararle una bebida, Ralph?

Knudson la miró con reproche, con la mirada dura y experta de un viejo enemigo, un viejo amante.

—Encantado, señora Slocum. ¿Qué buena noticia trae, Archer? —dijo con una expresión cargada de falsa amabilidad.

—La buena noticia es que todo anda mal.

Hablé con ellos por encima de mi vaso, en la sala donde los Slocum se habían peleado la noche anterior para luego reconciliarse. La señora Slocum tenía un moretón encima de la mejilla, apenas visible bajo una espesa capa de maquillaje.

Llevaba un vestido de lana gris que realzaba el encanto de sus formas. Tenía los ojos, la boca y las sienes macilentas, como si su cuerpo hambriento les hubiera quitado toda la sangre. Knudson se sentó junto a ella, en un sofá cubierto por una tela de algodón. Mientras yo hablaba, ella inclinaba inconscientemente sus rodillas cruzadas hacia él.

—Di con Reavis en Las Vegas…

—¿Quién le dijo que estaba allí? —preguntó Knudson en voz baja.

—Lo averigüé andando de un lado a otro. Emprendí el regreso con él entre las seis y las siete, junto con un muchacho que contraté para que condujera. A las nueve llamé a su oficina desde una gasolinera del desierto y dejé dicho que lo avisaran a usted de mi llegada.

—No recibí el mensaje. Veamos, ¿quién estaba de guardia?

—Franks. Ni siquiera se molestó en anotar la llamada, pero filtró la información a alguien más. Hace menos de una hora siete hombres me detuvieron en Notch Trail.

Bloquearon la carretera con un camión. Le disparé a uno de ellos. Reavis creyó que los hombres iban a liberarlo y me atacó desde atrás. Me dejaron inconsciente. Luego despacharon a Reavis con una docena de balazos y le prendieron fuego con gasolina.

—¡Dios mío! —dijo Maude Slocum, con el rostro como una máscara de la muerte

—. ¡Qué horror!

Knudson se mordisqueó el grueso labio inferior.

—Un linchamiento, ¿eh? En veinte años que hace que trabajo en la policía nunca he tenido que vérmelas con ninguno.

—Guárdelo para sus memorias, Knudson. Esto es un asesinato. El muchacho que espera en mi coche es un testigo. Quisiera saber qué va a hacer usted.

Se levantó. Pese a la superficial apariencia de excitación, parecía tomarse las cosas con mucha tranquilidad.

—Haré lo que pueda. Notch Trail está fuera de mi jurisdicción. Llamaré a la oficina del sheriff.

—Franks es empleado suyo.

—No se preocupe, llegaré hasta el fondo de este asunto. ¿Puede darme una descripción de esos hombres?

—Llevaban la cara cubierta con pañuelos. Me pareció gente del lugar, de las fincas o los campos de petróleo de por allí. Uno de ellos tiene un agujero de bala en el codo derecho. Reconocería dos de las voces si las oyera de nuevo. El muchacho puede darle más información.

—Haré que el sheriff hable con él.

Me puse de pie frente a él.

—No parece usted muy ansioso.

Él comprendió mi intención de forzar una declaración, y estaba decidido a evitarla.

—Esos brotes de violencia popular son difíciles de manejar, ya lo sabe. Aun cuando el sheriff logre detener a esos hombres, lo cual no es muy probable, nunca encontraremos un jurado que los condene. La señora Slocum era una de las personas más respetadas de la ciudad: cabe esperar que cunda cierta indignación por su asesinato.

—Ya veo. Ahora la muerte de la señora Slocum es asesinato. Y la muerte de Reavis es obra de vigilantes de la justicia popular. Usted no es tan estúpido para creerse eso, Knudson, ni yo tampoco. Sé cómo se comporta una multitud enardecida.

Esos asesinos eran pagados. Aficionados, tal vez, pero no lo hacían por gusto.

—No pasemos al plano personal —dijo en un tono cargado de advertencias—.

Después de todo, Reavis recibió lo que se merecía. Aficionados o no, los hombres que lo lincharon ahorraron dinero al estado.

—Cree que él mató a la señora Slocum, ¿verdad?

—No me cabe la menor duda. El médico que la examinó le encontró marcas en la espalda, hemorragias subcutáneas en los puntos por donde la empujaron. Y parece que fue Reavis quien la empujó. Encontramos su gorra a unos quince pies de la piscina, detrás de los árboles que ocultan el sistema de filtros. Esto prueba que él estuvo allí. Acababan de despedirle, motivo suficiente para un psicópata. E

inmediatamente después del crimen se escurrió.

—Se escurrió, sí, pero de manera pública y lenta. Me hizo señas para que lo recogiera del otro lado del portón y se detuvo en un bar para tomar un par de copas.

—Tal vez le hacían falta. Los asesinos a menudo las necesitan.

Knudson tenía el aire arrebatado y terco de quien ha tomado una decisión. Era el momento de jugar la carta que me estaba reservando.

—El tiempo no coincide. Marvell no pudo oír el chapoteo antes de las ocho y veinte. Eran exactamente las ocho y veintitrés cuando yo recogí a Reavis, y hay más de un kilómetro y medio desde la piscina hasta el portón.

Knudson mostró los dientes. Un tenue reflejo de su sonrisa pasó al rostro de la señora Slocum, que estaba atento al de él.

—Marvell es un tipo muy imaginativo —dijo Knudson—. Hoy le tomé otra declaración, después que se calmó un poco. No está seguro de cuándo oyó el chapoteo; ni siquiera está seguro de haberlo oído. Es

posible que la señora Slocum fuera asesinada una hora antes de que él la encontrara. No hay manera de saber cuánto tiempo estuvo en el agua.

—Con todo, no creo que fuera Reavis.

—Lo que usted crea no es una prueba. Yo se las he dado, y sólidas. Dicho sea de paso, es un poco tarde para que venga a decirme cuándo recogió a Reavis y salga a defenderlo. ¿Qué pasó, Archer, lo convenció a usted? Tengo entendido que era un muchacho muy convincente.

Contuve mi cólera.

—Hay otras cosas. Pueden esperar a que haga su llamada telefónica.

Con arrogante lentitud, se sacó un puro del bolsillo, pidió permiso a la mujer, mordió la punta y la arrojó a un cenicero, encendió el puro, apagó la cerilla y echó el humo hacia mí.

—Cuando necesite un criticón que me indique cómo realizar mi tarea oficial le enviaré una carta certificada.

Abandonó la habitación dejando una estela de humo y volvió inmediatamente del vestíbulo trayendo del brazo a Cathy Slocum. Ella trataba de soltarse.

—Déjeme, señor Knudson.

El hombre dejó caer el brazo como si ella lo hubiera fulminado.

—Lo siento, Cathy, no quise ser rudo.

Ella le volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta, restregando la alfombra con sus blancas chinelas de piel. Arropada en una bata

rosa acolchada, con su brillante cabello peinado hacia atrás, tenía el aspecto de una criatura. Knudson la contempló con una expresión curiosa e impotente.

—Espera un minuto, querida —dijo su madre—. ¿Qué hacías levantada tan tarde?

Cathy se detuvo en la puerta, pero se negó a volverse. Sus hombros cubiertos de tela satinada estaban rígidos, con un gesto obstinado.

—Hablaba con papá.

—¿Todavía está despierto?

—No podía dormir, ni yo tampoco. Oímos voces y me mandó a ver quién era. ¿Ya puedo volver a la cama?

—Por supuesto, querida.

—Me gustaría hacerle una pregunta a Cathy —dije—. ¿Tiene algún inconveniente, señora Slocum?

Levantó la mano con gesto maternal.

—La pobre ha tenido que responder a tantas preguntas. ¿No puede esperar hasta mañana?

—Sólo tendrá que responder sí o no. Y es una pregunta fundamental. Pat Reavis la utilizó como coartada.

La muchacha se volvió en el vano de la puerta.

—No soy una niña, mamá. Por supuesto que puedo responder a una pregunta.

Estaba de pie con los pies separados y los puños metidos en los bolsillos de la bata.

—Muy bien, hija, como quieras.

Me dio la impresión de que era la madre quien habitualmente cedía.

—Reavis me aseguró —dije a la muchacha— que vino a verte anoche. ¿Estuvo contigo antes de que yo te encontrara en mi coche?

—No. No volví a verlo desde la discusión que tuvimos en Quinto.

—¿Eso es todo? —preguntó Knudson.

—Sí.

—Ven y dame las buenas noches con un beso —dijo Maude Slocum.

La muchacha cruzó la habitación con aire desganado y renuente y besó a su madre en la mejilla. La mujer la rodeó con sus brazos, pero la chica se desprendió rápidamente de ellos y se alejó.

Knudson las contempló como si no tuviera conocimiento de la tensión que había entre ambas. Pareció deleitarse simplemente en la transacción forzada y sin amor del beso. Siguió a Cathy fuera de la habitación con una sonrisa fija en el rostro y con el

puro encendido, fatuamente insertado en medio de la sonrisa. Me senté en el sofá junto a Maude Slocum.

—Reavis estaba condenado. Ya veo lo que quería decir Knudson.

—¿Aún no está satisfecho? —me preguntó ella en tono ansioso.

—Compréndame. Reavis no me importa lo más mínimo. Es la perspectiva total lo que me desconcierta: tiene grandes lagunas. Por ejemplo, ¿usted conoce a un tal Walter Kilbourne?

—¿Más preguntas, señor Archer?

Extendió el brazo para tomar una caja de plata que había en la mesita, junto a ella.

Su mano insegura la tiró al suelo. Los cigarrillos que contenía se desparramaron y comencé a recogerlos.

—No se moleste —dijo—, por favor, no se moleste. No importa. Todo, en general, se está desmoronando. Unos pocos cigarrillos en el suelo son la menor de mis preocupaciones.

Continué recogiendo los cigarrillos.

—¿Y cuál es la mayor de sus preocupaciones? ¿Todavía es la carta que me dio?

—Hace demasiadas preguntas. Me gustaría saber por qué. ¿Siente pasión por la justicia, por la verdad? Como ve, le devuelvo la pelota.

—No sé por qué le interesa eso.

Dejé la caja de cigarrillos llena sobe la mesa, encendí uno para ella y otro para mí.

Maude aspiró agradecida. Su respuesta era visible, estaba escrita en el humo que flotaba en el aire.

—Porque no lo entiendo. Usted tiene inteligencia y presencia suficiente para un trabajo mejor, de más categoría.

—¿Cómo el de su amigo Knudson? Trabajé en un departamento de policía municipal durante cinco años y luego dimití. Había demasiados casos en los que la versión oficial no concordaba con los hechos que yo conocía.

—Ralph es honrado. Ha sido policía toda su vida, y tiene la conciencia limpia.

—Probablemente tenga dos. La mayoría de los buenos policías tienen una conciencia pública y otra privada. Yo sólo tengo la conciencia privada; aunque es poca cosa, es mía.

—Tenía razón con respecto a usted. Siente pasión por la justicia.

Clavó sus profundos ojos en los míos y los sondeó, como si la pasión por la justicia fuera algo cuya forma ella pudiera ver y recordar, o un extraño tumor que pudiera verse con rayos X.

—No sé qué es la justicia —dije—. Sin embargo, me interesa la verdad. No la verdad en general, si es que existe, sino la verdad de las cosas particulares. Quién hizo qué, cuándo y por qué. Especialmente, por qué. Me pregunto, por ejemplo, por

qué usted quiere saber si estoy interesado en la justicia. Podría ser una manera indirecta de pedirme que abandone este caso.

Ella permaneció en silencio durante un momento.

—No. No es eso. En cierto modo, también aprecio la verdad. Supongo que la aprecio como mujer: quiero la verdad, si no hace demasiado daño. Y creo que me inspira un poco de temor un hombre que se interesa tan vivamente por algo. A usted le importa mucho saber si Reavis era inocente o culpable, ¿no es así?

—¿Y a Knudson, con su limpia conciencia, no le importa?

—Le importó, pero no sé si todavía le importa. Hay muchas cosas que no comprendo.

«Tampoco yo», pensé para mis adentros.

—Mi querido esposo, por ejemplo, se ha retirado a su habitación y se niega a aparecer. Afirma que pasará el resto de su vida en su cuarto, como Marcel Proust.

Un chispazo de odio centelleó, como la aleta de un tiburón, en sus ojos color océano. Apagué el cigarrillo, que me dejó un sabor ácido en el estómago vacío.

—Este Marcel no sé cuántos, ¿es un amigo suyo?

—¿Va a empezar a hacerse el tonto de nuevo?

—Podría. Parece estar de moda en esta casa. Usted está perfectamente dispuesta a hablar de abstracciones como la verdad y la justicia, pero no me ha relatado un solo hecho que pueda ayudarme a encontrar a la persona que escribió la carta, o a la que mató a su suegra.

—¡Ah, la carta! Otra vez hemos vuelto a la carta.

—Señora Slocum —dije—, la carta no se refiere a mí. Se refiere a usted. Usted requirió mis servicios para descubrir quién la escribió, ¿recuerda?

—Han pasado tantas cosas desde entonces, ¿verdad? Ahora eso parece no tener importancia.

—¿Ahora que ella está muerta?

—Sí —respondió con calma—, ahora que ella está muerta.

—¿Ha pensado que quien escribió la carta y el asesino pueden ser la misma persona?

—No. No alcanzo a ver la correspondencia entre una cosa y otra.

—Tampoco yo. Con alguna cooperación, tal vez podría; si usted me dijera, por ejemplo, lo que sabe acerca de las relaciones entre las personas de esta casa.

Ella levantó los hombros y los dejó caer en un gesto de cansada resignación.

—No puedo negarme a responder, con el pretexto de ser una criatura como Cathy.

Estoy terriblemente cansada. ¿Qué quiere saber?

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Knudson y hasta qué punto lo conoce?

Me dirigió una segunda y lenta mirada de sondeo.

—Hace un año más o menos, pero en modo alguno lo conozco íntimamente.

—Ayer mencionó a una amiga suya, Mildred Fleming. Tal vez ella pueda darme una versión diferente. ¿O usted tampoco confía en sus amigos?

—Creo que se está poniendo insolente, señor Archer —me respondió con frialdad.

—Muy bien, señora. Seguiremos el juego de acuerdo con las reglas formales. A menos que quiera darlo por terminado a causa de mi insolencia.

—No lo he decidido aún. Pero le diré una cosa: conozco a Walter Kilbourne. En realidad, lo vi esta noche.

Los pesados pies de Knudson atravesaron el vestíbulo y sus hombros fornidos llenaron el vano de la puerta.

—Finalmente saqué al sheriff de la cama. Se encontrará con nosotros en Notch.

—Con usted —dije—, no conmigo. La señora Slocum ha tenido la amabilidad de ofrecerme otra copa, y la necesito. Mañana presentaré una declaración ante el sheriff.

Lleve con usted al muchacho. Su nombre es Musselman y está en el coche, me imagino que durmiendo en este momento. Seguramente encontrará huellas claras donde el camión tomó la saliente para dar la vuelta.

—Muchas gracias por la sagaz sugerencia.

Su tono era irónico, pero parecía aliviado por mi negativa a ir con él. Él y el sheriff merodearían por el lugar del crimen, reunirían los restos y volverían a la ciudad. No harían nada.

—Ocúpese de que el muchacho encuentre un lugar decente para dormir, por favor. Y dele esto de mi parte. Se lo debo.

Le di un billete de diez dólares.

—Como usted diga. Buenas noches, señora Slocum. Gracias por su colaboración.

—Ha sido un placer.

«Viejos amantes —pensé nuevamente—. Viejos amantes que hacen un doble juego». Knudson salió. Mi simpatía inicial por él se había convertido en algo muy diferente. Con todo, era un hombre y un policía. No iba a tratar de alcanzar lo que quería pasando por encima del cadáver de una vieja dama. Elegiría un camino más difícil. Maude Slocum se levantó y tomó mi vaso vacío.

—¿De verdad quiere otra copa?

—Un poco más, por favor. Con agua.

—Creo que voy a imitarle.

Me sirvió dos dedos de whisky de la botella, y se sirvió cuatro dedos para ella. Se los tomó de un trago. Yo sorbí el mío.

—Lo que realmente quiero son informes sobre Kilbourne.

—Maldita verdad del alcohol —dijo ella ante mi sorpresa.

La idea del whisky se había apoderado de ella antes de que éste empezara a hacer efecto. Se sentó junto a mí con gesto pesado.

—No sé nada acerca de Walter Kilbourne. Quiero decir, nada que vaya en su contra.

—Es usted una excepción, creo. ¿Dónde lo vio esta noche?

—En el restaurante Boardwalk de Quinto. Pensé que a Cathy le haría bien un cambio después del horrible día que había pasado con la policía y… con su padre. La llevé a comer a Quinto y vi a Walter Kilbourne en el restaurante. Lo vi con una joven rubia, una muchacha realmente encantadora.

—Su mujer. ¿Habló usted con él?

—No. Él no me reconoció y a mí nunca me ha gustado especialmente. Le pregunté al camarero qué hacía allí. Al parecer, su yate está en el puerto.

Era lo que yo necesitaba. El cansancio había comenzado a drenar la energía de mi cuerpo y comenzaba a atacar mi voluntad. Me había estado interrogando a mí mismo sobre ese momento, demasiado exhausto para pensar más allá. Ahora podía verme cruzando el paso para llegar a Quinto, pero antes debía hacer otras preguntas.

—¿Cómo lo conoció?

—Estuvo aquí hace un par de años. Llegó a un acuerdo con mi suegra para buscar petróleo en su propiedad. Fue cuando se declaró una gran huelga al otro lado del valle, antes de que vinieran a este lado. Kilbourne llegó con una cuadrilla de hombres. Estuvieron varias semanas en nuestra propiedad, haciendo agujeros y colocando

cargas explosivas. No recuerdo cuál es el nombre técnico de todo eso.

—¿Prospección?

—Eso, prospección. Hallaron petróleo de buena calidad, pero todo quedó en nada.

Mamá —dijo moviendo los labios como si la palabra tuviera un sabor extraño—, mamá decidió que las torres de petróleo estropearían su preciosa vista y rompió las negociaciones con Kilbourne. Había algo más, por supuesto: no le gustaba ese hombre y creo que no confiaba en él. De modo que continuamos viviendo en una discreta pobreza.

—¿No se interesaron otras compañías? El petróleo escasea en esta parte del mundo.

—En realidad, ella no quería arrendar esto a nadie. Además, el contrato original decía algo con respecto a la explotación; daba la opción exclusiva a la compañía Kilbourne.

—Naturalmente.

Su mano errática buscó a ciegas un cigarrillo. Saqué uno de la caja, se lo puse entre los dedos y se lo encendí. Lo aspiró de forma incontrolada, como un niño. El whisky se había unido a la fatiga para anestesiar su sistema nervioso. Su rostro, sus músculos y su voz se estaban derrumbando rápidamente. Aproveché entonces para hacer la pregunta que más daño podía causar y observé su rostro con atención para registrar sus efectos.

—No seguirá viviendo mucho más tiempo en esa discreta pobreza, ¿verdad?

Supongo que usted y su marido se pondrán en contacto con Kilbourne. ¿O es por eso por lo que está aquí ahora?

—No se me había ocurrido —dijo ella—. Pero me imagino que es eso lo que haremos. Tengo que hablar con James del asunto.

Cerró los ojos. Desde los puntos donde estaba adherida al hueso, la carne de su rostro caía en delgados pliegues blandos. Éstos formaban líneas oscuras que descendían de las comisuras de sus ojos cerrados, de las aletas de la nariz y de los bordes de la mandíbula, como sombras profundas que bosquejaban la disolución.

Le di las buenas noches y me fui.

18

Sólo había una luz en la parte inferior de la casa: un aplique con pantalla situado en el vestíbulo a mitad de camino entre la puerta principal y la cocina. Arrojaba un destello parduzco sobre el rincón donde estaba el teléfono, bajo la escalera. En una mesita baja colocada junto al teléfono había un ejemplar de la guía telefónica de Quinto y Nopal Valley. Busqué la F. Sólo había un Franks, un tal Simeón J., que vivía en el 467

de Tanner Terrace. Marqué el número y oí sonar el teléfono media docena de veces al otro lado. Luego respondió una voz áspera y ruda:

—Aquí Franks. ¿Es la comisaría?

Yo tenía opiniones que expresar, pero me las guardé.

—¿Diga? Aquí Franks.

Colgué y oí el suave roce de unos pies que descendían la escalera por encima de mi cabeza, un susurro amplificado por la caja de resonancia de la escalera y mis sentidos aguzados. Un rostro como una luna pálida rodeada de una bruma de cabellos se asomó por la barandilla.

—¿Quién es? —dijo la muchacha.

—Archer.

Me desplacé hacia el centro del vestíbulo, donde ella pudiera verme con claridad.

—¿Todavía no estás en la cama, Cathy?

—No me atrevo a cerrar los ojos. Veo constantemente la cara de la abuela. —

Estaba aferrada con ambas manos a la barandilla de roble, como si necesitara asirse a una sólida realidad—. ¿Qué hace usted?

—Hablar por teléfono. Ya he terminado.

—Oí antes que Knudson telefoneaba. ¿Es cierto que Pat está muerto?

—Sí. ¿Te gustaba?

—A veces, cuando era amable. Era muy divertido. Me enseñó a bailar, pero no se lo diga a papá. ¿Él no mató a la abuela, verdad?

—No lo sé. No lo creo.

—Yo tampoco.

Lanzó una mirada furtiva al vestíbulo, que estaba envuelto en sombras.

—¿Dónde están los otros?

—Knudson se ha ido. Tu madre está en la salita. Creo que está dormida.

Introdujo la mano en los suaves pliegues de la bata.

—Me alegro de que él se haya ido.

—Yo también debo irme. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Bajó el resto de la escalera, deslizando la mano por la barandilla.

—Será mejor que despierte a mi madre y la acueste.

—Sí, quizá sea mejor.

Me siguió hasta la puerta.

—Buenas noches, señor Archer. Siento haber estado poco amable con usted anoche. Seguramente presentía que iba a suceder algo. Soy muy sensible, ¿sabe? Al menos es lo que dice la gente. Soy como un perro que aúlla a la luna cuando hay algo en el aire.

—Pero no viste a Reavis anoche.

—No. Tenía miedo de que volviera. Odio las escenas emocionales. Pero no volvió. —Describió una cruz sobre su pecho de seda—. Que me muera si no es verdad —añadió sonriendo, con un súbito y tenso aire festivo—. ¡Qué horrible es decir «que me muera»!

—Buenas noches, Cathy.

El número 467 de Tanner Terrace era un edificio blanco de una planta situado en un suburbio muy modesto en medio de una docena de casas similares. Todas ellas tenían techos inclinados, inútiles persianas verdes en las dos ventanas del frente y el aire desarraigado y transitorio de una fila de caravanas en un solar vacío. Lo único que distinguía a las casas eran los números pintados en el bordillo. También en la casa del sargento Franks había luz. Se filtraba por los bordes de las persianas cerradas de las ventanas del frente y rociaba el césped incipiente.

Pasé por delante de la casa con el coche, volví atrás por el primer cruce y estacioné a unos cien pies de la vivienda. Franks era policía. En su propio territorio podía crearme inconvenientes. Y no quería buscarme problemas. Apagué el motor y las luces, me recosté en el asiento y dormité con un ojo vigilante. El ruido de un motor que se acercaba me despertó un momento antes de que unos potentes faros iluminaran la calle. Se enderezaron y se detuvieron frente a la casa de Franks. Encima del parabrisas se veían las tres luces azules de los taxis. Un hombre bajó torpemente del asiento trasero y cruzó la acera. Al andar se inclinaba hacia un lado; en la semioscuridad me pareció que era cojo. La puerta de la casa se abrió antes de que el hombre llegara al escalón de cemento. Se desplazó hacia la luz. Era un hombre bajo y grueso, vestido con una chaqueta marrón de piel de potro. En la parte derecha estaba abultada, mientras que la manga colgaba vacía. La puerta de la calle se cerró detrás de él.

El taxi dio la vuelta en una entrada particular para coches y volvió a detenerse junto a la acera frente a la casa. Las luces se apagaron. Esperé uno o dos minutos y bajé del coche sin hacer ruido. El taxista estaba echado en su asiento, con la esperanza de dormir. Le pregunté:

—¿Está libre?

—Lo siento, tengo un viaje de vuelta —me respondió con los ojos entrecerrados.

—¿Adónde?

—A Quinto.

—Allí es donde voy.

—Lo siento, señor. Éste es un taxi de Quinto. No puedo coger pasajeros en Nopal.

—Puede, si no me cobra.

—¿Qué gano yo entonces?

Se sentó derecho y abrió bien los ojos. Eran azules y resaltaban sobre su rostro hundido.

—Oiga, ¿qué pasa aquí?

Le enseñé un billete de diez dólares.

—Gana esto —le dije.

El billete crujió entre mis dedos como si se quemara bajo la intensidad de su mirada.

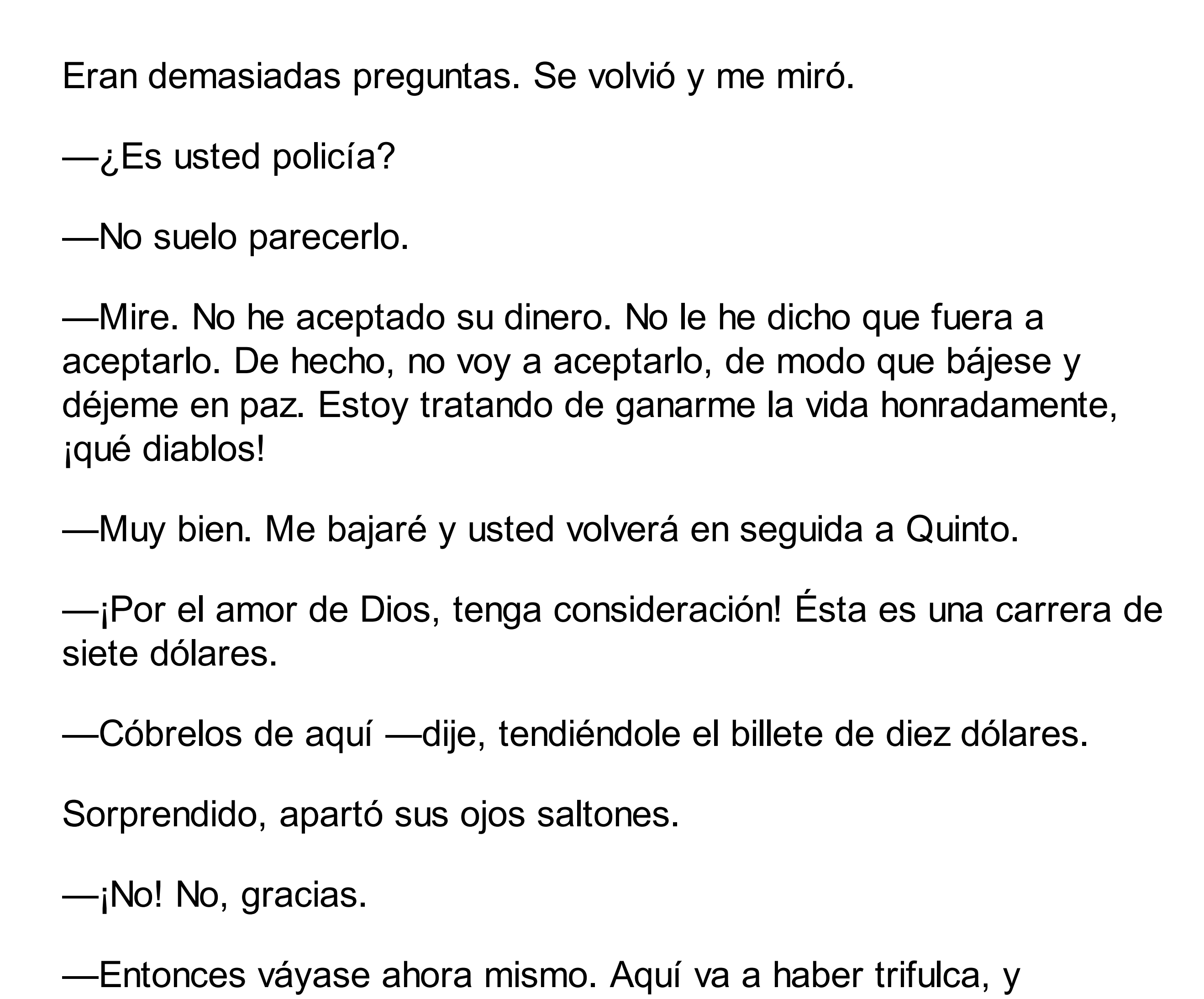
—Está bien. Supongo que no habrá problema si el otro tipo no se opone.

Se echó hacia atrás para abrirme la puerta. Entré.

—No tiene por qué oponerse. ¿Adónde va, en Quinto?

—No sé. Supongo que adonde le recogí. Junto al paseo.

—¿Lo había visto antes?



Eran demasiadas preguntas. Se volvió y me miró.

—¿Es usted policía?

—No suelo parecerlo.

—Mire. No he aceptado su dinero. No le he dicho que fuera a aceptarlo. De hecho, no voy a aceptarlo, de modo que bájese y déjeme en paz. Estoy tratando de ganarme la vida honradamente, ¡qué diablos!

—Muy bien. Me bajaré y usted volverá en seguida a Quinto.

—¡Por el amor de Dios, tenga consideración! Ésta es una carrera de siete dólares.

—Cóbrelos de aquí —dije, tendiéndole el billete de diez dólares.

Sorprendido, apartó sus ojos saltones.

—¡No! No, gracias.

—Entonces váyase ahora mismo. Aquí va a haber trifulca, y seguramente no querrá verse complicado en ella.

Antes de salir, metí el billete entre el asiento y el respaldo, un lugar donde los taxistas tienen la costumbre de mirar. El movimiento del taxi cerró la puerta. Yo volví a mi coche y esperé. El hombre de voluminoso costado derecho y manga vacía salió casi inmediatamente. Dio las buenas noches a alguien y se dirigió a la calle. Llegó a la acera antes de darse cuenta de que el taxi se había ido. Miró a uno y otro lado de la calle y yo me agaché debajo del asiento. Hizo con la mano izquierda un gesto de disgusto. Su voz anunció claramente su frustración. La reconocí. Cuando se volvió para mirar hacia la casa, las luces se habían apagado. Inclinándose hacia un lado,

comenzó a caminar en dirección a la carretera. Dejé que se adelantara una manzana antes de encender el motor, y lo alcancé cuando llegó a la segunda esquina. Tenía el revólver sobre el asiento, junto a mí.

—¿Quiere que lo lleve? —dije tratando de disimular mi voz.

—No me vendría mal, amigo.

Bajó de la acera a la calle, hasta el círculo de luz que formaba la farola que tenía encima. Un sombrero de fieltro manchado de aceite arrojaba una sombra sobre su moreno y amplio rostro, en el cual brillaba el blanco de los ojos.

—¿A Quinto?

—Hoy es mi día de suerte…

Me reconoció, a mí o a mi coche, y la frase no llegó a completarse. Su mano izquierda cayó sobre el bolsillo con tapa de cuero de su chaqueta. Abrí bien la puerta y blandí mi revólver. Sus dedos retorcían el botón de cuero que abrochaba la tapa en el bolsillo.

—Suba —ordené—. No querrá que le suceda lo mismo al otro brazo, ¿verdad?

Tengo pasión por la simetría.

Subió. Conduje con la mano izquierda en primera hasta un espacio a oscuras entre las luces de la calle y me arrimé al bordillo. El revólver que saqué de su bolsillo olía a aceite fresco. Lo incorporé al arsenal que tenía en la guantera.

—Bien —dije.

El hombre resoplaba como un toro.

—No conseguirá nada, Archer. Será mejor que vuelva a su casa antes de que le suceda algo.

Le contesté que me hallaba muy bien donde estaba. Con la mano derecha saqué la cartera que había en su bolsillo izquierdo y la abrí bajo la luz del salpicadero. Su permiso de conducir estaba a nombre de Oscar Ferdinand Schmidt.

—Oscar Ferdinand Schmidt es un nombre muy eufónico —dije—. Va a sonar bien en un juicio por asesinato.

Me mandó al diablo. Contuve mi impulso de pegarle. Junto al permiso de conducir, una funda de plástico transparente contenía una pequeña tarjeta azul que identificaba a Oscar F. Schmidt como oficial especial de la policía interna de la Pacific Refining Company. Había algunos billetes en la parte de la cartera destinada a guardar dinero, pero ninguno mayor de veinte dólares.

Metí los billetes en su bolsillo y la cartera en el mío.

—Devuélvame la cartera o le denunciaré.

—Bastante ocupado estará tratando de defenderse de la denuncia que recibirá usted. El sheriff encontrará su cartera en los matorrales de la carretera de Notch.

Permaneció callado durante un minuto; sólo se oía crujir como un fuelle su chaqueta de piel de potro bajo el impulso de su respiración.

—El sheriff me la devolverá sin hacerme ninguna pregunta. ¿Cómo cree usted que fue elegido?

—Ahora lo sé, Oscar. Pero sucede que el FBI está interesado en los linchamientos. ¿También tiene amigos en el Departamento de Justicia?

Cuando me respondió, su voz ronca había cambiado. Ahora capté un marcado matiz de temor.

—Está loco si trata de enfrentarse con nosotros, Archer.

Le clavé el revólver hasta hacerlo gemir.

—Usted se sentará en la silla eléctrica antes de que yo reserve habitación en el manicomio. Mientras tanto, quiero que hablemos. ¿Cuánto le dio a Franks por la información y quién le dio el dinero?

Su cerebro trabajaba pesadamente. Casi podía oír su mecanismo interno.

—¿Me dejará ir si se lo digo?

—Por el momento, sí. No puedo ocuparme de usted.

—¿Y me devolverá la cartera?

—Me quedaré la cartera y el revólver.

—Nunca he disparado ese revólver.

—Ni lo hará.

Su cerebro se puso en acción otra vez. Sudaba y comenzaba a oler. Yo deseaba que saliera de mi coche.

—Kilbourne me dio el dinero —dijo finalmente—. Creo que eran quinientos dólares. Está loco si piensa enfrentarse con él.

—Bájese de mi coche —le ordené.

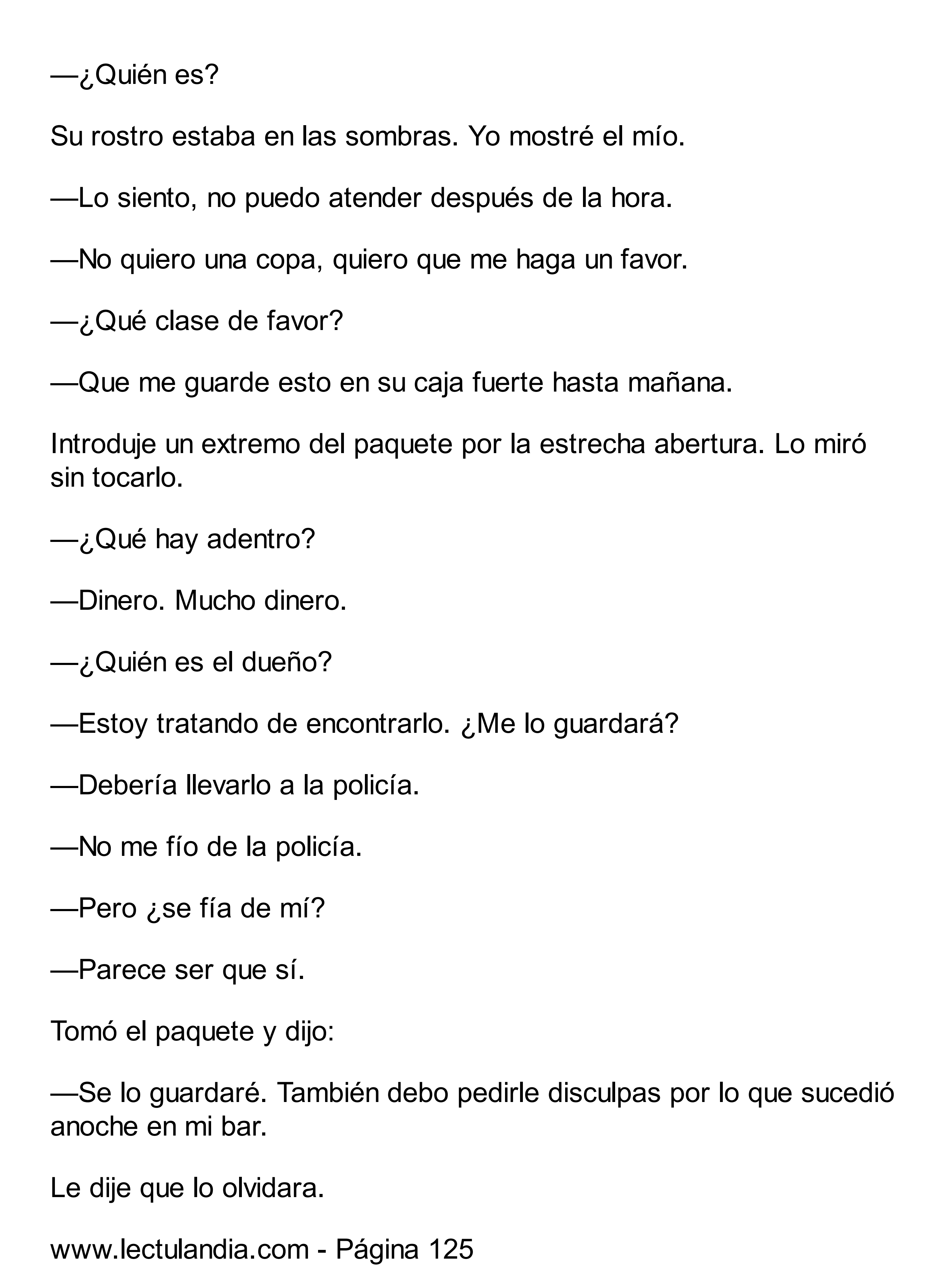
En el lugar donde Tanner Terrace se une con la carretera doblé a la izquierda para volver a Nopal, en lugar de dirigirme directamente a Quinto. El caso se estaba despejando más deprisa de lo que esperaba y estaba escapando a mi control. Según los datos que

tenía, parecía como si Kilbourne hubiera hecho una doble jugada, que nunca aparecería registrada en las páginas de deportes: había pagado a Reavis para que liquidara a la señora Slocum y luego había pagado para que lo eliminaran a él antes de que pudiera hablar. La teoría no me gustaba: explicaba las cosas más obvias, las muertes y el dinero, pero no ofrecía ningún indicio acerca de lo demás. Sin embargo, era la mejor teoría sobre la que podía trabajar. De todos modos, no podía actuar sin consultar a mi cliente. La mujer de James Slocum no estaba por encima de toda sospecha, aunque tampoco había recurrido a mí para que le anudara un lazo alrededor de su hermoso cuello.

Los bares habían cerrado y la calle principal estaba casi desierta. Unos pocos borrachos rezagados transitaban por las aceras, sin ganas de terminar la noche y afrontar la mañana. Algunos iban con mujeres para tener la seguridad de que aún podían divertirse, de que habría puertas, en las oscuras paredes, que se abrirían a

romances pagados. Las mujeres eran de las que raramente se presentan a plena luz, o que cuando lo hacen parecen muertas. Dos policías de paisano probaban puertas en las aceras opuestas de la calle.

Al pasar por el bar de Antonio vi una lucecilla detrás del mostrador, eclipsada a medias por la cabeza de un hombre. Frené y me arrimé a la acera. Llevaba diez mil dólares en el bolsillo del pecho, que habrían sido difíciles de explicar si la policía me registraba, y más difícil aún sería sobrevivir si otra persona me los encontraba en el bolsillo. Envolví el paquete rasgado en un trozo de papel de periódico y lo cerré con cinta aislante. Había hablado con Antonio una sola vez y ni siquiera sabía su apellido, pero era el único hombre de Nopal Valley en quien confiaba. Cuando golpeé en el vidrio acudió a la puerta y la abrió unos centímetros, manteniéndola sujeta con una cadena.



—¿Quién es?

Su rostro estaba en las sombras. Yo mostré el mío.

—Lo siento, no puedo atender después de la hora.

—No quiero una copa, quiero que me haga un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Que me guarde esto en su caja fuerte hasta mañana.

Introduje un extremo del paquete por la estrecha abertura. Lo miró sin tocarlo.

—¿Qué hay adentro?

—Dinero. Mucho dinero.

—¿Quién es el dueño?

—Estoy tratando de encontrarlo. ¿Me lo guardará?

—Debería llevarlo a la policía.

—No me fío de la policía.

—Pero ¿se fía de mí?

—Parece ser que sí.

Tomó el paquete y dijo:

—Se lo guardaré. También debo pedirle disculpas por lo que sucedió anoche en mi bar.

Le dije que lo olvidara.

19

La casa de la meseta estaba oscura y silenciosa. Nada se movía, ni dentro ni fuera, excepto el sonido de los grillos, que subía y bajaba por los campos vacíos. Llamé a la puerta delantera y esperé, temblando dentro de mi ropa. No hacía aire, pero la noche era fría. El chillido de los insectos resonaba como el viento en los árboles otoñales.

Traté de abrir la puerta. Estaba cerrada. Llamé otra vez. Después de un largo rato, se iluminó el vestíbulo y se oyeron pasos que se arrastraban hacia la puerta. Sobre mi cabeza se encendió la luz de la galería, y la puerta se abrió lentamente. Era la señora Strang, el ama de llaves, con su cabello blanqueado por el tiempo, peinado en dos trenzas, y los ojos hinchados y enrojecidos por el sueño. Me miró.

—¿Es el señor Archer?

—Sí. Tengo que ver a la señora Slocum.

Sus manos asieron el cuello de su bata de rayón azul. Por el dobladillo asomó un camisón de franela rosado.

—La señora Slocum está muerta —dijo con un estremecimiento de dolor.

—No se referirá usted a Maude Slocum. La vi hace menos de dos horas.

—¡Ah! Usted habla de la joven señora Slocum. Está en la cama, creo. Que es donde debería estar usted. Éstas no son horas de la noche…

—Ya lo sé, pero tengo que verla. ¿La despertará?

—No sé si debo hacerlo. No le gustará.

—La despertaré yo mismo si no lo hace usted.

—Eso sí que no.

Hizo ademán de cerrarme la puerta, pero luego cambió de opinión.

—¿Es realmente tan importante?

—Es cuestión de vida o muerte.

Yo no sabía ni de la vida ni de la muerte de quién se trataba.

—Bueno, entre. Le diré que baje.

Me dejó en la salita y salió arrastrando los pies. Las dos trenzas que caían sobre su espalda parecían duras y secas, como flores guardadas en un viejo libro olvidado.

Cuando volvió, su rostro y su cuerpo parecían cargados de ansiedad.

—La puerta está cerrada y ella no contesta.

Fui a su encuentro y atravesé rápidamente con ella el vestíbulo hasta la escalera.

—¿Tiene una llave?

—Esa puerta no se cierra con llave —dijo jadeando—. Tiene echado el cerrojo por dentro.

—Guíeme.

Subió afanosamente la escalera delante de mí y en el piso de arriba me condujo

hasta la última puerta. Era de roble macizo. La empujé con el hombro, pero no logré moverla. El ama de llaves ocupó mi lugar ante la puerta y gritó.

—¡Señora Slocum! —exclamó con desesperación.

—¿Seguro que está ahí dentro? —pregunté.

—Sí, la puerta está cerrada con cerrojo.

—Habrá que romperlo. ¿Tiene usted una barra de hierro, una palanca o algo así?

—Iré a ver. En la cocina de atrás hay herramientas.

Apagué la lámpara del pasillo y vi que había luz detrás de la puerta. Me incliné de nuevo contra ella y escuché. No se oían ronquidos ni la respiración de los ebrios; no se oía nada. Maude Slocum dormía muy profundamente.

La señora Strang volvió, moviendo su cuerpo con un torpe gesto de terror y pesadumbre. Sus manos venosas sostenían una corta barra de hierro con un extremo plano, como las que se usan para abrir cajas. La cogí e inserté el extremo plano entre la puerta y el vano. Algo crujió y cedió cuando tiré de ella. Desplacé la barra y tiré con fuerza de nuevo. La madera se rompió y la puerta se abrió.

Había un tocador con tres espejos contra la pared, a mi derecha, y una cama Hollywood grande, con la colcha extendida sobre ella, a mi izquierda, junto a las ventanas. Maude Slocum estaba en medio. Su rostro tenía un color gris oscuro con tonalidades azules, como un retrato de Van Gogh de la época de su mayor locura. Sus bellos dientes blancos brillaban en un rictus estereotipado entre sus labios color púrpura, lo cual le daba un grotesco toque negruzco a su rostro. Me arrodillé junto a ella, le tomé el pulso y traté de oír los latidos de su corazón. Estaba muerta.

Me levanté y me dirigí al ama de llaves. Ésta caminaba despacio por la habitación, terriblemente tensa.

—¿Qué ha sucedido? —susurró, aunque ya conocía la respuesta.

—La señora está muerta. Llame a la policía y trate de ponerse en contacto con Knudson.

—¡Oh! —exclamó.

Se volvió, y el peso de la muerte la lanzó contra la puerta.

Cathy Slocum pasó a su lado al entrar. Me moví para ocultar el cadáver con mi cuerpo. Mi expresión detuvo a la muchacha. Se quedó parada frente a mí, esbelta y frágil, envuelta en su bata de seda blanca. Sus ojos tenían una expresión sombría y acusadora.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Tu madre está muerta. Vuelve a tu habitación.

Todos sus músculos se endurecieron, manteniendo su cuerpo erguido. Su rostro era una trágica máscara blanca.

—Tengo derecho a quedarme.

—Tú te vas a ir de aquí —dije, y di un paso hacia ella.

Echó una mirada a lo que había detrás de mí. La máscara blanca se desmoronó repentinamente como si fuera de yeso. Extendió una mano sobre su rostro.

—¿Cómo puede estar muerta? Yo…

El dolor le cerró la garganta y la redujo a silencio. Puse una mano sobre su espalda estremecida, la volví hacia la puerta y la empujé fuera.

—Mira, Cathy. No puedo hacer nada por ti. Ve a buscar a tu padre.

Balbuceó entre sollozos:

—No quiere salir de la cama… Dice que no puede.

—Pues métete en la cama con él.

No era lo más adecuado que podía decir, pero su reacción me chocó. Sus dos pequeños puños golpearon mi rostro y me hicieron perder el equilibrio.

—¿Cómo se atreve a decir algo tan sucio?

Siguió profiriendo todas las palabrotas que conoce cualquier colegiala.

Me retiré a la habitación donde yacía, silenciosa, la mujer, y cerré la puerta detrás de Cathy. El pesado cerrojo de hierro colgaba suelto e inútil en su agujero; los tornillos que lo sujetaban habían sido arrancados del armazón, pero el pestillo aún funcionaba. Lo cerré y oí los pies desnudos de la muchacha que bajaban al vestíbulo.

Me dirigí hacia las ventanas agrupadas de tres en tres detrás de la cama. Tenían estructura de hierro, daban al tejado de tejas de la galería y estaban todas abiertas, pero había pantallas de tela metálica con marcos de metal firmemente sujetas con tornillos. Nadie podía haber entrado o salido de la habitación después de quedar ésta cerrada con el pestillo.

Volví a la mujer que yacía en el suelo. Había una manta de lana arrugada bajo uno de sus hombros, como si la hubiera restregado en una convulsión. Llevaba el mismo vestido con el que la había visto antes, levantado por encima de sus muslos pálidos.

Sentí el impulso de bajarlo para cubrir las piernas extendidas que yo había admirado.

Mi experiencia me retuvo. Maude Slocum pertenecía ya a la estricnina, la policía y la negra muerte.

La luz de la habitación procedía de una lámpara fluorescente de dos tubos situada en un escritorio que había frente a la puerta. Una máquina de escribir portátil estaba descubierta, directamente bajo la luz; en ella había una hoja de papel blanco, en la que se leían algunas líneas. Di la vuelta al cadáver para leerlas.

Amor mío:

Sé que soy una cobarde. Hay cosas con las que no puedo enfrentarme, con las que no puedo vivir. Créeme, amor, es mejor para todos. De todos modos ya he vivido lo suficiente.

Es sulfato de estricnina. Creo que es de una receta de Olivia Slocum.

No estaré guapa, lo sé, pero tal vez ahora tengas la seguridad de que no me

despedazarán. Siento que no puedo escribir más, tengo las manos…

Esto era todo.

Junto a la máquina de escribir había un frasquito de color verde abierto; su negra tapa metálica estaba al lado. En la etiqueta se veía una calavera y unos huesos cruzados, de color rojo. Decía también que la receta, extendida por el doctor Sanders para la señora Olivia Slocum, había sido preparada por la farmacia de Nopal Valley el 4 de mayo de ese año según las instrucciones del médico. Miré el interior del frasco sin tocarlo y vi que estaba vacío.

Sobre la mesa no había nada más, pero vi un amplio cajón en la parte delantera.

Aparté una silla y, cubriéndome las manos con un pañuelo, lo abrí a medias. Había algunos lápices con la punta afilada, un pintalabios gastado, pasadores para el pelo, clips y un revoltijo de papeles. La mayoría de ellos eran de negocios y recetas médicas. Un talonario de un banco de Nopal Valley mostraba un saldo de trescientos treinta

y seis dólares y algunos centavos, después de haber sacado doscientos dólares dos días antes. Hurgando entre los papeles con un lápiz sin punta, encontré una carta personal, escrita a máquina en una sola hoja que llevaba el membrete de la Warner Brothers.

Comenzaba con entusiasmo:

Mi querida Maude:

Hace siglos (como solía decir el viejo antes de que lo enterraran, lo cual me alegró mucho porque nunca me gustó, el muy borracho) que no sé nada de ti. Rompamos el silencio y hablemos a calzón quitado. ¿Cómo va la última campaña contra el clan Slocum, y también qué hay de Él? Las noticias de aquí son muy buenas. El jefe me ha subido el sueldo a ciento veinte y la semana pasada le dijo a Don Farjeon, quien se le contó a su secretaria, la cual a su vez me lo contó a mí, que yo nunca cometo un error (excepto en asuntos del corazón, ¡ja, ja!, pero ¿de qué me río?). No obstante, adivina cuál es la noticia más importante, y guárdala en secreto: Inglaterra, querida. El jefe va a hacer una película en Inglaterra que empezará el mes próximo y me llevará con él… De modo que uno de estos días, pronto, escabúllete de los problemas y preocupaciones de la *víe domestique* y vayamos a celebrarlo a Musso con un gran almuerzo. Tú sabes dónde encontrarme.

Entretanto, cariños a Cathy; ya sabes lo que pienso del resto de la pandilla Slocum. Hasta pronto.

La carta no tenía fecha y la firmaba «Millie». Miré a la mujer tendida en el suelo

y me pregunté si el almuerzo se habría realizado. Me pregunté también si Mildred Fleming se habría ido a Inglaterra y qué sabría ella de «Él». Más que a una deidad,

«Él» parecía referirse a Knudson. Y Knudson pronto estaría aquí.

Abrí un poco más el cajón. Un recorte de periódico, atrapado en la ranura entre el fondo del cajón y la pared de atrás, quedaba casi fuera de la vista. Tiré de él y lo desplegué bajo la luz. Era un largo artículo periodístico encabezado por una fotografía a dos columnas de dos hombres. Uno de ellos era Knudson, y el otro, un joven moreno que llevaba una camisa blanca desgarrada. «Captor y prófugo» —decía el pie de la foto—. «El teniente de detectives Ralph Knudson, de la policía de Chicago, coge a Charles *Cappie* Mariano, autor de tres asesinatos que escapó de la penitenciaría de Joliet el lunes pasado. El teniente Knudson le siguió el rastro por los bajos fondos de Chicago y lo apresó al día siguiente». El periódico daba detalles de la hazaña, que yo leí lenta y atentamente. Estaba fechado el 12 de abril, pero sin indicar el año. Doblé el recorte de nuevo, lo coloqué donde lo había encontrado y cerré el cajón.

El mensaje de la máquina de escribir atrajo mi atención otra vez. Tenía algo extraño, algo que no sabía qué era y que requería una explicación. Sin una idea clara de lo que hacía, me saqué del bolsillo la carta que me había dado Maude Slocum y la extendí sobre la mesa, junto a la máquina. «Estimado señor Slocum». Era como un recuerdo de algo que había oído hacía mucho tiempo, mucho antes de la guerra: «Los lirios que se pudren huelen peor que la maleza». La mujer que yacía en el piso pronto se pudriría. La carta ya no importaba.

Me fijé en las palabras iniciales de la carta: «Estimado señor», y luego regresé a la nota de la máquina: «Amor mío»; después volví a observar la carta que había puesto sobre la mesa. Las letras eran idénticas; las os estaban ligeramente fuera de la línea, y las as tenían una hendidura apenas perceptible en medio de la curva. Aunque no era experto en escritura a máquina, me parecía que la nota del suicidio de Maude Slocum y la carta a su marido habían sido escritas con la misma máquina.

Estaba tratando de hallar sentido a mi descubrimiento cuando oí ruido de pasos en el pasillo. La puerta se abrió y Knudson entró en la

habitación. Permanecí de pie y lo observé como un disecador que estudia a un animal bajo el bisturí. Su reacción fue la de cualquier ser humano. Cuando vio el rostro oscurecido en el suelo, todo su cuerpo se dobló. Casi se derrumbó, pero se recuperó y se apoyó contra el marco de la puerta.

Un policía uniformado miró dentro de la habitación por encima del hombro de Knudson. Éste cerró la puerta ante el rostro del curioso.

Se volvió hacia mí. Su piel sin sangre tenía un sucio color amarillento y sus ojos centellearon.

—¿Maude está muerta? —preguntó lentamente y con la voz cargada de dolor.

—Está muerta. La estricnina actúa con rapidez.

—¿Cómo sabe que es estricnina?

—Se le ve en la cara. Además, hay una nota en la máquina. Creo que está dirigida a usted.

Contempló a la mujer tendida en el piso entre nosotros y vaciló.

—Deme la nota.

Permaneció con el hombro apoyado contra el marco de la puerta. Se veía que no quería pasar junto a la mujer ni por encima de ella. Saqué la hoja de la máquina y se la entregué. La leyó una y otra vez, formando las sílabas con sus pesados labios.

Aparecieron gotas de sudor en su rostro y se juntaron en las comisuras de los labios como lágrimas.

—¿Por qué se mató?

El esfuerzo que hizo para hablar le torció la boca hacia un lado, y así se le quedó.

—Eso es lo que yo le pregunto a usted. La conocía mejor que yo.

—Yo la amaba. Y creo que ella no me amaba a mí. No lo suficiente.

El dolor actuaba en él como el suero de la verdad. Se había olvidado de que yo estaba allí y de quién era. Tal vez se había olvidado de quién era él.

Poco a poco comenzó a recordarlo. Sus fuerzas se reagruparon alrededor de su pétreo ego. Vi como un duro orgullo masculino volvía a su rostro, le endurecía la boca y la mandíbula y le enmascaraba el dolor en los ojos. Dobló la nota de suicidio con sus largos y suaves dedos y se la guardó en un bolsillo.

—Yo acabo de llegar —dijo—. Aquí no se ha dicho nada. Y usted no ha encontrado este papel —agregó palmeándose el bolsillo.

—Y usted es Jorge VI, rey de Inglaterra, no el ex teniente Knudson de la policía de Chicago.

Me cogió con la mano derecha por la solapa de la americana y trató de sacudirme.

—Usted hará lo que yo diga.

Le hice retirar la mano de un golpe. La carta que yo sujetaba se me desprendió de los dedos y se deslizó al suelo. Se agachó y la cogió con un solo movimiento.

—¿Qué es esto?

—La carta que yo debía investigar. Fue escrita con la misma máquina que la nota de suicidio. Medite sobre eso. Y cuando haya terminado piense en esto otro: su empleado Franks recibió quinientos

dólares por la información de que yo me dirigía hacia aquí con Reavis. Walter Kilbourne le pagó. Puedo identificar al jefe del grupo que linchó a Reavis como uno de los hombres de Kilbourne.

—Habla usted demasiado.

Leyó la carta, gruñendo con impaciencia, y luego hizo una pelota con ella y la puso junto a la otra.

—Está usted destruyendo pruebas, Knudson.

—Ya le dije que habla demasiado. Yo soy quien decide cuáles son las pruebas

aquí.

—No por mucho tiempo. Puede tomar esto como una amenaza si lo desea.

Se inclinó hacia mí mostrándome los dientes.

—¿Quién amenaza a quién? Estoy harto de usted. Ya puede marcharse de la ciudad.

—Me quedo.

Se acercó más aún. Su aliento era fétido y cálido como el de un animal carnívoro.

—Se irá de la ciudad esta misma noche, ahora. Y no volverá. Puedo meterlo en la cárcel mucho tiempo, Archer. Usted trajo a Reavis bajo coacción atravesando una frontera estatal. Ya sabe lo que significa eso para la ley.

Me tenía atrapado. Yo solito me había atado y entregado.

Metió la mano derecha por debajo de su chaqueta y sacó el revólver de la cartuchera.

—¿Se va o se queda para cargar con el mochuelo?

No contesté.

Abrió la puerta y salí, pasando frente al policía que había en el pasillo. Tiempos y lugares se agolpaban en mi cabeza formando un gran revoltijo. Ya llegaría la hora y el lugar en que me enfrentaría de nuevo con Knudson.

20

La señora Strang vino a mi encuentro al pie de la escalera.

—Señor Archer, alguien quiere hablar con usted por teléfono. Es una mujer. Hace un rato que espera, pero yo no quería interrumpirlo mientras hablaba con el jefe de policía.

—No —dije—, habría sido un crimen de lesa majestad.

Me miró extrañada.

—Al menos espero que todavía esté en la línea. Dijo que esperaría. ¿Está bien, señor Archer?

—Sí, estoy bien.

Sentía un rugiente vacío en la cabeza y una dura bola amarga en el fondo del estómago. Me habían arrebatado el caso justamente cuando empezaba a aclararse. Me sentía bien.

—Habla Archer —dije.

—Bueno, no hace falta que me muerda. ¿Estaba usted durmiendo?

La voz era lenta y morosa, como una fragancia: era Mavis Kilbourne, en un zalamero estado de ánimo.

—Sí. He tenido pesadillas. Acerca de una elegante damita que ha resultado ser una ratera y cuyo sobrenombre es Armalíos.

Se echó a reír: fue como un torrente de montaña bajando de las cimas nevadas.

—No soy una ratera, de verdad, ni siquiera una damita. Después de todo, sólo tomé lo que era mío. No está de muy buen humor, ¿eh?

—Trate de mejorármelo, si puede. Dígame cómo supo que estaba aquí.

—No lo sabía. Llamé a su casa y a su oficina de Los Ángeles. Allí me dieron este número. Ni siquiera sé dónde está usted, sólo que está en Nopal Valley. Yo estoy en Quinto.

La telefonista cortó y pidió otra moneda de diez centavos. Se oyó claramente en la línea el timbre del teléfono público.

—Me estoy quedando sin monedas —dijo Mavis—. ¿Puedo verlo en Quinto y hablar con usted?

—¿Por qué este súbito interés a las tres de la mañana? En mi bolsillo no tengo más que un revólver.

—Son las tres y media —dijo, y su bostezo resonó en la línea—. Estoy muerta de cansancio.

—No es la única.

—De todos modos, me alegro de que tenga un revólver. Quizá le hará falta.

—¿Para qué?

—No puedo decírselo por teléfono. Necesito que haga algo por mí. ¿Me acepta como cliente?

Otra vez el tono de sirena, como violines distantes en una hermosa fiesta.

—Ya tengo un cliente —mentí.

—¿No puede trabajar para los dos? No soy orgullosa.

—Pues yo sí.

—Sé que le jugué una mala pasada —dijo bajando la voz—, pero tenía que hacerlo. Quemé la película y no explotó como usted decía.

—Olvídelo. El problema es que ésta puede ser otra mala pasada.

—No lo es. Lo necesito, en serio. Aunque tal vez no parezca asustada, la verdad es que lo estoy.

—¿De qué?

—Ya le dije que no puedo contárselo por teléfono. Venga a Quinto y se lo diré.

Por favor, venga.

Estábamos en lo mismo.

—¿En qué parte de Quinto está usted?

—En un restaurante junto a la playa, pero es mejor que no nos encontremos aquí.

¿Conoce usted el muelle donde atracan los yates?

—Sí —dije—. Es un lugar perfecto para una emboscada.

—No sea así. Estaré al final del muelle. No hay nadie allí a esta hora de la noche.

¿Vendrá?

—Deme media hora.

Quinto estaba como cualquier pequeño puerto de mar a las cuatro de la madrugada. Las calles oscuras y vacías iban a dar al océano oscuro y vacío. La atmósfera estaba bastante despejada, pero se formaron gotitas de agua en mi parabrisas, y un olor marino, amargo y fresco, invadió la ciudad desierta. De noche era un puesto avanzado del mar, lleno de fríos vientos de marea y cambiante negrura submarina.

El reflejo de un semáforo extendió una larga mancha roja sobre el asfalto donde la 101 Altérnate atravesaba la parte baja de la ciudad. Cuatro o cinco grandes camiones se habían reunido en la parada para transportistas de la esquina como búfalos en una laguna. Cuando giré a la derecha hacia la autopista, vi a los conductores inclinados sobre sus desayunos y a una camarera de delgadas cejas y nariz respingona fumando un cigarrillo junto a la puerta de la cocina. Habría sido muy agradable detenerse allí para comer tres huevos, charlar un poco y luego irse a dormir al motel. Giré bruscamente a la izquierda en el cruce siguiente y los neumáticos gimieron como compadeciéndose de sí mismos: ¡es tan tarde, estamos tan cansados!

—¡Acabemos de una vez! —me dije a mí mismo y a los neumáticos que gemían.

El muelle de Quinto era una continuación de la calle, y llevaba la carretera asfaltada doscientos metros más allá del dique de cemento. Debajo del muelle, las largas olas blancas rumoreaban en la arena y lamían los viejos pilares que lo sostenían, en una labor de

lenta y segura destrucción. Mis faros iluminaron las blancas barandillas que había a ambos lados. No había nada en ellas de un extremo al otro, y la carretera que corría entre las dos estaba desierta. Hacia el extremo más alejado, un grupo de pequeños edificios se apiñaba frente a la noche: una cabaña donde se vendían anzuelos y otros artículos para pesca, un puesto de venta de salchichas, una tienda de recuerdos marinos y un taller de carpintería de barcos, todos cerrados y a oscuras. Aparqué junto a ellos, al lado de un telescopio público, y eché a andar. La culata de madera pulida de mi pistola automática estaba fría y húmeda en mi mano.

El olor del mar, de las algas, de los peces y de las ásperas aguas en movimiento penetraron con mayor intensidad en mi nariz. Inundaron mi conciencia como un recuerdo lejano. La marejada subía lentamente y volvía atrás, arrojando tenues destellos entre los tablones del muelle. Y éste subía y bajaba en una rígida y crujiente mímica, en su lenta y larga danza de disolución. Llegué al final y no vi a nadie ni oí nada, excepto mis propios pasos, el crujido de las vigas y el chasquido de las olas contra los pilares. Había una distancia de cinco metros hasta el agua oscura. La tierra más cercana que había frente a mí era Hawai.

Volví la espalda a Hawai y me encaminé hacia la costa. Mavis había cambiado de opinión y me había dejado plantado. «El último adiós a Mavis», susurró mi cerebro frío. Era una persona poco de fiar, poco leal y con la que no se podía contar. O tal vez la habían obligado a cambiar de parecer. Mis pies se arrastraban sobre los tablones.

Demasiado tarde, demasiado viejo, demasiado cansado, suspiraba la marejada en el fondo de mi mente.

Un falso amanecer se extendía como leche derramada por el cielo, encima de las montañas. Al pie de las laderas las calles de Quinto se extendían como una telaraña invisible adornada con luces. Veloces camiones procedentes de San Francisco, Portland y Seattle se dirigían hacia el sur por la 101 como estrellas fugaces. A mi derecha,

el largo arco del malecón se curvaba hacia el muelle. En su extremo, una luz procedente de una torre se encendía y se apagaba, iluminando el estrecho canal con franjas intermitentes de un verde grisáceo. Detrás del malecón, unas cuarenta o cincuenta embarcaciones, de distinta categoría, flotaban en el refugio de la ensenada.

Había cisnes y patitos feos, barcos tipo Monterrey, yates y gabarras, barcos de lujo y esquifes. En uno o dos de los barcos de pesca brillaban tempranas luces.

Mientras observaba, apareció otra luz que creó sobre una triple ventana un agudo contraste amarillo con una cabina baja y oscura. El largo casco que había debajo parecía moverse, aunque estaba anclado e inmóvil en el agua. Estaba pintado de un

color tan blanco que parecía brillar por su propia luminiscencia. A unos cuatrocientos metros de distancia, parecía un pequeño yate, pero comparándolo con los otros barcos calculé que tenía unos setenta pies de largo; con excepción de los pesqueros, era el barco más grande del puerto. Kilbourne habría elegido ese tipo de barquichuela para navegar.

La luz se extinguió, como por telepatía. Forcé la vista, tratando de adivinar lo que pasaba detrás de las tres ventanas oblongas que ya no podía ver. Una mano invisible tiró de mi pantalón. Salté hacia atrás, saqué la pistola y metí una bala en la recámara.

El viento silbaba en mi garganta.

Apareció una cabeza por encima de los tablones, en el borde del muelle. Un cabello ligero ondeó por debajo de una boina. Una voz susurró:

—Soy yo.

—No juegue al escondite —gruñí, porque me había desconcertado —. Una bala del cuarenta y cinco puede destrozarle la figura.

Se levantó y se dejó ver: era una esbelta forma oscura, con jersey y pantalones, proyectada contra las sombrías aguas grises, una ágil silueta para un largo y veloz viaje nocturno, con un pecho grácil y pleno como grandes velas.

—Me gusta mi figura tal como es —dijo adoptando una pose de modelo—. ¿No le gusta, Archer?

—Puede pasar —contesté, y agregué mintiendo descaradamente—: Usted sólo me gusta como fuente de ingresos.

—Muy bien. Será mejor que bajemos. Aquí nos verán.

Extendió la mano para tomar la mía. Estaba fría como un pez. Se hallaba de pie en una escalerilla con baranda que descendía al agua debajo del muelle. Bajamos a una plataforma flotante junto al bosque de pilares. Había un pequeño bote amarrado a una argolla de hierro oxidada, en el borde de la plataforma. El bote y la plataforma subían y bajaban al ritmo de las olas.

—¿De quién es el bote?

—Es del yate. Vine a tierra en él.

—¿Por qué?

—Los taxis acuáticos hacen mucho ruido, y además ellos sabrían adonde fui.

—Ya veo. Ahora lo sé todo.

—No sea antipático, Archer. De todos modos, ¿cuál es su nombre de pila?

—Lew. Puede usted llamarme Archer.

—Siento haberlo asustado, Lew —dijo con su vocecita contrita y afrodisíaca—.

No quería hacerlo, de verdad. Tenía que asegurarme de que era usted.

—¿A quién más esperaba?

—Bueno, podía haber sido Melliotes.

—¿Quién demonios es Melliotes? ¿O ha inventado el nombre?

—Si cree que Melliotes es una ficción, vaya al barco y lo verá.

—¿Aquél es el barco de la familia? —pregunté señalando el gran casco blanco que se veía en el otro lado del puerto.

—Sí —dijo apuntando con la nariz hacia él—. ¡Menuda familia! Tome por ejemplo al gran amigo de mi marido, Melliotes. Anoche mi querido esposo me tuvo sujeta en mi litera mientras el estimado doctor Melliotes me daba una dosis de morfina para hacerme dormir.

Le ofrecí un cigarrillo, que ella tomó mecánicamente. Mientras se lo encendía la miré a los ojos. Sus pupilas, de un gris oscuro, eran tan diminutas como las de un pájaro.

—¿Sabe? —dijo—. No soy una mentirosa. Sienta mi corazón.

Su mano presionó la mía contra sus costillas, debajo del pecho izquierdo. Sentí un latido en la punta de los dedos, pero era mi propio corazón.

—¿Lo ve?

—¿Y cómo no está durmiendo todavía?

—No me dormí. La morfina sólo me estimula. Soy como un gato, pero ahora estoy empezando a notar los efectos. Será mejor que me siente.

Aún con su mano en mi muñeca, se sentó al pie de la escalerilla y me hizo sentarme junto a ella.

—Podría mostrarle la marca de la aguja, pero no sería propio de una dama,

¿verdad?

—¡Siempre con la dama! —dije—. ¿Quién es usted, Mavis?

Bostezó y se estiró. No la miré y ella se detuvo.

—Una trabajadora. Al menos lo era. Quisiera serlo todavía. Pero le iba a hablar del doctor Melliotes. Él conducía el coche cuando Rico lo llevó a su casa.

Recordé al hombre con el que había luchado en la casucha de Reavis.

—No me pareció que tuviera aspecto de médico.

—Se da el nombre de médico, pero tiene alma de salvaje, si es que tiene alma. Es una especie de hidroterapeuta y dirige un sanatorio en Venice. Walter tiene espasmos de colon y Melliotes lo atiende desde hace años. Walter hasta se lo lleva consigo en los cruceros, lo cual es muy conveniente cuando quiere hacerme dormir. Aunque esta noche los engañé. No me dormí y oí lo que pasó. Oí a mi marido conspirando para asesinar a un hombre, Pat Ryan, el hombre por quien usted me preguntó. Walter dio órdenes a un hombre llamado Schmidt para que matara a Ryan. Un par de horas después, el tal Schmidt volvió a bordo y dijo que ya estaba hecho. —Escrutó mi rostro—. ¿No significa eso nada para usted?

—Significa mucho. ¿Dijo alguien por qué había que matar a Reavis?

—Nadie lo dijo, pero yo lo sé. —Inclinó la cabeza hacia mí, estirando su suave labio inferior—. Aún no me ha prometido que trabajará para mí.

—Aún no me ha dicho qué quiere que haga. No soy un pistolero que se alquila como Schmidt.

—Sólo quiero que se haga justicia. Quiero que acuse del asesinato de Pat a Schmidt y a mi marido.

—Tendrá que decirme por qué.

—Se lo contaré todo, si eso ayuda. Quiero ver a mi marido muerto o en la cárcel, y no tengo valor para hacerlo yo misma.

—Temo que sea demasiado para mí solo, pero tal vez podamos atacarlo a través de Schmidt. Hay una cosa que no entiendo: cómo ha logrado Kilbourne intimidarla.

Le tiene usted un miedo mortal.

—Se lo tenía. Ya no. No estaría aquí si lo temiera, ¿verdad?

Sin embargo, su voz se hizo tenue y aguda, y Mavis iba echando vistazos hacia el yate. Un pesquero Monterrey trazo un semicírculo y enfiló el canal. Unos delgados resplandores de luz, como placas metálicas, caían sobre el agua y se disolvían.

—Cuénteme la historia verdadera, Mavis. No tenemos tiempo de discutir.

—Sí. La historia verdadera.

Su boca se cerró después de estas palabras. Tenía el rostro y el cuerpo tensos, luchando contra el sueño.

—Me siento drogada, Archer. La morfina está empezando a hacerme efecto.

—Caminemos.

—No. Quedémonos aquí. Pronto tendré que volver al barco. No saben que salí.

Recordé la luz que se encendía y se apagaba y me pregunté qué significaría, pero ella había comenzado a hablar de manera fluida y constante, como si estuviera bajo los efectos del pentotal.

—Soy en parte responsable de lo que ocurrió. Hice una cosa sucia, creo; de todos modos no era una ingenua cuando me casé. Había vivido de manera irregular durante demasiado tiempo, sacando lo que podía, trabajando de camarera o de extra y tratando de conseguir pequeños papeles en espectáculos. Lo conocí en una fiesta, en Bel-Air, el año pasado. Por entonces trabajaba de vez en cuando de modelo, y me pagaron para que asistiera a la fiesta, pero Kilbourne no lo sabía, al menos eso creo.

Sea como sea, se prendó de mí; él estaba cargado de dinero, yo estaba descorazonada y me prendé de él. Él quería una buena anfitriona, una mujer vistosa y una compañera de cama, y me compró como si se tratara de una potranca para su establo. Nos divertimos durante diez noches y nos casamos en Palm Springs. Pero ese fin de semana descubrimos que no nos gustábamos. Le pregunté por qué se había casado conmigo, y me dijo que al final resultaba más barato. De modo que torturé su vanidad; Kilbourne es tremendamente vanidoso. Lo hubiera dejado entonces si hubiera sabido lo desagradable que podía llegar a ser, pero eso lo descubrí más tarde.

Mientras tanto yo tenía nuevos juguetes con los que jugar y nada de qué quejarme.

Luego apareció Patrick Ryan, el invierno pasado. Durante la guerra había salido con él un par de veces, y me gustaba. Una noche lo encontré en Ciro. Nos desembarazamos de Kilbourne y me fui con Ryan. Su casa era horriblemente desagradable, pero él estuvo muy bien. Me recordó que hasta el sexo puede ser algo bueno, y creo que me enamoré de él en un momento de descuido. —Su voz era jadeante y seca. Movía el hombro hacia mí con desasosiego—. Quería saber la historia verdadera. No me deja en muy buen lugar.

—Ninguna historia verdadera deja a nadie en buen lugar. Siga.

—Sí. —Se apoyó en mí suavemente y la tomé por los hombros. Sus huesos eran pequeños y afilados bajo sus redondeadas carnes—. Por entonces buscábamos un chófer. Nuestro chófer anterior había sido encarcelado por violación de libertad condicional. Kilbourne tiene debilidad por los presidiarios; dice que son fieles servidores. Le sugerí que tomara a Pat Ryan, para tenerlo cerca. Necesitaba a alguien y Pat decía que me amaba. Íbamos a huir juntos y a empezar una nueva vida en alguna parte. Supongo que en lo que concierne a los hombres soy de una debilidad vergonzosa. No le he hablado a usted de los anteriores a Kilbourne, ni pienso hacerlo.

De todos modos, Kilbourne nos descubrió. Quizá se lo dijera el mismo Pat, para pedirle algún pequeño favor. Así, un día Kilbourne me emborrachó, me dejó sola con Pat y le pagó a un hombre para que nos hiciera unas fotos. Eran unas fotos muy bonitas. Me las proyectó la noche siguiente, con mordaces comentarios. Nunca pude reponerme de eso, ni me repondré.

—Pero la película ya no existe.

—No. La destruí anoche.

—Él no necesita esas fotos para conseguir el divorcio.

—No lo entiende —dijo ella—. Él no quiere divorciarse. Le he pedido el divorcio todos los días durante los últimos seis meses. Quiere mantenerme bajo su bota durante el resto de su vida, y ésa era la manera de lograrlo. Si sacaba los pies del plato una sola vez, él le diría a Rico que vendiera las fotos para ser distribuidas. Se habrían exhibido durante años en reuniones de hombres, convenciones y night-clubs.

Mi rostro es conocido. ¿Qué podía hacer yo?

—Lo que hizo. ¿Sabe él que la película ha sido destruida?

—No se lo he dicho. No sé cómo reaccionará. Es capaz de cualquier cosa.

—Entonces, abandónelo. Ya no puede perjudicarla, si está segura de que sólo había una copia.

—Había sólo una copia. Coqueteé con Rico y le saqué al menos esa confesión. A quien temo es a Kilbourne.

No se dio cuenta de la contradicción: su sentimiento era demasiado real.

—Es una mala costumbre que tiene.

—Usted no conoce a Kilbourne —respondió con arrebato—. No hay nada que no

sea capaz de hacer. Y tiene el dinero y los hombres para hacerlo. Anoche mató a Pat…

—No por usted, Mavis, aunque eso puede haber contribuido. Tal vez Kilbourne tampoco podía olvidar las fotos, pero tenía otras razones.

Pat trabajaba para Kilbourne, ¿sabía eso? Recibió dinero de él hasta el día en que murió.

—¡No!

—¿Aún quería a Pat?

—No desde que terminó conmigo, pero no merecía morir.

—Tampoco usted. Se casó por error una vez y fue a la cama con otro. ¿Por qué no sale de circulación por un tiempo?

—¿Y me quedo con usted?

Se volvió a medias hacia mí y su seno derecho tembló contra mi brazo.

—No quería decir eso. Conmigo no estaría segura. Tengo unos amigos en México con los que podía estar a salvo. La pondré en un avión.

—No sé. No sé qué hacer.

Su voz tenía cierta musicalidad. Su piel estaba pálida por el cansancio. Sus ojos se movían de forma vacilante, eran negros, grandes, y la morfina le cerraba los párpados.

No podía tomar una decisión. La tomé por ella. La agarré por las axilas y la levanté del suelo.

—Te vas a México. Iré al aeropuerto contigo y esperaré hasta que cojas un avión.

—Eres muy bueno conmigo.

Se recostó contra mí, tomándome de los brazos y deslizándose sobre mi pecho. Al otro lado del puerto se oyeron las primeras explosiones de un motor. Los balbuceos se convirtieron en un firme

rugido y una lancha bordeó la popa del yate y se dirigió hacia el muelle. Su oscura y afilada proa cortaba como una tijera las aguas metálicas.

En la popa, un hombre me observaba con unos prismáticos. Le daban el aspecto de un gran sapo de ojos saltones.

Mavis colgaba fláccidamente de mi brazo. La levanté y la sacudí.

—¡Mavis! Tenemos que escapar.

Sus ojos se abrieron un poco, pero los tenía en blanco. La levanté con ambos brazos y la subí por la escalerilla. Un hombre con un traje de lino a rayas y un sombrero de gabardina estaba agazapado en el muelle cerca de lo alto de la escalerilla. Era Melliotes. Se enderezó y se desplazó rápidamente para cerrarme el paso. Era como un piano de cola, bajo y ancho, pero se movía con la agilidad de un bailarín. Unos ojos negros brillaban en su rostro de gárgola.

—¡Apártese! —le grité.

—Nada de eso. Dé media vuelta y baje otra vez.

La muchacha suspiró y se agitó al oír su voz. La odié como un hombre odia a

veces a su mujer, o un preso sus esposas. Era demasiado tarde para huir. El hombre del traje de lino tenía la mano derecha en el bolsillo, con algo más que un puño apuntándome.

—Baje —dijo.

El motor de la lancha se apagó detrás de mí. Miré hacia abajo y vi la embarcación acercándose a la plataforma. Un marinero de rostro sin expresión se apartó del volante y saltó a tierra con la amarra. Kilbourne estaba sentado en el interior, observando la escena con

complacencia. Un par de prismáticos colgaban de su ancho cuello en una funda, y sobre sus rodillas tenía una escopeta de dos caños.

Llevé a Mavis Kilbourne a su marido, que la esperaba.

21

La cabina principal del yate era oscura y fría. La luz del alba se filtraba débilmente a través de las portillas encortinadas y formaba manchas brillantes sobre los muebles empotrados de caoba. Una de las paredes estaba casi totalmente cubierta por una gran fotografía mural de los acantilados de Acapulco, con el yate de Kilbourne navegando entre ellos. Sobre las gruesas alfombras que cubrían el suelo nuestros pasos eran tan silenciosos como los de los empleados de pompas fúnebres. Kilbourne se dirigió a la cabecera de la mesa que ocupaba el centro de la cabina y se sentó frente a mí.

—Siéntese, señor Archer, siéntese. Permítame ofrecerle un desayuno.

Trató de esbozar una sonrisa cordial, pero la boca y los ojos eran demasiado pequeños para contenerla. La voz que salía de su gran rostro rosado era pequeña, malhumorada y preocupada.

—Tendría que estar más hambriento de lo que estoy —dije.

—Bueno, si usted me lo permite, yo comeré algo.

Echó una mirada al hombre del traje de lino, que estaba apoyado en la escotilla con un arma en la mano.

—Melliotes, dile al camarero que me traiga el desayuno. Y vamos a iluminar un poco a este individuo. Todavía no he podido ver bien el rostro de nuestro amigo.

Melliotes encendió una luz del techo y luego se asomó por la escotilla para hablar con alguien que estaba en lo alto de la escalera. Pensé en escapar y mis rodillas se pusieron tensas ante la idea, pero sin un arma era inútil. Y Mavis estaba inconsciente en una litera situada justamente delante de la cabina. No podía abandonarla: no había sido capaz de hacerlo cuando había tenido la oportunidad. De todos modos, era allí donde quería estar. Kilbourne era el hombre con quien debía hablar. Me repetí a mí mismo que era allí donde quería estar. Si lo repetía muchas veces, tal vez llegara a creerlo.

Se oyó un golpe seco al otro lado de la mesa. Kilbourne había sacado mi pistola y la había puesto sobre la pulida superficie de caoba al alcance de su mano. Unas uñas diminutas brillaban como capas de mica en las puntas de sus dedos gruesos y blancos.

—Usted perdonará esta exhibición de armas, espero. Soy pacifista, pero entiendo que usted es un hombre violento. Confío en que no nos obligue a usar estas ridículas armas. La violencia física siempre me descompone el estómago.

—Tiene suerte —dije—. No todo el mundo puede permitirse el lujo de que otros cometan los crímenes por él.

Melliotes se volvió rápidamente y me miró con tres ojos. Los dos suyos eran oscuros y centelleantes. Preferí el ojo único del arma. No podía mirarlo fijamente, pero no le importó.

—Por favor, señor Archer —dijo Kilbourne mientras levantaba la mano, inmaculada como la de un policía, en un gesto propio de un policía—. No debe llegar a conclusiones apresuradas antes de saber la verdad de las cosas. La verdad es más simple de lo que usted supone y, realmente, no es en absoluto siniestra. He tenido que emplear uno o dos recursos extralegales, lo admito, con el fin de proteger mis intereses. Si un hombre no defiende sus propios intereses, no puede esperar que otro lo haga. Ésta es una de las

verdades que aprendí cuando era vendedor ambulante en Ypsilanti. Soy de origen modesto, como ve, y no me propongo retornar a él.

—Sus recuerdos me fascinan. ¿Puedo tomar notas?

—Por favor —volvió a decir—. Compartimos una desconfianza mutua. Si pudiéramos ser totalmente francos el uno con el otro…

—Seré franco con usted. Creo que pagó a Reavis para que matara a la anciana señora Slocum, y luego pagó a otro para que matara a Reavis. Si es así, no voy a permitir que se salga con la suya.

—La decisión no está en sus manos, me parece.

Observé que la mesa, fijada al suelo, comenzó a temblar ligeramente bajo mis brazos. En la popa habían encendido los motores diésel. Hacia delante, un ruidoso mecanismo estaba levantando el ancla. La hélice giró en el agua y toda la embarcación se sacudió.

—Después del asesinato —dije—, el rapto es cosa sencilla.

Recordé lo que yo había hecho con Reavis y me sentí hipócrita. El remordimiento y el temor se fundieron en mis venas para formar una mezcla amarga.

—El término correcto es «secuestro» —dijo Kilbourne con una sonrisa, esta vez de verdad. Era una sonrisa silenciosa de complacencia. Como tantos otros autodidactas, estaba orgulloso de su vocabulario.

—Volvamos a sus afirmaciones. Menos de la mitad de lo que dice es cierto. Yo no tengo nada que ver con la muerte de la anciana señora Slocum. Ryan concibió el plan por su cuenta y lo ejecutó solo.

—Él estaba a su servicio y usted se benefició con la muerte de ella.

—Precisamente. —Sus dedos se entrelazaron como parejas de gusanos—. Usted comprende la situación, a fin de cuentas. Por inocente que yo fuera, no podía permitir que Ryan fuera detenido e interrogado. Le di dinero para que escapara. En ese sentido, confieso que fui cómplice del crimen. Si Ryan hubiera sido llevado a juicio, yo me habría visto complicado en el caso, lo quisiera o no.

—De modo que tenía que silenciarlo.

—Antes de que el fiscal del distrito pudiera tomarle declaración, precisamente.

¿Lo ve? En una atmósfera de sinceridad, podemos entendernos.

—Hay un punto en el que no nos entendemos. Usted no me ha explicado una cosa importante: ¿por qué quería matarla Reavis? ¿Qué hacía él en Nopal Valley, para

empezar?

—Déjeme relatárselo desde el principio.

Se inclinó sobre la mesa con las manos aún entrelazadas. Aunque no comprendía su interés en brindar explicaciones, mientras me las daba podían serme útiles.

—Ryan había trabajado para mí durante menos de un año. En realidad, era mi chófer, y hacía otros trabajillos para mí.

Sus pequeños ojos astutos quedaron en blanco y con expresión imbécil durante un momento, en tanto que examinaba el pasado y el papel que Ryan había jugado en él.

En la alcoba que no se veía, su mujer respiraba suave y rítmicamente. «Un hermoso matrimonio americano», me dije. No

había duda de que el mismo Kilbourne había contratado a Pat para que le hiciera el amor a su mujer.

—A principios de este año —continuó— por diversas razones, comenzó a resultarme inconveniente tener a Ryan a mi servicio. Aun así, no quise perder del todo el contacto con él. Tengo enemigos, por supuesto, y Ryan podía convertirse por propia voluntad en instrumento suyo. Lo incluí en la nómina de la compañía y le busqué una colocación donde me fuera útil. Como usted probablemente sabe, tuve tratos de negocios con la difunta señora Slocum, pero tal vez no sepa que antes de que se rompieran gasté casi cien mil dólares en la exploración de su propiedad. Se me ocurrió que podía ser conveniente tener un representante en su casa, como protección parcial de mi inversión. Si otros grupos interesados en el valle le hacían propuestas, yo lo sabría. De modo que arreglé las cosas para que los Slocum tomaran a Ryan como chófer. No tenía idea de que asumiría sus responsabilidades tan seriamente.

Levantó ambas manos y palmeó la mesa. Debajo de las mangas de su chaqueta azul de lana, la carne de sus antebrazos tembló un instante.

—¿Está seguro de que no tenía idea de eso? —dije—. Usted debía de saber que era un psicópata, capaz de cualquier cosa.

—No. No lo sabía. Lo creía inofensivo. —Su voz era muy seria—. Entiéndame bien. No pretendo estar libre de culpa. En un sentido moral, sé que soy responsable de la muerte de la señora Slocum. Hasta puede ser que en alguna ocasión, pensando en voz alta, le haya deseado la muerte. Creo que se dio una situación de este género hace unas pocas semanas. De todos modos, Ryan sabía que la continua presencia de la señora Slocum en escena me costaba cientos de dólares al día.

—¿Para qué andar con sutilezas? Él trabajaba para usted. Usted quería que ella muriera. Él la mató.

—Pero yo no lo incité al crimen. Nunca. En ningún momento. De haber planeado un asesinato, Ryan hubiera sido el último hombre a quien habría elegido como agente. Era un charlatán y yo no confiaba en él.

Esto tenía sentido. Todo el relato parecía tener sentido, de una manera absurda.

Contra mi voluntad y mi sensatez, me sorprendí creyéndolo a medias.

—Si usted no le dijo que la matara, ¿por qué lo hizo?

—Le diré por qué.

Se inclinó hacia mí y entornó los ojos. Los párpados superiores le caían en espesos pliegues yuxtapuestos. Tenía los ojos de un color indeterminado, insípidos y opacos como piedras sin pulir.

—Ryan vio la oportunidad de sacarme una gran cantidad de dinero. Al menos para él era una gran cantidad. Matando a la señora Slocum me comprometía a mí tanto como a sí mismo. Su compromiso era también el mío. Yo debía ayudarlo a salir del paso, y él lo sabía. No lo admitió cuando vino a verme anteanoche, aunque era lo que pretendía. Me pidió diez mil dólares y tuve que dárselos. Cuando se descuidó y se dejó capturar, tuve que tomar otras medidas. Hubiera sido más juicioso eliminarlo desde el principio, pero mis impulsos humanitarios me detuvieron. Al final no me quedó más remedio que actuar. Por ello, si bien no puedo pretender que mis razones en este lamentable asunto hayan sido totalmente puras, tampoco han sido totalmente negras.

—A veces prefiero el negro puro a un gris moteado.

—Usted no tiene mi responsabilidad, señor Archer. Hay una gran compañía que depende de mí. Un solo paso en falso por mi parte puede destruir el medio de vida de miles de personas.

—Me pregunto si usted es en realidad tan importante —dije—. Creo que la vida seguirá sin usted.

—Ésa no es la cuestión —respondió sonriendo como si hubiera dicho algo ingenioso—. La cuestión es si la vida puede seguir sin usted. Me he tomado muchas molestias para explicarle mi posición. Tenía la esperanza de que si la comprendía modificaría un poco su actitud hacia mí. Usted es un hombre inteligente, señor Archer, y, para serle franco, me gusta. Por otra parte, detesto matar, como ya le he dicho. Además, mi mujer parece admirarlo, y si yo lo eliminara, ella seguramente lo sabría y hasta podría tratar de provocar dificultades. También puedo dar cuenta de ella, por supuesto. Hasta puedo soportar la idea de otra muerte, si usted me demuestra su necesidad. No obstante, preferiría manejar este asunto de una manera racional, civilizada. ¿Usted, no?

—Escucho. ¿Cuánto?

—Bien. Excelente —dijo, y frunció su boquita como un querubín—. Creo que usted tiene diez mil dólares míos. No lo sé con certeza, pero salta a la vista, ¿verdad?

Si admitiera que los tiene, me daría una prueba muy valiosa de su buena fe.

—Los tengo —admití—. Fuera de su alcance.

—Guárdelos. Son suyos —declaró agitando la mano con gesto opulento y regio.

—¿Qué debo hacer a cambio?

—Nada, nada en absoluto. Lo haré desembarcar en San Pedro y usted

simplemente se olvidará de mi existencia. Siga con sus asuntos o tómese unas largas vacaciones y diviértase.

—Ya tengo el dinero.

—Pero no el medio para disfrutarlo. Eso aún está en mis manos.

El yate comenzaba a navegar en mar abierto. Eché una ojeada al hombre del traje de lino, aún parado en la puerta con sus tres ojos sobre mí. Tenía las piernas separadas y luchaba contra el vaivén del barco. El arma permanecía firme. Mientras lo miraba, se la pasó de una mano a la otra.

—Descansa, Melliotes —dijo Kilbourne—. Estamos muy lejos de la costa. —Se volvió hacia mí—. Bien, señor Archer. ¿Acepta el don de la libertad en estos términos?

—Lo pensaré.

—No quiero apremiarlo. Su decisión es importante para ambos.

Luego su rostro se iluminó como el de un hombre que oye los pasos de su amada.

—Mi desayuno, creo.

Llegó sobre una bandeja de plata que era casi demasiado ancha para pasar por la puerta. El mulato de chaqueta blanca que lo traía sudaba bajo su peso. Kilbourne estallaba en expresiones de alegría ante cada plato a medida que se levantaban las tapas de metal. Después de Walter Kilbourne, la comida era su único amor verdadero.

Comió con pasión: un trozo de jamón, cuatro huevos, seis tostadas, un riñón, un par de truchas de río, ocho tortitas con ocho pequeñas salchichas, un cuarto de libra de frambuesas, una pinta de crema y un cuarto de café. Lo contemplé como si fuera un animal del zoológico, con la esperanza de que se atragantara hasta morir y se arreglaran las cosas para ambos.

Finalmente, se reclinó en su asiento y le dijo al camarero que se llevara los platos vacíos.

—Bien, señor Archer —dijo mientras sus blancos dedos hormigueaban en sus finos bucles rosados—. ¿Cuál es su decisión?

—Aún no he terminado de pensarlo. Una cosa, ¿cómo sabe usted que puede confiar en mí?

—No lo sé. Antes de mancharme las manos con su sangre, estoy dispuesto a correr ciertos riesgos. Pero creo reconocer a un hombre honrado. Esta capacidad es la base de mi éxito, si he de serle franco.

Su voz aún estaba cargada de pasión por la comida.

—Hay una contradicción en usted —dije—. Si yo acepto su sucio dinero, usted ya no podrá confiar en mi honradez.

—Usted ya tiene mi sucio dinero, señor Archer. Y lo puso a buen recaudo tomando sus propias precauciones. No necesita hacer nada más, excepto que, según presumo, limpiará totalmente el dinero antes de gastarlo. Me doy cuenta, claro está,

de cuán estúpido sería depender por completo de su honradez, o de la de cualquiera.

Por supuesto, espero que me firme usted un recibo, indicando la naturaleza de los servicios prestados.

—¿Cuáles?

—Exactamente lo que hizo usted. Una nota simple. «Por la captura y entrega de Pat Ryan». Esto bastará. Con eso mato dos pájaros de un tiro. Anulo mi pago a Ryan, que es la única prueba real contra mí en la muerte de la señora Slocum, y, lo que es más importante, me protejo en caso de que su honradez llegue a flaquear y se inicie un juicio por el asesinato de Ryan.

—En tal caso, seré un cómplice.

—Y muy activo, precisamente. Usted y yo estaremos en la situación de tener que cooperar el uno con el otro.

Comprendí las implicaciones del asunto. Vi formarse en mi mente un cuadro de mí mismo, cinco, diez años más tarde, haciendo trabajos sucios para Kilbourne y sin poder decir que no. Se me cerró la garganta. Aun así, le respondí muy razonablemente.

—No puedo arriesgarme hasta ese punto. Hay media docena de hombres implicados en la muerte de Ryan. Si cualquiera de ellos habla se destapará el asunto.

—En modo alguno. Sólo uno de ellos tenía cierta conexión conmigo.

—Schmidt.

Sus cejas ascendieron por la frente como sorprendidas orugas rosas.

—¿Conoce usted a Schmidt? Es usted muy trabajador, realmente.

—Lo conozco lo suficiente para no desear su compañía. Si la policía le pone la mano encima, y lo hará, hablará y lo echará todo a perder.

—Lo sé. —La boca de querubín esbozó una sonrisa—. Por fortuna, puede usted estar tranquilo. Oscar Schmidt se fue con la marea esta

mañana. Melliotes se encargó de él para la tranquilidad de todos nosotros.

El hombre del traje de lino estaba sentado en el banco de cuero ubicado a lo largo de la mampara. Mostró sus dientes en una sonrisa blanca y feliz y golpeó el cañón acanalado de su revólver.

—¡Es admirable! —dije—. Ryan se encarga de la señora Slocum. Schmidt se encarga de Ryan. Melliotes se encarga de Schmidt. Lo ha convertido usted en un sistema.

—Me alegra que le guste.

—Pero ¿quién se encarga de Melliotes?

Kilbourne apartó la vista de mí para fijarla en el pistolero, cuya boca estaba nuevamente sin expresión, y luego volvió a mirarme. Por primera vez nuestros intereses constituyeron un triángulo, lo cual alivió un poco la presión que soportaba.

—Usted hace preguntas muy agudas —respondió—. Por respeto a su inteligencia

le informaré de que Melliotes se encargó de sí mismo hace varios años. Una joven amiga mía, una de mis empleadas, para ser exacto, desapareció en Detroit. Pocos días más tarde encontraron su cuerpo en el río Detroit. Se buscó para interrogarlo a cierto médico sin título que no nombraremos. Por entonces yo estaba a punto de irme a California y le ofrecí llevarlo en mi avión privado. ¿Contesta esto a su pregunta?

—Sí. Quería saber exactamente qué me ofrecía. Ahora que lo sé, no lo quiero.

Me miró con incredulidad.

—No querrá usted decir en serio que desea morir.

—Espero sobrevivir —repliqué—. Usted es demasiado astuto para hacer que me liquiden antes de recuperar sus diez mil dólares. Ese dinero le importa mucho,

¿verdad?

—El dinero no significa nada para mí. Mire, señor Archer, estoy dispuesto a duplicar la suma. —Sacó una cartera de cantos dorados de un bolsillo interior y puso diez billetes sobre la mesa—. Pero veinte mil es mi límite absoluto.

—Guárdese su dinero. No lo quiero.

—Le advierto que está en una posición muy delicada para negociar. Llega un punto en que los beneficios disminuyen, y es más barato y más conveniente hacerlo matar.

Miré a Melliotes. Sus ojos brillantes estaban clavados en Kilbourne. Sopesó el arma y formuló una pregunta con sus negras cejas fruncidas.

—No —le respondió Kilbourne—. ¿Qué es lo que quiere, si no es dinero, señor Archer? ¿Tal vez mujeres, o poder, o seguridad? En mi organización hay sitio para los hombres en quienes puedo confiar. Francamente, si usted no me gustara, no malgastaría palabras.

—Puede usted confiar en mí —dije, aunque el temor a la muerte había secado mis labios y puesto en tensión los músculos de mi garganta.

—Eso es precisamente lo que me gusta de usted. Tiene cierta terca honestidad…

—En cambio, usted no me gusta a mí —dije, o más bien grazné.

Kilbourne estaba impertérrito, pero se tiraba de sus blancos dedos con petulancia.

—Melliotes, daremos al señor Archer un poco más de tiempo para que se decida.

¿Tienes el tranquilizante?

El hombre del traje de lino se levantó con premura. Metió su mano morena en un bolsillo y la sacó agitando una cosa de cuero brillante, como una pera alargada. La movió en el aire con demasiada rapidez para que yo pudiera evitarlo.

22

Caminaba por el lecho de grava de un río seco. Unos loros graznaban con voces de grava mientras volaban en el aire tenso y colorido. Una muchacha pasó a mi lado andando silenciosamente, y sus cabellos dorados ondeaban hacia atrás a causa de su movimiento. Tropecé detrás de ella y caí de rodillas; se volvió para mirarme y se echó a reír. Tenía el rostro de Mavis, pero su risa era como el graznido de los loros.

Entró en una oscura caverna a orillas del río seco. Seguí su cabello brillante en la oscuridad.

Cuando se volvió para mirarme y reírse por segunda vez tenía el rostro de Gretchen Keck y su boca manchada de sangre. Estábamos en el corredor de un hotel, tan interminable como el tiempo. A medida que caminaba se levantaban nubecillas de polvo de sus pies. El polvo olía a muerte en mis narices.

Me abrí paso detrás de ella entre los residuos que cubrían una raída alfombra: viejas fotografías y recortes de periódicos, esquelas con orla negra, preservativos usados y cartas de amor atadas con una cinta rosa, cenizas y colillas de cigarrillos marrones y blancos, botellas de whisky vacías, vómitos y sangre secos, comida fría dejada a medias en platos grasientos. Detrás de las puertas

numeradas se oían chillidos, gemidos y risas sofocadas, aullidos de éxtasis y aullidos de dolor. Miré hacia delante, con la esperanza de que no se abriera ninguna puerta.

La muchacha se detuvo en la última puerta y se volvió otra vez: era Cathy Slocum y me hacía señas. La seguí a la habitación, que olía a jazmín. Una mujer yacía sobre la cama bajo un manto negro de policía. Retiré el manto de su rostro y vi espuma.

Alguien tanteaba la puerta a mi espalda. Crucé la habitación hasta la ventana y la abrí. El pestillo de la puerta resonó. Miré hacia atrás, por encima del hombro, y vi un rostro carbonizado y sin rasgos. Dije que yo no lo había hecho. El hombre calcinado caminó hacia mí; sus pisadas eran suaves como cenizas. Me asomé a la ventana y miré hacia abajo: a lo lejos, en la calle, los coches avanzaban en procesión como hormigas. Me dejé caer y me desperté.

La sangre latía en mi cerebro como una intensa marejada en una playa desierta.

Yacía de espaldas sobre algo que no era duro ni blando. Levanté la cabeza y sentí en los ojos un fogonazo de dolor. Traté de mover las manos; no se movían. Mis dedos estaban en contacto con algo áspero, húmedo e insensible. Permanecí quieto durante un momento, con la esperanza de que la extraña superficie entumecida no fuera mi propia piel. Un sudor frío me cosquilleaba en las sienes.

Había en la habitación una luz amarilla que procedía de una ventana cerrada con tela metálica en lo alto de una pared cubierta de lona. Miré mis brazos inmovilizados y vi que estaban atados con una camisa de fuerza de lona marrón. Tenía las piernas

libres; ni siquiera las cubrían los pantalones, pero aún llevaba los zapatos. Levanté las piernas y las acomodé para sentarme en el borde del catre. Sonó un cerrojo y me puse de pie frente a la puerta recubierta de cuero mientras ésta se abría.

Melliotes entró en la habitación. Una mujer diminuta de cabello gris entró detrás de él. Melliotes llevaba unos pantalones blancos y una blanca sonrisa mediterránea.

Un vello rizado como astracán cubría su torso desnudo desde el cuello hasta el ombligo. Un espeso pelo negro cubría el empeine de sus pies desnudos.

—Bien, bien. Buenos días otra vez. Espero que haya disfrutado de su descanso.

Su mueca era una parodia del anfitrión cordial.

—Sus servicios son deleznables. Quíteme esto.

Me avergoncé de mi voz, que me salió fina y seca.

—No sería muy decente. Debe llevar algo encima en presencia de las damas,

¿verdad, señorita Macón?

Ella llevaba un blanco uniforme de enfermera. Su coronilla de corto pelo gris apenas llegaba un poco por encima de la cintura del hombre. Sus ojos de búho sonrieron mirando a los negros ojos brillantes del hombre. Se rió con una risa sofocada.

Apunté con la cabeza al abdomen peludo y arremetí. Melliotes saltó rápidamente a un lado como un torero. Me golpeó con la rodilla un lado de la cara y me arrojó contra la pared acolchada. Me quedé sentado en el suelo y me levanté de nuevo. La mujercilla rió con una risita ahogada.

—Es violento, doctor. Actúa como un desequilibrado, ¿verdad?

—Sabemos cómo tratarlo, señorita Macón —dijo él. Volviéndose hacia mí añadió

—: Sabemos cómo tratarlo.

—Quíteme esto —repetí, y cuando cerré la boca mis dientes rechinaron por su cuenta.

—No puedo. Está usted muy alterado. Es responsabilidad mía evitar que cometa tonterías durante un tiempo, hasta que se calme.

Ella se inclinó contra el muslo de él, retorciendo su mano en miniatura en el cinturón de lona del hombre y mirando con admiración la fuente de tan sutiles palabras.

—Ya he matado a un hombre —dije—. Creo que usted será el segundo.

—¡Tome nota! —exclamó ella sonriendo tontamente—. También es homicida.

—Le diré lo que pienso —anunció Melliotes—. Creo que un tratamiento de hidroterapia le hará mucho bien. ¿Lo hacemos, señorita Macón?

—Vamos.

—Le haremos un tratamiento de hidroterapia —dijo él sonriendo.

Me quedé donde estaba, con la espalda contra la pared. El hombre tomó un manojo de llaves y me golpeó con ellas en el rostro.

—Usted será el segundo —advertí.

Blandió las llaves otra vez. Perdí el ritmo de sus discordantes sonidos. Un rayo cayó ferozmente sobre mi cabeza. Una gota de sangre serpenteó en mi rostro, dejando una húmeda huella de caracol.

—Venga —dijo él—, mientras pueda.

Fui. Llegamos a una habitación como una bóveda sepulcral, con baldosas blancas y frías. La luz matutina penetraba por una claraboya del techo y relucía sobre una fila de espitas de cromo y mangueras ubicadas a lo largo de una pared. El hombre me sujetó por los hombros mientras la mujer desabrochaba las correas que se cruzaban en mi espalda. Traté de morderle las manos. Él hizo resonar las llaves.

Melliotes me quitó la camisa de fuerza y se la arrojó a la mujer. Ella la tomó, la enrolló y se apoyó contra la puerta con el bulto en las manos. Había una alegre sonrisita de espera en su rostro, la sonrisa de un bebé que aún no ha nacido.

Me miré los brazos. Blancos y entumecidos, se enderezaron lentamente como serpientes cuando comienza la primavera. Un chorro de agua me golpeó y me hizo caer al suelo de baldosas y rodar hasta la pared. Me senté, jadeante. Por encima del rugido del agua, se oyó la risa de placer infantil de la mujer.

Melliotes estaba reclinado tranquilamente contra la pared opuesta. En su vello las gotas de agua brillaban como el rocío. Con una mano sostenía una manguera de goma blanca. La otra la tenía apoyada en un grifo de cromo fijado a la pared. El agua fría corría por mi rostro.

Me acerqué a él a gatas, de lado, con la cara vuelta. El agua corrió debajo de mí y me tiró de espaldas. Me volví sobre los pies y salté hacia él, pero fui detenido en el aire y arrojado otra vez contra la pared. Me levanté de nuevo.

Melliotes descolgó otra manguera y apuntó con ella como un tirador experto.

—Mire ésta —dijo—. Es mi preferida.

Un delgado chorro de agua atravesó la habitación y me golpeó en el pecho.

Cuando miré hacia abajo, tenía una letra M de quince centímetros impresa en rojo sobre mi piel; de sus trazos manaban gotitas de sangre.

—Hablando de matar, como hizo usted hace un momento, esta pequeña fuente mata.

Atravesé la habitación y le puse una mano en la garganta. Él se sacudió y me hizo tambalear; estaba demasiado débil para permanecer de pie. El potente chorro de agua me lanzó de nuevo contra la pared.

—Mata y deja ciego —dijo.

—Mátale —dijo Macón, casi relinchando.

—Ya me gustaría. Pero recuerda que tenemos que estar en el lado correcto de la ley —dijo seriamente.

Un chorro de agua en las piernas me hizo caer y me golpeé la cabeza contra la

pared.

Permanecí inmóvil donde había caído hasta que la puerta se cerró y la llave giró en la cerradura. Luego me senté. Tenía el pecho y el estómago cubiertos de ronchas rojas que se volvían azules. Llevaba marcado su monograma.

La puerta era de acero esmaltado, rígidamente ajustada al marco. Se abría hacia fuera, pero no tenía picaporte de mi lado. La empujé dos veces con el hombro y luego renuncié.

La claraboya tenía un cristal opaco reforzado por una red de alambre, pero estaba a más de tres metros del suelo, fuera de mi alcance. Traté de trepar por la pared apoyándome en los grifos y las mangueras, pero todo lo que conseguí fue una ducha que no necesitaba. Cerré el grifo que había abierto accidentalmente y observé el agua con aversión. Corría hacia una depresión en el suelo en medio de la habitación, donde fluía por un desagüe. Éste se hallaba cubierto por una tapa metálica circular. La tapa se levantó cuando conseguí meter las uñas debajo de ella. Observé en cuclillas un tubo de diez centímetros que era la única salida, y deseé ser una rata de alcantarilla.

Una idea húmeda rondaba por mi cabeza como un animal semiahogado.

Había otra vía de escape. La blanca habitación estaba herméticamente cerrada, pues la habían construido para contener agua. Si pudiera llenarla de agua, podría llegar flotando hasta la claraboya. Era un experimento peligroso, pero no tanto como quedarse allí esperando a que a Melliotes se le ocurrieran otros juegos. Lo primero que tenía que hacer era tapar el desagüe.

Me quité los zapatos y los calcetines; encajé la punta de un zapato en la abertura y rellené los huecos con los calcetines. Luego abrí todos los grifos. El agua silbaba, brotaba y salpicaba las paredes. La esquivé lo mejor que pude; Melliotes me había provocado hidrofobia. De pie en el rincón más lejano, observaba como el agua me iba llegando a los talones, las rodillas y la cintura. A los quince o veinte minutos estaba flotando.

El agua estaba agradablemente tibia y poco a poco le perdí el miedo. Me puse de espaldas y esperé a que el techo estuviera más cerca. Cuando levanté la cabeza, oí el silbido del aire por las rendijas de la claraboya. Después de un buen rato, durante el cual me fui elevando de forma segura e imperceptible junto con el agua, estuve lo bastante cerca del techo para poder tocarlo con la mano.

Me mantuve flotando verticalmente y blandí un puño ante la claraboya. Lancé un puñetazo sin querer; sabía que si mi mano atravesaba el vidrio me la destrozaría toda.

El golpe rajó el vidrio reforzado, pero rebotó, inútil.

Respiré profundamente y me sumergí en busca del zapato sobrante. El agua era transparente y tranquila, excepto allí donde los chorros burbujeaban y chocaban contra la pared. Un rayo de sol penetró por la claraboya y convirtió la masa líquida en un cubo de pálida luz verdosa. Choqué contra el suelo y cogí el zapato. Me dolían los

oídos por la presión de las toneladas de agua que tenía encima.

Se produjo un movimiento repentino en el agua, un temblor y una vibración que me revolvieron el estómago. Había sucedido algo que no entraba en mi plan: parecía como si me las hubiese ingeniado para morir como una rata en un pozo. Comencé a cerrar los grifos, pero mis pulmones necesitaban aire y arriba ya no quedaba mucho.

Con el zapato en la mano, junté las piernas para dar un salto hacia arriba.

Otro temblor sacudió el agua y me estremeció. Se oyó un crujido metálico en la puerta. Había sido construida para contener agua, pero no la habitación llena.

Mientras me volvía braceando lentamente, la puerta blanca se infló como una vela y desapareció en un agitado tumulto. La presión liberada del agua me arrastró con ella.

Extendí la mano libre para aferrarme a algo, pero no lo conseguí.

Fui barrido a través de la puerta, arrojado contra la pared opuesta del corredor y obligado a recorrerlo dando una voltereta. Atrapé el vano de una puerta con la mano y me aferré a él mientras el agua me

azotaba. La corriente se aplacó casi tan súbitamente como había comenzado y el nivel del agua bajó. Hallé el suelo y me afirmé en el vano.

Melliotes estaba en la habitación con la mujer. Ésta luchaba con el agua, chapoteando con brazos y piernas. Él se inclinó sobre ella y la levantó en sus brazos.

Ella se encaramó sobre él, como un rosado mono sin vello que gimoteara lastimeramente. Yo todavía tenía en la mano el zapato, un sólido zapato de talón reforzado con hierro que descargué contra la nuca de Melliotes, que cayó en el agua con la mujer encaramada en él: papá chimpancé y su bebé.

Observé la habitación. El uniforme blanco de la mujer, una papelera, un disperso ramo de flores, papeles y ropa suelta flotaban en la marea menguante. Había un escritorio blanco de roble y un sillón y un sofá de cuero, todo con la marca del agua.

Encima del escritorio había una hoja de papel con el membrete: «Sanatorio Particular Ángel de la Merced. Hidroterapia e irrigación de colon. Habitaciones privadas. Dr. G.

M. Melliotes». Seguía una dirección de Venice y un número de teléfono.

Las pesadas cortinas rojas de la ventana se arrastraban por el suelo, empapadas. A través de las tablillas de la persiana veneciana vi un césped soleado con flores y tumbonas. Un anciano delgado con un traje tropical de algodón andaba de una tumbona a otra, si es que podía llamarse andar a eso. Se movía de manera errática, en diversas direcciones a un mismo tiempo, como si le hubieran cortado los terminales de su sistema nervioso. El Sanatorio Particular Ángel de la Merced podía brindarle una cura permanente.

Una cosa pequeña, viscosa y enfurecida me arañó las piernas. Me aparté de ella.

No me gustaba su contacto.

—¡Se está ahogando! —gritó la mujer—. No puedo volverlo.

Melliotes estaba con los brazos y las piernas extendidos sobre la húmeda www.lectulandia.com - Página 153

alfombra oscura, con el rostro en un charco de agua. Contemplé su ensangrentada nuca y no sentí ninguna pena. Lo tomé por un brazo y una pierna y le di la vuelta.

Tenía los ojos en blanco, con hilillos rojos. Su pecho jadeaba como el de un perro cansado.

La mujer rodeó el escritorio y abrió un cajón. Volvió hacia mí sosteniendo con ambas manos el revólver de Melliotes. Yo no tenía la menor intención de morir en semejante compañía y le di un manotazo. Soltó un gruñido gutural y se cubrió el magro pecho con los brazos.

—Quiero mi ropa —dije—. Y póngase algo usted también. No puedo soportar su aspecto.

Su boca se abría y se cerraba como la de un pez. Recogí el revólver y ella obedeció. Abrió la puerta de un armario y se puso un vestido de algodón. Mi ropa estaba revuelta en el suelo del armario.

Agité el revólver en dirección a la mujer y le dije:

—Ahora váyase.

Tras echar una mirada a Melliotes, se fue. Su conmovedora partida me desgarró el corazón. Me puse la ropa.

23

El revólver era un Smith and Weson del calibre treinta y ocho, con cañón de acero azul de quince centímetros y el número de serie 58237. Me lo metí en el bolsillo de la chaqueta. El traje de lino a rayas de Melliotes colgaba de una percha en el armario.

En su bolsillo interior encontré mi pistola automática y mi cartera. Las puse donde debían estar y me dirigí a la puerta. Su respiración se había sosegado, pero Melliotes aún dormía con el sueño de los que han recibido un buen porrazo.

Mis zapatos soltaron agua por el suelo del corredor. A ambos lados había puertas pesadas, todas cerradas con llave. El pasillo estaba tan oscuro y era tan desagradable como el de mi sueño. La única luz procedía de una puerta con cortinas que había en el otro extremo. La abrí y, al poner un pie en la entrada, oí a alguien gritar detrás de mí. Era una mujer, y los gritos estaban ahogados por gruesas paredes a prueba de ruidos. Me volví hacia la habitación.

—¡Déjenme salir!

Las consonantes se borraban y sólo se distinguían las vocales.

—¡Por favor, déjenme salir!

Los gritos se oían más fuertes detrás de una de las puertas. Cuando sacudí esa puerta, la mujer dijo:

—¿Quién es? Déjeme salir.

Mavis otra vez. Me dio un vuelco el corazón y se me pusieron de corbata. El niño que se ha quemado no puede apartarse del fuego.

«Vete al demonio, Mavis», me dije, pero sólo eran palabras. Lo que hice fue volver a donde estaba Melliotes, coger sus llaves y probarlas hasta encontrar la que abría la puerta. Mavis retrocedió y me miró. Luego corrió a mis brazos, con un leve suspiro lloroso.

—¡Archer, has venido!

—Llevo aquí algún tiempo. Parece que soy tu hada madrina habitual.

—Sea como sea, estás aquí.

Volvió a la habitación y se sentó sin fuerzas en la litera. Era una celda semejante a la que yo había ocupado, con ventana de tela metálica y paredes acolchadas. Los ángeles de la merced cuidaban bien a sus pacientes.

—¿Qué clase de clientela tiene Melliotes?

Pálida y aturdida, parecía una enferma mental. Movía la cabeza hacia delante y hacia atrás, y sus ojos oscilaban como impulsados por su propio peso.

—Nunca había estado aquí. —En el mismo tono tranquilo y abandonado, agregó

—: Lo mataré.

Tenía escamas de sangre seca en el labio inferior, donde se había mordido.

—Ya ha habido demasiadas muertes. Ánimo, Mavis. Esta vez te irás a México, te

lo aseguro.

Se inclinó hacia delante con los ojos cerrados y apoyó su cabecita en mi muslo. El cabello se le partió en la nuca y le cayó a ambos lados del rostro, como dos alas brillantes. Desde ese escondite, susurró:

—Si tú vienes conmigo.

Volvíamos a estar donde lo habíamos dejado. El yate y la cámara de agua, Kilbourne y Melliotes eran personajes y escenas de un sueño

de morfina. Recordé los rasgos de Pat Reavis desdibujados por el fuego y me aparté de ella.

—Iré contigo hasta el aeropuerto. Incluso te compraré un pasaje, de ida solamente.

—Me da miedo ir sola.

Su voz era un susurro, pero sus ojos brillaban detrás de la trama de sus cabellos.

Respondí que yo tenía miedo de seguirla. Se puso de pie de un salto y dio un puntapié contra el suelo.

—¿Qué pasa, Archer, tienes otra chica en algún lugar?

Ella era muy mala actriz y yo estaba incómodo.

—Ojalá la tuviera.

Se quedó de pie frente a mí con los brazos en jarras y me acusó de *impotentia coeundi*, aunque no fueron ésas las palabras que usó.

—Los hombres te han mimado desde la escuela primaria, ¿verdad? Pero no tiene sentido estar aquí lanzándonos adjetivos. En dos minutos saldré de aquí. Puedes venir conmigo, si quieres. Plasta el aeropuerto.

—Plasta el aeropuerto —me imitó ella—. Creía que te gustaba.

—Me gustas, pero tengo dos buenas razones para no acercarme a ti. Una, lo que le sucedió a Reavis. Otra, el caso que tengo entre manos.

—Creía que trabajabas para mí.

—Trabajo para mí mismo.

—De todos modos, ¿no soy yo la mejor parte del caso?

—El todo siempre es mayor que las partes —dije, pero no oí el sonido de mi propia voz.

Se oyó cerrarse con estrépito la puerta de un coche, y pasos, cada vez más fuertes, sobre el cemento. Alguien pesado y veloz venía de camino. Ella oyó el ruido y quedó congelada: una ninfa en una urna. Saqué la pistola y miré por el corredor. La puerta de entrada con cortinas estaba entreabierta, como yo la había dejado. Apareció una sombra en la cortina y la puerta crujió. Volví a la habitación y examiné el cargador de mi pistola automática. Estaba lleno y la bala se hallaba aún en la recámara. Los pasos se acercaron a la puerta abierta de la habitación donde estábamos y se hicieron más lentos.

Mavis me tocó el hombro.

—¿Quién es? —preguntó.

—Silencio.

Los pesados pies dejaron de oírse. Se movieron con indecisión y luego se retiraron.

Salí al corredor. Kilbourne se dirigía rápidamente a la puerta de entrada, que estaba abierta.

—¡Deténgase! —grité, y disparé un balazo a la pared junto a él.

La bala hizo un hoyo de quince centímetros en el yeso y lo detuvo en seco. Se volvió despacio y levantó los brazos como bajo presión hidráulica. Llevaba un sombrero de fieltro y un fresco traje oscuro con un clavel de motas rosadas en la solapa. En su rostro se veían las mismas pintas rosadas.

—Melliotes tenía razón —dijo—. No debí dejarlo vivir.

—Usted ha cometido un montón de errores. Todavía hay cientos de personas vivas…

La puerta del coche se cerró de nuevo, de manera casi inaudible. Le pasé el revólver azul a Mavis.

—¿Sabes manejarlo?

—Sí.

—Llévalo a la habitación y que no salga de allí.

—Sí.

Aparté a Kilbourne con el codo, corrí hacia la puerta delantera y me escondí detrás. Subió al porche un hombre cuya nariz resonaba como una fanfarria de trompetas al respirar. Cuando el chófer de Kilbourne cruzó la puerta, le puse la zancadilla. Cayó pesadamente de manos y rodillas, y le pegué en la cabeza con la culata de mi cuarenta y cinco. La puerta se cerró de golpe. Su eco me volvió amplificado desde el otro extremo del corredor, como la ruidosa explosión de un arma de fuego.

Ella salió a la puerta, a mi encuentro.

—Tuve que hacerlo —dijo con voz temblorosa—. Trató de quitarme el revólver.

Nos hubiera matado a los dos.

—No me metas en esto.

—Es verdad, iba a matarme.

Estalló en gritos histéricos. Se miró las manos como si fueran blancos pájaros malignos. Un mago perverso llamado Kilbourne se

los había puesto allí por encantamiento.

Kilbourne estaba en el suelo, con el hombro apoyado contra la litera. Era un montón de carne lujosamente ataviada para la muerte, con una sola flor que había comprado para sí mismo. Un clavel más oscuro había brotado del cañón del revólver de Melliotes, que yacía sobre su regazo.

—¿Me llevarás al aeropuerto? ¿Ahora?

—Ahora no. —Le tomé el pulso a la flácida muñeca hinchada—. Siempre haces lo que no debes, preciosa.

—¿Está muerto?

—Todo el mundo se está muriendo.

—Me alegro, pero sácame de aquí. Es horrible.

—Deberías haberlo pensado hace un minuto.

—No me regañes, por amor de Dios. Sácame de aquí.

La miré y pensé en Acapulco, en las hermosas y cálidas aguas de pesca, en los altos acantilados y las largas y lentas noches de tequila. Diez millones de dólares y Mavis: todo lo que tenía que hacer era un pequeño soborno.

Pasó por el ojo secreto de mi mente como una película rodada mucho tiempo atrás. Sólo necesitaba sacarla de la lata y agregar el diálogo. Ni siquiera el diálogo era imprescindible. Había golpeado al chófer antes del balazo. Melliotes estaba inconsciente. Y la bala alojada en el cerebro de Kilbourne provenía de su revólver.

Mavis y yo podíamos irnos y esperar a que el testamento quedara legalizado.

Recorrí con una larga y dura mirada todo su cuerpo y su rostro vacío. Dejé la película en la lata. Ella comprendió mi intención aun antes de que yo hablara.

—No me vas a ayudar, ¿verdad?

—Sabes ayudarte bastante bien sólita. Aunque no lo suficiente. Podría encubrirte, pero dejarías escapar algo cuando vinieran los hombres del fiscal del distrito. En tal caso, sería asesinato en primer grado, y yo estaría implicado.

—¡Te preocupa tu maldito pellejo!

—Es el único que tengo.

Mavis cambió de táctica.

—Mi marido no hizo testamento. ¿Sabes cuánto dinero tiene? Tenía.

—Mejor que tú, probablemente. No podría gastarlo, si estuviera muerto o en la cárcel.

—No, no podrías, pero estás deseando enviarme allí.

Su boca expresó la piedad que sentía por sí misma.

—No por mucho tiempo. Probablemente ni siquiera vayas a la cárcel. Puedes alegar homicidio sin premeditación o aferrarte a la defensa propia. Con los abogados que puedes pagarte no pasarás ni una noche en prisión.

—Me estás mintiendo.

—No —dije de pie frente a ella—. Te deseo lo mejor.

—Si realmente me desearas lo mejor me sacarías de aquí. Podríamos irnos juntos.

A cualquier parte.

—También he pensado en eso, pero no lo haré.

—¿No me deseas? —preguntó con aire atribulado y perplejo—. Dijiste que soy

hermosa. Podría hacerte feliz, Lew.

—No toda mi vida.

—No lo sabes. No me has probado.

Me avergoncé de ella y de mí mismo. La película de Acapulco se agitaba como una serpiente brillante en el fondo de mi mente.

—Hay un teléfono en el despacho de Melliotes —dije—. Llama a la policía. Es mejor si vas a alegar defensa propia.

Rompió a llorar, sollozando violentamente con la boca abierta y los ojos apretados. Su intensa y genuina aflicción era más conmovedora que cualquiera de sus poses. Cuando buscó a tientas algo sobre lo cual llorar, le ofrecí mi hombro. Luego la llevé con cuidado por el corredor hasta el teléfono.

24

El guardia del estudio era un fornido ex policía que hacía gala de una exquisita cortesía. Se inclinó hacia la abertura de su ventanilla.

—¿A quién ha dicho que quiere ver?

—A Mildred Fleming. Es secretaria de uno de los productores o directores.

—¡Ah, sí! La señorita Fleming. Un momento, por favor.

Llamó por teléfono y luego miró hacia arriba con las cejas como signos de interrogación.

—La señorita Fleming quiere saber quién es.

—Lewis Archer. Dígale que me envía Maude Slocum.

—¿Quién lo envía?

—Maude Slocum.

El nombre despertó inesperadas resonancias en mi interior. El hombre habló nuevamente por el teléfono y se levantó sonriendo.

—La señorita Fleming estará con usted en seguida. Tome asiento, señor Armature.

Me senté en una silla de metal cromado, en un rincón alejado del grande y aireado vestíbulo. Era la única persona de carne y huesos del lado secular del vidrio, pero las paredes estaban cubiertas de gigantescas fotografías. Las estrellas del estudio y los actores de las películas me contemplaban desde un elevado mundo irreal donde todos eran jóvenes y enormemente alegres. Una de las potrancas de cabello claro me recordó a Mavis; uno de los jóvenes sementales morenos podía haber sido Pat Ryan acicalado de arriba abajo y provisto de dientes de porcelana. Pero Pat estaba en algún lugar bajo una losa, y Mavis, en el juzgado conversando con sus abogados acerca de la libertad bajo fianza. Los finales felices y las naranjas más grandes California los reservaba para la exportación.

Una mujer baja, con una blusa de colores flameantes, apareció por una puerta de cristal, que se cerró tras ella. Su cabello corto, con oscuros reflejos azulados, se adaptaba a su cabecita como una capa de laca china. Los ojos, de color castaño oscuro y experimentados, sobrellevaban cierta carga.

Me levanté y fui a su encuentro mientras ella avanzaba hacia mí moviendo su encorsetado cuerpo con rápida y nerviosa energía.

—¿La señorita Fleming? Soy Archer.

—Hola —saludó tendiéndome una firme mano fría—. Creí oírle decir a Al que su nombre era Armature.

—Eso entendió él, en efecto.

—Me alegro de que no sea así. Tuvimos una vez un ayudante de director que se

llamaba Organic, pero nadie pudo tomarlo en serio. Se cambió el nombre, se puso Goldfarb, y progresó mucho. —Hablaba a una velocidad de cien palabras por minuto, el ritmo de la dactilógrafa que tenía en la mente—. También dijo que lo enviaba Maude Slocum. ¿O es otra de sus típicas equivocaciones?

—Dijo eso, pero no es exactamente así.

La sonrisa abandonó sus ojos y me estudió de pies a cabeza con una rápida mirada dura. Me alegré de haberme puesto un traje fresco al salir del juzgado. Cinco o diez años después, ella aún recordaría el dibujo de mi corbata y podría señalarlo en una serie de fotografías de malhechores.

—Bien —me dijo con hostilidad—. Usted me dirá qué vende y yo le diré hasta qué punto no me interesa, sea lo que fuere. Estoy ocupada, amigo. No debería hacer estas cosas.

—Vendo mis servicios.

—¡Oh, no, eso no!

Era una auténtica payasa.

—Soy detective privado. Hasta anoche trabajé para la señora Slocum.

—¿Haciendo qué?

—Investigando cierto asunto.

—Es curioso que no me lo haya dicho —comentó. Pareció interesada de nuevo—.

La vi anteayer a la hora del almuerzo. ¿Qué pasó anoche? ¿Lo despidió?

—No. Renunció ella.

—No le entiendo —dijo, pero comprendió la firmeza de mi tono.

La emoción fluyó a sus ojos, oscura como tinta.

—Anoche se suicidó.

Mildred Fleming cayó sentada y se aferró con fuerza al borde de un banco de plástico verde.

—Está bromeando.

—Está muerta.

—Pero ¿por qué, Dios mío?

Brotaron de sus ojos algunas lágrimas que resbalaron por sus mejillas corriendo su espeso maquillaje. Se limpió con un pañuelo de papel arrugado.

—Perdóneme. Yo la quería mucho, desde la escuela secundaria.

—Yo también le tenía aprecio. Por eso quería hablar con usted.

Se desplazó como un colibrí hacia la puerta de salida.

—Vamos al otro lado de la calle. Le invito a un café.

La tienda de la esquina tenía todo lo que debe contener una tienda en condiciones, excepto productos farmacéuticos. Periódicos y revistas, proyectores de cine y zancos, gafas de sol, cosméticos, trajes de baño y veinte especímenes diferentes de parroquianos vigilando la puerta en busca de un rostro conocido. Había una barra al

fondo y mesas a lo largo de la pared, la mayoría de ellas vacías en la calma de la siesta.

Mildred Fleming se acomodó en una de las mesas y levantó dos dedos en dirección a la camarera que estaba detrás del mostrador. La camarera vino con dos grandes tazas y saludó con zalamería a mi acompañante.

—¡Qué tonta es! —dijo cuando la camarera se retiró—. Cree que puedo enchufarla. Ya nadie puede.

Se inclinó sobre la mesa llena de marcas y tomó un sorbo de café.

—Bueno, hábleme de la pobre Maude. Sin un café no podría soportarlo.

Yo había ido a verla en busca de información, pero primero le conté a ella lo que juzgaba conveniente que supiera: lo que le había sucedido a Olivia Slocum con el agua, a Pat Ryan con el fuego y a Maude con la estricnina. Omití lo de Kilbourne y Mavis, y lo que se habían hecho el uno al otro.

Ella escuchó con calma, aunque al final necesitaba su maquillaje más que antes.

No dijo una palabra hasta que mencioné a Knudson y el hecho de que me había expulsado de la ciudad.

—No debe usted prestarle mucha atención. Me imagino cómo se siente. No sé si debo decirle esto a usted…

—No necesita decírmelo. Knudson la quería, era bastante obvio.

Yo buscaba una grieta en sus defensas. La mayoría de las buenas secretarias tienen una debilidad profesional: reúnen información confidencial y después de reuniría necesitan contársela a alguien. Se sintió picada.

—Si ya conoce toda la historia, ¿por qué viene a mí?

—Es muy poco lo que sé. Ignoro quién ahogó a Olivia Slocum y por qué tomó estricnina Maude Slocum. Vine a verla a usted porque era su amiga más íntima.

Pensé que tenía derecho a saber lo que había sucedido y que desearía ayudarme a ir hasta el fondo del asunto.

Ella se sintió gratificada.

—Quiero ayudarle. He sido siempre confidente de Maude y puedo decirle que tuvo una vida trágica. —Pidió más café y luego se volvió hacia mí—. En cuanto a su suegra, ¿no dijo usted que la había matado ese hombre, Pat Ryan?

—Ésa es la teoría de Knudson, y la mayoría de los indicios la apoya. No la descarto, pero tampoco la acepto al pie de la letra.

—No pensará usted que Maude…

Sus ojos brillaron sombríamente en la penumbra.

—No.

—Me alegro. Todos sus conocidos le dirán que era incapaz de hacer daño a nadie.

Era una criatura amable, a pesar de todo.

—¿De todo?

—De toda su vida desordenada. De todo lo que la llevó a suicidarse.

—Entonces, usted sabe por qué lo hizo.

—Creo que sí. Vivió crucificada durante quince años. Era la única mujer que he conocido que quiso hacer lo que debía y que no pudo. Maude era excelente en todo, salvo en su vida. Cometió un par de errores que no pudo borrar. Se lo diré con una condición. ¿Tiene usted palabra de honor?

—Tengo palabra. Fui oficial durante la guerra, pero lo de caballero no prendió.

Su mirada firme y aguda me escudriñó nuevamente.

—Creo que confiaría en usted tanto como en mí misma, no más. Deme su palabra de que Cathy nunca se enterará de esto y de que esto no le afectará de ningún modo.

Adiviné lo que iba a decirme.

—No puedo hacerlo si hay otras personas que lo saben.

—Sólo yo —dijo—. Y Knudson, por supuesto. Y tal vez la mujer de Knudson.

—De modo que Knudson tiene una esposa.

—No vive con ella desde hace quince o dieciséis años, pero están casados para siempre. Ella nunca se divorciará de él haga lo que haga. Le odia. Creo que ella odia a todo el mundo. Se alegraría de saber que Maude se mató.

—Usted conoce a la mujer, ¿verdad?

—¡Qué si la conozco! Viví en su casa durante casi un año y la conozco más de lo que quisiera. Eleanor Knudson es una de esas mujeres duras y virtuosas que no darían ni dos peniques para cerrar los ojos de un muerto. Maude también vivía allí. Éramos compañeras de habitación; así empezó todo. Estábamos cursando el segundo año en Berkeley.

—¿La señora Knudson tenía una pensión en Berkeley?

—Alquilaba habitaciones a chicas. Su marido era sargento de la policía de Oakland. Ella era mayor que él; nunca entendí cómo se las compuso para atraparlo.

Probablemente fue la típica historia del inquilino y la patrona: proximidad, cuidado maternal y más proximidad. Ella era inteligente y no tenía mal aspecto, para quien le guste el tipo de mujer fría como el acero. Sea como sea, ella y Knudson llevaban varios años casados cuando fuimos a vivir allí.

—¿Usted y Maude, quiere decir?

—Sí. Estudiamos el primer año en la Escuela Normal de Santa Bárbara, pero no pudimos seguir allí. Las dos necesitábamos un empleo y no había trabajo en Santa Bárbara. El padre de Maude era un granjero de Ventura, fue allí donde fuimos a la escuela secundaria, en Ventura, pero la crisis lo había arruinado. Mi padre había muerto y mi madre no podía ayudarme. Ya le resultaba bastante difícil mantenerse ella misma en el treinta y dos. De modo que Maude y yo fuimos a la gran ciudad.

Ambas sabíamos mecanografía y taquigrafía, y vivimos de eso, de la taquigrafía y pasando disertaciones a máquina. La vida era barata en aquellos días. Le pagábamos

a la señora Knudson diez dólares al mes por la habitación, y nos hacíamos la comida.

Hasta pudimos asistir a algunas de las clases.

—Yo estaba por allí en esos días —dije.

Sorbió los restos de su café y encendió un cigarrillo, mirándome sombríamente a través del humo.

—Eran días muy tristes. Había colas de un kilómetro de largo en las cocinas de campaña de las misiones religiosas de San Francisco y Oakland, pero nosotras íbamos a hacer carrera y a conquistar el mundo. Luego me di cuenta de que eso sólo lo pensaba yo. Maude fue conmigo porque yo la necesitaba. Era más inteligente y más buena que yo; una chica del tipo puramente femenino, ¿sabe? En realidad, lo único que quería era un marido, un hogar y la oportunidad de criar unos hijos honestos como ella. Pero se enredó con un hombre que no iba a poder casarse con ella en la vida. Al menos en la vida de Eleanor Knudson. Observé como sucedía todo sin poder impedirlo. Estaban hechos el uno para el otro: Maude y Ralph, igual que en las historias de amor. Él era todo un hombre y ella toda una mujer, y la esposa, una perra frígida. Les habría sido imposible vivir en la misma casa sin enamorarse el uno del otro.

—¿Y hacer música juntos?

—¡Maldito sea! —escupió repentinamente—. Tiene usted una actitud deleznable.

Era amor auténtico. Ella tenía veinte años y era orgullosa. Nunca había estado con un hombre. Él era el hombre para ella, y ella, la mujer para él. Eran como Adán y Eva.

Maude no tenía la culpa de que Ralph ya estuviese casado. Se metió en el asunto con la ingenuidad de una criatura, y lo mismo él. Simplemente sucedió. Y era amor auténtico —insistió—, mire cuánto ha durado.

—Ya lo he visto.

Se agitó sin sosiego mientras desmenuzaba la colilla de su cigarrillo entre sus dedos pequeños y duros.

—No sé por qué le cuento todas estas cosas. ¿Qué significan para usted?

¿Alguien le paga?

—Maude me dio doscientos dólares, que ya se han esfumado. Pero una vez que me meto en un caso tengo que permanecer en él hasta el fin. Es más que curiosidad.

Ella se suicidó por alguna razón. Le debo a ella o a mí mismo descubrir esa razón, llegar a ver todo el asunto con claridad.

—Ralph Knudson conoce las razones. Eleanor Knudson también. A fin de cuentas fue idea suya. Maude tuvo que pasar sus mejores años con un hombre a quien no quería, y creo que simplemente se hartó.

—¿Qué quiere decir con eso de que se vio obligada a casarse con Slocum?

—Todavía no me ha dado usted su palabra acerca de Cathy.

—No tiene que preocuparse por Cathy. Me da pena. Sería incapaz de hacerle

ningún daño.

—Supongo que después de todo ya no importa. James Slocum debe de saber que no es hija suya. Dijeron que era sietemesina, pero sin duda Slocum lo sabía.

—Entonces, Knudson es el padre de Cathy.

—¿Quién podía ser si no? Cuando se enteró de que Maude estaba embarazada, le pidió el divorcio a su mujer. Le ofreció todo lo que tenía. No hubo nada que hacer. De manera que Knudson dejó a su mujer, abandonó el trabajo y desapareció. Quiso que Maude fuera con él, pero ella se negó. Tenía miedo y pensaba en la criatura que llevaba en sus entrañas. James Slocum quiso casarse con ella, y lo aceptó.

—¿Cómo entró él en escena?

—Maude había estado escribiendo a máquina para él durante todo el invierno.

Estaba haciendo un trabajo sobre arte dramático y parecía gozar de buena posición, aunque no fue ésa realmente la razón por la cual se casó con él, al menos no la única.

Él tenía tendencias homosexuales, ¿sabe? Decía que la necesitaba, que ella podía salvarlo. No sé si lo consiguió. Es probable que no.

—Aún lo estaba intentando —dije—. Debería hacer mi trabajo, señorita Fleming.

—¿Quiere decir que soy buena observadora? Sí, lo soy, pero con Maude no necesitaba serlo: éramos como hermanas. Analizamos todo el asunto antes de que ella le diera su respuesta a Slocum. Yo le aconsejé que se casara con él. Cometí un error.

Me equivoco a menudo —dijo con una sonrisa amarga—. Dicho sea de paso, no soy señorita, en realidad. Mi nombre es Mildred Fleming Kraus Peterson Daniels Woodbury. He estado casada cuatro veces.

—Enhorabuena cuatro veces.

—Sí —respondió secamente—. Como le decía, cometo errores. Por la mayoría de ellos, pago las consecuencias yo misma, pero por éste, las pagó Maude. Ella y Slocum dejaron la universidad antes de terminar el semestre de primavera y se fueron a vivir con la madre de él, en Nopal Valley. Estaba decidida a ser una buena esposa y una buena madre, y lo fue durante doce años. Doce años. En 1946 vio una fotografía de Knudson en *Los Angeles Times*. Él era teniente de policía en Chicago y había detenido a un ex presidiario. De pronto se dio cuenta de que aún lo quería y que estaba malgastando su vida. Vino aquí y me lo contó todo. Le dije que se fuera a Chicago, aunque fuese haciendo autostop. Ella tenía algún dinero ahorrado y se fue.

Knudson aún vivía solo. Desde entonces ya no vive solo. Aquel otoño el jefe de policía de Nopal Valley fue despedido por dejarse sobornar. Knudson solicitó el puesto y lo consiguió. Quería estar cerca de Maude y ver a su hija. De modo que finalmente se reunieron, en cierto sentido.

—Creo que Maude no pudo resistir la tensión de tener un amante. No estaba hecha para la intriga.

—No. Eso no resultó bien. Maude era lo bastante madura para saber lo que tenía

que hacer, si podía. Debería haberse ido con Knudson esta vez, pero era demasiado tarde. Tenía que pensar en Cathy. Lo peor era que a Cathy no le gustaba Knudson. En cambio, estaba loca por Slocum.

—Demasiado —dije.

—Sé lo que quiere decir. —Sus ojos oscuros y agudos se velaron, pero en seguida se despejaron—. Por supuesto, ella cree que Slocum es su padre. Pienso que es mejor que siga creyéndolo, ¿no le parece?

—No es mi problema.

—Tampoco el mío, por suerte. Pase lo que pase, lo siento por ella. Qué pena, es una criatura maravillosa. Creo que iré a verla el fin de semana… Casi me olvido del funeral. ¿Cuándo es?

—No sé. Es mejor que llame a la casa.

Se puso rápidamente de pie y me tendió la mano.

—Debo irme. Tengo un trabajo que terminar. ¿Qué hora es?

Miré mi reloj.

—Las cuatro.

—Adiós, señor Archer. Gracias por escucharme.

—Yo soy quien debe darle las gracias.

—No. Tenía que hablar con alguien. Me sentía culpable. Aún me siento culpable.

—¿Culpable de qué?

—De estar viva, supongo.

Me lanzó una sonrisa difícil y se fue deprisa.

Permanecí sentado con una tercera taza de café y pensé en Maude Slocum. La suya era una de esas historias sin villanos ni héroes. No había nadie a quien admirar ni a quien acusar. Todo el mundo se había hecho daño a sí mismo y había herido a los demás. Todo el mundo había fracasado. Todo el mundo había sufrido.

Tal vez Cathy Slocum era la que había sufrido más. Mis simpatías se estaban trasladando de la mujer muerta a la muchacha viva. Cathy había nacido inocentemente en medio del conflicto. Se había

empapado de odio y había sido educada en un tranquilo infierno donde nada era real, excepto su amor por un padre que no era su padre.

25

El viaje a Quinto, en un viejo autobús lleno de turistas de fin de semana, fue largo, lento y caluroso. Una muchacha que exhalaba vahos de cerveza y de perfume con olor a malva me ofreció el relato de sus triunfos jugando a los bolos en la bolera Waikiki, de veinte pistas, del bulevar Figueroa. En el empalme de Quinto, me despedí rápidamente de ella y anduve hasta el muelle.

Mi coche estaba donde lo había dejado. Tenía una multa adosada al limpiaparabrisas. La rompí en ocho pedazos y los arrojé al océano uno por uno. No tenía intención de volver a Quinto, si podía evitarlo.

Me dirigí de nuevo a Nopal Valley. La calle central estaba bloqueada por el tráfico del anochecer y los coches estacionados se alineaban a lo largo de las aceras.

Uno de ellos salió delante de mí y ocupé su lugar. Caminé un trecho hasta el bar de Antonio y me senté al final de la barra llena de gente. Antonio me vio y me hizo una seña de reconocimiento.

Sin decir una palabra fue hasta la caja fuerte y la abrió. Cuando vino a preguntarme qué iba a tomar, llevaba en las manos el tosco envoltorio de papel. Se lo agradecí. Me dijo que no había por qué. Pedí un bourbon doble y me lo trajo. Le pagué. Me encendió el cigarrillo. Me tomé el bourbon de un trago y me fui con el dinero en el bolsillo.

Gretchen Keck estaba de pie frente a la cocina de butano, detrás de la puerta del remolque. Llevaba una blusa y pantalones y su rubio cabello levantado en un moño alto sujeto con una goma. El huevo que

estaba friendo chisporroteaba y chasqueaba como una diminuta metralleta que acribillaba a mis tripas hambrientas.

No advirtió mi presencia hasta que llamé a la puerta abierta. Entonces me vio.

Levantó la sartén y la blandió como un garrote. El huevo cayó al suelo y quedó allí con la yema chorreando.

—Aléjese de mí.

—Dentro de unos minutos.

—Usted es un asqueroso policía, ¿verdad? Uno de los que mataron a Pat. No tengo nada que decir.

—Yo sí.

—A mí no. No sé nada. Puede irse.

Con la sartén levantada y dispuesta a arrojarla, podía haber parecido ridícula. Sin embargo, no era así.

—Antes de morir —dije rápidamente— Pat me dio algo para usted…

—Antes de que usted lo matara, quiere decir.

—Cállese y escúcheme. No tengo todo el día.

—Está bien. Termine su perorata. Sé que miente, policía. Está tratando de tenderme una trampa. Sólo que yo no sé nada. ¿Cómo iba a saber que él quería matar a alguien?

—Deje eso y escúcheme. Voy a entrar.

—¡Eso nunca!

Atravesé el umbral, le arranqué la sartén de hierro de la mano y la senté en la única silla que había.

—Pat no mató a nadie. ¿Entiende?

—El periódico decía que sí. Ahora sé que usted miente.

Pero su voz había perdido su apasionada convicción. Su suave boca se entreabrió con una expresión de incertidumbre.

—No crea todo lo que lea en los periódicos. La señora Slocum murió accidentalmente.

—¿Por qué mataron a Pat entonces, si él no la había asesinado?

—Porque él dijo que lo había hecho. Pat oyó que un policía me decía que estaba muerta y convenció al hombre para quien trabajaba de que la había matado él.

—Pat no estaba tan loco.

—Estaba más loco aún. Su patrón le dio diez mil dólares para que huyera de la ley. Pat hizo que le pagaran por un crimen que no había cometido.

—¡Dios! —Sus ojos se abrieron llenos de admiración—. Ya le dije que era inteligente.

—También tenía corazón. —Esta mentira me dejó un sabor a bilis en la lengua—.

Cuando vio que no iba a salir de este asunto, me dio los diez mil dólares para que se los entregara. Me dijo que usted era su heredera.

—¡No! ¿Eso le dijo? —Sus ojos azules se anegaron en lágrimas—. ¿Qué más dijo?

—Dijo que deseaba que usted recibiera el dinero con una condición: que abandonara Nopal Valley y se fuera a algún lugar donde pudiera llevar una vida decente. Dijo que valía la pena, si usted hacía eso.

—Lo haré —aseguró llorando—. ¿Dijo diez mil dólares?

—Exacto —respondí, y le alargué el paquete—. No los gaste en California porque pueden seguirle la pista. No diga a nadie lo que yo le he contado. Vaya a otro estado, métalos en el banco y cómprese una casa o algo así. Eso es lo que Pat quería que usted hiciese con el dinero.

—¿Dijo eso?

Había desgarrado la envoltura y apretaba los brillantes billetes contra su pecho.

—Sí —respondí. Y le dije lo que ella quería oír, porque no había ninguna razón para no hacerlo—: También me dijo que la quería.

—Sí —susurró ella—. Yo también le quería.

—Tengo que irme ahora, Gretchen.

—Espere un minuto. —Se levantó moviendo la boca con torpeza, tratando de hacer una pregunta—. ¿Por qué usted…? Quiero decir, creo que usted era amigo suyo de verdad, como me contó. Perdóneme. Creí que era usted policía. Y resulta que justamente viene a traerme el dinero de Pat.

—Guárdelo —le aconsejé—. Váyase de la ciudad esta misma noche, si puede.

—Sí. Sin duda. Haré lo que Pat quería que hiciese. Lo cierto es que era un gran muchacho, después de todo.

Me volví y me dirigí hacia la puerta para que no viera mi rostro.

—Adiós, Gretchen.

El dinero no sería para ella un bien permanente. Se compraría un abrigo de visón o un deportivo, y hallaría un hombre que le robaría el uno o le destrozaría el otro.

Probablemente, otro Reavis. Con todo, eso le daría algo diferente que recordar. Ella no tenía recuerdos y yo tenía demasiados. No quería recuerdos de Reavis ni de Kilbourne.

La señora Strang me hizo pasar a la habitación de James Slocum. Era un cuarto muy varonil, provisto de sillas de cuero rojo y sólidos muebles oscuros. Varios grabados de viejos veleros, como portillas abiertas sobre un mar inmóvil, adornaban las paredes forradas de roble. Una de ellas estaba totalmente cubierta de estantes empotrados y rebosantes de libros. Era el tipo de habitación que una madre esperanzada habría decorado para su hijo.

El hijo de Olivia Slocum estaba incorporado en un extremo de la gran cama. Se lo veía pálido y delgado. A la grisácea luz del crepúsculo que entraba por las ventanas parecía el retrato en plata de un hombre. Francis Marvell estaba sentado en una silla junto a él. Ambos miraban, atentos, un tablero de ajedrez con piezas de marfil blancas y negras que reposaba entre los dos en el borde de la cama.

La mano de Slocum emergió de su manga de seda escarlata y movió un caballo negro.

—Ya está.

—¡Muy bien! —exclamó Marvell—. ¡Pero que muy bien!

Slocum apartó su mirada soñadora del tablero y la dirigió hacia mí.

—¿Sí?

—Usted dijo que recibiría al señor Archer —balbuceó el ama de llaves.

—¿El señor Archer? ¡Oh, sí! Entre, señor Archer.

La voz de Slocum tenía un débil y vago tono malhumorado.

La señora Strang abandonó la habitación. Permanecí donde estaba. Entre Slocum y Marvell flotaba una atmósfera especial, un círculo de intimidad en el que yo no me atrevía a entrar. Tampoco a ellos les apetecía. Sus cabezas estaban vueltas hacia mí

con el mismo ángulo impaciente, con el mismo deseo de que me fuera y les dejara proseguir su compleja partida de ajedrez.

—Espero que esté repuesto, señor Slocum.

No encontré nada mejor que decir.

—No sé. He sufrido una terrible serie de disgustos.

La compasión por sí mismo rechinaba detrás de sus palabras como una rata detrás de la pared.

—He perdido a mi madre, he perdido a mi mujer, y mi propia hija se ha vuelto ahora contra mí.

—Me tienes a mí, querido amigo —terció Marvell—. Sabes que puedes contar conmigo.

Slocum sonrió débilmente. Acercó la mano a la de Marvell, que reposaba fláccidamente junto al tablero, pero se detuvo antes de tocarla.

—Si viene por la obra —me dijo Marvell—, siento tener que confesarle que la hemos abandonado. Después de todo lo que ha

sucedido, tardaré meses o años en poder regresar al mundo de la imaginación. El pobre James tal vez nunca vuelva a actuar.

—No es una gran pérdida para el teatro —declaró Slocum con tranquila tristeza

—, pero el señor Archer no está interesado en la obra, Francis. Creía que a estas alturas ya sabrías que es un detective. Me imagino que viene a buscar su paga.

—Ya me han pagado.

—Mejor. De mí nunca recibirá un penique. Puedo arriesgar una suposición acerca de quién le pagó.

—No es necesario. Fue su esposa.

—Por supuesto que fue ella. ¿Y quiere que le diga por qué? —Se inclinó hacia delante, aferrándose a la colcha. Sus ojos brillaban de fiebre o de pasión. El rostro de plata tenía un aspecto enfermizo y hundido, como el de un viejo—. Porque usted la ayudó a asesinar a mi madre, ¿no es verdad? ¿No es verdad?

Marvell estiró las piernas y se puso de pie, apartando la mirada, molesto.

—No, Francis, por favor, no te vayas. Quiero que oigas esto. Quiero que sepas con qué clase de mujer he tenido que vivir.

Marvell se hundió de nuevo en la silla y comenzó a morderse los nudillos.

—Siga —dije—. Eso es interesante.

—Se me ocurrió anteanoche. Estuve aquí acostado, pensando toda la noche y de pronto lo comprendí todo claramente. Ella siempre odió a mi madre, quería su dinero y quería abandonarme, pero no se

atrevía a asesinarla sin ayuda. Usted iba a dar al asunto el toque profesional, ¿no es así?

—¿Y cuál fue mi aportación particular?

—Usted proporcionó el chivo expiatorio, señor Archer —dijo con voz suave y

socarrona—. Sin duda, Maude ahogó a mamá por su cuenta. No era mujer capaz de delegar esa tarea. Usted debía asegurarse de que acusaran a Reavis. Mi sospecha se confirmó ayer, cuando encontraron la gorra de Reavis en el césped junto a la piscina.

Yo sabía que él no la había dejado allí. La había dejado en el asiento delantero del coche. La vi con mis propios ojos. Sospecho que usted también la vio y que comprendió el provecho que podía sacarle.

—No soy muy sugestionable, señor Slocum, pero supongamos que es verdad lo que dice, ¿qué piensa hacer?

—No puedo hacer nada. —Con los ojos mirando al techo y las manos unidas, tenía el aspecto de un santo loco—. Para castigarlo a usted yo tendría que proclamar mi vergüenza, la vergüenza de mi mujer, a los cuatro vientos. Puede quedarse tranquilo, a menos que tenga conciencia. Anoche cumplí con mi deber en lo que concierne a mi madre muerta. Le dije a mi mujer lo que le he dicho a usted. Ella se suicidó. Era lo propio.

Tuve deseos de decirle algunas palabras duras, pero me dominé. Slocum se había retirado de la realidad. Diciéndole que había llevado inútilmente a su mujer al suicidio sólo habría conseguido sumergirlo aún más en ese mundo irreal.

Maude Slocum no se había suicidado porque hubiera asesinado a su suegra. Lo que le había dicho su marido acerca de la gorra solamente le había demostrado que no era Reavis el asesino. Lo cual significaba que era otro.

Le dije a Marvell:

—Si este hombre le importa un poco, búsquele un buen médico.

Me miró pestañeando y farfulló algo incoherente en sus nudillos. El rostro de Slocum aún estaba vuelto hacia el techo, con una triste sonrisa de santidad. Me retiré.

Desde el pasillo le oí decir:

—Te toca jugar a ti, Francis.

Caminé solo por la casa, pensando en Maude Slocum y buscando a Cathy. Las habitaciones y los pasillos estaban vacíos y silenciosos. La ola de violencia que había sacudido la casa se había apaciguado y le había robado la vida que contenía. La galería y las terrazas estaban muertas, salvo por las flores que brillaban a la luz menguante. Evité la piscina, que brillaba a través de los árboles como un arma blanca. Al final del fúnebre paseo de cipreses, llegué al jardín de la anciana.

Cathy estaba sentada en un banco de piedra, como una isla en medio del lago de flores. Tenía el rostro vuelto hacia el oeste, donde un momento antes el sol había muerto gloriosamente. Su mirada juvenil atravesaba la muralla de piedra del jardín para posarse sobre las montañas. Observaba las masas purpúreas como si formaran las paredes de una enorme prisión donde hubiera sido sentenciada a vivir sola para siempre.

La llamé a través del portón.

—Cathy, ¿puedo entrar?

Se volvió lentamente, con las enormes y antiguas montañas en los ojos. Su voz sonó inexpresiva.

—Hola, señor Archer. Entre.

Levanté el picaporte de pino y pasé al jardín.

—No cierre —dijo ella—, puede dejar abierto.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando.

Se hizo a un lado en el banco para dejarme sitio. La superficie de cemento aún retenía el calor del sol.

—¿En qué?

—En mí. Pensaba que todo esto era tan hermoso, y ahora no significa nada.

Coleridge tenía razón con respecto a la naturaleza. Vemos su belleza si la tenemos en nuestro corazón. Si nuestro corazón está desolado, el mundo es un páramo. ¿Ha leído su *Oda a la aflicción*?

Respondí que nunca la había leído.

—Ahora la comprendo. Si tuviera el valor de mi madre, me mataría, pero supongo que me quedaré sentada esperando a que me pase algo. Algo bueno o algo malo, en realidad no importa.

No supe qué decir. Opté por algo trivial y consolador.

—Todas las cosas malas ya han pasado, ¿no?

—Excepto la desolación que hay en mi corazón.

De no ser por su absoluta seriedad, la frase habría sonado tonta.

—Dímelo todo.

—¿Qué quiere decir?

Desafió mi mirada. Durante un largo rato nos observamos mutuamente. Su cuerpo se empequeñeció y se contrajo mientras se apartaba de mí.

—No sé qué quiere usted decir.

—Tú mataste a tu abuela —respondí—. Puedes hablarme de eso.

Inclinó la cabeza y los hombros, y permaneció sentada así, con los ojos secos y tranquilos.

—¿Lo sabe todo el mundo?

—Nadie lo sabe, Cathy. Sólo yo y Ralph Knudson.

—Sí. Él habló conmigo hoy. El señor Knudson es mi padre. ¿Por qué no me lo dijeron antes? Nunca habría enviado esa carta.

—¿Por qué la enviaste?

—Odiaba a mi madre. Ella engañaba a mi padre… al señor Slocum. Un día los vi juntos, a ella y al señor Knudson, y quise hacerla sufrir. Pensé que si mi padre, si el señor Slocum, lo descubría, la abandonaría y podríamos estar juntos. Siempre estaban

peleándose o sin hablarse. Quería separarlos para que hubiera paz, pero al parecer la carta no produjo ningún efecto.

Por un momento pareció una mujer; o más bien una sibila sin edad hablando con una antigua sabiduría. Volvió a ser una chiquilla, una molesta chiquilla tratando de explicar lo inexplicable: cómo se puede cometer un asesinato con las mejores intenciones del mundo.

—Por eso tomaste el camino más difícil —dije—. Pensaste que el dinero de tu abuela los separaría. Tu madre se iría con su amante y

tú podrías vivir feliz con tu padre.

—Con el señor Slocum —me corrigió—. Él no es mi padre. Sí, pensé eso. Soy un ser horrible —agregó, y se echó a llorar.

Un sinsonte que se hallaba entre los cipreses la imitó. Los sollozos de la muchacha y del ave dieron al crepúsculo un aire de locura. Le pasé un brazo por la espalda estremecida a Cathy.

—Soy horrible. Debería morir.

—No, Cathy. Ya ha muerto demasiada gente.

—¿Qué va a hacer conmigo? Merezco morir. Realmente odiaba a mi abuela.

Quería matarla. Atormentó a mi padre desde que era un niño. Ella lo convirtió en lo que es. Usted sabe lo que es el complejo de Edipo, ¿verdad?

—Sí. Y también he oído hablar del complejo de Electra.

Cathy pasó por alto mis palabras. Era mejor así, porque no debí decirlas. Ella sabía demasiado, más de lo que podía soportar.

Dejó de llorar, pero el pájaro siguió chillando desde el árbol, como una conciencia desencadenada.

—Cathy, yo no voy a hacerte nada. No tengo derecho.

—No sea bueno conmigo. No merezco nada bueno de nadie. Desde el momento en que decidí hacerlo, me he sentido como si estuviera apartada de todo ser humano.

Ahora entiendo lo que significa llevar la marca de Caín. Yo la tengo.

Se cubrió la frente con la mano como si realmente pudiera estar marcada.

—Comprendo cómo te sientes. Yo fui responsable, en cierto sentido, de la muerte de Pat Reavis. Una vez maté a un hombre con mis propias manos. Lo hice para salvar mi vida, pero aún tengo su sangre en mis manos.

—Es usted demasiado bueno conmigo, y también lo ha sido el señor Knudson. Mi padre. —La palabra sonó extraña en su boca, como si representara algo grande, misterioso y nuevo—. Él se culpa de todo lo ocurrido. Y ahora se culpa usted, pero yo soy la responsable de todo. Hasta intenté que Pat cargara con mis culpas. Le vi aquí aquella noche. Le mentí cuando le dije que no le había visto. Quería que huyera con él y, aunque intenté querer hacerlo, no pude. Estaba borracho; le dije que se fuera. Luego vi la gorra que había dejado en el coche, y fue entonces cuando decidí

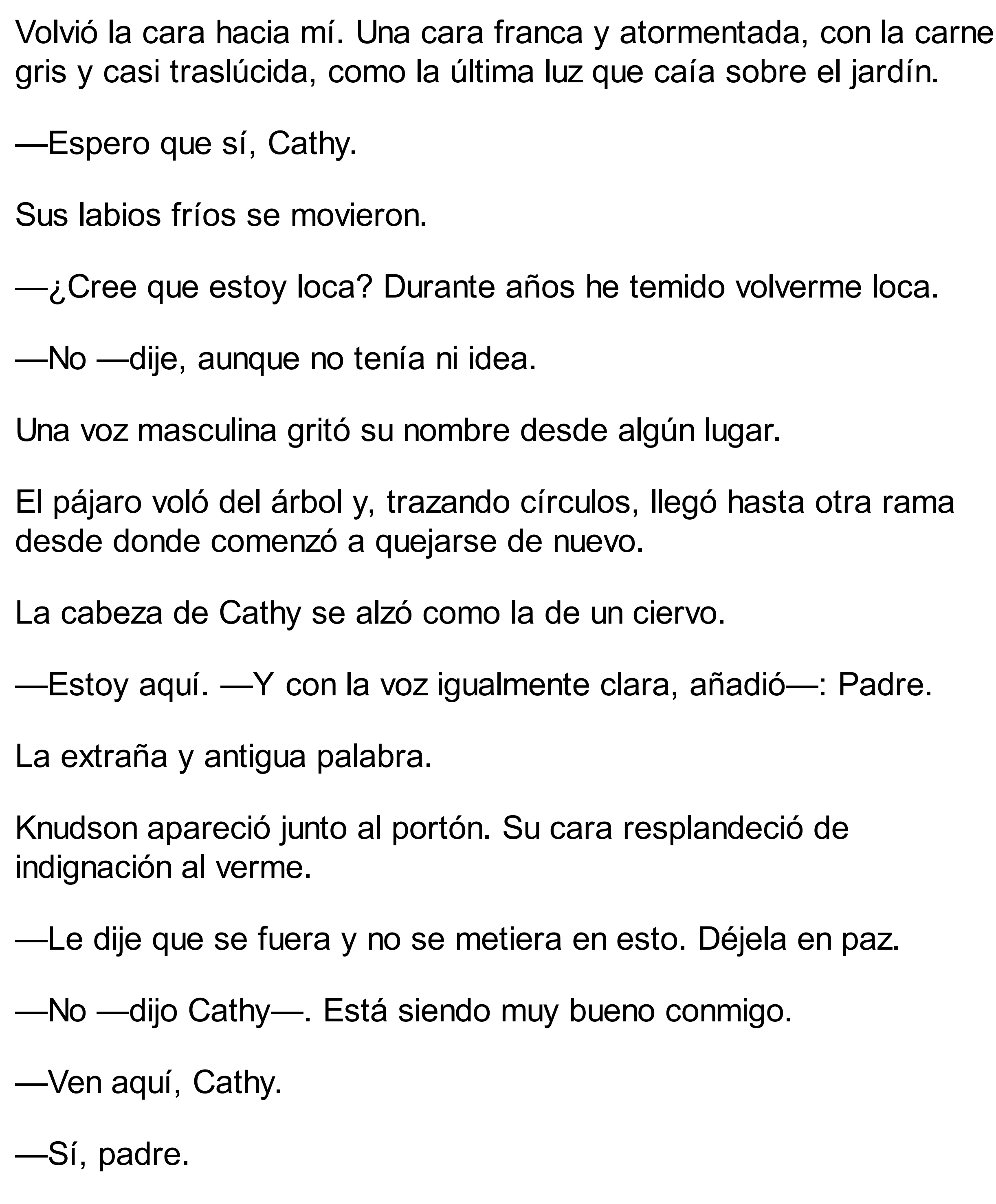
hacerlo. Fue horrible. En cuanto vi lo que podía hacer, sentí como si tuviera que hacerlo. ¿Lo entiende?

—Creo que sí.

—Me sentí como si hubiera vendido mi alma al diablo, incluso antes de que ocurriera… No, no debo decir ocurriera, porque fui yo quien hizo que sucediera. Aun así, pensé que si podía irme de aquí no tendría por qué ocurrir. Le vi salir a usted de la casa y subí a su coche, pero usted no quiso llevarme.

—Lo siento.

—No lo sienta, no pudo evitarlo. ¿Qué habría hecho conmigo? En cualquier caso, me dejó aquí. Yo sabía que la abuela estaba sentada aquí en el jardín. No podía volver a casa hasta que estuviera hecho. Fui a la piscina, escondí la gorra de Pat en el seto y luego llamé a la abuela. Le dije que había un pájaro muerto en la piscina. Ella se acercó a mirar y la empujé. Entré en casa y me acosté. No dormí nada, y tampoco anoche. ¿Cree que podré dormir hoy, ahora que ya lo sabe alguien más?



Volvió la cara hacia mí. Una cara franca y atormentada, con la carne gris y casi traslúcida, como la última luz que caía sobre el jardín.

—Espero que sí, Cathy.

Sus labios fríos se movieron.

—¿Cree que estoy loca? Durante años he temido volverme loca.

—No —dije, aunque no tenía ni idea.

Una voz masculina gritó su nombre desde algún lugar.

El pájaro voló del árbol y, trazando círculos, llegó hasta otra rama desde donde comenzó a quejarse de nuevo.

La cabeza de Cathy se alzó como la de un ciervo.

—Estoy aquí. —Y con la voz igualmente clara, añadió—: Padre.

La extraña y antigua palabra.

Knudson apareció junto al portón. Su cara resplandeció de indignación al verme.

—Le dije que se fuera y no se metiera en esto. Déjela en paz.

—No —dijo Cathy—. Está siendo muy bueno conmigo.

—Ven aquí, Cathy.

—Sí, padre.

Se acercó a él con la cabeza baja y vigilante. Él le habló en voz baja y ella se alejó en dirección a la casa. Se movía insegura, como un viajero en territorio desconocido, y se perdió entre las sombras de los cipreses.

Me acerqué al portón y me encaré con Knudson en la estrecha abertura que quedaba entre los pilares de piedra.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Eso es asunto mío.

Se estaba quitando la chaqueta. Iba vestido de paisano y no llevaba cartuchera.

—Ahora también es asunto mío.

—Ha cometido usted un error. Varios errores. Y va a pagarlos.

Me amenazó con un puño. Di un paso atrás para ponerme fuera de su alcance.

—No sea niño, Knudson. Derramar sangre no nos servirá de nada a ninguno de los dos. Ni a Cathy.

—Quítese la chaqueta —dijo.

Dejó la suya doblada sobre el portón. Yo arrojé la mía encima de la suya.

—Ya que insiste…

Retrocedió hasta la hierba y le seguí. Fue una pelea larga y dura, y también inútil, pero había que pelear hasta el final. Él era más grande y pesado, pero yo más rápido.

Le di tres golpes por cada uno de los suyos. Le tumbé seis veces antes de que se quedara en el suelo, boca arriba, con las dos manos en la cara. Yo tenía los pulgares dislocados e hinchados, y el ojo derecho casi cerrado por un cardenal en el párpado superior.

Cuando todo acabó, había oscurecido completamente. Se incorporó al cabo de un rato y habló entre sollozos.

—Tenía que pelear con alguien. Y Slocum no me servía. Usted pelea bien, Archer.

—Mis entrenadores eran profesionales. ¿Qué va a hacer con Cathy?

Se levantó despacio. Le corrían por la cara unos surcos de sangre negra que, al llegar a la barbilla, caían salpicando su camisa desgarrada. Dio un traspiés y casi cayó al suelo. Le sostuve con la mano.

—¿Quiere decir «oficialmente»? —masculló a través de sus labios hinchados—.

He presentado mi dimisión esta misma tarde. No les he dicho por qué. Y usted no va a decírselo tampoco.

—No —dije—. Es su hija.

—Ella sabe que es mi hija. Vendrá conmigo a Chicago. Allí estudiará y trataré de darle un hogar. ¿Le parece imposible? He visto jóvenes peores que Cathy sobrellevar su carga y convertirse en personas. No es frecuente, pero ocurre.

—Si hay alguien capaz de lograrlo, es Cathy. ¿Qué dice Slocum?

—Slocum no puede impedírmelo —contestó—. Ni lo intentará. La señora Strang viene conmigo; ella y Cathy se tienen mucho cariño.

—Entonces, buena suerte.

A nuestro alrededor la oscuridad era inmensa. Nuestras manos se buscaron a tientas y se encontraron. Lo dejé allí.



ROSS MACDONALD. Seudónimo utilizado por Kenneth Millar. Nacido en Los Gatos, en las afueras de San Francisco, en 1915, en el seno de una familia de origen canadiense, tras la separación de sus padres Ross Macdonald creció y se educó junto a su madre, en Ontario, Canadá. Estudió en la Universidad de Ontario Oeste, interrumpiendo sus estudios para realizar un viaje a la Alemania nazi, una extraña y dura experiencia que se convertiría en fuente de inspiración para su primera novela.

Fue precisamente allí, en la Universidad, durante sus años de estudiante, donde conoció a la que pocos años después, en 1938, se convertiría en su mujer, la también escritora (de novelas de suspense en su caso) Margaret Strumm, que firmaría sus libros como Margaret Millar. En 1941 se trasladó a residir en los Estados Unidos donde se doctoró en la Universidad de Michigan, donde ejerció como profesor. Fue en ese período cuando siguiendo el ejemplo de su esposa, Macdonald (aún firmando Kenneth Millar) escribió su primera novela, *The Dark Tunnel*. El libro cuenta la historia de Chet Gordon, un profesor universitario que a partir de un viaje a la Alemania nazi se

ve involucrado en un plan de espionaje que se está desarrollando en el campus de su universidad.

Durante la guerra fue alistado en la Marina donde, de 1944 a 1946 ejerció como oficial de comunicaciones. Finalizada la guerra Macdonald se trasladó con su mujer a California, donde residió hasta su muerte, en 1983.

Inicialmente publicó cuatro novelas bajo su propio nombre Kenneth Millar, pero posteriormente decidió comenzar a usar un seudónimo (para evitar confusiones con

su esposa quien a esa altura ya tenía cinco libros en su haber) y crear un nuevo personaje para su nuevo libro. El seudónimo elegido fue John Macdonald, la novela *El blanco móvil* (1949) y el personaje se llamó Lew Archer. El seudónimo empeoró las cosas ya que John D. Macdonald era otro ascendente escritor policial. Por eso, los cuatro siguientes libros de Kenneth Millar serían firmados por John Ross Macdonald, nombre que terminaría abreviándose en el nombre definitivo del escritor: Ross Macdonald. La elección del nombre del protagonista, sin embargo, se revelaría como una de las mejores de toda su carrera: su mejor y casi único personaje fijo había nacido.

Escribió 18 novelas con Lew Archer como protagonista. Y en 1974 recibió el Grand Master Award, que le reconoce como uno de los grandes de la novela negra.

Macdonald murió en 1983, víctima del Mal de Alzheimer, después de haber actuado como presidente de la sociedad de Escritores de Misterio de América durante cerca de veinte años.

Document Outline

- La piscina de los ahogados
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- Autor